

Decimos, hacemos, somos

Discurso, identidades de género y sexualidades

Gabriela Castellanos Llanos



Universidad
del Valle

Programa Editorial

Decimos, hacemos, somos

Discurso, identidades de género y sexualidades



Colección Artes y Humanidades

¿De que modos se relacionan lo que decimos u hacemos con nuestras identidades? ¿Hasta que punto el lenguaje y las practicas que aprendemos dese la infancia contribuyen a construir quienes somos? ¿En que sentido lo que decimos y hacemos, en los espacios de la vida cotidiana, en los espacios de la vida cotidiana como en las mas especializados, se emplean para catalogamos? ¿Que hacen de nosotros, con nosotros, los discursos? En este libro , la autora explora las múltiples manera en las cuales los discursos de la cotidianidad, los periodísticos, los literarios, les dan forma a nuestra Identidades como hombres y como mujeres, así como nuestra sexualidad. Partiendo de la posición de Foucault sobre el discurso como aquello “que produce lo que nombra”, y de otros aportes teóricos, como el de Deborah Tannen con cu concepto de “generolecto”. Castellanos analiza columnas periodísticas sobre la violencia, las revistas “para hombre”, una novela donde son predominante los discursos sobre la determinación genética de la promiscuidad masculina, las diferencias entre pornografías y erotismo, y el debate en torno al lenguaje “políticamente correcto”. Las conclusiones de la autora podrán producir sorpresa o aquiescencia en quien lean esta paginas, pero siempre servirán de base para la reflexión.



Decimos, hacemos, somos

Discurso, identidades de género y sexualidades

Gabriela Castellanos Llanos



Colección Artes y Humanidades

Castellanos Llanos, Gabriela

Decimos, hacemos, somos. Discurso, identidades de género y sexualidades /

Gabriela Castellanos Llanos. -- Santiago de Cali: Ediciones

Universidad del Valle, 2010.

190 p. : il. ; 24 cm. -- (Colección: libros de investigación)

Incluye bibliografía e índice.

1. Sexualidad y poder – Colombia. 2. Medios de comunicación de masas y mujeres – Colombia. 3. Promiscuidad – Colombia. 4. Sexualidad en la literatura – Colombia

I. Tít. II. Serie.

306.7 cd 21 ed.

A1250153

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: Decimos, hacemos, somos. Discurso, identidades de género y sexualidades

Autora: Gabriela Castellanos Llanos

ISBN: 978-958-670-784-8

ISBN-PDF: 978-958-5156-74-6

DOI: 10.25100/peu.462

Colección: Artes y Humanidades - Género

Primera Edición Impresa abril 2010

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Gabriela Castellanos Llanos

Diagramación: Imprenta Departamental del Valle del Cauca

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, octubre de 2020

CONTENIDO

Prólogo por <i>Jesús Martín Barbero</i>	7
Introducción: las identidades de género y la sexualidad a través del discurso	11
Capítulo 1 Los generoelectos: una categoría útil para el análisis y para la política	29
Capítulo 2 Discurso, género y poder: aproximaciones al discurso periodístico colombiano sobre la violencia	49
Capítulo 3 ¿Explotación de la mujer o liberación sexual? Una mirada nueva a las revistas para hombres en Colombia	85
Capítulo 4 La promiscuidad masculina: ¿determinación genética o falicismo? Aproximaciones a una respuesta a partir de una novela contemporánea	111
Capítulo 5 ¿“Lenguajes incluyentes”, o lenguajes “políticamente correctos”?: Cómo construir equidad en el discurso	135
Capítulo 6 Erotismo, violencia y género: deseo femenino, femineidad y masculinidad en la pornografía	159
Bibliografía	185

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

PRÓLOGO

Mi lectura de este libro ha estado marcada por un pequeño accidente: los textos que lo componen me fueron entregados sin índice, y ello me llevó a *entreleerlos*, un ejercicio muy cercano al de leer *entrelíneas*, ese que hace emerger lo que se dice más allá –y también más acá– de aquello de lo que se habla en cada texto, de los temas que trata cada capítulo. Pero ese modo de entrar al nuevo libro de Gabriela Castellanos dejó de ser accidental para convertirse en configurador clave de un *horizonte de conceptos* que se rastrean e iluminan a lo largo de todo el libro. Hablo de horizonte que es algo muy distinto a una sumatoria y también a una estructura: horizonte significa que los conceptos no están en primer plano –ése lo ocupan los procesos, los discursos y las prácticas sociales que se estudian– sino *al fondo*. Y fondo significa paradójicamente en términos de investigación *el lugar desde* el que se mira, se indaga y se comprende.

Ese horizonte es nombrado indirectamente en el texto introductorio al afirmar que lo que moviliza una lectura de género capaz de poner en historia su objeto es de carácter *metodológico*, o sea concierne a qué es o no es investigable desde ese lugar en que se piensa y se escribe. Y lo que este libro pone en juego es precisamente la incardinación de los conceptos –identidad, discurso y género– en prácticas sociales bien concretas –la oralidad cotidiana, el periodismo, una novela, una revista-para-hombres, la pornografía, etc.– en las que se producen y develan procesos de subordinación, estigmatización e invisibilización de las mujeres. Lejos de enredarse y fagocitarse entre ellos, como sucede a menudo en la literatura académica, los conceptos en este libro se debaten y ponen a prueba.

Pues como señala la autora, *discurso* ya no habla de lo que el formalismo estructuralista hizo de ese concepto al hipostasiarlo como una entidad con realidad propia; ni *identidad* nombra hoy algo innato, esencial o solipsista, sino el proceso discursivo y permanente en que se construye y transforma. Y hasta el concepto de *historia* es repensado para arrancarle a una continuidad que acaba haciendo de *lo femenino* algo subhistórico, sin rupturas, sin conflictos internos, sin remodelizaciones.

Este mismo horizonte conceptual está exigiendo ir más allá de lo que cabe en la categoría de *discurso* y que, a partir del pensamiento de P. Ricoeur ha ampliado los modos de pensar la identidad. Me refiero a su idea de *relato* en su capacidad no sólo expresiva sino constitutiva de la identidad y de la interculturalidad; y también de lo que a partir de la obra de F. Lyotard inaugura la diferencia entre discurso y *figura*, una categoría que se adelantó a otra que, aparece en este libro de paso, la de *performance*, cuyo mayor aporte reside en sacar la fuerza productora del lenguaje de su encasillamiento discursivo abriéndola a toda la gama corporal de las acciones con las que nos comunicamos e incomunicamos, agredimos al otro o lo amamos. La identidad es puesta en juego cuando realizamos muchos otros actos que ni son de habla ni son los que Austin y Searle llamaron “illocutivos”, esto es, intencionales. Pues nuestras identidades se transforman, en procesos y prácticas que escapan a la forma discurso y a nuestras intenciones, máxime hoy cuando las identidades, especialmente de la gente joven, amalgaman una espesa heterogeneidad de referentes, sean del ámbito de los estilos o de los gustos.

Pero el debate de fondo que moviliza este libro tiene por protagonista en primer lugar a las oralidades, y esto reviste una doble importancia. De un lado, la que implica el hacerse cargo de lo oral en una *cultura* tan dominada por lo letrado –como el mundo académico, aunque las inmensas mayorías sigan siendo indígenas de la cultura oral y la visual–; y del otro, la que significa hacer *responsable* al habla cotidiana del más irresponsable de los machismos. Ese que es develado por el estudio de los *generolectos* o ideolectos de género, que saca a flote las formas en que hombres y mujeres *se diferencian* al mismo tiempo que se *desigualan*. Pues la subcultura oral de las mujeres trabaja a favor de la subordinación que le impone la subcultura masculina en una relación asimétrica de poder que resulta casi insoslayable puesto que se halla encarnada a veces en la propia lengua, como cuando “hombre” abarca en su significado no al macho sino al “ser humano” o sea a hombres y mujeres, y otras veces en el habla que “pordebajea”, insulta cariñosamente o estigmatiza. Atención: porque a este respecto, como en otros muchos casos analizados, la autora de este libro no se deja atrapar por el dualismo maniqueo que sólo puede comprender el mundo de lo femenino

por oposición a lo masculino: de la subvaloración de lo femenino no se puede salir por la subvaloración de la visión masculina del mundo sino asumiendo la complicidad en su complejidad sociocultural, esto es, religando los ideoslectos de género a los de clase social, los de raza, los de religión, los de edad. De ahí que, para la autora, toda propuesta de emancipación feminista, como la del lenguaje oral, pase por hacerse cargo de aquello que densifica y carga la relación entre mujeres y hombres en cuanto actores sociales y ciudadanos.

Del estudio sobre periódicos y revistas resulta especialmente jugoso e iluminador el que trabaja sobre la revista *SoHo* en sus pretensiones de estar siendo un aporte a la liberación sexual de los hombres en Colombia, especialmente por combinar imágenes eróticas de mujeres con textos “críticos” de hombres. Y no es que, en un país tan católicamente pacato como el nuestro, una revista de ese tipo no pueda haber jugado un cierto papel en ese sentido, como ya lo demostró *Playboy* en sus primeros tiempos, pero lo que el análisis aquí desnuda son las espesas contradicciones que atraviesan y entrelazan tanto los textos como la inmensa mayoría de las imágenes. El valor de los textos queda seriamente devaluado cuando se descubre que su presencia en la revista responde sobre todo al reconocimiento anterior del escritor y por tanto a su rentabilidad en moneda corriente ya sea atrayendo lectores o publicidad. Y del mismo modo que lo que vale del escritor es su firma, el valor de la mujer que se desnuda ante las cámaras de la revista es proporcional a la fama de la desnudada. Con lo cual la “liberación” sexual que se autoatribuye la revista tiene bien poco de subversivo al lado de su cooptación por la rentabilidad contable de cada número y de cada ejemplar. En medio de la actual exposición al desnudo erótico o pornográfico de la mujer en la publicidad mediática y en la pantalla digital la capacidad de emancipación de un medio en particular ya está de por sí devaluada, pero su sujeción simbólica al poder es mucho más estrecha y opaca que lo que la revista da a ver y a leer, como lo son los dispositivos que neutralizan el desnudo y funcionalizan las figuras a un régimen de visibilidad dominado por la hegemonía patriarcal y machista.

Hay en este libro un estudio que abre un debate especialmente estratégico para el país, el que concierne a las relaciones entre erotismo/pornografía y violencia desde una lectura *de género*. Denso y certero es el análisis conceptual sobre las diferencias entre erotismo, obscenidad y pornografía, que cualifica a ésta última por su estatus político –“la crítica feminista de la pornografía es política”– a diferencia de la obscenidad cuya crítica es moral; y lo es también el matizado análisis del sadismo y las complicidades femeninas tanto en la historia “real” de las mujeres como en su inserción dentro del texto literario.

Quedan en ese debate sin embargo algunos rezagos de una postulación según la cual la actual violencia simbólica que, expresada en la saturación del desnudo femenino por doquier –y cada día más banalizado– sería la respuesta del sistema patriarcal a los avances del feminismo. Y eso entra en contradicción con lo que, a lo largo del libro, se plantea explícitamente a propósito de las transformaciones históricas de lo femenino. Sociólogos de la talla de A. Giddens y Z. Bauman muestran cómo en montones de hombres la violencia doméstica se halla ligada a su desubicación en las relaciones de pareja o en el trabajo; o a reacciones de la propia violencia sufrida por los individuos de cualquier sexo de parte de un capitalismo globalizado y neoliberal que, al erigir al mercado en rector de la sociedad en su conjunto, desajusta al Estado y al funcionamiento nacional de la política, llenando de incertidumbre e inseguridad la existencia cotidiana tanto en lo laboral, como en la apuesta ética o el ejercicio político. Y hay ausencia también en ese debate de la dimensión económica: el rol de las figuras eróticas tanto en la publicidad como en la oferta y forma de los productos responde a la tasa de ganancia económica agenciada mediante la movilización del deseo masculino y femenino de consumir. Pues el cuerpo de la mujer se ha convertido por antonomasia en *el cuerpo de la seducción*, una seducción instrumentalizada, ya que no juega con el deseo que produciría ese cuerpo sino con los objetos que tenemos que consumir si nos dejamos seducir por él. Lo que resulta *lógico en términos mercantiles* es que esa seducción –en cuya elaboración trabajan hoy millones de artistas y psicoanalistas– resulte funcional a la legitimación de determinados modelos de relación en una sociedad en la que, a pesar de los significativos avances en la emancipación de las mujeres, el modelo aún dominante sigue siendo el patriarcal.

Hay, finalmente, otra dimensión de los estudios que recoge este libro, que media también entre el horizonte de conceptos y el mundo de las prácticas y los procesos sociales analizados, es *la experiencia* de la autora en las luchas de emancipación de las mujeres en este país. Ya decía Gramsci que “sólo investigamos de verdad lo que nos afecta”, y este libro lo atestigua no sólo cuando se nombra esa experiencia sino cuando ella subyace a no pocas matizaciones y sentidos de la complejidad que no los enseña ninguna academia porque ellos pertenecen a ese otro tipo de saber que se aprende y ejercita ciudadanamente, esto es experimentando los conflictos y las luchas.

Jesús Martín-Barbero
París, marzo del 2010

INTRODUCCIÓN: LAS IDENTIDADES DE GÉNERO Y LA SEXUALIDAD A TRAVÉS DEL DISCURSO

A través de los siglos, las identidades habían sido concebidas como más o menos fijas, basadas de un modo u otro en la naturaleza de los seres y de las cosas ¹. A partir de la segunda mitad del siglo XX, sin embargo, una serie de pensadores, como Michel Foucault, Karl Barthes, Jacques Lacan, Jacques Derrida, influyeron con sus planteamientos en lo que sólo puede llamarse una revolución en el concepto de identidad. Por ello, hoy este concepto continúa empleándose, pero con un sentido fluido, dinámico, con el reconocimiento pleno de su contingencia y su constante cambio. Por otro lado, a partir de las reflexiones iniciadas en 1949 por Simone de Beauvoir, y continuadas luego por antropólogas como Gayle Rubin, poetas y ensayistas como Adrienne Rich, y más tarde, filósofas como Judith Butler e historiadoras como Joan Scott, las concepciones sobre la mujer y sobre las diferencias socioculturales mismas entre hombres y mujeres, lo que se ha venido recientemente a llamar género, sufrieron cambios no menos revolucionarios. De esta suerte, la supuesta “esencia” femenina se considera hoy un concepto plenamente superado, y se analizan los procesos históricos y culturales mediante los cuales se da forma a los discursos y las prácticas sobre lo que es ser hombre y mujer, femenino y masculino, así como a las relaciones entre los géneros.

¹ Para un análisis de la evolución del concepto de identidad, véase Gabriela Castellanos, Delfin Ignacio Grueso, Mariángela Rodríguez, “Introducción”. En: *Identidad, cultura y política. Perspectivas conceptuales, miradas empíricas*. (Cali: Universidad del Valle, diciembre de 2009).

Estos dos procesos, el de la evolución del concepto de identidad y el de las transformaciones en torno al concepto de género, no fueron meramente paralelos, sino que se entrecruzaron y sobrepusieron de muchas maneras y en múltiples sentidos, influyéndose mutuamente. Una de las áreas en las cuales estos entrecruzamientos adquieren mayor importancia, es en el de los estudios relacionados con el discurso. En este capítulo exploraré algunos de los aspectos en los cuales convergen las nuevas concepciones sobre identidad, género, sexualidad y discurso, planteando lo que a mi juicio son algunas de las avenidas más interesantes para la exploración de sus confluencias.

LAS IDENTIDADES COMO PROCESOS DISCURSIVOS

El cambio en el concepto de identidad ha sido caracterizado claramente por Paul du Gay *et al.* como una “crítica del sujeto integral, auto-sostenido, que se suponía yacía en el corazón de la metafísica occidental post-cartesiana”². En vez de una subjetividad unitaria, que sólo va desarrollando y actualizando en el tiempo lo que de algún modo ya es en sus orígenes, hoy se ve la identidad como un cúmulo de procesos, muchas veces contradictorios entre sí, sometidos a múltiples presiones y desencadenando, en las palabras de Stuart Hall, en “puntos de adhesión temporal a posiciones de sujeto que las prácticas discursivas construyen para nosotros”³. La metáfora, entonces, para la evolución de quiénes somos, ya no es la de la mutación de una semilla que gradualmente se convierte en aquello que inevitablemente debe ser y será, sino una historia que contamos, tratando de hilvanar, de suturar, fragmentos más o menos disímiles, a fin de inventarnos una trayectoria comprensible. Inclusive, como veremos más adelante, algunas autoras feministas como Denise Riley, llegan a plantearse la identidad como una fantasía, definida como “una metaforicidad sostenida”, un vivir “como si”, un acto de identificación que “necesariamente implica un escenario”⁴.

Por su parte, Pierre Bourdieu nos desengaña de la “ilusión retórica” que creamos al contar nuestra biografía:

² Paul du Gay, Jessica Evans y Peter Redman, “General Introduction”. *Identity: A Reader*. Paul du Gay, Jessica Evans y Peter Redman, eds. (London: Sage, 2007 (2000)), p. 2. (Ésta y todas las traducciones en este libro han sido realizadas por su autora).

³ Stuart Hall, “Who Needs Identity?”. En: *Questions of Cultural Identity*, Stuart Hall y Paul du Gay, eds (London: Sage, 2005 (1996)), p. 6.

⁴ Denise Riley, *The Words of Selves: Identification, Guilt and Irony*. Citado en Joan Scott, “Fantasy Echo: History and the Construction of Identity.” *Critical Inquiry* 27 (Invierno 2001), p. 288.

Podemos suponer que el relato autobiográfico siempre está inspirado, por lo menos en parte, por el interés por dar sentido, por mostrar una lógica a la vez para el pasado y para el futuro, una consistencia y una constancia, por medio de la creación de relaciones inteligibles, como la del efecto con la causa eficiente, entre los estados sucesivos, así constituidos en etapas de desarrollo necesario [...] Esta inclinación a convertirse en el ideólogo de la propia vida, seleccionando, en función de un propósito global, unos pocos acontecimientos significativos concretos y estableciendo entre ellos unas conexiones causales y finales que sirvan para justificar su existencia y darle coherencia, se ve reforzada por la complicidad natural del biógrafo [...] que acepta esta creación artificial de sentido⁵.

Así, biógrafo y auto-biógrafo, es decir, aquel que escribe una historia contada y aquel que cuenta su propia historia, conspiran para darle sentido a la realidad, que el novelista Alain Robbe-Grillet caracteriza como “discontinua, formada por elementos yuxtapuestos sin razón”, por retazos “impredecibles, inoportunos y aleatorios”⁶.

Evidentemente, la creación biográfica no ocurre sólo cuando un biógrafo nos entrevista, sino que es un proceso cotidiano, constante, mediante el cual “atamos cabos”, dotando de sentido al río incesante de sensaciones y percepciones, que luego se convierten en recuerdos, pero sólo en la medida en que los organizamos como podemos o como queremos, antes de entregarlo a la elaboración de la memoria. Ella, a su vez, seleccionará lo que se va acumulando a lo largo del tiempo en secuencias donde algunos insumos se borran y otros se salvan, donde se supeditan los que juzgamos nimios a los que consideramos importantes, a partir de una línea narrativa que creamos para ello.

Vemos entonces que el discurso, que aquí podemos definir como el uso activo del lenguaje en una interacción, enmarcada por múltiples factores culturales, se convierte en el medio por el cual podemos construirnos una identidad. En el caso de la entrevista entre historiador o sociólogo, y sujeto entrevistado, la interacción se da entre dos personas distintas; en el caso de la elaboración cotidiana de sentido, el diálogo se da entre el sujeto que construye la historia de su vida y las personas significativas con quienes conversa a lo largo de su vida, e incluso, en un diálogo donde el sujeto se desdobra, para convertirse a la vez en locutor y oyente de su propio discurso.

⁵ Pierre Bourdieu, “The Biographical Illusion”. En: *Identity: A Reader*. Paul du Gay, Jessica Evans y Peter Redman, eds. (London: Sage, 2007 (2000)), p. 298. (Existe una traducción del francés original al español: Pierre Bourdieu, “La ilusión biográfica”, *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. (Barcelona: Anagrama, 1989)).

⁶ Citado en Pierre Bourdieu, op. cit., pp. 298-9.

Ahora bien, discurso no sólo quiere decir lenguaje, así sea concebido como acción y como inter-relación. Ya en *Arqueología del saber* Michel Foucault planteó una tesis sorprendente: el discurso como aquello “que produce lo que nombra”⁷. De este modo, las realidades socioculturales adquieren vigencia precisamente en la medida en que se les designa y se les convierte en tema en determinados textos e intercambios. Por otra parte, las prácticas sociales moldean el lenguaje y son moldeadas por él. En *Vigilar y castigar*, Foucault nos mostrará cómo, en un ir y venir entre discurso y acto, entre palabra y acción, se construye no sólo el pensamiento sino el cuerpo mismo. Posteriormente, en el primer volumen de *Historia de la sexualidad*, Foucault ofreció ejemplos de este proceso, al referirse a estrategias para el control de la sexualidad que tuvieron su auge en el siglo XIX, y que dieron lugar a cuatro figuras nuevas en la historia: la mujer histérica, el niño que se masturba, el homosexual, y la pareja maltusiana. En la medida en que diversos discursos, desde los médicos hasta las propagandas de tónicos reconstituyentes en las revistas femeninas, pasando por los que se intercambian en la vida cotidiana, proclamaban la necesidad de la mujer de atender la debilidad de su cuerpo, siempre próximo a desfallecer, se difundía la tendencia femenina a la somatización de muchas tensiones y conflictos. Aunque por supuesto siempre ha habido auto-erotismo en los niños, la preocupación por la sexualidad infantil manifestada en múltiples manuales pedagógicos y tratados médicos, creó un entorno de intensa vigilancia hacia los niños que le dio realidad sociocultural a esa figura mil veces nombrada. Del mismo modo, aunque siempre han existido lo que hoy llamamos relaciones homosexuales, en otras épocas designadas sodomía o “amor anti-natura”, en una determinada época histórica estas prácticas se ontologizan mediante discursos nuevos que dan pie a la aparición de “nuevos seres”, de modo que mediante el neologismo “homosexual” se comienza a nombrar a la persona misma, que así se convierte, a los ojos de sus contemporáneos, en una nueva especie⁸. (En el caso de la pareja maltusiana es aún más claro que estamos ante una invención social, pues se trata del control de la salud y la reproducción de la población mediante una figura creada por un discurso que recién surgió con las teorías del economista inglés del siglo XIX Thomas Malthus).

Como vemos, aquí el discurso es concebido, no en un sentido formalista ni estructuralista, no como el objeto de análisis de las “superficies” de los textos, sino como una herramienta disciplinaria, una realidad cultural ligada

⁷ Michel Foucault, *Arqueología del saber*. (México: Siglo XXI, 1999). Véase también “El orden del discurso”.

⁸ Cf. Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*, vol. I. *La voluntad de saber*. (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002 (1976)), pp. 126-139.

a prácticas sociales históricas específicas, que permiten definir qué puede decirse y pensarse en una época determinada. Por lo tanto,

el discurso –el psicoanálisis nos lo ha mostrado– no es simplemente lo que manifiesta (o encubre) el deseo; es también lo que es el objeto del deseo; ya que –esto la historia no cesa de enseñarnoslo– el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse⁹.

El tipo de análisis del discurso que Foucault propone, entonces, “tiene conexiones íntimas con cómo se forman los sujetos humanos”, interesándose por descubrir “cómo las instituciones tratan de “normalizar” a las personas [...], cómo las condiciones históricas del saber cambian y varían”¹⁰.

A partir de esta concepción del discurso se trata, en últimas, de reconocer el papel del discurso en la construcción de cada identidad y de cada categoría. Sin embargo, bien pensado este nuevo concepto de discurso no está tan alejado de aquél basado en posiciones sociolingüísticas como la de M.A.K. Halliday en las cuales el lenguaje es visto en sus complejas relaciones con el entramado social, se le analiza como acción, es decir, como suceso, como devenir, y por lo tanto como contingencia, y no como la manifestación de esencias o naturalezas. Es por ello que sociolingüistas como Deborah Cameron y Don Kulick plantean que la visión del discurso que se emplea en este tipo de análisis del discurso es plenamente compatible con la planteada por Foucault, la cual se ubica en el campo de la teoría crítica¹¹.

PERFORMATIVIDAD, SEXO Y GÉNERO

Podemos plantear, entonces, que son los discursos y las prácticas sociales, en la medida en que los sujetos los emplean y se apropian de ellos, los que en últimas determinan las identidades. Se puede por lo tanto prescindir de las supuestas “esencias” femenina y masculina que determinarían qué es ser “hombre” o ser “mujer” a partir de una naturaleza invariable. El género mismo desaparece como sustancia y se plantea como producto de una evolución histórica, puesto que dentro del discurso metafísico de las “sustancias” tradicionales, lo que está en realidad operando es lo que

⁹ Michel Foucault, “El orden del discurso”. <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/tallfouc.pdf> Recuperado el 3 de junio de 2008.

¹⁰ Alec McHoul and Wendy Grace, *A Foucault Primer: Discourse, Power and the Subject*. (New York: New York University Press, 1993), p. 41.

¹¹ Deborah Cameron y Don Kulick. *Language and Sexuality* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), p. 47.

Judith Butler llama la “performatividad”¹² del género, mediante la cual los sujetos producen esas identidades supuestamente innatas¹³.

En otras palabras, es la capacidad “performativa” o realizativa del lenguaje la que permite al sujeto construir su identidad de género (o cualquier otro tipo de identidad). Al enunciar reiteradamente, desde la infancia, se construye un tipo determinado de yo, con las características que el enunciado y la enunciación le confieren. Por ejemplo, al predicar de un yo ciertos atributos, se asumen estos atributos, o al hablar de sí misma/o con un cierto género gramatical, se va asumiendo un género cultural. Al mismo tiempo, la “performatividad” nos remite también a la realización o ejecución de actos gestuales, de movimientos y posturas físicas, a un cierto registro de estilos y dinámicas corporales ligados a las concepciones culturales de feminidad y masculinidad.

Esta posición “performativa” de Butler sigue a Nietzsche, quien en la *Genealogía de la Moral* afirma que no hay un ser que realice la acción: “el actor es una ficción que se le añade al acto; el acto lo es todo”. Del mismo modo, según Butler, no tenemos actuaciones femeninas o masculinas debido a una identidad de género que de algún modo se exprese en las acciones concretas. Por el contrario, a medida que hombres y mujeres aprenden a expresarse y a moverse de un cierto modo, van construyendo performativamente esas identidades.

Con estos planteamientos, Butler le da un nuevo giro a la vieja concepción de gran parte del pensamiento feminista sobre la construcción cultural del género, incluyendo los discursos y las prácticas sociales, y la formación de la identidad. La vieja frase de Simone de Beauvoir: “No se nace mujer, se llega a serlo”, adquiere un sentido nuevo. El concepto de la performatividad nos da luces sobre los mecanismos, los procesos, el cómo se llega a serlo a través del uso del lenguaje.

Veamos ahora cómo estas nuevas concepciones de las identidades han influido en el modo como se piensa la misma categoría “mujer”. En su libro *El género en disputa*, Judith Butler ha cuestionado la manera como se construye la categoría “mujer” o la categoría “feminista”, o inclusive a la categoría “sujeto”. Se trata, más explícitamente, de evitar el adherirnos a estas categorías de una manera acrítica, como si nos refirieran a realidades universales, que están más allá de la cultura y del lenguaje, y por lo tanto cayendo en la trampa de creer en su “formación jurídica”.

¹² Butler emplea aquí el término “performative” acuñado por el filósofo del lenguaje J. L. Austin, quien afirmó que “hacemos cosas” con las palabras, es decir, realizamos (*perform*) actos al decir ciertas expresiones en ciertos contextos. Mediante el lenguaje, entonces, no sólo se informa, sino que se actúa, se realizan acciones como prometer, negar, amenazar, ofrecer, aceptar, etc. Butler, sin embargo, le añade mayor dimensión al término, haciéndolo abarcar gestos y corporalidad en general.

¹³ Para una discusión más extensa del concepto de performatividad, véase Gabriela Castellanos, *Sexo, género y feminismo: tres categorías en pugna*. (Cali: Universidad del Valle, 2006).

En otras palabras, Butler nos advierte que no debemos considerar el sujeto como pre-existente a las normas y los discursos sociales, pues son ellos lo que dan pie a la construcción de la subjetividad. La idea de que hay ya un sujeto antes de la interacción con la cultura es para Butler una ficción, una “fábula fundacionalista”: o sea la base (*foundation*) para pensar el sujeto, que a la vez es un comienzo histórico del sujeto (fundación o *foundation*), aunque esta historicidad es precisamente lo que se oculta. El sujeto, que es histórico, se supone innato, natural, pre-existente a la cultura y a los discursos y prácticas que, en realidad, le dieron forma.

Se presupone, entonces, con base en esta ficción, en esta fábula, en esta fantasía, que las personas pre-existen a un orden social, perteneciendo a un estado de naturaleza donde el sujeto está ya ontológicamente presente. El reconocer esta idea como una ficción, implica renunciar a la ilusión de definir la categoría “mujer” como un sujeto coherente y estable, con el cual se “regulan y reifican las relaciones de género”. Además, continúa Butler, implica renunciar a esa estabilidad y coherencia que se basa en la imposición de una matriz heterosexual a la identidad femenina.

Por una parte, cuando a partir de la década de los 70 se define en los medios académicos la categoría de género como la interpretación sociocultural de la diferencia sexual, ya comienza a resquebrajarse el sujeto. Al introducir la distinción entre sexo y género, se advierte que la formación y desarrollo cultural del sentido de la diferencia sexual en cada cultura ya cuestiona la supuesta universalidad de la naturaleza femenina. Al principio, la definición de género asignó lo biológico, universal e invariable al sexo y lo contingente, particular y variable al género. Pero la distinción sexo/género “sugiere una discontinuidad radical entre cuerpos sexuados y géneros culturalmente construidos”. Si tomamos en serio esta distinción, llegamos a ver que lo que consideramos biológico, la forma como entendemos lo anatómico y lo fisiológico, son en sí construcciones culturales. Según Butler,

no debe concebirse el género como la mera inscripción cultural de significado sobre un sexo pre-establecido (un concepto jurídico); el género debe también designar el mismo aparato de producción por medio del cual se establecen los sexos. Como resultado, el género no es a la cultura como el sexo es a la naturaleza; el género es también el medio discursivo/ cultural por medio del cual se produce una ‘naturaleza sexuada’ o un ‘sexo natural’ y se establece el uno o el otro como prediscursivo, o previo a la cultura, como una superficie políticamente neutra sobre la cual actúa la cultura¹⁴.

¹⁴ Judith Butler. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. (México Paidós, 2001), p. 40.

El género, entonces, según Butler, produce el sexo. Sin embargo, esto no quiere decir que no podamos seguir usando la palabra “sexo”, que debemos eliminarla. La misma Butler, después del pasaje que acabo de citar, vuelve a utilizar el vocablo sexo en múltiples ocasiones, inclusive en oposición a género, hecho que, según algunas críticas¹⁵, la hace caer en una contradicción. Lo que me parece importante recalcar es que al usarlo, debemos hacerlo de un modo “desconstruido”, “destotalizado”, en el sentido planteado por Stuart Hall¹⁶. “Sexo” es un “concepto nativo”¹⁷, es decir, una categoría que se emplea en la vida cotidiana en nuestra cultura¹⁸, y no una categoría analítica, y como tal necesitamos seguirlo empleando, por ejemplo cuando vamos a analizar tales usos, o cuando simplemente nos referimos a una situación cultural en la cual se acostumbra a emplear el concepto.

En cuanto a la sexualidad, Butler se inclina a la posición de Foucault, quien, como ya vimos, en *Historia de la sexualidad* sugiere que la categoría “sexo” se construye históricamente. El saber convencional considera el “sexo” como la causa de la experiencia sexual, mientras que a partir de los planteamientos de Foucault éste aparece como efecto, entre otros factores, de los discursos sociales. En la época moderna surgió la necesidad de producir un “régimen” que permitiera regular la conducta sexual por medio de discursos “científicos” y cotidianos que le dan un cierto contenido a las categorías de sexo, femenino, masculino, etc.; es así como surgen los conceptos de “sexo” y “sexualidad”. (Más adelante resumiremos algunas de las posiciones de Butler sobre el papel del deseo en la construcción de la identidad sexual).

En consonancia con estos planteamientos, al discutir la identidad sexual se ha visto una complejización del modelo lineal, en el cual se presentaban la masculinidad y la femineidad como los dos extremos de una gama continua, y donde aparece una gradación entre individuos ubicados a un extremo como muy masculinos, al extremo opuesto muy femeninos, y más o menos “neutros” a medida que nos acercamos a la posición más centralizada.

¹⁵ Ver Toril Moi, *“What Is a Woman?” And Other Essays*. (Oxford: Oxford University Press, 1999), sobre todo pp. 30-59.

¹⁶ Cf. Hall, op. cit.

¹⁷ En el sentido dado a este término por Clifford Geertz, en “Desde el punto de vista de los nativos: sobre la naturaleza del conocimiento antropológico”. (En *Antropología y Epistemología*. Año 1- N° 1, 1991. Universidad Autónoma Metropolitana. División de Ciencias Sociales y Humanidades. Dpto. de Antropología, México.) Citado en Claudia Lugano, “El concepto de vida cotidiana en la intervención del Trabajo Social”. *Margen*, Revista de Trabajo Social y ciencias Sociales, Buenos Aires, Edición N° 24 - verano 2002. <http://www.margen.org/margen24/cotidia.html#inicio>

¹⁸ Es por ello que Butler a menudo pone la palabra “sexo” entre comillas, tanto en *El género en disputa* como en *Cuerpos que importan*.

Aparece hoy un modelo “ortogonal”, o de plano cartesiano, donde feminidad y masculinidad ocupan un eje e “intensidad de sexuación” el otro, de modo que no sólo se trata de clasificar a los sujetos en más o menos femeninos o masculinos, sino que también puede hablarse de personas más y menos sexuadas, según el individuo se ubique más lejos o más cerca del punto cero, en cualquiera de las dos direcciones. Se han construido, asimismo, modelos de la heterosexualidad u homosexualidad en forma de rejillas, con múltiples variables, tales como sexo, identidad de género, orientación del deseo sexual, estilo en la comunicación y en la gestualidad, etc., e inclusive algunos multidimensionales, uno de ellos “con siete variables (atracción sexual, conducta sexual, fantasías sexuales, preferencia emocional, preferencia social, identificación de sí, estilo de vida hetero- u homo-sexual) superimpuestas en una escala de tiempo (pasado, presente y futuro)”¹⁹. Esta complejización de lo que hace muy poco se suponía una simple opción entre dos alternativas, heterosexualidad versus homosexualidad, es parte de la misma tendencia a la fluidez en nuestra conceptualización de las identidades.

IDENTIDAD, DOMINACIÓN, DESEO

Otro autor que, desde una perspectiva distinta, aborda la cuestión de los procesos para la construcción de las identidades de género, es Pierre Bourdieu. En el capítulo sobre la anamnesia, en *La dominación masculina*, Bourdieu articula los niveles individuales y colectivos al hablar de la formación de un inconsciente que es “huella incorporada de una historia colectiva y de una historia individual que impone a todos los agentes, hombres o mujeres, su sistema de presupuestos imperativos”²⁰. No obstante, al hablar del “trabajo de la transformación de los cuerpos” mediante los cuales se incorporan estas huellas, Bourdieu nos relata un proceso de “doma” que permite que se nos impongan “las disposiciones más fundamentales”, pero no menciona el trabajo que hace el individuo mismo. Los procesos de producción de este cuerpo domado son narrados de la manera siguiente:

[La] sugestión mimética, en parte a través de las conminaciones explícitas, y en parte finalmente a través de toda la construcción simbólica de la visión del cuerpo biológico [de hombres y mujeres]..., produce unos hábitos sistemáticamente diferenciados y diferenciadores²¹.

¹⁹ Anne Fausto-Steling, *Sexing the Body. Gender Politics and the Construction of Sexuality*. (New York: Basic Books/ Perseus, 2000), p. 10.

²⁰ Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*. Tr. Joaquín Jordá. (Barcelona: Anagrama, 2000), p. 74.

²¹ *Ibid.*, p. 54.

Es así como se logra una “somatización de la relación de dominación, de ese modo naturalizada”. La “sugestión mimética” nos remite a la presión ejercida sobre los sujetos hombres y mujeres para que imiten a las personas de su medio que comparten con ellos o con ellas su género, mientras que las “conminaciones explícitas” tienen que ver con los mandatos y prohibiciones que se les hace, quizá más insistentemente en la infancia durante el proceso de socialización, pero en últimas a lo largo de toda la vida. Bourdieu nos habla también de “las conminaciones constantes, silenciosas e invisibles” que llevan a las mujeres a aceptar “como evidentes, naturales y obvias” las prescripciones y proscripciones arbitrarias que conducen a su dominación²². Las disposiciones en las mujeres a la aceptación de la fuerza simbólica que las subordina se producen, nos dice Bourdieu en un capítulo anterior, “a través de la familiarización insensible con un mundo físico simbólicamente estructurado y de la experiencia precoz y prolongada de interacciones penetradas por unas estructuras de dominación”²³.

A lo largo de estas discusiones, sin embargo, en ningún momento Bourdieu hace referencia a los modos ni las condiciones en los cuales se produce la apropiación que los sujetos mismos hacen de esas sugerencias, de esas conminaciones, de esas interacciones. A mi modo de ver, falta aquí tomar en cuenta la subjetividad, y más específicamente, el deseo, que para Butler es un elemento fundamental en el proceso de construcción de la identidad²⁴. Esta autora hace intervenir el concepto de Lacan del deseo, diferenciado de la *jouissance* por ser iniciado precisamente por la fuerza de la prohibición del incesto, por la marca de la ley. Pero en vez de preguntarse lo que sucede al no aceptar esa prohibición (según Lacan, la psicosis), Butler indaga sobre lo que ocurre cuando las prohibiciones primarias se aceptan, pero de modos que no se ciñen al modelo de sexualidad binaria: “En efecto, una mujer puede encontrar el vestigio fantasmático de su padre en otra mujer, o sustituir su deseo por su madre en un hombre, en cuyo caso funciona a la vez un cierto entrecruzamiento de deseos heterosexuales y homosexuales”²⁵.

²² Ibid., pp. 74-5.

²³ Ibid., p. 54.

²⁴ Para una discusión comparativa sobre los méritos y limitaciones de las tesis de Butler y de Bourdieu, véase “Serialidad, dominación, performatividad: la construcción de identidades subordinadas y la aceptación de la subordinación”. En: Peter Wade, Fernando Urrea, Mara Viveros, compiladores. *Raza, etnicidad y sexualidades. Ciudadanía y multiculturalismo en América Latina*. (Bogotá: CIDSE, Universidad del Valle/Centro Latinoamericano de Sexualidad y Derechos Humanos, U/niversidad del Estado de Río de Janeiro/CES, Universidad Nacional, abril, 2008, pp. 513- 539).

²⁵ Judith Butler, *Bodies that Matter. On the Discursive Limits of “Sex”*. (New York: Routledge, 1993), pp. 98-99. (Existe una traducción al español: *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós, 2002).

La identificación, como “trayectoria fantasmática y resolución del deseo” es siempre temporal, siempre deseo, así sea un deseo “en su forma repudiada” debido al temor ante la amenaza de castigo.

Según el psicoanálisis, el castigo con el cual se amenaza al varón, para hacerlo desistir de su adhesión edípica a la madre, y lograr que se identifique con el padre, es la castración; en la niña, la castración es un castigo que ya se ha producido, y cuya constatación la hace renunciar a su amor por la madre y la motiva a transferir ese amor al padre. Butler re–interpreta este relato de la ruptura edípica del varón y de la niña en términos de la necesidad cultural de que cada uno de ellos asuma los atributos que, a partir de la hegemonía heterosexual, le corresponden. Lo que se busca, además de lograr el corte con la relación edípica, es imponer masculinidad a los varones y feminidad a las mujeres. Aquí ya no es la castración lo que opera: “La amenaza que quiere obligar a que se asuman atributos masculinos y femeninos es, para (los hombres), el descenso a la castración femenina y la abyección, y, para (las mujeres), el monstruoso ascenso al falicismo”²⁶.

Esta amenaza, entonces, es la de caer en el destino abyecto de ser “marica” (*fag*) o “arepera” (*dyke*). Pues, si un hombre se niega a asumir la postura simbólica de “tener un falo” (o es incapaz de hacerlo, debido a la estructura psíquica de su deseo), o si una mujer se niega o no puede aceptar su posición como naturalmente castrada²⁷, el castigo para ambos será la homosexualidad. Ahora bien, si la amenaza surte efecto, entonces podemos decir que la heterosexualidad está basada en el repudio a la homosexualidad, con lo cual existe “una posible identificación con una homosexualidad abyecta en el corazón de la identificación heterosexual”. En otras palabras, en vez de ser heterosexualidad y homosexualidad fenómenos mutuamente excluyentes, sólo podemos ser heterosexuales en la medida en que psíquicamente hayamos pasado por una homosexualidad repudiada:

La abyección de la homosexualidad puede ocurrir sólo mediante la identificación con esa abyección, una identificación que debe ser rechazada, una identificación que uno teme hacer sólo porque ya la ha hecho, una identificación que instituye esa abyección y la sostiene²⁸.

Se es exclusivamente heterosexual, según Butler, precisamente debido a que se han tenido deseos homosexuales que han sido repudiados, y finalmente olvidados, desconocidos. Con esto Butler no estaría negando que existen personas que nunca han tenido ni conscientemente deseado tener relaciones

²⁶ Ibid., p. 103.

²⁷O naturalmente desprovista de falo, pero dotada de otros poderes, como el de parir, pues la insistencia en ver todo poder como necesariamente fálico puede ser consecuencia de la subordinación de la mujer, como sugiere de Beauvoir, y no una necesidad simbólica, como plantea Lacan.

²⁸ Butler, *Bodies that Matter*, pp. 111-2.

homosexuales. Pero el camino para llegar a ese “no deseo” pasa por un rechazo inconsciente a deseos homosexuales inconscientes también²⁹.

Por otra parte, tales amenazas no siempre surten efecto. ¿Qué ocurre, se pregunta Butler, “si la ley que esgrime la figura espectral de la homosexualidad abyecta como amenaza se vuelve en sí misma un lugar no intencional de erotización?”. Es entonces cuando la amenaza pierde su efectividad, y de hecho se convierte en acicate para la construcción de lo que se trataba de evitar. El resultado será una identificación homosexual, un deseo hacia personas del mismo sexo, y finalmente, una identidad homosexual, que puede o no asumirse públicamente. Vemos entonces que el deseo es la clave para entender cómo los sujetos hombres y mujeres pueden romper con esos “presupuestos imperativos” y construir subjetividades que no correspondan al modelo social esperado.

Aunque Butler no lo dice, podemos comprender de modos similares la construcción de identidades colectivas que rompen con la aceptación de la dominación social. Por ejemplo, no sólo el deseo de acceder a los lugares vedados para las mujeres, lugares material y simbólicamente privilegiados, puede impulsar a algunas a romper los tabús, las prescripciones y proscripciones mediante los cuales se encierra a las mujeres, aún hoy, en la feminidad tradicional; la misma prohibición o tabú, puede en algunos casos convertirse en un fuerte acicate para el deseo, lo cual conduciría a la posible producción performativa de una feminista, mediante su reiteración de determinados tipos de prácticas y de actos de habla. Asimismo, la misma conminación implícita o explícita a los sujetos racialmente subordinados a mantenerse “en su nivel”, a aceptar la hegemonía racial, puede llevar a algunos y algunas a romper con la sumisión (o la resignación) que los hace dóciles ante la subordinación, animándolos a la reiteración performativa de discursos antirracistas.

“ECO DE FANTASÍA”: LAS IDENTIDADES DE GÉNERO Y LA HISTORIA

Estas concepciones sobre la identidad tienen consecuencias para los modos como estudiamos los grupos sociales correspondientes. En el caso de las mujeres, la historiadora norteamericana Joan Scott nos expone, en un trabajo relativamente reciente, cómo la construcción discursiva de la identidad nos conduce a opciones metodológicas muy específicas. En el campo de la historia de las mujeres, la autora nos ofrece una crítica de la noción de continuidad con la cual frecuentemente se aborda esa historia, sobre todo cuando las historiadoras ofrecen recuentos de la lucha de las mujeres por sus derechos. Scott, por el contrario, “ofrece un relato de discontinuidad que fue frecuentemente suturado por las activistas feministas de los siglos dieciocho y diecinueve para crear una visión lineal del activismo de las mujeres en pro de las mujeres. La identidad de las mujeres”,

²⁹ Ibid., p. 113.

arguye Scott, “no fue tanto un hecho evidente por sí mismo dentro de la historia, sino más bien evidencia –desde momentos particulares y discretos en el tiempo– de los esfuerzos de alguien, o de algún grupo, por identificar y por lo tanto movilizar a una colectividad”³⁰.

Como parte de sus esfuerzos políticos por lograr unificar a las mujeres para una acción o una serie de acciones, entonces, las feministas francesas estudiadas por Scott en su libro *Sólo paradojas que ofrecer (Only Paradoxes to Offer)*, construyen la ficción de que coinciden con otras feministas que las precedieron en siglos anteriores. Empleando “la agenda genealógica de Foucault de intervenir críticamente en debates disciplinarios sobre la identidad y la escritura de la historia”, Scott explora las maneras en las cuales se establece la identidad, preguntándose cómo pudo llegar a ser posible que mujeres con propósitos políticos muy diferentes y en épocas distantes entre sí, se identificaran unas con otras: “¿Cuáles fueron los mecanismos de esta identificación colectiva y retrospectiva? ¿Cómo operan estos mecanismos?” (287).

Es aquí donde Scott hace uso del concepto “eco de fantasía”. El término es un hallazgo, más que una creación de Scott: se trata de una frase acuñada, casi 40 años antes, por un estudiante estadounidense, quien interpretó mal la frase “fin de siècle”, pronunciada por un profesor con un fuerte acento alemán. El error se convierte en oportunidad para la reflexión, pues “eco de fantasía” (al igual que la frase original en inglés, *fantasy echo*) tiene un sentido doble, remitiéndonos a la vez a un eco que imaginamos oír y a una fantasía a la cual se le hace eco. En las palabras de Scott,

Las identificaciones retrospectivas, después de todo, son repeticiones imaginadas y repeticiones de parecidos imaginados. El eco es una fantasía, la fantasía, un eco; los dos están inseparablemente entrelazados. (287)

Scott es consciente de que inclusive el uso fantasioso de la imaginación podría ser interpretado como una avenida para descubrir similitudes subyacentes naturales, características humanas universales, pero se distancia de esta tendencia esencialista. No son rasgos comunes a todas las mujeres los que la fantasía de identidad descubre; por el contrario, lo que hacen las feministas que estudia esta autora es crear modos de trascender fantasiosamente las diferentes percepciones de sí mismas que tienen mujeres de distintas épocas, y crear lazos, hilos de continuidad imaginaria a lo largo del tiempo que les permiten consolidar a “las mujeres” como un grupo con una identidad común.

³⁰ Joan Scott, “Fantasy Echo: History and the Construction of Identity.” *Critical Inquiry* No. 27 (Winter 2001), The University of Chicago, pp. 286-7. Existe una traducción al castellano, en la revista *La manzana de la discordia*, Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad, Universidad del Valle, Cali, Año 2009, Vol. 4, No. 1, Enero- junio, 2009 (“El eco de fantasía: la historia y la construcción de la identidad”. Tr. Mónica Dorado y Gabriela Castellanos). Las referencias a este artículo se darán de ahora en adelante en el texto, dando el número de página.

Para entender cómo funcionan estos mecanismos, Scott recurre a textos que emplean el psicoanálisis para “tratar la fantasía en sus dimensiones inconscientes”, y que le permiten comprender cómo las feministas estudiadas la emplean “como un mecanismo formal para la articulación de escenarios que son a la vez históricamente específicos en su representación y detalles, y trascendentes de especificidad histórica” (p. 288). Por tanto explora tres aspectos formales de la fantasía que le sirven para este propósito. En primer lugar, la fantasía, según Laplanche y Pontalis, “no es el objeto de deseo sino su escenario” (p. 288). No es un medio que el sujeto emplea para representar el objeto deseado en sí, sino para escenificar una secuencia de imágenes en las cuales aparece el sujeto mismo participando en el proceso de obtener la gratificación del deseo y en sus consecuencias. En segundo lugar, la fantasía tiene una estructura doble, sirviendo a la vez para reproducir y enmascarar el conflicto, los antagonismos y la contradicción, así como “en el ensayo clásico de Freud, “Pegan a un niño”, la fantasía a la vez representa el deseo transgresor y castiga a quien desea” (p. 288). Finalmente, Scott apela a la discusión de la fantasía que hace Slavoj Žižek al analizar la ideología “a través de un filtro lacaniano”. En el tercer aspecto formal esbozado por Scott, la fantasía funciona como una narración fuertemente condensada, que sirve para resolver un antagonismo fundamental al re-distribuir los términos en una sucesión temporal. De este modo, de acuerdo con Žižek, imponemos una lógica narrativa en la historia mediante la fantasía, logrando que sucesos contradictorios o incoherentes se vean como relacionados entre sí, convertidos en secuencias en las cuales unos constituyen causas y otros efectos. Mediante la fantasía, convertimos en coherencia lo que es confusión, reducimos lo que es múltiple a la singularidad (p. 289). Así logran los individuos y las colectividades construirse una historia, y por tanto una identidad. Además, y esto es particularmente importante para quienes luchan por lograr cambios sociales, empleando la fantasía reconciliamos los deseos ilícitos con la ley.

Estas concepciones pueden emplearse “para estudiar las formas en las cuales la historia –una narrativa fantaseada que impone orden secuencial en sucesos que de otro modo son caóticos y contingentes– contribuye a la articulación de la identidad política” (p. 290). En el escenario fantaseado por las feministas, se narra “la historia de la búsqueda de las mujeres de su emancipación”, borrando “la discontinuidad, el conflicto y la diferencia que pudieran socavar la estabilidad políticamente deseada de las categorías llamadas *mujeres* y *feministas*”. Sin embargo, las historiadoras deben develar estas discontinuidades, así como las formas en las cuales se emplea la repetición como un instrumento político para estabilizar retrospectivamente la categoría de la identidad. Es en la tensión entre “la temporalidad de la narrativa histórica (que conlleva nociones de diferencia irreducible en el tiempo) y su condensación en escenarios recurrentes (que parecen negar esa diferencia)” (p. 290), donde Scott hace intervenir su reflexión sobre el eco.

Después de reconocer la distorsión que el eco inevitablemente produce, la autora apela a la lectura que Claire Nouvet hace del relato de Ovidio sobre Eco y Narciso. Para Nouvet, la ninfa Eco, al perder su cuerpo y convertirse en sonido, queda reducida a la exposición “del otro subjetivo como encarnación engañosa del otro que nos hace eco” (p. 291). En su lectura, el eco es el proceso por el cual los sujetos “llegan a ser como ‘un juego de repetición y diferencia entre significantes’” (p. 291). Scott, por su parte, usa el eco “no tanto como síntoma de la naturaleza vacía, ilusoria de la otredad, sino como recordatorio de la inexactitud temporal de las condensaciones de la fantasía, condensaciones que no obstante operan para esconder o minimizar la diferencia a través de la repetición” (p. 292). Debido a la definición histórica de la subjetividad como producto de un eco, no podemos hablar de mera réplica:

La identidad como un fenómeno continuo, coherente, histórico, se revela como fantasía, una fantasía que borra las divisiones y las discontinuidades, las ausencias y diferencias que separan a los sujetos en el tiempo. El eco nos da una glosa sobre la fantasía y desestabiliza cualquier esfuerzo de limitar las posibilidades de la “metaforicidad sostenida”, recordándonos que la identidad (tanto en el sentido de mismidad como de sí-mismidad) se construye en relación compleja y difractada con los otros. La identificación (que produce identidad) opera como un eco de fantasía, entonces, poniendo una vez más en juego y a lo largo de generaciones, el proceso que forma a los individuos como actores sociales y políticos. (p. 292)

Cuando nos habla de “metaforicidad sostenida”, Scott está refiriéndose a un concepto de Denise Riley, quien describe la fantasía de la siguiente forma: “Estar en fantasía es vivir ‘como si’. Una escena se está representando; y todo acto de identificación necesariamente implica un escenario”³¹.

En el caso de las feministas francesas, Scott estudia dos fantasías recurrentes: la de la mujer transgresora que se toma la palabra en un medio masculino, y la de la madre sanadora que logra una armonía social utópica mediante el amor maternal. Estas fantasías son las que han prevalecido en los esfuerzos por consolidar una identidad feminista, sirviendo como escenificación del deseo de las mujeres de escapar a las restricciones sociales, y finalmente de romperlas, de eliminarlas. No tenemos espacio aquí para detallar las importantes contribuciones de Scott al estudio de estas dos herramientas, mediante las cuales se da continuidad a los distintos momentos de la transgresión a la ley patriarcal por medio del activismo feminista. Pero sí considero imprescindible mencionar las siguientes conclusiones de Scott: “que el poder se produce en relaciones concretas y particulares, que los sujetos se estructuran como una función de estas relaciones, y que estos sujetos no pueden trascender la especificidad de sus circunstancias sin la simplificación que aporta la fantasía” (p. 303).

³¹ Citado en Scott, “El eco de fantasía”, op.cit., p. 288.

El eco de fantasía no es un rótulo que, una vez aplicado, explique la identidad. Es más bien la designación de un conjunto de operaciones psíquicas por las cuales ciertas categorías de identidad hacen desaparecer las diferencias históricas y crean continuidades aparentes. El eco de fantasía es una herramienta para las y los analistas de movimientos sociales y políticos cuando ellas y ellos leen los materiales históricos en su especificidad y particularidad. No pretende saber la sustancia de la identidad, la resonancia de su atractivo, o las transformaciones que ha sufrido. Presupone solamente que allí donde hay evidencia de lo que parece ser identidad durable e incambiable, hay una historia que necesita ser explorada. (p. 304)

Evidentemente, esta manera de concebir la identidad no sólo es válida para la de género, ni mucho menos se limita al género femenino. Existen ya muchos estudios sobre las masculinidades, en los cuales se exploran las prácticas sociales y los discursos que caracterizan lo masculino en una cultura determinada, y por lo general lo hacen de modo plenamente compatible con todo lo que acabamos de decir. En mi opinión, la concepción de la identidad como fantasía puede aplicarse con muy buenos resultados a los estudios sobre las etnias discriminadas, o a las reflexiones en torno a las identidades nacionales y regionales.

IDENTIDADES COMO REPERTORIOS

La volatilidad y el dinamismo de las identidades, por otra parte, no son características propias sólo de las identidades sexuales y de género, sino de todas las identidades, incluidas las de nacionalidad, etnia, y clase social. Lo que estos planteamientos nos sugieren es que en distintos momentos invocamos distintas identidades, de acuerdo con la situación, con el contexto. No “tenemos una identidad” fija e innata, sino que “ponemos en juego una identidad” cuando realizamos determinados actos, tanto discursivos como corporales, por ejemplo cuando empleamos un cierto estilo en los movimientos o en las posturas, o cuando hacemos gala de un cierto tipo de gestualidad; pero también cuando nos involucramos en determinados ritos y procesos asociados con un tipo de actor social.

En la medida en que nos referimos a nuestra nacionalidad o la ponemos en juego en alguna instancia de discurso, estamos invocando nuestra identidad nacional. Lo mismo hacemos al hablar de nosotros mismos/as en femenino o masculino. Asimismo, cuando realizamos prácticas que crean esas comunidades imaginadas nacionales, estamos apostando a “ser” ciudadanos de una determinada nación; y cuando actuamos como se espera de individuos de determinado género, estamos poniendo en juego nuestra feminidad o nuestra masculinidad. Sin embargo estas invocaciones no son totalmente opcionales, ya que por lo general existen en nuestro entorno

expectativas sobre la adhesión que se supone que debemos demostrar a nuestras identidades, lo cual conlleva distintos grados de recompensa y de sanciones sociales negativas o positivas. En ciertos casos, estas sanciones pueden ser particularmente severas, como en el caso de la orientación sexual. Aunque no se espera de los y las hablantes una auto-referencia explícita a la identidad heterosexual, sí se considera imperativo que realicen ciertos actos que signifiquen o apunten hacia esa identidad.

En nuestra sociedad caracterizada por la hegemonía heterosexual se espera que los hombres, sobre todo, demuestren mediante ciertos actos y ritos que sienten atracción hacia las mujeres, y aunque el estigma de la homosexualidad ha perdido algo de su antiguo horror, siguen existiendo consecuencias negativas para los varones que sistemáticamente se abstengan de participar en estos ritos. En cambio de las mujeres, al menos en mi generación, se esperaba que diéramos muestras de atracción hacia el sexo opuesto, pero al mismo tiempo que las enmascaráramos bajo la modestia. Era precisamente la escenificación de esa modestia la que significaba nuestro interés por recibir ciertos tipos de atenciones de los varones elegibles de nuestro entorno. Creo que de las mujeres jóvenes solteras de hoy se espera una actitud mucho más activa en sus relaciones amorosas o eróticas con los varones, de lo que era permisible hace cuarenta años.

En suma, podemos concluir que, excepto en casos de esquizofrenia, cada cual tiene un determinado conjunto de identidades que invoca habitualmente. Estas identidades incluyen, para casi todas las personas, un sexo, una orientación sexual, una (o más) nacionalidades, una etnia, una clase social, una posición dentro de una familia; y para otras, adicionalmente, una religión, una postura política, una vocación o profesión, etc. En nuestra sociedad contemporánea casi todas estas identidades pueden variar en el tiempo, aunque otras, como el sexo y la etnia, y quizá la orientación sexual, usualmente son más o menos permanentes.

CONSECUENCIAS POLÍTICAS DE ESTA CONCEPCIÓN DE LA IDENTIDAD

Una vez planteada esta manera de concebir la identidad, y habiendo esbozado algunas de sus consecuencias metodológicas, debemos reconocer las dificultades políticas que ella representa. Más de una vez he tenido la experiencia de llevar este tipo de planteamientos a grupos de mujeres feministas o de líderes comunitarias, y de encontrarme con resistencias ante ellos. Más que argumentos para refutar lo que digo, lo que me devuelven muchas mujeres en esas circunstancias es su sensación de profundo rechazo ante las propuestas conceptuales que les he hecho. Lo cual no debería extrañarnos. La idea de la contingencia de la identidad, de que esas características de quién es cada quien, su “sí-mismidad”, son resultado de

una serie de actos de lenguaje, una serie de elecciones lingüísticas tomadas por cada persona en circunstancias que pudieran haber sido diferentes, puede resultar una idea aterradora. No es fácil renunciar a la “certeza” de que todos y todas tenemos una esencia, un núcleo incorruptible de verdad propia e inalienable que define quien uno /una es, para abrazar la idea de que la identidad se construye en una trayectoria erizada de encrucijadas, de posibilidades diversas, de pequeñas y momentáneas opciones de las que ni siquiera hemos sido conscientes, y de que el sentido que damos a nuestra vida es un acto imaginativo, una historia que gradualmente, y en una serie de pasos en su mayoría imperceptibles, hemos escogido contarnos.

Y si esto es difícil para todas las personas, lo es doblemente para quienes han construido, con gran tenacidad y bajo condiciones muy adversas, una valoración de esa identidad que es despreciada o subvalorada en un medio socio-cultural determinado. Para estas personas, llámense mujeres, negros, indígenas, existe a menudo una necesidad psíquica de reforzar su auto-estima mediante la descripción de la feminidad, la negritud, la etnia o el pueblo al que se pertenece, en términos positivos y auto-afirmativos. Aún más, esta imagen positiva se refuerza grandemente cuando se apuntala con el soporte ideológico de su esencialidad.

Sin embargo, ese esencialismo no se adopta sin pagar grandes precios políticos. Poco o nada ganamos al reemplazar, por ejemplo, una imagen tradicional fija, constrictiva, de la mujer, tal como el ideal de la joven virginal, o el de la madre abnegada, definida siempre por relación con algún varón, o como la valoración de la mujer solamente como fuente de placer sexual, por otra imagen igualmente limitante e inalterable, por más positiva que esta última sea.

Nada de lo que aquí se ha dicho implica que las identidades que invocamos mediante la imaginación sean de algún modo negligibles o carentes de importancia. La identidad como fantasía puede ser una exhibición ritualizada, en términos de Goffman, o una representación en un escenario, según Denise Riley. Al mismo tiempo, en ese escenario se juegan algunas de las posturas más importantes que asumimos frente a los demás y frente a nosotros y nosotras mismas, posturas que tienen que ver con nuestro sentido más íntimo de quiénes somos. Así como las conductas basadas en emociones son, según Goffman, formalizadas en un contexto cultural, “ceremonializadas” en la interacción humana³², sin que por ello dejen de ser sentidas como profundamente íntimas y cruciales, así también las “fantasías de la identidad” que ejercemos y que representamos nos tocan en lo que consideramos más propio y más auténtico de nuestra interioridad.

³² Goffman, op. cit., Citado en Deborah Tannen op. cit., p. 224.

LOS GENEROLECTOS: UNA CATEGORÍA ÚTIL PARA EL ANÁLISIS Y PARA LA POLÍTICA

En 1990, la sociolingüista estadounidense Deborah Tannen publicó un libro (traducido al español como *Tú no me entiendes*¹) sobre las diferencias en el discurso oral de hombres y mujeres y los problemas que surgían en la comunicación entre los géneros. En él, Tannen esbozó el concepto de *generolecto* (*genderlect*, en el original), para referirse a las diferencias dialectales entre hombres y mujeres que se deben al género, es decir, que se basan en las relaciones y diferencias culturales entre ellos. A lo largo del libro, que se convertiría en un *bestseller*, la autora caracterizó las diferencias discursivas que ella y otras investigadoras habían encontrado en los modos como hombres y mujeres participan en la conversación cotidiana. En éste y en otros libros y artículos, Tannen recomendaba que se fomentara una mayor comprensión sobre estas diferencias, a fin de reducir los malentendidos en la comunicación entre los géneros. La autora se enfrentó a fuertes críticas por parte de muchas lingüistas feministas, quienes la acusaron de ingenuidad, de no tomar suficientemente en cuenta las relaciones de poder entre hombres y mujeres y la dominación ejercida por ellos². Sin embargo, en mi opinión, si el concepto de generolecto se reinterpreta y se resignifica, ubicándolo en un marco de referencia distinto al empleado por Tannen, se puede convertir en una categoría de gran utilidad para el análisis de los discursos

¹ *Tú no me entiendes*. (Bogotá: Círculo de Lectores, 1992). El original se llamó *You Just Don't Understand. Men and Women in Conversation* (New York, Morrow, 1990).

² Una crítica similar a un artículo escrito por Tannen y Lakoff aparece en Gabriela Castellanos, “Deferencia, camaradería y distancia: Estrategias y meta-estrategias discursivas de personajes femeninos y masculinos en dos cuentos de Rosario Castellanos”. En: *Discurso, proceso y significación: Estudios de Análisis del Discurso*. María Cristina Martínez, compiladora. (Cali: Editorial Universidad del Valle, julio de 1997).

desde una perspectiva de género. En este ensayo, entonces, resumiré el aporte de Tannen en relación con el concepto de generolecto y ubicaré su trabajo en el contexto de los debates que se han generado en el campo de los estudios discursivos de género. A partir de las críticas a las posiciones lingüísticas de Tannen, replantearé el concepto, al tiempo que discutiré algunas de las razones por las cuales considero que puede servir como una herramienta conceptual de utilidad para los estudios en este campo. Por otra parte, ligaré la discusión a la lucha feminista, con el propósito de mostrar la necesidad para muchas mujeres de defender el uso del generolecto femenino.

LOS GENEROLECTOS

El concepto de generolecto tiene un antecedente claro en algunas posiciones de Robin Lakoff, sociolingüista estadounidense (y profesora de Tannen), quien publicó en 1975 un libro titulado *El lenguaje y el lugar de la mujer*³. En ese librito de 83 páginas, Lakoff planteó una serie de cuestiones sobre cómo las mujeres usan el lenguaje y cómo en las sociedades de habla inglesa se usa el lenguaje para tratar a las mujeres⁴, y así inició lo que se convertiría en un campo amplio y variado de investigaciones y reflexiones lingüísticas.

Lakoff postuló la existencia de un registro femenino al cual llamó *women's language* (lenguaje de las mujeres), y señaló que en la conversación las mujeres tienden a usar muchos diminutivos y formas hiper-cortesés, a evitar el uso de palabras *fuertes* (o *tacos*), a emplear una entonación propia de las interrogaciones al afirmar algo, preguntas de confirmación⁵ para proposiciones que no requieren ser confirmadas⁶, y preguntas con una función declarativa más que afirmaciones directas, todo lo cual ella interpretó como una muestra de inseguridad, de falta de asertividad. La autora señaló, además, que las mujeres que emplean un estilo discursivo como éste, por lo general son juzgadas como poco aptas para desempeñarse en el mundo laboral a nivel profesional, y tienden a ser poco escuchadas y

³ El original se llamó *Language and Woman's Place* (New York: Harper and Row, 1975). Existe al menos una traducción al español: *El lenguaje y el lugar de la mujer* (Barcelona: Hacer, 1995).

⁴ Para una discusión más a fondo de las posiciones de Lakoff, véase Gabriela Castellanos, *Mujeres, hombres y discursos*. En: Castellanos, Accorsi y Velasco, (comps.) *Discurso, género y mujer* (Cali: Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad, 1994).

⁵ En inglés, *tag questions*, preguntas que aparecen al final de oraciones declarativas. Estas preguntas son del tipo de *Isn't it?*, o *Did you?*, *Would he?*, etc., y van encaminadas a preguntar al interlocutor/a si concuerda con lo dicho. En español, estas frases que en inglés son sintácticamente diferentes dependiendo del caso, se reemplazarían por fórmulas de aplicación general, como *¿no es cierto?*, o *¿no te parece?*

⁶ Ejemplo: *It's a nice day, isn't it?* (*Es un día bonito, ¿no es cierto?*).

a no ser respetadas. Por otro lado, si a pesar de la socialización recibida la mujer por algún motivo no emplea el lenguaje de las mujeres, se enfrenta a sanciones sociales:

De este modo, la muchacha se ve condenada por adoptar un camino o por adoptar el otro. Si se niega a hablar como una dama, se le ridiculiza y le critica por no ser femenina: si aprende a hacerlo, se le ridiculiza por ser incapaz de pensar con claridad, o de participar en una discusión seria: en algún sentido, por ser menos que plenamente humana. Estas dos alternativas que tiene una mujer—ser menos que mujer o menos que persona—son altamente dolorosas ⁷.

Al mismo tiempo, Lakoff reconoció que las mujeres que se educan profesionalmente aprenden a usar lo que llamó un *lenguaje neutral* en determinadas situaciones (en sus clases en la universidad, al hablar con profesores, en entrevistas de trabajo, en situaciones profesionales). Sin embargo, la necesidad de usar *dos dialectos* (el lenguaje de las mujeres y el lenguaje neutral) puede producir desazón, dificultades para desarrollar todo su potencial (“ella quizá nunca se sienta realmente cómoda usando ni el uno ni el otro”), a la vez que confusión e incertidumbre:

Si una muchacha sabe que su profesor será más receptivo a comentarios que suenen eruditos, objetivos, no emocionales, se sentirá por supuesto tentada a usar el lenguaje neutral en clase o en sesiones de orientación. Pero si sabe que, como hombre, responderá con mayor aprobación a otros niveles si ella usa el lenguaje de las mujeres, si suena delicada y femenina, ¿no se sentirá confundida a la vez que dolorosamente tentada en dos direcciones a la vez?⁸

Sin embargo, Lakoff no tomó en cuenta la desaprobación que una mujer puede recibir al usar *el lenguaje neutral*. Las mujeres profesionales saben que cuando emplean un lenguaje que connote autoridad, dominio de los saberes de su profesión, a menudo se les tilda de *hablar como un hombre* y se les censura. ¿Es realmente neutral, entonces, este lenguaje? Tal vez Lakoff usó el calificativo de *neutral* para subrayar su carácter *no marcado*, es decir, la ausencia de marcas de femineidad, y debido a que, en lingüística, las formas *no marcadas* son las básicas, las que se consideran generales. Por ejemplo, podemos usar la palabra *perro* para significar todos los animales pertenecientes a una determinada especie (*El perro es un amigo fiel*), sea cual sea su sexo, pero no podemos usar *perra* de la misma manera, por ser una palabra *marcada*, exclusiva para los animales de sexo femenino.

⁷ Lakoff, op. cit., p. 6.

⁸ Ibid., p. 7.

Por ello decimos que en español la forma masculina de un sustantivo es la forma *no marcada* (como lo es también en los pronombres en inglés, y en aquellos sustantivos que tienen femenino como *lion, lioness, o tiger, tigress*, por ejemplo). Pero si trasladamos esta característica de *no marcado* de la morfología de una lengua al discurso, como ocurre con el término *lenguaje neutral*, nos encontramos con la dificultad de sugerir que cualquier persona puede usar este lenguaje con la misma propiedad, independientemente de su género, idea que la misma Lakoff rechaza, como acabamos de ver.

Quizá fue esta reflexión la que movió a Deborah Tannen a abandonar el término *lenguaje neutral* al discutir los estilos discursivos de género, y formular el concepto de generolecto, uno femenino y el otro masculino. Según Tannen, los roles que culturalmente nos ha tocado desempeñar, la educación que tradicionalmente se nos ha dado, generalmente conducen a que hombres y mujeres partamos de visiones contrastantes del mundo, y que empleemos maneras diferentes para expresar nuestros puntos de vista y de enfocar los problemas, así como distintos recursos para la solución de conflictos. El concepto de generolecto, entonces, nos remite a los modos culturales de actuar y hablar que reconocemos como típicos de los hombres o de las mujeres.

A partir de estas diferencias culturales, Tannen caracteriza los estilos discursivos femenino y masculino, relacionados culturalmente con un género o con el otro, y examina algunas de sus formas de funcionamiento. Es necesario advertir que el concepto de estilo que emplea Tannen no se refiere escogencias de modos superficiales de expresión; por el contrario, nuestros modos peculiares de comunicarnos no sólo muestran la manera en la cual vemos la comunicación y las relaciones interpersonales, sino también nuestra visión del mundo. En su libro *Tú no me entiendes*, la autora se basa en una amplia gama de estudios sociolingüísticos, realizados en su mayoría con personas de clase media en Estados Unidos, aunque muchas de las investigaciones que cita corresponden a sub-culturas o inclusive culturas diferentes. Gran parte de sus conclusiones parecen aplicables a nuestro propio contexto, quizá porque el sistema de género es algo tan arraigado en nuestra civilización occidental que aparentemente culturas nacionales diferentes, como la norteamericana y la colombiana, comparten muchas de sus características.

Según Tannen, nuestra cultura nos enseña a valorar el generolecto masculino, estableciendo una jerarquía en la cual el femenino aparece como inferior, o al menos de menor prestigio, pero insiste en que los generolectos deben ser considerados como estilos culturales distintos pero no jerarquizables. (Como veremos, una de las críticas más fuertes a las posiciones de Tannen, proviene del hecho de que aunque la autora reconoce la desigual valoración de lo femenino y lo masculino en nuestra cultura, no la toma en cuenta suficientemente en su análisis).

Para Tannen, no hay nada intrínsecamente superior en el generolecto femenino ni en el masculino, así como no puede decirse, desde una perspectiva antropológica, que la cultura de un grupo humano sea superior a la de otro. Sin embargo, una de las razones por las cuales las relaciones entre hombres y mujeres a menudo se hacen difíciles es su diferencia en estilos comunicativos; la relación hombre-mujer se produce en interacciones que son comparables a comunicaciones interculturales. Según esta autora, las dificultades en la comunicación entre un hombre y una mujer pueden compararse a las que experimentan personas que provienen de culturas diametralmente opuestas, como por ejemplo la colombiana y la japonesa.

La autora reconoce que “las posiciones que nuestra sociedad prescribe” por razones de género no sólo ponen en acción y crean “nuestras identidades como hombres y mujeres”, sino que también “crean desigualdad”, y que las diferencias entre los sexos producen “posiciones esencialmente asimétricas”⁹. También es claro para ella que los rasgos de género son construidos culturalmente, y que esto ocurre en una relación de poder:

En realidad, mientras creemos que estamos hablando sólo naturalmente, estamos creando la masculinidad y la femineidad, y la idea de que lo natural es diferente para el hombre y para la mujer. Lo que consideramos masculino y femenino está, en realidad, basado en lineamientos asimétricos¹⁰.

No obstante, para Tannen la fuente más importante de conflictos sería la diferencia cultural, y no la dominación masculina, la diferencia de poder entre hombres y mujeres.

La autora describe los dos generolectos de la manera siguiente: en el masculino, se concibe la relación con el mundo como una interacción del individuo con un orden social jerárquico, en el cual se busca ascender y se evita descender. La actuación personal aparece como una lucha por ocupar una posición superior en esa jerarquía y defenderse de los otros, y el temor más arraigado es al fracaso. Se valora primordialmente el éxito personal logrado en competencia individual con los pares, y la comunicación se ve como un medio para impartir información y demostrar el conocimiento y la competencia del hablante. Por ejemplo, el trabajo de muchos investigadores nos muestra que los hombres jóvenes (quienes tienden a emplear el generolecto masculino quizá con mayor frecuencia que los hombres mayores), a menudo compiten por el uso de la palabra, cuentan chistes e imparten información que muestran sus conocimientos y su pericia como hablantes, desafían el derecho a hablar de los interlocutores, a la vez que tratan de dar órdenes y

⁹ Deborah Tannen, *Tú no me entiendes*, op. cit., pp. 314-5.

¹⁰ *Ibid.*, p. 319.

de demostrar que pueden imponer su voluntad al grupo.¹¹ Por esta razón las conversaciones a menudo se consideran negociaciones entre rivales, en las cuales se espera sobresalir y derrotar al interlocutor, visto como adversario. Esta tendencia conduce a que algunas estrategias comunicativas que pueden colocar al hablante en una posición vulnerable, como el pedir información o el presentar disculpas, sean generalmente evitadas por las personas que emplean el generolecto masculino.

Una de las metas más importantes, dentro de la lógica del generolecto masculino, es la preservación de la independencia personal. Los sujetos defienden su autonomía como el don más preciado, y resienten cualquier actuación de las personas a su alrededor que pudiera interpretarse como un intento de coartar su libertad. Ante los conflictos, se apela con frecuencia a la confrontación directa, al enfrentamiento y a la resistencia. Quienes comparten este estilo por lo general están dispuestos/as a aceptar el liderazgo de los ganadores en los enfrentamientos, y por lo tanto no temen abocarse al conflicto. Sin embargo, en ocasiones la estrategia confrontacional puede llevarse demasiado lejos, en cuyos casos se espera que se afronten las consecuencias, que pueden incluir la violencia física.

En el generolecto femenino se tiende a ver el mundo, por el contrario, como una red de relaciones interpersonales en las cuales la persona está inmersa. La meta personal más generalizada es la de establecer lazos interpersonales fuertes y duraderos, y lo que se valora primordialmente son las conexiones. Se teme fundamentalmente al aislamiento; el mayor peligro es la soledad. La comunicación se encamina frecuentemente a la expresión de los sentimientos y las actitudes del hablante, y tiene como fin central el establecimiento, fortalecimiento y mantenimiento de relaciones. Las conversaciones son valoradas como medios de manifestar lo que se siente frente a determinados eventos y situaciones, y como negociaciones encaminadas a estrechar vínculos. Uno de los valores más preciados es la intimidad con los otros, el acercamiento afectivo. En caso de conflictos interpersonales, se emplean prioritariamente la conciliación y el disimulo. Para las personas que emplean fundamentalmente este generolecto, la negociación de conflictos resulta difícil, e inclusive con frecuencia traumática, ya que la mayor parte de las veces los conflictos terminan en distanciamientos, y no en la renegociación de posiciones. Por esta razón, se evitan las confrontaciones, y se prefiere la búsqueda de consensos a los enfrentamientos.

¹¹ Daniel Maltz y Ruth Borker, "A Cultural Approach to Male-Female Miscommunication," en *Language and Social Identity*. Citado en Deborah Tannen, *Women and Men in the Workplace: Language, Sex and Power*. (New York: Avon Books, 1995).

Por otra parte, dentro del generolecto femenino la expresión de vulnerabilidad es una estrategia que se emplea con frecuencia para tranquilizar al interlocutor o la interlocutora, en el sentido de asegurarle que no se está tratando de asumir una posición de superioridad. De esta suerte, las mujeres con frecuencia piden disculpas, asumiendo la responsabilidad inclusive cuando no la tienen, y también piden información sin ningún temor a demostrar que ignoran determinados datos. Si ambas personas utilizan el mismo estilo, esta estrategia por lo general conduce a que el interlocutor o la interlocutora reaccionen de la misma manera, de modo que quien se colocó en una posición vulnerable no sufre una pérdida de prestigio, y se preservan la igualdad y la simetría. De hecho, dentro de este estilo se evitan actitudes sobresalientes que puedan ser calificadas como de alarde. En un estudio sobre la comunicación oral como una forma de organización social, la antropóloga Marjorie Harness Goodwin encontró que las niñas y mujeres jóvenes aprenden rápidamente que obtienen mejores resultados en la conversación si presentan sus ideas ante el grupo de pares como sugerencias en vez de como órdenes, y si ofrecen razones en apoyo de sus sugerencias en términos del bien del grupo. De lo contrario, corren el riesgo de que se les considere *mandonas* y se rechace su propuesta¹².

Para resumir las características de los dos estilos tal y como las plantea Tannen, he elaborado el siguiente cuadro:

ESTILOS		
CARACTERÍSTICAS	Generolecto femenino	Generolecto masculino
Visión del mundo	Organizado como una red de relaciones	Organizado como una jerarquía
Concepción del objetivo central de la comunicación	Entablar y mantener relaciones personales	Impartir información
Valor máspreciado	Relaciones interpersonales	Independencia, libertad
Mayor aspiración o meta personal más importante	Intimidad, compañía	Éxito
Mayor temor	Soledad o aislamiento	Fracaso

¹² Marjorie Harness Goodwin, "He-Said-She-Said: Talk as Social Organization among Black Children". Citado en Deborah Tannen, *Women and Men in the Workplace: Language, Sex and Power*. (New York: Avon Books, 1995).

En mi opinión, la primera característica es la menos adecuada para representar las diferencias entre estilos femeninos y masculinos de comunicación. En primer lugar, el hecho de ver el mundo como una red de relaciones no parece realmente una alternativa a verlo como una jerarquía: de hecho, para muchas personas el esfuerzo por tener más conexiones y relaciones con otras personas se convierte en una lucha competitiva por ser la *más popular* o la más apreciada por sus amigos y amigas. En segundo lugar, el asignar al generolecto masculino la visión del mundo como una jerarquía parece más un juicio de valor que una observación analítica, y podría interpretarse como una subvaloración ética de lo masculino, visto como inherentemente competitivo y como incapaz de involucrarse en relaciones interpersonales. Por otra parte, parece ser cierto que cuando una persona hace énfasis en la jerarquía en sus relaciones con otras personas, es decir, cuando busca vencerlas o superarlas de algún modo, tiende a ser juzgada como más masculina que si no lo hace, es decir, si actúa de un modo más horizontal y simétrico. Podríamos entonces trasladar esta característica, la tendencia a jerarquizar, a las relaciones interpersonales, y no a *la visión del mundo*.

Por otro lado, en el esquema no aparece lo que algunos autores han analizado como una cualidad esencial de lo femenino: la manera indirecta de gran parte de las mujeres de relacionarse con el mundo, a través de sus *otros significativos*. Esta característica, por ejemplo, es lo que Freud llamó *finés pasivos* en su célebre ensayo sobre *La feminidad*: el hecho de que las mujeres *tradicionales* a menudo desarrollan una gran actividad sin tener fines propios, sino más bien para promover o facilitar que otras personas (padres, hermanos, marido, hijos) consigan los fines que se proponen¹³. (Hoy en día podríamos añadir *los jefes* a la lista de personas cuyos fines promueven las mujeres *femeninas*, pues muchas secretarías y asistentes son expertas en trabajar incansablemente para hacer avanzar los fines y propósitos de sus patronos). Algo similar sugiere Pierre Bourdieu cuando en *La dominación masculina* nos dice que las mujeres de Cabilia carecen de *honor*, mientras que los hombres lo definen como *dar la cara*, encarar el mundo de manera directa¹⁴. Por lo tanto, pienso que el modelo mejoraría sustancialmente si se cambiara el parámetro *visión del mundo* por el de *relación con el mundo*, y si expresáramos esta relación en términos de dirección o indirectión, conservando el resto del modelo tal como aparece.

¹³Cfr. "La feminidad". Lección XXXIII. *Nuevas lecciones Introductorias al Psicoanálisis. Obras Completas*. Vol. III. (Madrid: El Ateneo, 2003).

¹⁴ Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*. (Barcelona: Anagrama, 2000).

Por todo lo anterior, propongo modificar el esquema de la siguiente manera:

ESTILOS		
CARACTERÍSTICAS	Generolecto femenino	Generolecto masculino
Modo prototípico de relación del mundo	Indirecto, a través de otras personas	Directo, <i>en propia persona</i>
Orientación dominante en las relaciones interpersonales	Horizontalidad, simetría	Verticalidad, asimetría
Concepción del objetivo central de la comunicación	Entablar y mantener relaciones personales	Impartir información
Mayor aspiración o meta más importante	Intimidad, compañía	Éxito
Mayor temor	Soledad o aislamiento	Fracaso

Antes de proceder a plantear críticas al concepto de generolecto, y en general a la concepción de Tannen de las diferencias de estilo comunicativo entre los géneros, me parece importante plantear el contexto ideológico en el cual se interpreta y se critica este aporte de Tannen.

EL CONTEXTO: LA COMUNICACIÓN ENTRE LOS GÉNEROS VISTA COMO DIFERENCIA O COMO DOMINACIÓN

Existe un debate en la lingüística, y más específicamente en el campo del análisis del discurso, sobre si debe pensarse la relación entre lenguaje y género en términos de diferencia, o de dominación. Los investigadores y las investigadoras que adoptan el enfoque de diferencia (también llamado transcultural) analizan la comunicación entre hombres y mujeres como un choque entre dos sub-culturas, debido a las diferencias en la socialización de hombres y de mujeres, y sobre todo, a las diferencias en los estilos de comunicación de ellos y ellas; quienes adoptan el de dominación estudian el papel del lenguaje en la subordinación social de las mujeres, centrándose en el poder que ejercen los hombres sobre las mujeres.

La investigadora más influyente en el primer grupo es Robin Lakoff. En un artículo que apareció en 1979, Lakoff afirmó que si las mujeres hablan de un modo diferente al de los hombres, si ellas evitan dar muestras de seguridad, de certidumbre, las causas debían buscarse en dos hechos: primero, que “desde la infancia se les ha recompensado por hacerlo, de modos explícitos o sutiles”, y segundo, que su estilo “refleja su imagen de sí mismas”¹⁵.

¹⁵Robin Lakoff, “Women’s Language”. En: Butturf and Epstein (eds.) *Women’s Language and Style*. (Akron, Ohio: Universidad de Akron), p. 141.

Ante estas afirmaciones, la sociolingüista británica Pamela Fishman propuso *un análisis diferente*, recomendando que en vez de la referencia a la socialización y a la auto-imagen de las mujeres, se examinara *la situación interactiva* en que se producen los enunciados; en otras palabras, que se buscara en el contexto situacional las fuerzas que explican la conducta discursiva, y que se apelara a la socialización previa sólo si el examen de la situación misma no permitiera encontrar esta explicación. De este modo Fishman plantea una disyuntiva entre el análisis que ella misma hace de causas activas en el momento en que se produce la enunciación, por un lado, y el examen realizado por Lakoff de las diferencias discursivas atribuidas a causas pretéritas que formaron la *personalidad femenina*, por el otro. El análisis de Fishman de conversaciones entre varias parejas compuestas por un hombre y una mujer la llevó a concluir que las mujeres encontraban dificultades para lograr que los hombres contribuyeran a la conversación. Los hombres o bien no respondían o respondían con lo mínimo necesario para mantener la conversación en marcha. Esto lo atribuyó a un problema “de jerarquía, no simplemente de género”, es decir, a “relaciones de poder estructuradas socialmente”, y por lo tanto a la posición social de inferioridad de las mujeres y no a su socialización¹⁶.

Ahora bien, las conclusiones de Fishman no tienen por qué llevarnos a desestimar las propuestas de Lakoff. En mi opinión, Fishman se equivoca al plantear un dilema entre causas pasadas y fuerzas activas en el presente de cada interacción; se trata de una falsa disyuntiva. Hoy se piensa que la construcción del género, si bien se inicia en los primeros momentos de la vida, nunca termina de manera definitiva, sino que es un proceso constante y siempre activo. Las identidades de los y las hablantes emergen bajo el influjo del discurso de otras personas y a partir de su propia participación discursiva, y siguen en perpetua evolución a lo largo de sus vidas. Por lo tanto, no es necesario escoger entre la construcción temprana de una auto-imagen de la mujer y las relaciones de poder continuamente presentes en las interacciones entre hombres y mujeres.

Otra autora que es crítica del enfoque *transcultural* que enfatiza la diferencia es Aki Uchida, quien sin embargo propone que tanto la diferencia como la dominación “componen simultáneamente la construcción del género”. Como Fishman, Uchida concluye que en las interacciones entre un hombre y una mujer, las mujeres tienden a esforzarse por involucrar a los hombres en una charla, mientras que la actitud de los hombres parece ser más alejada y con menor grado de compromiso en la conversación.

¹⁶ Pamela Fishman, “Conversational Insecurity”. En: Deborah Cameron (ed.) *The Feminist Critique of Language* (London: Routledge, 1998), pp. 253-258.

Uchida observa que estas y otras diferencias deben ser explicadas en el marco de las relaciones de poder entre los participantes, y concuerda, además, con Fishman en que la “socialización per se no puede explicar suficientemente por qué los rasgos de género no son asignados simétricamente”¹⁷. Aunque evidentemente otros factores intervienen, la tendencia a desestimar la importancia de la socialización puede deberse, en parte, a que Uchida no se plantea la posibilidad de que este proceso se entienda en términos de poder y dominación –como lo hace, por ejemplo, Judith Butler al explicar la construcción de la identidad de género mediante el concepto de performatividad–¹⁸. Sin embargo, algunas de las críticas que Uchida hace al enfoque transcultural en general, y a las posiciones de Deborah Tannen en particular, son muy válidas y merecen ser examinadas.

En primer lugar, la autora encuentra que el enfoque transcultural o de diferencia no considera el nivel en el cual “la dominación masculina existe independientemente de las intenciones del individuo”¹⁹. Al no reconocer que la dominación puede existir por razones objetivas, aunque el varón no se proponga deliberadamente dominar, este enfoque dificulta el reconocimiento de que la dominación masculina se constituye en un mecanismo cultural generalizado, fuertemente arraigado en las estructuras culturales que enmarcan nuestras interacciones. Quienes enfatizan la diferencia y no el poder en este tipo de análisis ven las relaciones entre los géneros mediante el lenguaje como un asunto de interacción y de malentendidos entre individuos, y no como un fenómeno social más amplio, que se basa en las estructuras sociales de poder entre los géneros:

El enfoque cultural y de diferencia se ocupa de la comunicación entre hombres y mujeres como si existiera independientemente de esta estructura, como si el contexto inmediato de la conversación fuera suficiente para comprender a plenitud el significado de la interacción. Por el contrario, es la estructura sociocultural lo que hace relevante la interacción, y esta conducta a su vez mantiene esta estructura²⁰.

De este modo, en la opinión de Uchida, autoras como Tannen cometen el error de no tomar plenamente en cuenta los efectos que surten las normas sociales, como por ejemplo nuestro aprendizaje sociocultural sobre qué derechos tienen hombres y mujeres en una interacción, y hasta qué punto

¹⁷ Aki Uchida. “When ‘Difference’ Is ‘Dominance’: A Critique of the ‘Anti-Power-Based’ Cultural Approach to Sex Differences”. En: Deborah Cameron (ed.) *The Feminist Critique of Language* (London: Routledge, 1998), pp. 280-292.

¹⁸ Cfr. Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Tr. M. Mansour y L. Manríquez. (México, Buenos Aires, Barcelona: Paidós, 2001).

¹⁹ *Ibid.*, p. 286.

²⁰ *Ibid.*, p. 287.

las mujeres deben adaptarse a las necesidades masculinas. Como lo plantea el mismo título del artículo de Uchida, entonces, no se trata de escoger entre un modelo de diferencia o uno de dominación, pues en el campo de las relaciones de género, “la diferencia es dominación”.

Por otro lado, Uchida critica a Tannen por no tomar en cuenta las diferencias regionales, étnicas, de *raza*, clase social, y de orientación sexual:

Tannen usó sus anécdotas ilustrativas (en *Tú no me entiendes*) sobre un grupo relativamente homogéneo: estadounidenses aparentemente educados, de clase media y heterosexuales. Parece extraño que aunque en otras obras [...] ella analizó las diferencias en estilo conversacional entre neoyorquinos judíos y californianos no judíos, diferencias que fueron más fuertes que las de género, estos hallazgos no fueron incorporados en su enfoque de diferencia y transculturalidad. Aquí, el sexo se enfatiza como si fuera el factor más importante que afecta la conversación, que debería ser tratado independientemente de otras variables²¹.

Efectivamente, aunque como ya se dijo, en la obra mencionada Tannen emplea algunas referencias a estudios realizados en diversos contextos y entre hablantes pertenecientes a distintos grupos raciales y sociales, la mayoría de las anécdotas se dan entre parejas del tipo que señala Uchida.

Por otra parte, en relación con la diversidad, Tannen cita a Ervin Goffman, quien

[...] señala que las diferencias raciales y étnicas desaparecen cuando las personas que comparten un mismo origen racial y étnico cierran las puertas de sus hogares. Pero en privado, en aquellos lugares donde nos creemos protegidos del mundo exterior, es donde tiene su reinado la desigualdad que se origina en las diferencias de sexo²².

Tannen está contrastando las diferencias socioculturales que encontramos en la esfera pública en un país pluriétnico como los Estados Unidos, con la similitud de origen étnico, racial y social de los dos sujetos que constituye la regla general en la mayor parte de las parejas. Sin embargo, al mismo tiempo, está aparentemente postulando una cierta tendencia a la universalidad de los generolectos, lo cual parecer ser también el sentido de un trozo de una obra de Goffman que la autora cita, donde este autor califica el “dominio que el hombre ejerce sobre la mujer” como “muy especial”, ya que a menudo se ejerce “de la manera más gentil y amorosa, sin que en apariencia cause tensiones”, a pesar de que la relación está basada en fuertes asimetrías, al tiempo que señala que éstas se producen “en todas las clases de la sociedad”²³.

²¹ Ibid., p. 285.

²² Tannen, op. cit., p. 314.

²³ Goffman, citado en Tannen, op. cit., pp. 318-9.

Además, las diferencias en estilos discursivos que Tannen describe parecen ser en su mayor parte válidas en un contexto cultural distinto al estadounidense como el de Colombia. Aunque esta hipótesis debe ser validada en múltiples estudios futuros, podemos sugerir que quizás las culturas de origen europeo, donde predomina la tradición judeo-cristiana, compartan todas el mismo esquema básico para las relaciones y las diferencias discursivas entre hombres y mujeres; asimismo, es muy probable que éste se aplique también en contextos étnicos y de clase variados ²⁴.

REPLANTEANDO Y RESIGNIFICANDO LOS GENEROLECTOS DE TANNEN

Sin embargo, para emplear el concepto de generolecto para el análisis discursivo de un modo más fructífero, en mi opinión hay que realizar una serie de ajustes. En primer lugar, como lo plantea Uchida, la concepción de Tannen de la relación entre hombres y mujeres no toma suficientemente en cuenta el aspecto del poder. Aunque la autora, como ya vimos, reconoce la asimetría básica de esta relación, y postula la visión masculina del mundo como organizado de un modo jerárquico, no incorpora a su modelo el reconocimiento del grado hasta el cual el énfasis en la jerarquía en el generolecto masculino, y en el punto de vista que adoptan quienes lo emplean, es un factor activo en la interacción misma con las mujeres, y los modos en los cuales la falta de este énfasis en el generolecto femenino pone definitivamente en desventaja a quienes lo empleen en una interacción entre los dos géneros.

Además, la diferencia de poder entre hombres y mujeres, como nos lo recuerda Uchida, no depende únicamente de la voluntad de los individuos, sino que se basa en condiciones socio-culturales de tipo estructural. Aunque Tannen considere que los dos generolectos no son jerarquizables, de hecho nuestra cultura los jerarquiza: por ejemplo, como señaló Lakoff, hablar en clave femenina implica que se nos juzgue como de algún modo intelectual y profesionalmente inferiores, que se dude de nuestra autoridad o se la desconozca totalmente. Es por razones de poder que la comparación entre la comunicación entre personas de diferente género con la comunicación intercultural, tal como lo expone la autora, es insuficiente: no se dan las mismas relaciones cuando uno de los interlocutores pertenece a una cultura dominante y mientras que la del otro es colonizada o subordinada, que cuando se trata de interlocutores de dos culturas diferentes pero autónomas e independientes políticamente.

²⁴No quiero decir con esto que no existan diferencias entre las relaciones de género en una familia burguesa y las que encontramos en una familia obrera, sino simplemente que en ambas veremos que se dan relaciones de dominación, aunque sus formas sean sutil o vastamente diferentes.

Por otra parte, esta consideración no afecta al concepto de generolecto en sí. Si se mantiene en mente la dimensión de poder en el análisis, la utilidad de la categoría para el análisis no sólo no desaparece sino que queda realizada, como lo mostraré más adelante.

En segundo lugar, aunque como ya lo reconocimos, Tannen dice que los dos generolectos son utilizables tanto por hombres como por mujeres, a lo largo del libro plantea ejemplos y análisis en los cuales invariablemente son mujeres quienes emplean el femenino y hombres quienes emplean el masculino. Además, todos los ejemplos nos remiten a relaciones interpersonales entre los dos integrantes de parejas heterosexuales, lo cual permitiría que se le acusara no sólo de no ser consciente de la hegemonía heterosexual, sino además de reforzarla.

Un problema que se ha planteado es la dificultad que enfrenta el modelo de Tannen para explicar satisfactoriamente la relación entre actuaciones empíricamente observables y rasgos o características atribuidas a uno u otro de los generolectos. Por ejemplo, Tannen advierte la facilidad con la cual muchas mujeres piden instrucciones, como cuando se trata de encontrar una dirección, y la renuencia que demuestran muchos hombres para hacerlo. Esta aparente aversión a pedir instrucciones se atribuye a la valoración masculina de su independencia, a la reluctancia de quienes emplean el generolecto masculino a aceptar su ignorancia y a su resistencia a poner a su interlocutor en posición de superioridad ante ellos, lo cual a su vez se interpreta como una consecuencia de la visión masculina del mundo en términos de jerarquía. Pero la actitud de quien pide instrucciones, que Tannen explica como una tendencia característica de quienes emplean el generolecto femenino, podría interpretarse, al menos en algunos casos, como una forma de poner a la persona interpelada al servicio de quien la interpela. Habría que examinar cada conversación en la cual se solicita información de este tipo y observar la interacción entre los interlocutores. El uso del concepto de generolecto, entonces, no debe basarse en preconcepciones acerca de las dinámicas interactivas entre los sexos.

LOS GENEROLECTOS COMO IDEOLOGÍA

Quizás la más importante de las objeciones hechas a la presentación de Tannen del concepto de generolecto es que algunos de los análisis realizados podrían servir de base para acusarla de una cierta circularidad: la autora interpreta y analiza las actitudes de los y las hablantes dependiendo de si quien habla es una mujer o un hombre, y luego usa este hecho para postular características de los generolectos. Podría concluirse, entonces, que los generolectos son meros estereotipos, que buscan regularidad allí donde realmente prima una mayor diversidad. Además, si un determinado modo de actuación discursiva fuera universal en uno u otro género, es decir,

si todos los hombres actuaran discursivamente de un modo determinado, y si todas las mujeres actuaran de la manera opuesta, tal vez entonces se vería justificado atribuir ese modo de actuación al generolecto femenino y el opuesto al masculino. Pero si, como hemos visto, los dos generolectos pueden ser empleados en muchas ocasiones por personas del otro sexo, ¿qué puede justificar que los llamemos *masculino* o *femenino*? ¿Se trataría de una tendencia estadística de las mujeres a preferir lo que llamamos femenino, y de los hombres a tender hacia lo masculino, y en tal caso, qué porcentaje de frecuencia de una terminada actuación discursiva podría justificar que aceptáramos ese tipo de actuación como un rasgo generalizado en uno de los dos generolectos?

Por el contrario, si estamos ocupándonos de comportamientos discursivos, la observación positivista de porcentajes se convierte en algo prácticamente imposible de determinar en relación con el discurso, pues habría que examinar la conducta diferencial de hombres y mujeres en un enorme rango de situaciones distintas y tomando en cuenta la especificidad de las relaciones concretas en cada caso. Por otro lado, no sólo nos enfrentaríamos a una imposibilidad práctica sino a una contradicción teórica, pues el método estadístico parece ser radicalmente ajeno a la teoría y la práctica del análisis del discurso, donde es crucial la interpretación de cada analista de relaciones social y culturalmente situadas en contextos específicos. Esto se debe, en parte, a lo que se conoce como la multifuncionalidad de los textos orales o escritos, a partir de la formulación de Halliday en 1978 del lenguaje como “una semiótica social”: cada instancia de uso del lenguaje funciona en primer lugar a nivel *ideacional*, en segundo lugar como representación del mundo, y en tercer lugar como una interacción sociocultural entre personas, además de ubicarse en una compleja relación con otros textos. Esto hace que sea no sólo prácticamente imposible sino además teóricamente inaceptable clasificar las actuaciones discursivas en términos binarios (de sí o no) en relación con un rasgo determinado, a fin de establecer una frecuencia estadística. Finalmente, dada la diversidad de individuos y la intersección de la variable sexo con otras como etnia, clase social, religión, orientación sexual, edad, etc., parecería que cuando hablamos de los modos de comunicarse de los géneros estamos creándolos como una *comunidad imaginada* del tipo postulado por Benedict Anderson en su discusión acerca del nacionalismo.

Aquí me parece útil invocar la diferencia que nos plantean Deborah Cameron y Don Kulick entre *ideología*, como representación de tipos sociales y sus formas de comunicarse, y *práctica*, como aquello “que observamos cuando investigamos la conducta de personas reales en

²⁵ Deborah Cameron y Don Kulick, *Language and Sexuality*. (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), p. 135.

situaciones reales”²⁵. Esta distinción es invocada por estos autores para referirse al “*gay speech*” (habla de los gays), pero es igualmente aplicable al concepto de generolecto. El objetivo de esta distinción no es “eliminar estereotipos *anti-científicos* (ideología)... con el fin de concentrarnos en descubrir los hechos verdaderos sobre cómo hablan las personas (práctica)”²⁶. Por el contrario, se trata de aceptar que tanto la ideología como la práctica son hechos socioculturales reales que tienen validez e importancia si como analistas nos interesamos en la conducta lingüística de un grupo de personas. Veríamos entonces los generolectos como ideología en el sentido en que Cameron y Kulick emplean el término, es decir, como conjuntos de rasgos culturalmente aceptados como prototípicos de uno u otro género, y que son empleados por los participantes en intercambios reales para clasificar o *indizar* los enunciados y las actuaciones discursivas en general como femeninas o masculinas. Se trata de una operación que realizamos, por lo general, en relación con cualquier enunciado: estamos permanentemente, de modo más o menos consciente, caracterizando las expresiones y actuaciones de hombres y mujeres como más o menos femeninas o masculinas. Para los y las analistas del lenguaje, entonces, los generolectos serían una herramienta importante para analizar textos específicos, manteniendo siempre en mente que “los hablantes reales en situaciones reales” no se limitan a reproducir los estereotipos socioculturales sobre los modos femenino y masculino de comunicarse, sino que en la práctica “usan los recursos ideológicos de maneras complejas y creativas”²⁷.

Los generolectos, entonces, son códigos que deben verse como herramientas culturales simbólicas, compuestas por prototipos que tienen una cierta eficacia para producir conductas culturalmente esperadas, y que fundamentalmente sirven para clasificar los actos discursivos como más o menos femeninos o masculinos. En suma, en una cultura determinada, los modos en que sujetos reales, hombres y mujeres, usan el lenguaje, son interpretados o *indizados* como femeninos o masculinos a partir de los generolectos como códigos culturales.

De este modo podemos relacionar claramente el uso de los generolectos tanto con la socialización como con el poder: ellos sirven para construir feminidad y masculinidad en la medida en que se espera (inclusive se exige) que los y las hablantes aprendan a utilizarlos a fin de que en el uso del lenguaje den muestra de lo que, siguiendo a Butler, podríamos llamar coherencia entre sexo, género, y estilo comunicativo²⁸.

²⁶ Ibid., 136.

²⁷ Ibid.

²⁸ Véase Judith Butler, *op. cit.*

La exigencia cultural es que la performatividad, es decir, la repetición ritualizada de actos de habla y de gestos que conduce a la construcción de una identidad de género, debe realizarse conservando esa coherencia, siguiendo el modelo discursivo del generolecto *pertinente*, el que corresponde al sexo del hablante. Al mismo tiempo, la observación de Lakoff sobre la “dolorosa alternativa” a que se enfrentan las mujeres sigue siendo válida. El uso del generolecto femenino sigue siendo juzgado como muestra de incapacidad para asumir tareas tradicionalmente masculinas, por más que otros aspectos de la conducta demuestren que la/el hablante sí cuenta con esa capacidad. A este respecto, sigue siendo pertinente la recomendación de Tannen, de educar a los y las hablantes sobre los generolectos, a fin de disminuir y finalmente erradicar estos prejuicios. Por otra parte, no debemos olvidar que la exigencia de que las mujeres empleen la mayor parte del tiempo el generolecto femenino y los hombres el masculino se convierte en una forma de hegemonía heterosexual, en la medida en que, si el generolecto empleado no corresponde con el sexo del /de la hablante, él o ella puede recibir censura y/o en su entorno se puede crear la sospecha de que su orientación sexual no corresponde a la heteronormatividad, lo cual a su vez conduce a fuertes sanciones sociales. Por lo tanto la relación entre generolecto y poder se da tanto en la jerarquía social y cultural entre hombres y mujeres como en la heteronormatividad.

EN DEFENSA DEL GENEROLECTO FEMENINO

Si el uso del generolecto femenino conduce a que se subestime a quienes lo emplean, que son en su mayoría mujeres, ¿debemos por tanto proponer su extinción, debido a su papel para crear y mantener las relaciones de dominación y subordinación entre los sexos? ¿Debemos eliminar totalmente las diferencias culturales entre hombres y mujeres, a fin de abolir la jerarquía entre los géneros, como lo propone, por ejemplo, Celia Amorós?²⁹ Pienso que esta propuesta probablemente conduciría a la masculinización de las mujeres, ya que el generolecto dominante y de prestigio es el masculino. Además, sería muy difícilmente practicable. De hecho, creo que una de las razones por las cuales muchas mujeres rechazan el feminismo es que advierten que esta propuesta subyace a muchos planteamientos de teóricas feministas. Ellas pueden tender a rechazar la conminación (de Amorós y de otras feministas) a abandonar lo que hemos llamado el generolecto femenino

²⁹ Así lo sugiere al decir: “La construcción sociocultural de los géneros tal como nos es conocida no es sino la construcción misma de la jerarquización patriarcal”. Celia Amorós, “*Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales*”. En: Virginia Maquieira y Cristina Sánchez (comps.). (Madrid: Editorial Pablo Iglesias, pp. 10-1.)

debido a que el estilo comunicativo, lejos de ser algo superficial y fácilmente desechable, se convierte en parte integrante de nuestra identidad personal, y por lo tanto en algo que nos resultaría penoso, si no imposible, deponer³⁰.

Debemos preguntarnos qué hay en el generolecto femenino, el estilo comunicativo de género que comúnmente empleamos la mayor parte de las mujeres, que conduzca a que veamos lo femenino como débil y subordinado. Si volvemos al esquema presentado antes, para resumir las características de los dos generolectos, observamos que de todas las características de uno y otro de ellos, es la primera y más básica, la relación indirecta con el mundo, a través de otras personas, típica de quienes emplean el generolecto femenino, la que más ata a las mujeres a una situación de subordinación. Pienso que este rasgo es el más antitético a esa autonomía que reclaman las feministas para las mujeres. Además, me atrevo a sugerir que se trata de la característica que más se ha tendido a transformar a raíz de los cambios que han sufrido las relaciones de género a nivel global: a medida que las mujeres se han incorporado al mundo académico, al mercado laboral, y, aunque más lentamente, al campo de la acción política, se han modificado sustancialmente ese modo indirecto, esos *finés pasivos* que antes caracterizaban la feminidad. Las mujeres profesionales, las académicas, las que participan en la arena política, tienen que aprender a trazarse metas, fines y objetivos, y desarrollarlas sin contar con mediaciones innecesarias, y de hecho lo hacen. Debemos entonces plantearnos no sólo la posibilidad sino la probabilidad de que esta característica vaya cayendo en desuso a medida que las mujeres continúan ampliando e intensificando su participación en el mundo social y cultural.

¿Qué decir, entonces, del resto del modelo? Aunque algunos de sus rasgos podrían considerarse como destinados a volver proclives a la dependencia afectiva a quienes empleen en mayor proporción el generolecto femenino en su accionar comunicativo (el temor a la soledad, por ejemplo), en términos generales se trata de aspectos que muchas feministas (las llamadas *de la diferencia* o *feministas culturales*), desde Margaret Fuller en el siglo XIX hasta Adrienne Rich en el XX, han defendido como positivos, pues se relacionan con poner énfasis en actitudes de cooperación, de colaboración, de construcción de lazos afectivos y de comunidad. A muchas mujeres estas tendencias nos enorgullecen, nos hacen sentir como seres hábiles, además de que nos parecen decididamente atractivas, y nos conducen a disfrutar relacionarnos socialmente con otras mujeres. Por otra parte, es muy posible que ellas conduzcan a crear un ambiente necesario para la convivencia,

³⁰ El hecho de que ocasionalmente o con cierta frecuencia todos y todas empleemos aspectos del generolecto del “sexo opuesto” no implica que no tengamos mayor apego por los rasgos más centrales y típicos del generolecto que usualmente empleamos.

aunque no debería ser ésta una responsabilidad exclusivamente femenina. Finalmente, un aspecto del generolecto femenino que Tannen no menciona es la gran ventaja de quienes lo usan de poder decir *no sé*, y *no puedo*, de no llevar la onerosa carga de querer aparentar omnipotencia y omnisciencia, como con frecuencia observamos en los usuarios habituales del generolecto masculino.

Lo que debemos evitar es la supuesta *complementariedad* de los géneros que defendía Parsons, según la cual los roles femeninos de expresividad y los masculinos de instrumentalidad y productividad eran perfectamente complementarios; el poder y la dominación nada tenían que ver con ellos. En primer lugar, porque el argumento de que hombres y mujeres se *complementan* se emplea habitualmente para justificar la exclusión de las mujeres de las esferas del poder, para impedirles desarrollar al máximo sus capacidades. En segundo lugar, porque esta suposición de complementariedad también se emplea para ejercer la heteronormatividad implícita y la hegemonía heterosexual, que obligan a asignar la feminidad sólo a mujeres y la masculinidad exclusivamente a los hombres, a la vez que se tiende a esperar comportamientos uniformes de uno u otro género. La decisión de rechazar estas dos características de la subordinación de los no-heterosexuales implica un esfuerzo consciente por educar de modo general a la población para no discriminar a quienes emplean un generolecto distinto del cultural y tradicionalmente esperado.

Además, es importante aceptar que los estilos de género no siempre corresponden con el sexo, independientemente de la orientación sexual. Es decir, no debemos penalizar a las mujeres que emplean un estilo de comunicación que culturalmente se asocia con la masculinidad, como cuando rechazamos la fuerza de expresión de una mujer, o cuando rechazamos a un hombre por ser demasiado tierno, o suave, o por expresar sus sentimientos. Debemos esforzarnos, en suma, por aceptar la *bi-generidad discursiva* como una posibilidad para hombres y mujeres.

Para concluir, si aceptamos que los generolectos se usan ocasional o habitualmente de manera alternada, es decir, que no todos los sujetos varones emplean siempre el masculino ni las sujetas mujeres el femenino en todas las oportunidades, y si abogamos por la tolerancia hacia quienes los emplean independientemente de su sexo, podremos emplear estos conceptos para construir un mundo más diverso, más democrático y más justo.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

**DISCURSO, GÉNERO Y PODER:
APROXIMACIONES AL DISCURSO PERIODÍSTICO
COLOMBIANO SOBRE LA VIOLENCIA**

Desde 1986, cuando Joan Scott presentó su definición de *género* como “un elemento de las relaciones sociales que se basa en las diferencias entre los sexos”¹, se ha estado hablando en los estudios feministas sobre la presencia transversal del género en todos los ámbitos y niveles de las prácticas y discursos en la cultura occidental, aún allí donde aparentemente no hay nada relacionado con las diferencias sexuales. En su artículo seminal, la autora se refirió a la importancia de esta categoría para el análisis, no sólo histórico, sino socio-cultural. Posteriormente, una sociolingüista norteamericana, Deborah Tannen, definió los estilos de comunicación cotidiana culturalmente asociados a lo femenino y de lo masculino como *generolectos*, y caracterizó los dos estilos. En este trabajo, emplearé tanto estas concepciones como algunas herramientas del análisis del discurso para verificar si están o no presentes el género y los generolectos en el discurso periodístico colombiano sobre guerra y violencia.

Escogí esta temática en parte por su obvia relevancia en nuestro país en estos momentos, y en parte motivada por la reflexión de Scott sobre la forma como las concepciones culturales sobre los géneros han sido empleadas para fines políticos en distintos momentos históricos, sobre todo en situaciones de guerra, de cambio y de consolidación de relaciones hegemónicas, legitimando la dominación y a los dominadores como masculinos, mientras los dominados,

¹ El artículo donde aparece esta definición fue traducido al español en 1990. Véase Joan Scott, “El género; una categoría útil para el análisis histórico”, en: James Amelang y Mary Nash (eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. (Valencia: Edicions Alfons El Magnánim, 1990).

los subversivos y los enemigos aparecían caracterizados como femeninos.² Debido a la reflexión de Tannen sobre las diferencias entre la visión del mundo y de la comunicación entre los generoslectos femeninos y masculinos, decidí analizar columnas de opinión escritas por hombres y por mujeres, a fin de determinar si aparecían en ellas estas diferencias. Puesto que las columnas de opinión, a diferencia de otras secciones periodísticas, aparecen firmadas, podemos saber con certeza si han sido escritas por hombres o por mujeres. Me pareció pertinente que los seleccionados y las seleccionadas fueran columnistas ampliamente conocidos y que se ubicaran en la izquierda, la derecha y el centro del espectro político. Por este motivo escogí tres columnistas varones (Antonio Caballero, Fernando Londoño Hoyos y Rodrigo Pardo) y tres mujeres (Florence Thomas, María Isabel Rueda y Salud Hernández-Mora), escritores y escritoras que publican en los dos medios de mayor circulación en Colombia: el diario *El Tiempo* y la revista *Semana*.

Una observación sobre el proceso de selección: inicialmente no había incluido a Florence Thomas en el grupo de las mujeres columnistas, a pesar de ser probablemente la más renombrada de las tres, y no lo había hecho porque no encontraba columnas “sobre violencia” escritas por ella. Me tomó un tiempo darme cuenta de que estaba permitiendo que primara el generoslecto masculino en mi definición de qué es “violencia”, pues Thomas sí había escrito copiosamente sobre violencia: la que se presenta en las relaciones personales entre hombres y mujeres.

Además, me parece importante señalar, de entrada, que si bien para mis fines era aconsejable escoger un número igual de columnistas varones que mujeres, esto no quiere decir que haya paridad de género en estos medios; por el contrario, los varones son en ambos mucho más numerosos. Por ejemplo, en 2004, de los 45 columnistas que escriben en *El Tiempo*,³ sólo seis son mujeres, es decir, el 13%, con un 87% de hombres. En 2009, ya suman 67 los columnistas de este diario, de los cuales 57 son varones y 10 son mujeres, de modo que ahora los porcentajes son de 15% de mujeres y 85% de hombres. En 2004, de los cuatro que escriben en *Semana*, sólo una es una mujer, o sea el 25%; aunque algunos columnistas han cambiado, las cifras y porcentajes se mantienen idénticos en 2009. Considero que esta supremacía varonil es importante, pues estamos ante un género periodístico que ha sido dominado tradicionalmente por los hombres, y donde las mujeres han ido penetrando paulatinamente. Este hecho será importante a la hora de analizar los resultados de mi análisis. Finalmente, el corpus fue escogido de las columnas aparecidas a lo largo de un mes, entre septiembre 22 y octubre 25 de 2004.

² Joan Scott, *Ibid.*, p. 47.

³ Véase el listado de columnistas de este diario en: <http://eltiempo.com/opinion/columnistas/home/index.html> Recuperado el 10 de agosto de 2009.

METODOLOGÍA

Sobre el concepto de generolecto, herramienta central para el análisis que desarrollaré aquí, aparece un artículo en este mismo volumen (ver “Los generolectos: una categoría útil para el análisis y para la política”). Sólo debo añadir algunas observaciones: en primer lugar, los trabajos y estudios en los cuales se basó Tannen para formular la teoría sobre los generolectos, se realizaron todos sobre la conversación cotidiana. Los textos que componen el corpus del presente estudio, en cambio, son documentos escritos en vez de orales. Esto, de por sí, implica una cierta adaptación, así como un carácter mucho más exploratorio y tentativo para este trabajo, que si se hubiera tratado del análisis de discursos orales. Sin embargo, antes de emprender la presente investigación, yo había realizado ya otro intento de emplear aspectos de esta teoría como herramienta de análisis de textos escritos, en particular, algunas obras narrativas de Virginia Woolf⁴. En ese trabajo creo haber comprobado que los hallazgos de Tannen y de otros analistas son aplicables al discurso escrito, al menos en sus características más amplias. (Para mayor facilidad en la lectura del presente artículo, sugiero revisar aquí el esquema que resume las características de los dos estilos discursivos de género o generolectos y que aparece en la página 37 de este libro).

Como vemos, las características aquí señaladas pueden existir en los discursos, ya sea que estos sean orales o escritos. Son estas características las que orientarán el análisis de los textos del corpus.

Además de la teoría sobre los generolectos, el análisis se basó en la teoría de los actos de habla desarrollada por John Searle⁵, a su vez fundamentada en la teoría de actos preformativos desarrollada por Austin⁶. Estos autores nos dieron una visión del papel pragmático del lenguaje, es decir, del lenguaje como acción. Al hablar o escribir, según estos autores, se *hacen cosas*, es decir, se entra en el campo de la praxis. No sólo esto, sino que además existen reglas en nuestra cultura que determinan qué acto se realiza cuando se cumplen determinadas condiciones. Así, por ejemplo, para que se cumpla el acto de *prometer*, es necesario que nos dirijamos a alguien para comprometernos a realizar una acción futura que la otra persona desea que se realice.

⁴ Véase Gabriela Castellanos “La mujer que escribe y el perro que habla. Nueva mirada al viejo problema de la escritura femenina”. En: *La mujer que escribe y el perro que habla. Ensayos sobre género y literatura*. (Cali: Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad, Universidad del Valle, 2004).

⁵ J. L. Austin, *How to do Things with Words*. (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1962).

⁶ John Searle. *Speech Acts. An Essay on the Philosophy of Language*. (Cambridge, England: Cambridge University Press, 1969).

De acuerdo a estas reglas, tácitas en nuestra competencia comunicativa, si la acción a la cual nos referimos ya se realizó en el pasado, no se trataría de una promesa; tampoco existiría promesa si la acción no es deseada sino temida por nuestro interlocutor o interlocutora (en ese caso, se trataría más bien de una amenaza); si la acción no será realizada ni influida por el hablante, sino por otra persona, o por fuerzas impersonales, tampoco podría hablarse de una verdadera promesa.

En el análisis desarrollado, me basé en mi propia competencia como hablante del español, y en mi conocimiento de la cultura lingüística colombiana, para determinar qué tipo de actos de habla se estaban realizando en los textos del corpus. Para este fin, adopté una serie de definiciones ad hoc, para los actos realizados. (Ver las definiciones, que necesariamente en esta etapa son tentativas, al final de este texto: *Anexos*). En tercer lugar, la presencia frecuente en los textos analizados de figuras retóricas (metáforas, símiles, personificaciones, ironías, etc.), me llevó a decidir y tomar en cuenta este factor. Fundamentalmente me interesé por los *vehículos* empleados, más que por el sentido mismo de las figuras. Así, por ejemplo, al decir: *colocar contra las cuerdas*, para significar poner a alguien en una situación de extrema desventaja, el vehículo es obviamente el boxeo. Tomando en cuenta los *vehículos* de las figuras, entonces, podemos examinar el *repertorio* retórico del autor o la autora, es decir, el tipo de seres o de actividades humanas a los cuales alude indirectamente al formular la figura.

En cuarto lugar, interrogué los textos sobre la presencia o ausencia de esa tendencia cultural señalada por Scott, a emplear las concepciones sobre los géneros para fines políticos, sobre todo en situaciones de guerra, describiendo a los copartidarios como viriles, mientras los adversarios aparecen caracterizados como femeninos. Por último, dada la tendencia de los medios de comunicación, señalada por múltiples autoras feministas, a invisibilizar a las mujeres, una interrogante sería saber si en los textos se visibiliza o no a esa mitad del género humano, ya sea mediante el uso de lenguaje inclusivo (aquel en el cual se alude a hombres y a mujeres, en vez de emplear el *masculino genérico*) o mediante la referencia a mujeres, especialmente en contextos donde tradicionalmente se les ha excluido.

Mi hipótesis de trabajo fue la siguiente: contrastando los actos realizados, así como los otros aspectos retóricos y comunicativos de las columnas escogidas, con las características de los generolectos femeninos y masculinos esbozadas anteriormente, se podría determinar si los textos están presentados en un estilo femenino o masculino. El propósito final era el de comparar y contrastar el uso de los estilos con el tratamiento dado a las temáticas de violencia y guerra, a fin de observar las posibles relaciones entre el género y las actitudes hacia estos temas.

ANÁLISIS: ACTOS DE HABLA

El texto que presentaremos a manera de ejemplo de cómo se realizó el análisis, es la columna de Salud Hernández-Mora, publicada en *El Tiempo* en su edición del 10 de octubre de este año, y titulada “¿Reabrimos el pasado? ‘Y tú también’”. (Ver texto completo en *Anexo I*). Ya desde el subtítulo nos encontramos con una pregunta que la autora nos dirige a sus lectores y lectoras, planteando el interrogante sobre la conveniencia o no de hurgar en un pasado que aparentemente ha quedado cerrado. El enigmático título no nos da mayores pistas; sólo al leer descubrimos que el tema de la columna es la conveniencia o no de crear Comités de Verdad en el proceso con los paramilitares. Esta disyuntiva aparece enmarcada en la controversia provocada por las declaraciones del presidente Uribe desde Miami, en las cuales comparó el proceso actual con el realizado durante la administración de Gaviria para cerrar la insurgencia del Movimiento M-19. La segunda parte del título se comprende al llegar al final de la comuna: se trata de un juicio negativo sobre una presunta tendencia de los colombianos (y en el contexto, fundamentalmente del presidente Uribe) a esquivar responsabilidades culpando al adversario de lo mismo que a ellos se les imputa (mediante una frase dirigida al adversario del tipo de *Tú también*). Desde el título, entonces, la autora es directa, un poco retadora, con tendencia a expresarse sin rodeos; es decir, no tiende al tono conciliatorio que en nuestra cultura se asocia con el generolecto femenino.

En la columna de Hernández-Mora podemos ver que los actos de habla realizados están en su mayoría relacionados con narrar (cinco actos (+ seis actos de narrar reportados dentro de una narración), explicar (tres actos), emitir juicios (trece), alegar (seis), formular principios generales (tres), recomendar (tres), contrastar u objetar (dos), comparar (uno), plantear disyuntivas (uno), suministrar datos (uno). No aparece en ningún momento expresión alguna de los sentimientos o posiciones subjetivas de la columnista, aunque sí hay auto-referencias (expresiones en primera persona), sobre todo en la narración. Encontramos cuatro alusiones a relaciones personales, tres a las relaciones entre las familias y las víctimas, y una a la relación entre Castaño y su padre.

En las metáforas, que son pocas, el vehículo es tomado de un deporte abrumadoramente masculino, como el boxeo, y de un funeral. En lo tocante a la visibilización de las mujeres, no encontramos ninguna, ni en la forma de lenguaje inclusivo (pues se usa el masculino genérico en todos los casos: “los desaparecidos”, los “muertos”, “los violentos”, “los etarras arrepentidos”, “los colombianos”), ni tampoco mediante referencias a mujeres concretas.

Por otra parte, si nos interrogamos sobre los valores, aspiraciones y temores que parecen hallarse subyacentes en el texto, podemos decir que parece valorarse tanto el éxito político y el logro de la paz, como las relaciones personales, en cuanto a las necesidades afectivas de las familias de las víctimas de la guerra. Se valora, también, el pedir perdón, como algo muy “*cotidiano*”, muy “*humano*”; en el generolecto femenino, efectivamente, aparece la valoración de la capacidad de pedir disculpas, mientras que en el masculino se hace difícil la admisión de responsabilidad personal y el ofrecimiento de excusas.

Como vemos, en las alusiones a relaciones personales y en su valoración podemos decir que encontramos en esta columnista algunos rasgos que nos permiten ubicar su discurso en el generolecto femenino. En otros aspectos, parecería que su uso del lenguaje se enmarcara dentro del generolecto masculino, pues la comunicación se emplea en la mayor parte de los casos para suministrar datos, o para ejercer un influjo sobre las opiniones o actitudes de los y las interlocutores/as, y no para referirnos al ámbito de las emociones o de las relaciones interpersonales. La visión del mundo que podemos extraer del texto es mixta: a la vez una clara conciencia de los aspectos jerárquicos y de lucha, propia del generolecto masculino, y una visión de las redes de relaciones personales que esperamos encontrar en el generolecto femenino.

Bien pensado, el hecho de que una columna de opinión escrita por una mujer sobre una temática relacionada con la guerra y la violencia, contenga elementos masculinos, no debe extrañarnos. Es evidente que los medios periodísticos fueron desde sus inicios manejados enteramente por varones, y que las mujeres sólo muy recientemente han tenido cabida en ellos. Además, la temática escogida, la violencia, es y ha sido patrimonio casi exclusivo de los hombres. Era de esperarse, por lo tanto, que las mujeres, al ingresar en este campo de acción textual, y versar sobre un tema viril, adoptaran al menos algunos elementos del estilo predominante en el medio, un estilo fuertemente masculino.

Los columnistas varones, también como era de esperarse, emplean un lenguaje muy masculino. En la columna de Rodrigo Pardo, por ejemplo, priman los actos tales como los juicios (once actos), la exposición, descripción, comparación, las conjeturas. Encontramos cuatro actos en los cuales el autor se expresa de modo personal (mediante el uso del *yo* y la auto-referencia), aun cuando lo hace para referirse a un estado mental (incertidumbre o incredulidad), no afectivo. En una ocasión expresa un deseo de modo impersonal, mediante la palabra *ojalá*. No encontramos ni una sola expresión de sentimientos, ni referencia alguna a relaciones personales.

Las figuras literarias son pocas, y nos remiten a actividades consideradas mayoritariamente masculinas en nuestro medio, como el billar y el salto de garrocha. En cuanto al sistema de valores implícito en el texto, se hace hincapié en el éxito y el fracaso, con palabras como “logró todo l o contrario”, “no funcionó”, “sus rivales”, etc., que nos remiten a una visión masculina del mundo como una lucha por alcanzar el éxito y evitar el fracaso.

En el caso de Antonio Caballero, encontramos actos como los juicios directos (siete), la ilustración de un juicio por medio de la narración y la cita (nueve) y la evaluación (tres), así como actos de constatación (uno), de descripción (uno), comparación (dos), formulación de principio general (uno), predicción (dos), y conjetura (uno). No aparece ninguna expresión de emociones: no hay ninguna expresión directa de sentimientos ni apreciaciones personales del autor. No se alude a relaciones personales. En el estilo sui generis de Caballero, entre las figuras literarias empleadas encontramos un alto número de hipérbolos y paradojas. Las metáforas son todas referidas al mundo animal. La visión del mundo político es la de una lucha sin cuartel, una rivalidad a ultranza entre adversarios en un universo radicalmente viril; al mismo tiempo, como veremos, esta misma característica aparece juzgada como negativa. Sin embargo, no aparece ningún elemento de valoración de lo personal, de lo afectivo, de lo íntimo, que sería propia de un generolecto femenino.

En el texto de Fernando Londoño encontramos actos que representan juicios, ya sean éstos negativos o positivos. Los actos más frecuentes son las acusaciones (once actos), seguidas por los elogios (seis actos), recomendaciones (cuatro), predicciones (dos), advertencia (uno), comparación (uno), reconocimiento (uno), alarde (uno), explicación (uno), formulación de principio general o máxima (uno), afirmación (uno), repudio (uno). No aparece ninguna expresión directa de sentimientos personales del autor, ni referencia a relaciones personales. Las metáforas son abrumadora, casi exclusivamente, guerreras, pues nos remiten a fortalezas, trincheras, sangre derramada, batallas, etc. Este mismo hecho nos permite concluir que se valora la lucha por el éxito y la evitación del fracaso (características propias del generolecto masculino) por encima de cualquier otra consideración.

Ahora bien, si examinamos la columna de María Isabel Rueda, vemos un estilo aún más próximo al generolecto masculino que el de Salud Hernández-Mora. De los actos realizados, los más repetidos son los juicios positivos o elogios (seis), seguidos por los de narrar y citar (cinco), las recomendaciones (cuatro), los retos (cuatro), la reducción al absurdo: (tres), las conjeturas (dos), las concesiones (dos), y uno de cada uno de los actos siguientes: reconocimiento, interrogación, constatación de un hecho, comparación, expresión de sentimientos personales (deseo), e insinuación de juicio negativo.

Los tres actos que he denominado *reducción al absurdo*, y que podrían parafrasearse como “¿Y qué querían ustedes que hiciera Luis Carlos Restrepo?” pueden también considerarse como tipos especiales de retos al lector o lectora, lo cual elevaría el número de retos a 7. Como vemos, el estilo es de confrontación, de desafiar a sus interlocutores. Existe un acto de expresión de deseo, mediante el uso de la palabra “ojalá”, pero se trata de una expresión impersonal, donde no aparece explícitamente involucrada la escritora. No encontramos ninguna auto-referencia, ni alusiones a relaciones personales, ni vemos tampoco intento alguno por visibilizar a las mujeres. Se emplea el masculino genérico a lo largo del texto (“los paramilitares”, “tranquilos”, “intranquilos”).

De no haber incluido finalmente en el corpus la columna de Florence Thomas, hubiera llegado a la conclusión, a partir de esta breve muestra, de que la expresión de emociones era antitética a las columnas de opinión, y que el generolecto masculino primaba en ellas. En el texto de Thomas vemos, por el contrario, dos expresiones de propósito de la autora, cuatro actos de expresión directa de sentimientos personales, y cuatro preguntas que funcionan en el contexto como protestas o reclamos, como expresión de dolor ante situaciones de violencia interpersonal, o de relaciones de amor destructivas, para un total de 10 actos que enfatizan la afectividad. Aparecen también cinco citas, siete actos de formulación de principios generales o máximas, y uno de cada uno de los siguientes actos: narración, aclaración, descripción, narración de acto hipotético, y definición. Hay treinta y dos referencias a relaciones personales, mediante palabras como amar, deseo, amor, venganza, celos, etc., y seis auto-referencias. Los vehículos empleados en las metáforas nos remiten al cuerpo, a fluidos vitales, a la piel, al lenguaje, a hechos de la vida cotidiana. La valoración evidentemente es de lo interpersonal, del amor, de la intimidad, de la ternura, todas ellas indicativas de que estamos ante una visión del mundo y un sistema de valores decididamente femeninos. Hay en el texto, además, una obvia intención de visibilizar a las mujeres, nombrándolas, hablando de su cuerpo como “territorio de paz”, empleando lenguaje inclusivo (“Ministra de Educación”, “poetas, hombres y mujeres”).

Lo que Thomas hace en esta columna es algo que creo sin precedentes en las columnas de opinión en el periodismo colombiano, por lo menos hasta donde yo lo conozco: ni más ni menos que la incorporación de un generolecto femenino al lenguaje periodístico.

EL USO DEL GÉNERO COMO SÍMBOLO DE PODER

Como señalamos anteriormente, una de las observaciones más interesantes de Scott ha sido detectar el género como un símbolo de dominación o de debilidad en el discurso político, generalmente al acusar al adversario de feminidad. Encontramos tres instancias de este uso en los seis textos incluidos en el corpus.

En primer lugar, tenemos un muy curioso y altamente masculinista empleo simbólico del género en la columna de María Isabel Rueda. Su columna no es en el fondo otra cosa que una defensa apasionada de Luis Carlos Restrepo, en un momento en que había sido acusado de hacer demasiadas concesiones a los paramilitares en las negociaciones que conducía con ellos. Para realizar su defensa, Rueda nos dice que en las grabaciones de diálogos entre Restrepo y Mancuso filtradas a la prensa ella descubre “un Luis Carlos Restrepo mucho menos ‘zafado’ y mucho más serio de lo que parecía a primera vista”. Aunque la autora no explica en este párrafo en qué se basaba su primera impresión del negociador como “zafado” y poco serio, nuestro conocimiento de los antecedentes nos permite inferir que se trata de una referencia al libro de Restrepo, *El derecho a la ternura*, en el cual argumentaba a favor de una masculinidad a la cual no le quedarán vedados los sentimientos tiernos. Debido a la publicación de este libro, que representó evidentemente un reto a la masculinidad tradicional, a Restrepo se le comenzó a llamar peyorativamente en la prensa “el doctor Ternura”; de allí el título de la columna de Rueda “El doctor ‘Berraco’”. (Esta interpretación se ve confirmada posteriormente, como ya veremos). En otras palabras, reclamar una masculinidad más sensible es para Rueda sinónimo de ser “zafado y poco serio”. Pudiéramos entonces preguntarnos si la falta de seriedad y de cordura de la cual “a primera vista” podría acusarse a Restrepo, según Rueda, se debe a que este autor defiende una cualidad culturalmente juzgada como femenina, o si, más bien, se trata de una sospecha de Rueda de que Restrepo adolece de falta de hombría; en otras palabras, de un estilo peligrosamente *gay*. En mi opinión, si todo lo anterior se confirma en el resto del texto, se justificaría pensar que el juicio de Rueda se basa tanto en una subvaloración de lo femenino como en una cierta tendencia homofóbica. Esta opinión se ve refrendada posteriormente, cuando Rueda narra como un hecho positivo el grito y el puñetazo sobre la mesa de Restrepo ante Mancuso, dos gestos no sólo viriles sino además de una cierta violencia expresiva. Además, en su defensa de Restrepo, la columnista nos dice que la transcripción de los casetes permitió “demostrar que el Comisionado es ‘un berraco’, perdonarán las señoras”. Esta expresión es interesante por varias razones: primero, porque se trata de un elogio en sí masculinista, que nos

refiere a cualidades de alta virilidad; segundo porque las razones del elogio se encuentran, como ya dijimos, en el grito y el puñetazo; y tercero porque la autora utiliza un recurso retórico muy común en Colombia, consistente en excusarse irónicamente por emplear expresiones viriles, con lo cual se implica un juicio peyorativo sobre el exceso de delicadeza del discurso de las damas⁷. Es curioso que sea una mujer quien adopta este recurso, ya que al hacerlo se coloca por fuera de la categoría de las señoras. En nuestra cultura, una mujer que no es una señora, puede ser o bien una señorita o bien una prostituta; podemos suponer sin temor a equivocarnos que Rueda no tiene interés en ser clasificada ni como lo uno ni como lo otro. Por lo tanto podemos deducir que la implicación es que Rueda, siendo mujer, no comparte ciertas tendencias de sus congéneres, tendencias que ella juzga ridículas. En otras palabras, la columnista espera que se piense de ella que en ciertos aspectos parece un hombre, y considera que tal juicio es un elogio.

Finalmente, Rueda concluye que “el ‘doctor Ternura’ ... es menos tierno de lo que parece o de lo que lo han querido acusar”, confirmando nuestra impresión inicial de que para ella la ternura es una debilidad, puesto que considera que ser juzgado “tierno” es una acusación. Como vemos, la columnista comparte la visión sexista de muchas personas en nuestra cultura de que lo femenino es sinónimo de débil, es decir, inferior.

La segunda instancia de la atribución de cualidades femeninas como denigrantes la encontramos en la columna de Rodrigo Pardo. Este columnista, refiriéndose al mismo hecho que motivó la columna de Salud Hernández-Mora, las declaraciones de Uribe desde Miami, esboza tres hipótesis sobre las motivaciones del presidente, y finalmente parece inclinarse por la tercera hipótesis, que él mismo llama “ingenua”: la de que se trató de una falta de control de Uribe. Según Pardo, el exabrupto puede deberse a que “se le volvió a salir ese demonio interno que más de una vez se le ha rebelado al yoga y a las goticas homeopáticas”. Curiosamente, según Pardo, esta falta de dominio de Uribe sobre sus propias emociones tiene visos a la vez de exceso de virilidad (“demonio interno”) y de una cierta tendencia a la feminidad, como se insinúa en la referencia a las “goticas homeopáticas”, que no son precisamente sinónimo de “hombre de pelo en pecho”.

⁷ Por otra parte, este recurso retórico de emplear una palabra del vocabulario cotidiano, coloquial, y excusarse inmediatamente por hacerlo añadiendo irónicamente “como dicen las señoras”, tiene un ilustre antecedente nada menos que en Platón, como lo constató Luce Irigaray al elaborar su catálogo de alusiones a la mujer en los *Diálogos* (Véase *Los diálogos, Espéculo de la otra mujer*. (Madrid: Akal, 2007).

Por otra parte, Pardo sugiere simultáneamente que la declaración de Uribe es una muestra de exceso de impulsividad, y una jugada calculada y astuta, producida, posiblemente, en respuesta a las acusaciones de Petro “sobre vínculos de políticos con los paramilitares”. El presidente Uribe habría lanzado estas declaraciones como una “cortina de humo para eclipsar el incómodo tema de la paramilitarización del país, suscitado por los informes de *El Tiempo* y otros medios”. Esta segunda hipótesis lo lleva a plantear que surgen “preocupantes dudas sobre la tolerancia” del Primer Mandatario.

Sin embargo, en la conclusión Pardo retoma el tono *light*, jocoso, de la acusación de falta de control, y nuevamente emite una velada imputación al presidente Uribe de que su actuación tiene visos de feminidad, diciendo: “si lo que viene son seis años de peleas lanzadas a diestra y siniestra desde el Palacio de Nariño, lo mínimo que se podría decir sobre este país –ahora que Almodóvar se ha vuelto a poner de moda– es que viviremos al borde de un ataque de nervios”. Recordemos que el título completo de la película de Almodóvar a la que se refiere Pardo es *Mujeres al borde de un ataque de nervios*, y que la razón por la cual este cineasta está “de moda” es por la película sobre pedofilia y amores homosexuales que se exhibía por esos días (*La mala educación*). Una vez más, se unen tanto la homofobia como la subvaloración de las mujeres para usarlas como armas contra un adversario político.

En tercer lugar, tenemos la columna de Caballero, en la cual el uso del género para devaluar al contendor político es realmente original. Mientras Scott se refirió al uso discursivo de la masculinidad para legitimar la autoridad y el poder de gobiernos emergentes como el jacobino en la Revolución francesa, el estalinista en Rusia, el del Ayatollah en Irán, lo que hace Caballero es exactamente lo opuesto: emplear la masculinidad para devaluar a los candidatos presidenciales en Estados Unidos. Según el columnista, “macho” es sinónimo de bestia destructiva. Su tesis es que la contienda electoral en Estados Unidos en 2004 se basó en demostrar quién, Bush o Kerry, podía ser más violento, menos inteligente, “más macho en el sentido más torpe y primitivo de la palabra ‘macho’: el que muestre que tiene los cojones más grandes”. Esta competencia, según Caballero, puede caracterizarse así: “a quien se está eligiendo para ese cargo de trascendencia histórica a escala planetaria no es al candidato que parezca mejor, sino al que parezca peor, al que demuestre que es el más bruto de los dos”.

En realidad, continúa el columnista, “cada cual es tan bestia como el otro, o más, y por añadidura ambos se jactan de su bestialidad para cortejar a unos votantes que son todavía, si cabe, más bestias que ellos mismos”.

La razón ofrecida para este juicio es que tanto los dos candidatos como los electores y la prensa misma valoran como la cualidad más preciada en un candidato el

querer ganar la guerra, cuando lo que importa (para los Estados Unidos y para el mundo) es no perder la paz.

Y es la paz lo que están perdiendo los norteamericanos con sus guerras de Afganistán y de Irak, donde su intervención de machos ha tenido resultados catastróficos. Todo es peor allá ahora que antes, tanto para la tranquilidad de los habitantes locales como para el equilibrio general de una inmensa región del mundo.

Para Caballero, tanto Bush como Kerry no hacen más que seguir el ejemplo nefasto de “ese otro macho-macho que es el primer ministro de Israel Ariel Sharon, verdadero inventor de la doctrina Bush-Kerry de matar al que se mueva, con sospecha o sin ella”. El resultado es que los estadounidenses “están también perdiendo la paz... en lo geográfico, en lo ideológico y en lo cultural”. El columnista termina acusando a Israel y a su Primer Ministro en esos momentos de ser “los responsables últimos del remolino de odio y guerra en el cual se está precipitando el mundo”.

El columnista enjuicia y acusa al machismo de tender hacia el odio y la destrucción, pero, como vimos anteriormente, no ofrece ninguna alternativa, ya que su columna ni visibiliza a las mujeres, ni deja de excluirlas mediante el lenguaje. Sin embargo, tiene el indudable mérito de la originalidad, al revertir la costumbre milenaria de usar la devaluación de la feminidad para fines políticos.

CONCLUSIONES

Todo lo anterior confirma la idea de Tannen de que el sexo no necesariamente coincide con el generolecto, ni mucho menos con la defensa de los derechos de las mujeres: ha sido una mujer, María Isabel Rueda, quien, con mayor apego al saber convencional, empleó la subordinación de las mujeres como herramienta simbólica para legitimar el poder guerrero de un varón. Ha sido un varón, Antonio Caballero, quien denigró del machismo para pregonar la importancia de la paz, mediante una diatriba contra el discurso político jerarquizante y embrutecedor observado en una contienda electoral en Estados Unidos.

Por otra parte, nuestros análisis indican que el generolecto masculino es predominante en las columnas de opinión, al menos en las que tienen por tema la violencia y la guerra. Una de las columnistas, Salud Hernández-

Mora, combina algunos elementos del generolecto femenino con un estilo que parece básicamente masculino. Sólo una autora, Florence Thomas, logra producir una columna donde predomina el generolecto femenino para hablar sobre el amor sin violencia. Aunque, como ya se dijo, el predominio del generolecto masculino en la práctica periodística no debe extrañarnos, sí debería ser materia de reflexión en las facultades de comunicación social del país.

En cuanto a la relación entre los generolectos y los actos de habla empleados, sin olvidar que estamos ante una pequeñísima muestra que no nos permite generalizar, podemos señalar algunas tendencias particulares, que deberán ser estudiadas a mayor profundidad y en mayor extensión posteriormente. En primer lugar, podemos señalar que en todos los textos del corpus priman actos que dan cuenta del mundo exterior en términos objetivos, sin que el escritor o la escritora hagan énfasis en lo relacional ni en las emociones. En cuanto a las referencias a lo interpersonal, su mayor incidencia la encontramos en la columna de Florence Thomas, la más permeada por el generolecto femenino, aunque también se muestra una valoración de las relaciones familiares en el texto de Salud Hernández-Mora.

En cuanto a las actitudes de los y las columnistas, quiero subrayar el hecho de que las más favorables hacia la violencia en las columnas estudiadas se encontraron en un hombre y una mujer, Fernando Londoño y María Isabel Rueda, y las más favorables a la paz aparecieron también en sendos textos escritos por una mujer y un hombre, Florence Thomas y Antonio Caballero. En esta muestra, que obviamente no tiene valor estadístico, las actitudes hacia la guerra y la paz no siguen las líneas de demarcación entre los sexos.

Sin embargo, el hecho de que fueran dos columnistas mujeres, Thomas y Hernández-Mora, quienes mostraron mayor tendencia al generolecto femenino, parecería indicar que, en la medida en que se incorporen más mujeres a la escritura de columnas de opinión, habrá una mayor posibilidad de encontrar instancias más frecuentes de un estilo femenino que actualmente parece tener poca cabida en el género periodístico.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

ANEXO I EL CORPUS

PRIMERA COLUMNA: ACTOS DE HABLA REALIZADOS ¹

¿Reabrimos el pasado? 'Y tú también'

Por: **Salud Hernández-Mora** (*El Tiempo* - Bogotá, octubre 10 de 2004)

La última vez que entrevisté a Carlos Castaño, le pregunté si aceptarían una Comisión de la Verdad, al estilo de las creadas en Chile y Sudáfrica. [*Informar, narrar anécdota*]. Más que satanizar o llevar ante los tribunales a sus comandantes, el objetivo sería que aceptaran sus crímenes, señalaran fosas y permitieran que las familias de las víctimas conocieran lo ocurrido. [*Explicar: en qué consistiría Comisión de Verdad*]. Recordé, por ejemplo, a los siete agentes del CTI desaparecidos en el Cesar hace seis años, a quienes sus familias siguen buscando ante la indiferencia general [*Ejemplo de búsqueda de desaparecidos por parte de sus familias*]. ('Jorge 40' niega haber dado la orden de matarlos, [*Narrar: negativa de Jorge 40 sobre su responsabilidad*]. aunque todo apunta hacia él) [*Objeción de la columnista ante esta negativa*].

Primero dijo que no. [*Narrar: negativa de Carlos Castaño a posible Comisión de Verdad*]. Pensaba que las ONG y algunos países europeos utilizarían la Comisión para "calumniar" a miembros de los cuerpos de seguridad del Estado, mientras ignoraban los crímenes de la subversión. [*Explicación de la negativa: sospechas de parcialidad de ONGs y países europeos*]. "Yo los míos los confesé", afirmó. "Pero qué tal unos confesando lo que hemos hecho y la guerrilla posando de mártir". [*Narrar: enunciado de Castaño: comparación entre su confesión y actitud de la guerrilla*].

Terminó diciendo que podrían aceptarla, [*Narrar: posible aceptación de Castaño de comisión de la verdad*]. aunque no estaba convencido de que fuera una buena idea. [*Expresión de dudas*]. Siempre veía una intención perversa hacia ellos y otra de complacencia hacia la guerrilla. [*Columnista: hipótesis o conjetura sobre la percepción de Castaño*].

Tuve la impresión, además, de que no concedía importancia a la necesidad de las familias por conocer el destino de los desaparecidos, y que para él esos muertos, la mayoría anónimos, eran historia pasada. [*Conjetura sobre actitud de interlocutor*]. Por eso sorprendía que aún soñara con dar con el paradero del cadáver de su papá. [*Juicio: señala contradicción en Castaño*].

¹ Después de cada frase u oración, en esta columna como en las que siguen, aparece el acto de habla realizado entre corchetes.

Es evidente que las sociedades pasan página y olvidan, pero las víctimas directas de los conflictos no lo hacen; [*Comparación entre actitud de sociedades y de familiares de víctimas ante perdón y olvido*] ellos merecen una respuesta a sus interrogantes y algún tipo de reparación. [*Formulación de principio general*].

En España se debatió en su día algo tan simple como si los etarras “arrepentidos” deberían pedir perdón por sus crímenes antes de obtener el indulto. [*Narra proceso de indulto a “etarras” en España*]. Como los partidos nacionalistas vascos se oponían y casi todos los demás eran entonces pusilánimes frente al terrorismo, optaron por conceder la medida de gracia sin exigirles [*Narración y juicio*] algo tan cotidiano, tan humano, como pedir perdón. [*Formulación de principio general*]. Aunque aquello fue un error, [*Juicio*] no creo que nadie comprendiera que Aznar, antes, o Zapatero, ahora, reabrieran los casos de indultados y les colocaran contra las cuerdas. [*Juicio e hipótesis: rechazo general en España en caso hipotético*]. Cuando un país decide hacer concesiones a los violentos en aras de un futuro mejor, hay que respetarlo, [*Formulación de principio general: respeto debido a procesos de paz del pasado*] y en ese sentido es irresponsable que un Jefe de Estado, aunque muchos de sus votantes coincidan con él, [*Objeción o contraste (incrustado): votantes de acuerdo con Uribe*] arremeta contra un proceso de paz y unas personas que son un ejemplo para Colombia y para otras naciones. [*Juicio a Uribe*].

Ya quisiera yo que los etarras “arrepentidos” se parecieran a Navarro, a Valencia o a Patiño, que encarnan las bondades de la reconciliación. [*Comparación entre “etarras arrepentidos” y “emes” como Navarro, Valencia o Patiño, juicio favorable a los segundos*]. Cuentan con el respeto general [*Calificación*] y por esa razón no deberían contestar a las provocaciones presidenciales sugiriendo boberías como devolver el indulto, como si se lo hubiera concedido Uribe y no sus compatriotas. [*Recomendación –Juicio negativo de su respuesta a “provocaciones presidenciales”*]. O cantando el himno del M-19, olvidando que esas siglas causaron mucho dolor de forma injustificable y que sus víctimas merecen un respeto. [*Calificativo de insensibilidad al dolor de las víctimas del M-19 al cantar su himno*]. En todo caso, la disputa reabre el debate sobre si se deben crear Comités de la Verdad o si es mejor echar tierra sobre los horrores. [*Planteamiento de disyuntiva polémica: comités de Verdad o no*].

Los comités tropiezan con eso tan colombiano del “Y tú también”, [*Argumentos contra Comités de Verdad: argumento 1. Juicio negativo de un aspecto de la idiosincrasia colombiana*] con la falta de personalidades que gocen de credibilidad ante todas las partes para integrarlos [*Argumento 2: juicio negativo: ausencia de personalidades capaces de integrar*] y con la escasa distancia histórica de los hechos. [*Argumento 3: constatación de un hecho: cercanía histórica de los hechos*]. Así mismo, con que las FARC, el ELN y el Estado no parecen dispuestos a que se creen otros comités específicos para ellos.

[Argumento 4: conjetura: otros actores (guerrilla, Estado), no quieren Comités de Verdad sobre ellos]. Y echar tierra siembra resentimientos imborrables. [Argumento en contra de no tener Comités de Verdad: formulación de principio general].

Mejor dicho, conformémonos de momento con pedir a las AUC que señalen fosas ante organismos independientes, para que al menos algunas familias descansen. [Recomendación de conformidad]. Y trabajemos por esos Comités, tan necesarios. [Recomendación de continuar trabajando por Comités de Verdad].

PD: sabrosa rumbita la de Piedad y los “socialistas” del PL. [Juicio negativo]. Ciento veinte millones en trago y baile en un país de 22 millones de pobres. [Informar: suministrar datos]. Encomiable. [Censura irónica a Piedad Córdoba y al Partido Liberal].

Relación de actos de habla:

Por Salud H.-M:	Por Carlos Castaño (actos narrados):
Narrar: siete	Negar: uno
Explicar: tres	Explicar: uno
Conjeturar: tres	Comparar: uno
Emitir juicio: trece	Aceptar: uno
Comparar: uno	Expresar duda: uno
Contrastar u objetar: dos	
Formular principio general: tres	Por Jorge 40 (acto narrado):
Plantear disyuntiva: uno	Negar: uno
Alegar: seis	
Recomendar: tres	
Suministrar datos: uno	

Referencias personales:

- Auto-referencias de la columnista: cuatro
- Alusión a relaciones personales:
- Entre familiares y las víctimas: tres
- Entre Castaño y su padre: uno
- Expresión de sentimientos de la columnista: cero

Análisis de la relación género-poder:

- Visibilización de las mujeres: cero
- Lenguaje inclusivo: cero

Observaciones adicionales: prosa económica y ágil: muchos actos de habla en corto espacio.

Figuras literarias y recursos retóricos:

“Colocar [a los indultados] contra las cuerdas”: [metáfora cuyo vehículo es el deporte del boxeo].

“Echar tierra sobre los horrores”: [metáfora, vehículo el acto de enterrar].

“Echar tierra siembra resentimientos imborrables”: [metáfora, vehículo la acción agrícola de sembrar].

“Sabrosa rumbita”: [Minimización irónica].

SEGUNDA COLUMNA: ACTOS DE HABLA REALIZADOS**El reencuentro sin violencia. El analfabetismo del amor**

Por: **Florence Thomas** (*El Tiempo*, septiembre 22 de 2004)

¿Por qué el cuerpo de las mujeres tuvo que construirse a lo largo de los siglos como un territorio de guerra para los hombres cuando debería ser el primer territorio de paz? [*Pregunta (y Protesta)*]. ¿Por qué a veces circula tan violentamente el deseo? [*Pregunta (y Protesta)*] ¿Por qué no hemos aprendido a amar? [*Pregunta (y Protesta)*] ¿Y por qué el amor es tan escaso y el deseo tan violento? [*Pregunta (y Protesta)*] ¿Qué les habrá hecho la vida a estos hombres para buscar una compensación en un acto que casi siempre mata, sin que lo sepan, lo que más aman? [*Pregunta (y Protesta)*].

Hoy no tengo respuestas y frente a este malestar sólo pude volver a las canciones de amor. [*Expresión de desconcierto y tristeza. Narración*]. Pero no las que hablan de venganzas, de posesión, de chantajes, de traiciones. [*Aclaración*]. No. Prefiero las que nos siguen cantando lo difícil de amar, lo difícil de aceptar el misterio del otro, de la otra, lo complejo de aceptar nuestra fragilidad frente a la imposibilidad de la posesión en el amor. [*Expresión de preferencia personal*]. Prefiero volver a escuchar la canción desesperada de Jacques Brel titulada *Ne me quitte pas*, que canta también Miguel Bosé, o la de Georges Moustaki: [*Expresión de preferencia personal*]. “esta noche, mi amor, ya no te amo”, [*Cita*] o algunas tan bellas de Joan Manuel Serrat, canciones todas que gritan el desespero pero a la vez la resignación frente a una posible separación, a un duelo de amor. [*Expresión de preferencia. Descripción*]. “Te amé tanto que hasta tu ausencia es dulce y sé contigo que he vivido para conocer el amor”. [*Cita*]. ¿Qué hacer para enseñar a amar sin amargura, sin revancha, sin odios ocultos en un lejano pasado? [*Pregunta (y Protesta)*]. ¿Qué hacer para que entendamos que el cuerpo y la piel se dejan explorar pero que la historia y la memoria de cada cual son impenetrables? [*Pregunta (y Protesta)*].

Si fuera la Ministra de Educación pondría el amor como materia obligatoria en los once cursos de los colegios. [*Propósito*]. Once cursos sobre el amor. Empezaría por el enamoramiento, que es, como dice Francesco Alberoni, la aparición de lo extraordinario. [*Definición (cita)*]. Seguiría con el amor que se instala en la duración: una prueba de fuego, pasaría por los estragos del amor, la rutina, los celos y el poder que nos enferma y terminaría con una pedagogía del duelo. [*Propósito*].

Desde que inventamos esta extraña manera de construirnos y de generar memoria, el amor está siempre ahí para recordarnos nuestra fragilidad, nuestra humanidad.

Es la función del amor. Todos los grandes poetas, hombres o mujeres, lo han expresado de mil maneras; las más grandes historias de amor siempre han sido las que tienen una muerte anunciada. [*Formulación de principios generales o máximas*].

El amor, éste que se revela como un cataclismo súbito, como una revolución, como una ruptura con todo lo conocido, siempre está ahí para que podamos decir un día: “esta noche, amor mío, ya no te amo”. Por eso siempre hay que decir: esta noche, amor mío, lo único que puedo decirte es gracias por este encuentro que me dio la posibilidad de crecer, de madurar, que me hizo más humana. [*Narración de un acto hipotético*]. Pero no más. Sí, el amor es una fuerza tan extraordinaria que me debe permitir decir un día: no más; sin reclamos, sin saldar cuentas con el otro, con la otra, cuentas que sólo nos comprometen con nuestra historia y nuestros fantasmas. [*Formulación de principios generales o máximas*].

Frente al analfabetismo de las gramáticas del amor y del deseo, los umbrales entre violencia y un erotismo humanizado son frágiles. [*Formulación de principios generales o máximas*]. Sólo nuevas éticas del amor capaces de romper la doble moral imperante en los afectos podrán construir otras maneras de encontrarnos en medio del deseo sin tanta violencia. [*Formulación de principios generales o máximas. Protesta*]. Porque en el fondo, y como nos lo recuerda Georges Moustaki con su desesperado canto, “quién de entre nosotros nunca ha violado a alguien, por no hablar de estas pequeñas violaciones mezquinas que hacen parte de nuestra vida cada día [...] y si hay que señalar a un culpable, todos seremos condenados”. [*Cita. Formulación de principios generales o máximas*].

Resumen de actos realizados:

Preguntas: siete. Protestas: siete. Expresión de propósito: dos.
Actos de expresión directa de sentimientos personales: cuatro.
Citas: cinco. Narración: uno. Aclaración: uno. Descripción: uno.
Narración de acto hipotético: uno. Definición: uno.
Formulación de principios generales o máximas: siete.

Análisis de la relación género–poder:

Visibilización de las mujeres: alusión directa o indirecta a mujeres: cuatro.
Uso de lenguaje incluyente: dos.

Referencias personales:

Referencias a relaciones personales (amor, amar, deseo, venganza, celos, etc.): 32.

Auto-referencias: seis.

Figuras literarias y recursos retóricos:

El analfabetismo del amor (título). [*Metáfora: analfabetismo como incapacidad afectiva*].

“¿Por qué el cuerpo de las mujeres tuvo que construirse a lo largo de los siglos como un territorio de guerra para los hombres cuando debería ser el primer territorio de paz?”. [*Metáfora: cuerpo como territorio*]. “¿Por qué a veces circula tan violentamente el deseo?” [*Metáfora: deseo como moneda o fluido vital*].

“¿Qué les habrá hecho la vida [*Personificación: la vida como agente*] a estos hombres para buscar una compensación en un acto que casi siempre mata, sin que lo sepan, lo que más aman?” [*Metáfora: muerte como destrucción afectiva*].

“Prefiero volver a escuchar la canción desesperada de Jacques Brel titulada *Ne me quitte pas*, que canta también Miguel Bosé, o la de Georges Moustaki: “esta noche, mi amor, ya no te amo”, [*Paradoja*]. “¿Qué hacer para que entendamos que el cuerpo y la piel se dejan explorar pero que la historia y la memoria de cada cual son impenetrables?” [*Metáfora: cuerpo y piel como territorios*].

“Seguiría con el amor que se instala en la duración: [*Metáfora: amor como un objeto instalable, duración como lugar*] una prueba de fuego, pasaría por los estragos del amor, la rutina, los celos y el poder que nos enferma y terminaría con una pedagogía del duelo. [*Metáfora: reflexión sobre amor, rutina, celos, poder como un recorrido*].

“Todos los grandes poetas, hombres o mujeres, lo han expresado de mil maneras; las más grandes historias de amor siempre han sido las que tienen una muerte anunciada”. [*Alusión literaria*].

“El amor, éste que se revela como un cataclismo súbito, como una revolución, como una ruptura con todo lo conocido”, [*Símiles: vehículos de la geología, de la política, de las relaciones personales*] siempre está ahí para que podamos decir un día: ‘esta noche, amor mío, ya no te amo’”. [*Paradoja*].

“Frente al analfabetismo de las gramáticas del amor y del deseo [*Metáfora: amor y deseo como lenguajes*], los umbrales entre violencia y un erotismo humanizado son frágiles” “Porque en el fondo, y como nos lo recuerda Georges Moustaki con su desesperado canto, ‘quién de entre nosotros nunca ha violado a alguien’, por no hablar de estas pequeñas violaciones mezquinas” [...]. [*Metáfora: crueldades como violaciones*].

TERCERA COLUMNA: ACTOS DE HABLA REALIZADOS

El doctor 'Berraco'

Por: **María Isabel Rueda** (Revista *Semana* - 2 de octubre de 2004)

Qué es lo que pretendemos: ¿que el Comisionado hable con las autodefensas y les diga que la extradición es ineludible?

La avalancha periodística del fin de semana contra la paramilitarización del país y las grabaciones en las que supuestamente el comisionado Luis Carlos Restrepo ofrece negociar la extradición en nombre del Presidente deben analizarse con menos pasión y con más pragmatismo. *[Recomendación]*.

Primero, puede ser cierto que el paramilitarismo ha aumentado en el país. *[Concesión]*. Pero observar al Ejército perseguir encarnizadamente al Bloque Centauros de las autodefensas indica que aquí la guerra contra los paras continúa *[Reconocimiento]* paralelamente con un difícil, extraño y sui generis proceso de paz *[Descripción]* que se va escribiendo cada día que transcurre en Ralito, porque sobre eso no se han escrito textos ni hay profesores en la materia. *[Constatación de un hecho (insinuación de disculpa o alegato a favor de quienes conducen proceso)]*.

Segundo, las versiones de prensa sobre las grabaciones escandalizan más que la lectura de su texto completo. *[Comparación]*.

¿Cuál fue el pecado del comisionado Restrepo? *[Interrogación]*. Ponerse en los zapatos de las autodefensas y hablarles de lo que a ellos más les preocupa: la extradición y la Corte Penal Internacional. *[Juicio positivo]*.

De la lectura de la transcripción de las grabaciones de *Semana* a mí me surge un Luis Carlos Restrepo mucho menos 'zafado' y mucho más serio de lo que parecía a primera vista. *[Juicio positivo]*. ¿De qué lo estamos acusando? *[Reto]*.

De decirles claramente a las autodefensas que el Presidente ha dicho: "No puedo modificar la extradición porque esto se me convierte en un problema internacional inmanejable". *[Narración y cita (juicio positivo implícito)]*.

¿Cierto, o no? *[Reto]*.

De decirles lo que Uribe piensa sobre sus facultades en el tema de la extradición: "Yo uso mi discrecionalidad como Presidente. De hecho se está usando para contener el asunto. Si eso no es posible digan expresamente. No nos movilizamos". *[Narración y cita (juicio positivo implícito)]*.

¿Cierto, o no? *[Reto]*.

De explicarles a las autodefensas que la Corte Penal Internacional sólo cobijará aquellos delitos que no hayan sido enjuiciados en el país respectivo. "El hecho de que el gobierno ofrezca un proyecto de ley que contempla una pena privativa de la libertad bloquea la posibilidad de la jurisdicción internacional". *[Narración y cita (juicio positivo implícito)]*.

¿Cierto, o no? *[Reto]*.

Dejando a un lado el idealismo y volviendo al pragmatismo, hay que entender que en los tres puntos anteriores las autodefensas no están pensando dentro de los cánones de la justicia sino en sus propios intereses. *[Recomendación]*. ¿Qué pasa si viene un presidente después de Uribe y los extradita? *[Conjetura (cita hipotética del pensamiento de las autodefensas)]*. ¿Qué pasa si después de Uribe terminan en manos de un Baltasar Garzón como Pinochet o Milosevic? *[Conjetura (cita hipotética del pensamiento de las autodefensas)]*.

Y más adelante en las grabaciones viene la pelea con Mancuso, en la cual el Comisionado se muestra más serio que nunca: “¿O sea que todos los que quieran llegar a la zona tienen que pasar por su filtro?” *[Narración y cita]*. Le dice Mancuso enfurecido a Restrepo. Suena el puño del Comisionado en la mesa y contesta Restrepo: “¡Yo tengo el mando de la zona y yo digo quién tiene que entrar!”. *[Narración y cita]*.

Esta última frase obedece a que el Comisionado es consciente hoy de que en la entrega de los paramilitares se han colado delincuentes callejeros y narcotraficantes extraditables. *[Concesión]*. Pero sin texto previamente escrito, y sin profesores en la materia, este es el tipo de errores que tienen que ir corrigiéndose en el camino, de la mano fuerte del gobierno y de la comprensión de la sociedad. *[Juicio y recomendación]*.

Estos casetes, que evidentemente fueron filtrados para hacerle daño al Comisionado, con el paso de los días han causado el efecto contrario: demostrar que el Comisionado es ‘un berraco’, perdonarán las señoras, y que si esto es lo que se filtra en medio de un proceso tan hermético no debemos estar tan intranquilos sobre lo que se esté pactando en Ralito. *[Juicio positivo]*.

O qué es lo que pretendemos: ¿que el Comisionado se siente a hablar con las autodefensas y les diga que la extradición es ineludible? *[Reducción al absurdo]*. ¿Que se puede hacer otra Constituyente que la prohíba para que así queden tranquilos? *[Reducción al absurdo]*. ¿Que el juez Baltasar Garzón está alojado en el Hotel Tequendama esperando el momento propicio para llevárselos fuera del país? *[Reducción al absurdo]*.

Como decía atrás, dejemos los idealismos y volvámonos pragmáticos. *[Recomendación]*. Este proceso se maneja como lo está manejando el Alto Comisionado para la Paz, enfrentado él solo a 30 cabecillas de toda ralea. *[Juicio positivo]*.

Y si aun así no resulta, no podremos decir que el ‘doctor Ternura’, que es menos tierno de lo que parece o de lo que lo han querido acusar, no hizo lo posible, guiado por el presidente Uribe, *[Juicio positivo]* para que algún día, que ojalá sea pronto, cese esta horrible noche de las autodefensas. *[Expresión de un deseo]*.

Entretanto. ¿Rebelión uribista será sinónimo de rebelión puestista? *[Insinuación de juicio negativo]*.

Resumen de actos realizados:

Recomendación: cuatro. Concesión: dos. Reconocimiento: uno.
Interrogación: uno. Constatación de un hecho: uno. Reto: cuatro.
Comparación: uno . Juicio positivo: seis.
Narración y cita: cinco. Conjetura: dos. Reducción al absurdo: tres.
Expresión de deseo (en términos impersonales): uno.
Insinuación de juicio negativo: uno.

Referencias personales:

Auto-referencias: cero
Referencias a relaciones personales: cero
Expresión de sentimientos personales: cero.

Análisis de la relación género-poder:

Visibilización de las mujeres: una (con sugerencia de juicio negativo, mediante alusión a “las señoras”).

Uso del concepto de ternura (culturalmente asociado a lo femenino) en un sentido negativo: dos

Uso del lenguaje incluyente: cero.

Figuras retóricas y literarias:

El doctor ‘Berraco’ (Título) [*Alusión al apodo “El Dr. Ternura”, a su vez alusión al libro de Restrepo, “El derecho a la ternura”*].

“La avalancha periodística”. [*Metáfora, vehículo un fenómeno natural*].

“[...] proceso de paz que se va escribiendo cada día que transcurre en Ralito, porque sobre eso no se han escrito textos ni hay profesores en la materia”. [*Metáfora, vehículos del medio escolar*].

“Ponerse en los zapatos de las autodefensas”. [*Metáfora convencional*].

“La Corte Penal Internacional sólo cobijará aquellos delitos...” [*Metáfora, vehículo el acto de cobijar*].

“Pero sin texto previamente escrito, y sin profesores en la materia...” [*Metáfora, vehículos del medio escolar*].

Entretanto. ¿Rebelión uribista será sinónimo de rebelión puestista? [*Neologismo*].

CUARTA COLUMNA: ACTOS DE HABLA REALIZADOS

El debate sobre el M-19 La polvareda

Por: **Rodrigo Pardo** - (*El Tiempo* - octubre 7 de 2004)

¿Alguien sabe qué buscaba el presidente con esta pelea?

Sigo sin entender las razones que llevaron al presidente Uribe a alborotar la controversia sobre el exitoso proceso de paz con el M-19. [*Expresión de incertidumbre (cita al presidente). (Acto indirecto: juicio negativo o censura)*]. Ninguna de las hipótesis que he podido recoger me parece convincente. [*Juicio personal*].

La primera, la más uribista, asegura que el Primer Mandatario hizo una jugada a tres bandas para abrirles espacio a los indultos que necesitará darles a los paramilitares que se desmovilicen como resultado de las negociaciones de Santa Fe de Ralito. [*Exposición de hipótesis uribista (cita de uribistas: elogio)*]. Al generar una ola de apoyo al proceso con el Eme, y a los perdones concedidos en la época –vehementemente defendidos por Uribe cuando era senador [*Descripción de postura anterior de Uribe*]– le abrirá los ojos a la opinión pública sobre la conveniencia de repetir la fórmula, pero ahora con las AUC. [*Exposición de método hipotético (“jugada”) de Uribe*].

A esta teoría se le podría llamar también “salto con garrocha”, porque sería la forma más rápida de consolidar el audaz intento de tratar a los para militares como delincuentes políticos –este Gobierno ya reformó la ley 418 que obligaba, para conversar con grupos ilegales a concederles ese estatus– y conferirles los beneficios que permite la Constitución en casos como la rebelión. [*Exposición y calificación de motivación hipotética*].

Pero si ésa era la intención del Presidente, logró todo lo contrario. [*Declaración de fracaso de Uribe*]. De hecho, su argumento fue precisamente el opuesto: que los indultos al M-19 fueron un error que no se debe repetir. [*Desglose de refutación (cita al presidente)*]. La razón que esgrimió, además, fue el vínculo del Eme con el narcotráfico. Sobre el cual hay evidencias puntuales y otras versiones no comprobadas –como anotó *El Tiempo* en su editorial del lunes– pero nunca una certeza como la que, en cambio, sí existe en el caso de los “paras”. [*Comparación entre vínculo M-19/narcos y vínculo paras/narcos*]. El Alto Comisionado, Luis Carlos Restrepo, acaba de publicar la lista de ocho jefes de las AUC que están solicitados en extradición, por Estados Unidos, por ese delito. [*Sustentación de vínculo paras/narcos*].

De manera que esta carambola, si en verdad era lo que buscaba Uribe, no funcionó. [*Declaración de fracaso de Uribe (acto indirecto: refutación de hipótesis uribista)*].

La segunda hipótesis es la de los antiuribistas. Dicen que, de cara a la reelección, el Presidente quiso quitar del medio a Antonio Navarro –ex jefe y ex candidato presidencial del M-19– tachándolo desde ahora con una imagen contaminada por la atroz toma del Palacio de Justicia. [*Exposición de hipótesis anti-uribista (cita a anti-uribistas)*]. Tampoco me suena. [*Expresión de incredulidad*].

Dudo, para empezar, que el Presidente esté pensando en deshacerse, desde ahora, de sus rivales. [*Exposición de razones para incredulidad (refutación de hipótesis)*]. A él le conviene más bien la proliferación de candidaturas para legitimar la controvertida reforma de la Constitución con nombre propio. Una opción única del presidente-candidato en el 2006 sería un golpe mortal para la imagen, de por sí polémica, de la reelección. [*Refutación de segunda hipótesis: calificación de inconveniencia de candidatura única*].

El efecto de la sorprendente declaración de Miami, además, ha sido exactamente el contrario: Navarro quedó clasificado como contraparte del Presidente de la República. Por algo, y con habilidad, viene pidiendo ahora un debate entre los dos. Esta polémica lo creció. [*Refutación de segunda hipótesis: calificación de efecto de declaración de Uribe: benéfica para Navarro*].

Lo peor es que Antonio Navarro sería el contradictor ideal para Uribe en una segunda vuelta. Se trata de un presidenciable que podría ganar en el 2010, después de dos años de Patria Nueva (como Lula Da Silva llegó, por fin, después de la reelección de Cardoso) pero que, en cambio, tiene muy pocas posibilidades en la derechizada opinión pública que se vislumbraba para el 2006. [*Calificación y explicación de inconveniencia del “crecimiento” prematuro de candidatura de Navarro*].

La tercera hipótesis se podría catalogar como “la ingenua”. [*Calificación de tercera hipótesis: ingenua*]. Más que una intención estratégica o política del Presidente, se le volvió a salir ese demonio interno que más de una vez se le ha rebelado al yoga y a las goticas homeopáticas. [*Exposición de tercera hipótesis*]. Tal vez, en esta ocasión, en respuesta a las denuncias que el representante Gustavo Petro había hecho la noche anterior sobre vínculos de políticos con los paramilitares. O por lo que sea. [*Conjetura sobre causas de reacción del presidente*].

Una salida, en todo caso, que sacó a flote el sentimiento interno del Presidente sobre la izquierda. La irritación que le producen los de la otra orilla. [*Conjetura sobre sentimientos de Uribe*]. Y que, de paso, le sirvió como cortina de humo para eclipsar el incómodo tema de la paramilitarización del país, suscitado por los informes de El Tiempo y otros medios, que venía creciendo y sobre el cual el Primer Mandatario no se pronunció. [*Conjetura sobre motivación de Uribe*].

Ojalá esta tercera tesis no sea la correcta. [*Expresión de deseo*]. Porque, como anotaba María Jimena Duzán, dejaría preocupantes dudas sobre la tolerancia que le corresponde mantener la Jefe del Estado frente a quienes piensan distinto. [*Expresión de dudas (cita a M. J. Duzán). (Acto indirecto: juicio negativo o censura)*]. Y en todo caso, si lo que viene son seis años de peleas lanzadas a diestra y siniestra desde el Palacio de Nariño, lo mínimo que se podría decir sobre este país –ahora que Almodóvar se ha vuelto a poner de moda– es que viviremos al borde de un ataque de nervios. [*Conjetura sobre futuro político (Acto indirecto: juicio negativo o censura)*].

Resumen de actos realizados:

Expresión de incertidumbre: una.

Juicio (o calificación, o declaración): once.

Exposición: cinco. Descripción: una.

Argumentación (sustentación o refutación: cinco.

Comparación: una. Conjetura: tres.

Expresión de incertidumbre o incredulidad: tres.

Referencias personales:

Auto-referencias: cuatro

Expresión de sentimientos (de manera impersonal): una

Referencia a relaciones personales: cero

Análisis de la relación género-poder

Visibilización de la mujer: una

Uso (velado) de la femineidad como símbolo de debilidad: dos

Uso de lenguaje incluyente: cero.

Figuras literarias y recursos retóricos:

“La primera, la más uribista, asegura que el Primer Mandatario hizo una jugada a tres bandas...” [*Metáfora: vehículo, billar*].

“A esta teoría se le podría llamar también “salto con garrocha”, [*Simil: vehículo deporte*].

“De manera que esta carambola,... “ [*Metáfora: vehículo, billar*].

“Se le volvió a salir ese demonio interno...” [*Metáfora: vehículo, religión*].

“Y en todo caso, si lo que viene son seis años de peleas lanzadas a diestra y siniestra desde el Palacio de Nariño, lo mínimo que se podría decir sobre este país –ahora que Almodóvar se ha vuelto a poner de moda– es que viviremos al borde de un ataque de nervios”. [*Alusión cinematográfica*].

QUINTA COLUMNA: ACTOS DE HABLA REALIZADOS

Pelea de machos

Por: **Antonio Caballero** - *Revista Semana* (8 de octubre de 2004)

Todo es peor que antes en Afganistán e Irak, tanto para los habitantes locales como para el equilibrio de una inmensa región del mundo.

Estamos a tres semanas de la elección del próximo presidente de los Estados Unidos: el país más poderoso, más rico y más influyente de toda la Tierra en toda su historia. *[Constatación de un hecho]*. Una potencia militar, económica, científica y cultural cuyos representantes diplomáticos o comerciales pueden condenar a la hambruna o salvar de la sed a un continente entero; cuyos legisladores tienen el poder de cambiar el clima de la Tierra y el de hundir una religión; cuyos jueces, si quieren, alteran las costumbres milenarias de las civilizaciones ajenas. *[Descripción]*. Se elige al presidente de ese país descomunal, terrible y admirable, envidiable y temible. *[Juicio]*. Y, por lo que vemos todos a través de la televisión y de la prensa de ese mismo país, a quien se está eligiendo para ese cargo de trascendencia histórica a escala planetaria no es al candidato que parezca mejor, sino al que parezca peor. *[Juicio negativo o censura]*.

No al más inteligente de los dos aspirantes (y que el tercero ni siquiera cuenta es ya espantoso), sino al que demuestre que es el más bruto de los dos. *[Juicio negativo o censura]*. Al más macho, en el sentido más torpe y primitivo de la palabra ‘macho’: el que muestre que tiene los cojones más grandes. El más bestia. No el que prometa hacer las cosas, sino el que prometa destruir más cosas. *[Juicios negativos (censura)]*.

Dice el republicano George Bush: *[Narración]*.

–Yo soy capaz de matar al que sea, si hay alguna sospecha. *[Cita ficticia: alarde]*.

Y replica el demócrata John Kerry: *[Narración]*.

–Pues yo soy capaz de matarlo aunque no haya sospechas. *[Cita ficticia: alarde]*.

Y los dos candidatos a la vicepresidencia se enfrentan por su parte también, y gruñe el republicano Cheney: *[Narración]*.

–Si mi jefe ve al tuyo, lo deshace a patadas. *[Cita ficticia: amenaza y alarde]*.

Y sonríe el demócrata Edwards: *[Narración]*.

–¡Mi papá le pega al tuyo! *[Cita ficticia: amenaza y alarde]*.

Y lo grave es que los dos candidatos, Bush y Kerry, tienen razón en lo que dicen: cada cual es tan bestia como el otro, o más, y por añadidura ambos se jactan de su bestialidad para cortejar a unos votantes que son todavía, si cabe, más bestias que ellos mismos. *[Juicio negativo o censura]*. Bush se hizo disfrazar de piloto de guerra para que un piloto de guerra de verdad lo llevara de pasajero a un portaaviones de guerra en donde anunció que había ganado la guerra de Irak, que estaba apenas comenzando *[Narración de hecho real]* (y va a durar veinte o treinta años, y la van a perder los Estados Unidos, como han perdido todas las que creían haber ganado: la de Corea, la de Vietnam...) *[Predicción]*. Pero a continuación Kerry se presentó en la convención de su partido haciendo el saludo militar de un soldado listo para la guerra: *[Narración de hecho real]* para perderla otra vez. *[Predicción]*. Como si ni Bush, ni Kerry, ni sus consejeros, ni por supuesto sus votantes, y ni siquiera la prensa de los Estados Unidos se dieran cuenta *[Conjetura]* de que el problema está justamente en querer ganar la guerra, cuando lo que importa (para los Estados Unidos y para el mundo entero) es no perder la paz. *[Juicio comparativo]*.

Y es la paz lo que están perdiendo los norteamericanos con sus guerras de Afganistán y de Irak, donde su intervención de machos ha tenido resultados catastróficos. *[Evaluación]*. Todo es peor allá ahora que antes, tanto para la tranquilidad de los habitantes locales como para el equilibrio general de una inmensa región del mundo. *[Evaluación]*. Como están también perdiendo la paz en una zona todavía más vasta, en lo geográfico, en lo ideológico y en lo cultural, con su apoyo irrestricto al comportamiento de ese otro macho-macho que es el primer ministro de Israel Ariel Sharon, *[Evaluación]* verdadero inventor de la doctrina Bush-Kerry de matar al que se mueva, con sospecha o sin ella. *[Juicio de responsabilidad]* Sharon, y el Israel que él representa, con el chantaje sentimental (y electoral) que ejercen ambos sobre los Estados Unidos, son los responsables últimos del remolino de odio y guerra en el cual se está precipitando el mundo. *[Juicio]*.

No siempre fueron tan torpes, o tan ciegos, los gobernantes de los Estados Unidos. *[Comparación]* Pero tampoco habían sido nunca tan poderosos. *[Comparación]* Y el poder ciega a la gente. *[Formulación de principio general]*.

Resumen de actos realizados:

Constatación: uno. Descripción: uno. Juicio: siete. Evaluación: tres.

Comparación: dos. Formulación de principio general: uno.

(Ejemplificación de un juicio mediante la) Narración: cinco.

(Ejemplificación de un juicio mediante la) Cita (ficticia): cuatro.

Predicción: dos. Conjetura: uno.

Referencias personales:

Auto-referencias: cero

Expresión directa de sentimientos personales del autor: cero

Expresión de sentimientos (de manera impersonal): uno

Referencia a relaciones personales: cero

Análisis de la relación género – poder:

Visibilización de la mujer: cero

Uso de lenguaje incluyente: cero

Uso de la masculinidad como símbolo de cualidades negativas: diez

Figuras literarias y recursos retóricos:

“Se elige al presidente de ese país descomunal, terrible y admirable, envidiable y temible”. [*Paralelismo*]. “No al más inteligente de los dos aspirantes... sino al que demuestre que es el más bruto de los dos”. [*Paradoja*].

“Al más macho, en el sentido más torpe y primitivo de la palabra ‘macho’: el que muestre que tiene los cojones más grandes”. [*Metáfora, vehículo, parte anatómica*].

“No el que prometa hacer las cosas, sino el que prometa destruir más cosas”. [*Paradoja*].

“Y los dos candidatos a la vicepresidencia se enfrentan por su parte también, y gruñe [*Metáfora, vehículo, acción animal*] el republicano Cheney: –Si mi jefe ve al tuyo, lo deshace a patadas”. [*Hiperbole*].

“–¡Mi papá le pega al tuyo!”. [*Metáfora, vehículo, pelea entre niños*].

“Cada cual es tan bestia como el otro, o más, y por añadidura ambos se jactan de su bestialidad para cortejar a unos votantes que son todavía, si cabe, más bestias que ellos mismos”. [*Metáforas, vehículo, animalidad*].

“Ariel Sharon, verdadero inventor de la doctrina Bush-Kerry de matar al que se mueva” – [*Hiperbole*].

“Remolino de odio y guerra en el cual se está precipitando el mundo”. [*Metáfora, vehículo, fenómeno natural*].

“Y el poder ciega a la gente”. [*Metáfora convencional*].

SEXTA COLUMNA. ACTOS DE HABLA REALIZADOS

Reflector

Al oído del señor Presidente

Por: **Fernando Londoño Hoyos** (*El Tiempo* - octubre 25 de 2004)

Reflexiones sobre un debate deplorable.

No le causen extrañeza, señor Presidente, los ataques de la mafia contra usted, y contra quienes de buena fe y con ánimo resuelto [*Elogio*] lo acompañan en la lucha contra esos enemigos del género humano. [*Acusación*] *Recomendación*]. Si en la época de Pablo Escobar y sus amigos la fortaleza por defender era la extradición, hoy se trata de la extradición, la fumigación y la extinción de dominio. [*Comparación*]. La pelea no ha sido leve, [*Descripción*] y lo será mucho menos en adelante. [*Predicción*]. Pero no olvide que de ella depende que se mantenga en pie todo el edificio de la Seguridad Democrática, que al precio de tanta sangre ha podido levantarse. [*Recomendación*].

Usted sabe cuánto costó mantener la fumigación intacta, bombardeada como estuvo por todos los flancos. [*Reconocimiento*]. En esa batalla, en la que nos jugábamos el honor y el porvenir de Colombia, se portaron como unos valientes el Coronel Alfonso Plazas y Jesús Ramírez, el director de etnias del Ministerio del Interior y de Justicia, [*Elogio*] irreparable baja que les causaron a sus tropas, Presidente, vaya alguien a saber alegando cuáles motivos aparentes. [*Acusación*]. Pero al menos por ahora, la trinchera permanece invicta. [*Alarde*].

La extradición recibió la primera carga de profundidad con ciertas declaraciones de un ex presidente hartado interesado en que no continúe. [*Acusación*]. Ahora se levantan en su contra armas y voces, reclamando el respeto a los derechos de los extraditables, que tienen acogida en la Procuraduría y alcanzan algún sector del Congreso Nacional. [*Acusación*]. La asociación no podía estar mejor integrada y habrá que mantenerla en estrecha observación: es agresiva, desvergonzada, poderosa e hipócrita. [*Acusación*].

Y le toca el turno a la extinción de dominio. Usted la recibió como cadáver putrefacto y pudo resucitarla para convertirla en el elemento esencial de su estrategia. [*Elogio*]. Las leyes que la rigen tienen la capacidad de fuego de un portaaviones. [*Elogio*]. Las doctrinas de la Corte Constitucional, que habían sido calculadas para que no operara nunca, [*Acusación*] fueron sustituidas por una nueva de la Corte, ya liberada del magistrado Gaviria, [*Acusación*] otra del Tribunal Superior de Cundinamarca y varias de los juzgados especializados, contundentes, implacables. [*Elogio*]. Estos jueces que le menciono vienen trabajando con valor y eficacia admirables, que se correspondían con la tarea de la Fiscalía, cuando tuvo la materia a su cargo esa mujer excepcional que es María Cristina Chirola. [*Elogio*]. Miles de bienes urbanos, decenas de miles de hectáreas de las mejores tierras del país, gigantescas empresas comerciales e industriales de triste historia, decenas de millones de dólares incautados, son bajas enemigas, las más importantes de la guerra. [*Reconocimiento*].

Por eso, Presidente, llega la otra etapa de la reacción. *[Explicación]*. Asesorado por los deudos de tanta pérdida, ciudadanos de 1 en conducta, el senador Cáceres *[Acusación]* prepara un debate en el que va por el más leal, capaz y resuelto de sus hombres en el frente. *[Elogio]*. Las guerras no se ganan siempre causando muchas bajas en las tropas. Es preferible herir al enemigo en la mitad del corazón. *[Formulación de máximas o principios generales]*.

No le tema a ese debate, Presidente. *[Recomendación]*. Téngales más miedo a los esfuerzos del Procurador por quitarle el ritmo a la extinción de dominio *[Acusación]*, abriéndole espacio a la discusión de nulidades preparadas para que los procesos no terminen nunca. *[Recomendación]*. En cuanto a los bandidos, sepa que la humanidad y el país que han herido los detesta y desprecia. *[Afirmación (repudio)]*. Y los hechos y las obras de la Dirección Nacional de Estupefacientes se defienden solos. No oiga las voces acobardadas de los que magnifican el debate, *[Recomendación]* porque bien enfrentado, y está en usted decidir con quiénes lo intentará, *[Advertencia]* no será más exitoso, *[Predicción]* porque es mucho más injusto y está peor inspirado, que el que le hicieron con la novela del avión. *[Acusación]*.

Sepa distinguir, en estas horas cruciales, entre el consejo sincero y las voces nerviosas que quieren confundirlo y que no se explican por el presente, sino por viejos episodios que merecen el olvido. *[Recomendación]*. Sus feroces enemigos ya le han causado daños graves en sus esquemas de defensa. *[Acusación]*. No permita otros mayores, por alto que le parezca el precio que se deba pagar por nuestra cara ciudadela amurallada, la del honor y la esperanza. *[Recomendación]*.

Resumen de actos realizados:

Elogio: seis. Acusación: once. Comparación: uno. Predicción: dos. Reconocimiento: uno. Alarde: uno. Explicación: uno. Formulación de principio general o máxima: uno. Afirmación: uno. Repudio: uno Advertencia: uno.

Referencias personales:

Expresión directa de sentimientos personales del autor: cero
Auto-referencias: cero
Expresión de sentimientos: cero
Referencia a relaciones personales: cero

Análisis de la relación género-poder:

Visibilización de la mujer: cero
Uso simbólico del género: cero

Figuras literarias y recursos retóricos:

“los ataques de la mafia contra usted, y contra quienes... lo acompañan en la lucha contra esos enemigos del género humano”. – *[Hipérbole]*.

“Si en la época de Pablo Escobar y sus amigos la fortaleza por defender...”
[Metáfora, vehículo, la guerra].

“Pero no olvide que de ella depende que se mantenga en pie todo el edificio de la Seguridad Democrática, *[Metáfora: vehículo arquitectónico]* que al precio de tanta sangre ha podido levantarse”. *[Desplazamiento: muertes atribuidas a esfuerzo por construir la política]*.

“Usted sabe cuánto costó mantener la fumigación intacta, bombardeada como estuvo por todos los flancos”. *[(Metáfora, vehículo, la guerra)]*.

“irreparable baja que les causaron a sus tropas” – *[Metáfora, vehículo, la guerra]*.

“Pero al menos por ahora, la trinchera permanece invicta. *[Metáfora, vehículo, la guerra]*”.

“La extradición recibió la primera carga de profundidad *[(Metáfora guerrera)]*”.

“Ahora se levantan en su contra armas y voces” *[Metáfora guerrera]*.

“La asociación no podía estar mejor integrada y habrá que mantenerla en estrecha observación: es agresiva, desvergonzada, poderosa e hipócrita”. *[Personificación]*.

“Usted la recibió como cadáver putrefacto *[Símil]* y pudo resucitarla para convertirla en el elemento esencial de su estrategia”. *[Metáfora: Uribe como capaz de obrar milagros (Dios)]*.

“Las leyes que la rigen tienen la capacidad de fuego de un portaaviones. *[Metáfora guerrera]*”

“Miles de bienes urbanos, decenas de miles de hectáreas de las mejores tierras del país, gigantescas empresas comerciales e industriales de triste historia, decenas de millones de dólares incautados, son bajas enemigas, las más importantes de la guerra.” *[Metáfora guerrera]*.

“Asesorado por los deudos de tanta pérdida, ciudadanos de 1 en conducta, *[Metáfora escolar]* el senador Cáceres prepara un debate en el que va por el más leal, capaz y resuelto de sus hombres en el frente”. *[Metáfora guerrera]*

“Es preferible herir al enemigo en la mitad del corazón”. *[Metáfora guerrera]*.

“Nulidades preparadas para que los procesos no terminen nunca”. *[Hipérbole]*. “En cuanto a los bandidos, sepa que la humanidad y el país que han herido *[Personificación]* los detesta y desprecia. Y los hechos y las obras de la Dirección Nacional de Estupefacientes se defienden solos. *[Personificación]*. No oiga las voces acobardadas” *[Sinécdoque: “las voces” significando cobardía de quienes hablan y de lo que dicen]*.

“Sepa distinguir, en estas horas cruciales, entre el consejo sincero y las voces nerviosas *[Sinécdoque]*”.

“Sus feroces enemigos ya le han causado daños graves en sus esquemas de defensa”. *[Metáfora guerrera]*.

“No permita otros mayores, por alto que le parezca el precio que se deba pagar por nuestra cara ciudadela amurallada, la del honor y la esperanza”. *[Metáforas guerreras]*.

ANEXO II

DEFINICIÓN DE LOS ACTOS ENCONTRADOS

Salud Hernández Mora

Narrar: referir hechos sucedidos (presuponiendo que eran antes desconocidos para los/as interlocutores).

Negar: rechazar una propuesta.

Explicar: hacer claridad sobre algo que puede tener diversas interpretaciones, proveer razones, causas

Conjeturar: plantear hechos posibles, pero sobre los cuales no hay suficiente información Comparar: examinar dos o más cosas, personas, etc., para determinar similitudes y diferencias.

Emitir juicio: tasar los méritos y defectos de alguna cosa, acción, etc.

Aceptar: recibir lo que se ofrece, en este caso una propuesta.

Expresar duda: hablante declara no tener suficiente información para concluir, o no poder darle total credibilidad a una idea, afirmación, etc.

Objetar: plantear argumento contrario a otro previamente presentado por alguien.

Formular principio general: emitir una máxima, un enunciado cuya aplicabilidad es amplia, no restringida al momento de enunciación, sino a muchos (o todos) los casos similares.

Plantear disyuntiva: formular dos o más posibilidades o cursos de acción alternativos.

Alegar: plantear argumentos a favor o en contra de una idea, o de la deseabilidad de una acción o hecho.

Recomendar: plantear el curso de acción o actitud que según el/la hablante, debe ser adoptado por su interlocutor/a o por terceras personas.

Suministrar datos: referir información, sobre todo de tipo cuantitativo.

Florence Thomas

Preguntar: pedir respuesta sobre algo que no se conoce o no se entiende.

Protestar: expresar una actitud de rechazo de parte del /de la hablante frente a una situación o a un hecho, rechazo basado en una convicción de la injusticia de dicha situación o hecho.

Expresar propósito: plantear la decisión del/de la hablante de realizar un hecho futuro o adoptar una actitud futura.

Expresar sentimientos personales: dar cuenta de la interioridad afectiva del/de la hablante.

Citar: referir lo dicho por otro/otra hablante.

Narrar: referir hechos sucedidos.

Aclarar: plantear una idea o referir un hecho sobre el cual se ha presentado previamente una interpretación distinta.

Describir: postular las características, físicas o no, de un ser, un objeto, un hecho, un enunciado.

Narrar acto hipotético: referir hechos que no necesariamente han sucedido, pero podrían suceder.

Definir: formular el sentido de una palabra o concepto.

Formular principio general: emitir una máxima, un enunciado cuya aplicabilidad es amplia, no restringida al momento de enunciación, sino a muchos (o todos) los casos similares.

María Isabel Rueda

Recomendar: plantear el curso de acción o actitud que según el/la hablante, debe ser adoptado por su interlocutor/a o por terceras personas.

Conceder: formular la aceptación de una parte de los argumentos del/ de la opositor/a Hacer reconocimiento: plantear un hecho o actitud de alguien como algo positivo, con la implicación de que se hace justicia al plantearlo.

Formular interrogación: plantear un tema de discusión como si se pidiera respuesta a algo desconocido, pero para dar la respuesta propia a continuación.

Describir: postular las características, físicas o no, de un ser, un objeto, un hecho, un enunciado.

Constatar un hecho (insinuando disculpa): referir un hecho que puede servir de argumento para disculpar una actuación.

Retar: plantear un llamado a un opositor a involucrarse en una competencia o contienda, y/o a desvirtuar lo dicho por el/la hablante.

Comparar: examinar dos o más cosas, personas, etc., para determinar similitudes y diferencias.

Juicio positivo: formular una apreciación de un hecho, actitud, o conducta como.

Narrar: referir hechos sucedidos.

Citar: referir lo dicho por otro/otra hablante.

Conjeturar: plantear hechos posibles, pero sobre los cuales no hay suficiente información Reducir al absurdo: plantear una situación o hecho que son evidentemente absurdos, a fin de mostrar que ese absurdo es consecuencia directa y/o inevitable del argumento del contrario.

Rodrigo Pardo

Expresar incertidumbre: plantear perplejidad, imposibilidad de encontrar respuesta, ante un hecho, situación, enunciado, etc.

Emitir juicio: tasar los méritos y defectos de alguna cosa, acción, etc.

Exponer: declarar o explicar el sentido de una acción o hecho, o enunciado, sobre todo cuando éstos se prestan a varias interpretaciones.

Describir: postular las características, físicas o no, de un ser, un objeto, un hecho, un enunciado.

Alegar: plantear argumentos a favor o en contra de una idea, o de la deseabilidad de una acción o hecho.

Comparar: examinar dos o más cosas, personas, etc., para determinar similitudes y diferencias.

Conjeturar: plantear hechos posibles, pero sobre los cuales no hay suficiente información.

Refutar: Rechazar un argumento contrario a la posición propia del hablante.

Antonio Caballero

Constar: referir hechos sucedidos o situaciones que son bien conocidos por los/las interlocutores, a fin de plantear un tema.

Describir: postular las características, físicas o no, de un ser, un objeto, un hecho, un enunciado.

Emitir juicio: tasar los méritos y defectos de alguna cosa, acción, etc.

Censurar: emitir juicios negativos.

Comparar: examinar dos o más cosas, personas, etc., para determinar similitudes y diferencias.

Formular principio general: emitir una máxima, un enunciado cuya aplicabilidad es amplia, no restringida al momento de enunciación, sino a muchos (o todos) los casos similares. (Ejemplificación de un juicio mediante la) Narración: (Ejemplificación de un juicio mediante la) Cita (ficticia).

Citar: Referir lo dicho o escrito por otra persona.

Predecir: postular un hecho futuro.

Conjeturar: plantear hechos posibles, pero sobre los cuales no hay suficiente información.

Fernando Londoño

Elogiar: emitir un juicio favorable a otra persona o cosa, generalmente expresando admiración por esa persona.

Acusar: imputar una falta, delito o actitud censurable a alguna persona

Comparar: examinar dos o más cosas, personas, etc., para determinar similitudes y diferencias.

Describir: postular las características, físicas o no, de un ser, un objeto, un hecho, un enunciado.

Predecir: postular un hecho futuro.

Hacer reconocimiento: plantear un hecho o actitud de alguien como algo positivo, con la implicación de que se hace justicia al plantearlo.

Alardear: presumir, hacer ostentación de alguna virtud o característica juzgada positiva.

Explicar: hacer claridad sobre algo que puede tener diversas interpretaciones, proveer razones, causas.

Formular principio general: emitir una máxima, un enunciado cuya aplicabilidad es amplia, no restringida al momento de enunciación, sino a muchos (o todos) los casos similares.

Recomendar: plantear el curso de acción o actitud que según el/la hablante, debe ser adoptado por su interlocutor/a o por terceras personas

Repudiar: expresar rechazo, desprecio.

Advertir: predecir una consecuencia funesta si no se sigue un determinado curso de acción.

¿EXPLOTACIÓN DE LA MUJER O LIBERACIÓN SEXUAL? UNA MIRADA NUEVA A LAS REVISTAS PARA HOMBRES EN COLOMBIA

Desde 1963, cuando Gloria Steinem se hizo pasar por “conejita” durante varios meses y luego publicó un artículo titulado “I Was a Playboy Bunny” en la revista *Show*, acusando a *Playboy* de maltratar y explotar a sus empleadas, se ha dado por sentado que existe una profunda enemistad entre las feministas y las “revistas para hombres”. En lo que deben ser ya cientos, miles de artículos y libros, las feministas han criticado duramente a estas revistas por presentar imágenes de la mujer como meros objetos de deseo para los varones, mediante fotografías de modelos confeccionadas con cirugía plástica, cosmetología y trucos fotográficos, retocadas con “air brush” y otras tecnologías digitales, produciendo así imágenes que someten el cuerpo femenino a un patrón idealizado, inalcanzable para las mujeres comunes y corrientes (y hasta para las modelos mismas, que en la vida real no alcanzan la perfección de sus fotos), que las hace sentir inadecuadas, poco atractivas, físicamente inferiores. Este modelo inaccesible, además, se convierte en una quimera que las mujeres buscarán incansablemente, y por lo tanto en el más eficaz dispositivo para promover la venta de toda suerte de productos. Por su parte, los defensores de *Playboy*, *Esquire*, *Hustler*, *Loft*, *Maxim*, y revistas similares (a las que podríamos llamar revistas masculinas con énfasis en la sexualidad) sostienen que éstas han contribuido a un cambio cultural importante mediante actitudes compatibles con una nueva ética sexual, permitiendo que nuestra sociedad se libere del puritanismo, la mojigatería y la represión sexual que imperaron alrededor del globo hasta más allá de la década de los cincuenta. A este tipo de publicaciones se le atribuye un papel significativo para acabar con la condena pacata a toda sexualidad que no estuviera ligada a la reproducción, y para promover una actitud positiva hacia los placeres y el disfrute de goces diversos, a la vez que

para permitir, no sólo la franqueza en el discurso contemporáneo sobre el sexo, sino inclusive la misma posibilidad de hablar sobre la sexualidad.

Ahora, 46 años después del *exposé* protagonizado por Steinem, vale la pena preguntarnos de nuevo por el papel cultural de este tipo de revistas, aunque sin muchas esperanzas de poder ofrecer una conclusión definitiva sobre la disyuntiva básica de esta vieja controversia: ¿son estas revistas explotadoras de las mujeres o más bien liberadoras de la sexualidad? En este artículo me propongo abordar algunos aspectos de la problemática de las relaciones de género y la sexualidad desde una perspectiva nueva, analizando el discurso escrito y su relación con las imágenes presentadas en un número de la revista colombiana *SoHo* (aunque haré varias referencias a un número anterior también). En primer lugar, describiré ciertas facetas de las representaciones de género en un número de la revista escogido al azar, comparando cómo aparecen los hombres y las mujeres en él, por una parte como temas sobre los cuales se escribe y que se presenta icónicamente, y por la otra como locutores y locutoras, como quienes asumen la palabra. En segundo lugar, me centraré en la interpretación del papel liberador de la sexualidad planteado por los creadores y realizadores de la revista misma y por otras personas, sobre todo durante la controversia en torno a la libertad de expresión que se dio cuando la revista *SoHo* y su director, Daniel Samper Ospina, fueron acusados de injuria y calumnia y de daño y agravio a la fe de los católicos. Para el análisis de esta polémica me apoyaré en las concepciones sobre la hipótesis represiva y el dispositivo de la sexualidad que nos ofrece el primer volumen de *Historia de la sexualidad* de Michel Foucault.

LA REVISTA *SOHO* Y EL GÉNERO

Caracterización de la revista desde la perspectiva de género

Veamos, en primer lugar, la estructura temática de esta revista de formato grande (23 x 30 cms., 266 páginas a todo color), en su Edición 90, de octubre de 2007. Hay varias secciones dedicadas a sitios de moda, objetos de consumo, incluyendo alimentos y bebidas, y dos se refieren específicamente a los hombres: “DVD/Buena mesa para hombres” y “Vida *SoHo*: lo mejor de ser hombre”. Ninguna sección va dirigida a mujeres, como es de esperarse de una revista que toma su título no de un barrio de Manhattan ni de Londres, ni de un observatorio solar (el Solar and Heliospheric Observatory, SOHO), sino de la frase publicitaria “sólo para hombres”. Podemos deducir, entonces, que el interlocutor prototípico de la revista (lo que en una época pre-cibernética, pre-Internet se llamó el “lector virtual”¹) es un varón. Ya veremos más adelante algunas características de esta interlocución.

¹ “Lector virtual” es un término empleado en teoría literaria para designar a aquel ser en quien los lectores y lectoras deben convertirse para leer un texto determinado; aquel ser de palabra, no real, a quien el locutor o locutora (quien habla en un texto), tiene en mente al producir el texto, o que se construye con base en las exigencias que el texto hace a quienes lo leen. Cf., por ejemplo, Roger D. Sell, *Literature as Communication: Pragmatics and Beyond*, (Amsterdam y Filadelfia: John Benjamins, 2000), p. 164.

En cuanto a la participación de hombres y mujeres como autores, el “Sumario” nos da escasa información al respecto, pues en él se emplea idéntica presentación tipográfica para los subtítulos, los cuales pueden designar los autores o los temas; gran parte de los temas son mujeres, y muchos otros son productos comerciales. Así, por ejemplo, los subtítulos de tres de las secciones, “Ana Ivanovic”, “Eduardo Arias”, y “Renault Clio”, resultan ser, respectivamente, una tenista que también es modelo, el autor de un artículo, y una marca publicitada. La misma ambigüedad editorial se advierte en las secciones mismas, pues en ocasiones el título de la pieza aparece como encabezado en la parte superior izquierda de la página, después del nombre de la sección (ver pp. 38, 40, 42, 48, 52, 54, etc.) y en otras allí aparece el nombre del autor (ver pp. 46, 66, 68, 70, 96, 138, 204, 218, etc.). Hay muchas otras inconsistencias editoriales, de las cuales mencionaré sólo algunas: los nombres de los autores a veces aparecen en el encabezado, y a veces después del título, antecidos de la preposición “por”; en un caso, el nombre del autor (Eduardo Escobar, p. 218) se repite después del título a pesar de aparecer en el encabezado; en una ocasión (p. 50) el encabezado repite a modo de título el nombre de la sección; en otra página (72), el título de la sección, “DVD”, que aparece de forma vertical entre dos columnas, no se refiere sino a la mitad de la página.

A partir ya no del poco colaborador “Sumario”, sino de los contenidos internos, podemos establecer que los autores de la inmensa mayoría de las secciones son hombres. En total aparecen 51 secciones, con 16 escritores, todos varones, reseñados en la sección “Colaboradores”, donde puede verse una foto y un breve párrafo sobre trayectoria y logros de cada uno de ellos. Muchos de estos colaboradores, por cierto, son reconocidas figuras literarias de Colombia y del mundo hispanohablante; se trata de escritores como Juan Villoro, Fernando Savater, Juan Gustavo Cobo Borda, y Antonio Caballero; existe también una sección titulada “Cartas” a cargo del poeta Eduardo Escobar. Este aspecto de la revista ha llevado a algunos críticos, hombres y mujeres, a preguntarse por qué en Colombia se hace necesario emplear fotos de mujeres desnudas como gancho para lograr que autores como éstos sean leídos en una misma publicación, mientras otros y otras se preguntan hasta qué punto los nombres y textos de escritores reconocidos son empleados para dar legitimidad a las fotos de mujeres desnudas o semi-desnudas. Existen también, por supuesto, quienes sostienen que la revista desarrolla una labor loable al llevar a adolescentes a lecturas que no harían si no fuera por el gancho de las fotos. En cualquier caso, es claro que *SoHo* tiene una circulación muy superior a la de una revista comparable pero sin las fotos, como *El Malpensante*.

En cuanto a las 35 secciones restantes, las de autores no incluidos en las páginas de “Colaboradores”, algunas van firmadas mientras otras no dan crédito a nadie. De estas 35, los dos únicos textos explícitamente de autoría femenina (es decir, donde aparece el nombre de una mujer como autora) son “Maradona casi daña mis vacaciones” por Bibiana González, M.D., cirujana plástica, sobre el tratamiento facial realizado al futbolista argentino, un texto que da la impresión de ser más publicitario que informativo (p. 186), y “Los moteles”, firmado simplemente “Lola”, que resulta ser una apología de estos sitios “por esa sensación de clandestinidad que dan” (p.204).

Este número contiene un “especial de tecnología”, donde se discuten usos y actitudes en torno a innovaciones tecnológicas. Se trata de un tema que muchos consideran masculino. Así por ejemplo, una clasificación de revistas por temas cataloga como masculina a *PC Magazine* junto con *Popular Mechanics* y otras dedicadas a automóviles y a deportes, mientras que se consideran femeninas las de modas y farándula, como *Vanidades*, *Cosmopolitan*, *Marie Claire*, etc.² No es quizás de extrañar que todos los autores participantes en este especial de *SoHo* sean hombres, a pesar de que en las distintas ramas y renglones profesionales de la cibernética, en Internet, en páginas como Facebook, etc., innovan y colaboran muchas mujeres.

Si bien las mujeres tienen una participación mínima como autoras, constituyen una porción significativa de los temas de la revista, tanto en el registro visual como el escrito. Efectivamente, si examinamos los temas que abordan los distintos artículos de la revista, podemos clasificarlos en cuatro grandes grupos: mujeres; secciones de propagandas camufladas como artículos; notas breves o reportajes, ensayos y notas sobre temas diversos; y la “tecnología”. De estos cuatro, las mujeres constituyen el tema que ocupa el mayor número de páginas (34 ½), seguido por los temas diversos (33 páginas), la tecnología (29 ½) y las propagandas camufladas (22), para un total de 119 páginas. Unas diez páginas se dedican al “Sumario”, a la página de cargos organizacionales, a notas sobre los “Colaboradores”, al Correo, y a las páginas introductorias al Especial y a “Historias tecnológicas”. Las páginas restantes (147) corresponden a anuncios³.

² María Leticia Flores Palacios, “Representación de la mujer en anuncios de revistas comerciales mexicanas”. *Global Media Journal*, Edición Iberoamericana. Volumen 2, Número 4, Otoño 2005, ISSN 1550-7521. http://www.gmje.mty.itesm.mx/articulos4/flores_html Recuperado el 10 de junio de 2009.

³ De las 266 páginas de este número, 147 páginas son de anuncios, número que asciende a 169 si incluimos las de propaganda camuflada. Nos encontramos, entonces, ante una revista que contiene una proporción abrumadora de pauta comercial (64 % de sus páginas), y mucho menor de artículos de contenido.

Ahora bien, nuestra propia categoría temática, “mujeres”, requiere una glosa; con este título no queremos decir que la revista aborde el tema de las mujeres como género. Las mujeres aparecen representadas como individuos, como personas aisladas, y la abrumadora mayoría está compuesta por modelos, actrices de telenovelas y cantantes. Además, la proporción entre imagen y texto, cuando el tema es una de estas mujeres, es muy distinta de lo que encontramos en los otros temas: cuando de mujeres se trata, las fotos ocupan mucho mayor espacio que las notas sobre ellas. Desde la portada, que presenta a una ex - reina de belleza “vestida” sólo con la mitad inferior de una mínima tanga, hasta las 15 páginas de fotos de esa misma modelo en una playa, hacia el final (pp. 224 - 250) el objeto de interés, el dominante, es la mujer joven, delgada y atractiva, de senos y nalgas prominentes, a menudo presentada desnuda o semi-desnuda, y/o en poses insinuantes. Sin embargo, como veremos más adelante, creo que no sería correcto decir que el tema central de la revista es este tipo de mujer, sino más concretamente, ella como objeto de deseo para los varones, o, aún más específicamente, la atracción sexual que ella despierta en los varones.

En las imágenes, con la excepción de la que aparece en el reportaje sobre una reclusa del Buen Pastor, condenada por robo, lo que se enfatiza es la apariencia atractiva de estas mujeres. Por ejemplo, la primera imagen femenina que encontramos en la revista (aparte de las de páginas preliminares como “Sumario” y “Correo”) es la de la tenista serbia, Ana Ivanovic, de quien vemos dos fotos en la p. 38, una que ocupa dos tercios de la página (26 cms. x 12 cms.), en la cual ella aparece fungiendo como modelo, y otra (de 2.5 cms. de ancho) en la cual se la ve como tenista. Aunque en la nota que acompaña a las fotos se habla del desempeño de esta mujer como deportista, la razón para haberla escogido, entre las mujeres destacadas en los deportes, es clara cuando se dice: “Su juego es imponente, pero su belleza aún más [...]”. La única mujer en la revista de la cual se destacan sólo sus realizaciones y no su apariencia ni su actuación como modelo, como ex reina o como actriz de telenovelas, es María José Valenzuela, concejala de 22 años de Usaquén, en Bogotá, cuyo rostro retratado a toda página nos muestra una joven tan bella como cualquier modelo. Sobra decir que las fotos que acompañan a los textos sobre varones son mucho menores en tamaño; estas imágenes o bien asemejan fotos de carnet, o presentan a estos sujetos en ambientes y con atuendos que aluden a su actividad profesional⁴.

Visualmente, las imágenes de las mujeres corresponden al estilo de las fotos publicitarias: la mirada de las modelos es sugerente, provocadora, sus labios están entreabiertos, su piel lustrosa a menudo parece aceitada,

⁴ La única excepción a esta regla es la pequeña foto de Faustino Asprilla desnudo con alas negras en la espalda, que aparece en la sección “Correo”, de la cual nos ocuparemos más adelante.

y evidentemente no se han escatimado recursos (ambientación, trucos fotográficos, iluminación, tratamientos con programas digitales), para realzar la belleza de los cuerpos y eliminar cualquier imperfección, desde cicatrices hasta vellos y poros, para producir este ser reluciente, deslumbrante, sin parangón. Además, la actitud corporal y la expresión facial de las modelos es de ofrecimiento, de incitación al deseo; es la pose de quien asume casi triunfalmente el papel de objeto del deseo viril, actitud que, como veremos, contribuye al sentido de poder del sujeto viril deseante, y por ende a su deseo. La conjunción de la belleza sin tacha con la actitud de promesa de entrega, de invitación, produce un efecto que parece ser embriagador para los hombres, como si se les dijera: “Sólo un hombre poderoso puede poner a una mujer tan perfecta al servicio de su satisfacción sexual”.

Interlocución con el lector en SoHo

Como ya dijimos, los varones son los interlocutores explícitos de esta revista, y están presentes de varias maneras en sus páginas. En primer lugar, una de las peculiaridades más evidentes del estilo de la revista es la manera como muchos de los breves textos que acompañan las fotos de mujeres semi-desnudas se dirigen al lector, construyéndolo como un hombre viril, que se excita con esas fotos. Ese lector se convierte en “Usted”, y esa segunda persona se dibuja como un hombre lleno de deseo, que fantasea encuentros y relaciones con estas mujeres.

Por ejemplo, a propósito de la tenista Ana Ivanovic, se dice: “Si algún día usted tiene la suerte de topársela, no pierda el tiempo hablándole en español ya que solo [sic] habla inglés y serbio. Pero no espere a que el destino sea tan bondadoso y sígala por televisión [...]” (p. 38). Una y otra vez los textos le hablan al lector en términos que presuponen la excitación sexual ante las fotos presentadas: “Prepárese para una cartagenera que no podrá olvidar” (p. 84), reza el pie de foto que sirve de introducción a la sección sobre la modelo Diana Caicedo, vestida sólo con el más mínimo de los “*G-strings*” (artículo de “vestir” que escasamente cubre los genitales, y que usan generalmente las strippers). Los dos pequeños párrafos introductorios a las 7 páginas de fotos se deshacen en alabanzas a la modelo en términos de su efecto en la libido de los varones que la contemplan: “una morena de esas [sic] que hacen sudar frío al más adusto de los mortales” (p. 85). El texto termina refiriéndose a “estas fotos espectaculares que usted está viendo”, y concluye: “Seguramente ella lo dejará con la boca abierta” (p. 85).

Otra sección dibuja al lector no sólo como un macho seducido por la hembra, sino también como un seductor, cuyas aficiones son evidentes: “A usted le gusta mucho la rumba, pero si necesita un incentivo más para salir de fiesta, ver a esta hermosa *bartender* es una razón más que de sobra” (p. 104). Los textos alimentan la fantasía de un encuentro con una de estas mujeres:

“En ‘Alma’ [el bar donde se dice que trabaja], ella lo puede atender en inglés o en francés. Luego le puede hablar de sus viajes por Australia [...]” (p. 105).

En otros momentos, la libido varonil se bosqueja (quizá con mayor realismo) como anhelante, y el contacto sexual con la modelo en cuestión se plantea como un sueño irrealizable, como cuando a una entrevistada, de la cual ya se ha dicho que “Cualquier hombre se moriría por estar junto a ella” (p. 189), se le pregunta: “O sea que un hombre cualquiera entre tantos que se mueren por usted, tendría chance de salir un día con usted? Déjenos soñar [...]” (p. 198).

El factor común en todos los casos es la interlocución entre un entrevistador o escritor anónimo, varón, excitado sexualmente ante las imágenes de estas mujeres, y un lector con idénticas características. Ese diálogo implícito entre varones potentes, cada uno exhibiendo simbólicamente ante el otro su virilidad tumescente, se convierte en un ingrediente esencial para la excitación que electriza a uno y a otro.

Por otra parte, los lectores reales expresan también sus sensaciones en la sección “Correo”. Como un corro de adolescentes que compiten por exhibir entre sí su recién adquirida fuerza eréctil, su nuevo poder de eyaculación, cinco lectores muestran su admiración por el cuerpo de la modelo que ocupó lugar prominente de la edición anterior. Uno califica de “espectacular” los “estudios sensuales” que la revista le dedicó; otro confiesa que la modelo, “Con su figura provoca toda clase de pensamientos y emociones”: un tercero, apunta un coqueto dedo acusatorio a los editores: “Por culpa de ustedes, ahora no me despego del televisor en las noches”, pues la modelo aparece a diario por canales nacionales. Otros lectores llevan su entusiasmo a nivel religioso: “Ante una mujer tan hermosa sólo me queda decir que Dios existe. Sólo él pudo crear un ser tan maravilloso”, escribe uno de ellos. Finalmente otro, igualmente ingenuo, encuentra en las imágenes de la modelo razón para sacar pecho nacionalista: “Esta es la muestra más real de que la mujer colombiana es lo más cercano a la perfección” (p. 34).

Hombres, mujeres, sexualidad y poder: sujetos y objetos de deseo

Cuando se habla de interlocución, estamos ya abordando el tema de los estatus de sujeto y objeto, que pueden ser recíprocos o no serlo. Como ya dijimos, las mujeres en esta revista están en abrumadora minoría como sujetas de enunciación, es decir como autoras. Sin embargo, en la sección “Correo”, encontramos once casos en los cuales mujeres han enviado comentarios sobre distintos aspectos de la revista⁵. De ellas, cinco lectoras se expresaron sobre la portada del número anterior (No. 89, titulado

⁵ Como hay 34 cartas de lectores y lectoras, ellas representan el 32% de quienes escriben a “Correo”; las cartas firmadas por varones componen el 68% restante.

“*SoHo* Mujeres-La venganza femenina”), en la cual no figuraba una modelo sino Faustino Asprilla desnudo y con grandes alas negras a la espalda. Dos de ellas lo hacen para quejarse (“¿qué les pasa a los directores de esta revista?”), calificando a quienes presentaron las fotos de Asprilla como obras de arte de “un tanto ignorantes” y de personas con “un gusto muy raro”. Para ellas, tal vez, el cuerpo masculino no puede ser objeto de la misma lubricidad con la cual se maneja el de las mujeres, a menos, aparentemente, que quien observa sea un homosexual (de allí el “gusto raro”). La otra explicación posible nos remite a la raza del modelo; quizás, para quien así se expresó, la belleza no es compatible con la raza negra. Sin embargo, las fotos de modelos negras no producen la misma reacción. Dos de estas lectoras, en cambio, se expresan asumiendo la misma actitud deseante que tradicionalmente emplean los varones ante el cuerpo femenino, elogiando la apariencia del Tino (“jamás pensé que fuera tan completo”; “las pompis están duras y sí parecen de chocolate. Buen espécimen vallecaucano”). La quinta le habla directamente al futbolista: “¿Será posible que dejes de lado el fútbol y te dediques al modelaje?” En otras palabras, estas dos lectoras se presentan como sujetos de deseo, convirtiendo al modelo en objeto deseado e invirtiendo así la relación tradicional entre modelo mujer y lector varón. La quinta inclusive tematiza este cambio de roles de manera explícita, al decir:

Definitivamente, como ustedes titularon, llegó la hora de la venganza femenina. Me pareció un acierto la portada de Tino con “todo” al aire.⁶ Así como a los hombres les gusta ver mujeres desnudas, a nosotras también nos encanta apreciar la belleza masculina y más si es con altura, como lo hicieron ustedes. Mil gracias. (p. 36)

En la única carta de un varón sobre las fotos de Asprilla, el lector se lamenta de la pérdida de “la orientación de la revista, hasta dónde me acuerdo era una revista para hombres, pero ya se perrateó el slogan, ya es para todo el mundo” (p. 36). Esta observación es interesante, pues nos da una pista sobre lo que parece ser parte del atractivo de *SoHo*: la impresión que crea en los varones heterosexuales de ser los sujetos privilegiados de deseo, de ser los que tienen derecho a que se les ofrezcan ocasiones para actuar como sujetos sexuales, por oposición a las mujeres, carentes de ese derecho.

⁶Los genitales del futbolista aparecen cubiertos por una hoja de parra. Las fotos lo muestran en posiciones poco viriles: cubriéndose el cuerpo con las manos, enredado en una gruesa sogá, colgando de los brazos por las muñecas esposadas, etc. (Ver http://www.soho.com.co/wf_InfoGaleríasMujeres.aspx?IdGal=270 Recuperado el 4 de agosto de 2009).

En la edición digital, en cambio, aparecen numerosas cartas de hombres aparentemente homosexuales expresando su deleite ante las fotos⁷. El hecho de que estas cartas no hayan aparecido publicadas en la edición impresa, mientras que sí se publica la del varón que reclama que *SoHo* mantenga su orientación para darles gusto a hombres heterosexuales, sugiere que los editores de la revista, a pesar de estos coqueteos con posiciones alternativas, continúan comprometidos con su misión de apoyo a los papeles sexuales tradicionales y a la dominación masculina.

Este sentido por parte del lector que hace el reclamo, de lo que en inglés se llama “*entitlement*”, la cualidad de merecerse o tener el derecho a algo, podría ser un ingrediente importante del aliciente o el incentivo que ofrece la revista a sus lectores varones heterosexuales. Y aquello que se merecen, aquello a lo que tienen derecho, es a convertir las mujeres exhibidas en las páginas de la revista en objetos de ese deseo. Bien se ha dicho que el poder masculino es el mayor afrodisíaco; sin embargo, este poder generalmente se interpreta como un afrodisíaco para las mujeres, en la medida en que un hombre poderoso por su dinero, prominencia política o intelecto se vuelve atractivo para ellas. Lo que pocas veces se reconoce es que el saberse poderoso es un factor de intenso efecto sobre el hombre; es decir, que el poder masculino hacia la mujer, el sentirla o presentirla dominada o subyugada a menudo contribuye grandemente a su deseo. Por eso la sugerencia simbólica de la aceptación de los modelos de *SoHo* (y de revistas similares) de su papel como objetos, manifestado por medio de su desnudez, su postura corporal, sus gestos insinuantes, su expresión facial, se convierte en un componente importante de su atractivo para los lectores.

Sin embargo, a pesar de lo que dicen o insinúan algunas feministas, esta posición de objeto de deseo no es en sí misma denigrante para nadie, siempre y cuando ocurra en una relación de reciprocidad, en la cual ambos participantes, tanto hombres como mujeres, alternen las posiciones de sujeto y objeto, de ser deseante y deseado. Lo que sí constituye una posición de subordinación es la ausencia de posibilidades de actuar como sujeto, la condenación a ser siempre y únicamente objeto del deseo del otro. Y esta posición es la dominante para la sexualidad de las mujeres en nuestra cultura.

Es tan prevalectante, tan generalizada esta tendencia cultural a representar a las mujeres como objeto deseado, que inclusive las imágenes de dos mujeres besándose y acariciándose entre sí son empleadas, tanto en *SoHo* como en multitud de publicaciones, filmes y programas de televisión,

⁷ Una alta proporción de las 653 cartas de lectores son de este tipo. Ver “Comentarios”, a continuación de “Faustino Asprilla”, por Marta Orrantía, http://www.soho.com.co/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=6186 Recuperado el 4 de agosto de 2009.

con el fin de excitar a los varones lectores o espectadores. De ese modo, las mujeres ponen en escena su supuesto deseo para estimular sexualmente a los hombres. Actúan ellas, entonces, como “falsas sujetas”, como quienes participan en una pantomima para fines ulteriores, para convertir su actuación en objeto de deseo masculino. (No importa que la explicación psicoanalítica de la excitación que así se logra en ellos sea su identificación inconsciente con una de las dos participantes en la simulación sexual; el deseo de los varones, aquí, se basa en su homosexualidad latente, o al menos en su tendencia inconsciente a desear tener un cuerpo de mujer). Entre los analistas de programas de televisión estadounidenses, el papel de las escenas de supuesto lesbianismo como medio para atraer la libido masculina es un lugar común, como lo es también entre los escritores de muchas de estas series⁸. De este modo, las mujeres parecen estar comportándose como sujetos, pero en realidad no abandonan su papel como acicate para provocar el deseo masculino.

Ahora bien, aquel lector que se quejó de que la revista estaba perdiendo su norte al exhibir la desnudez de un modelo masculino, Faustino Asprilla, no debería haberse preocupado, pues ni en las 88 ediciones anteriores de *SoHo*, ni, hasta donde he podido establecerlo, en las siguientes, se ha repetido el experimento de poner a un hombre en el papel de objeto de deseo, papel que tradicionalmente sólo ellas cumplen en este tipo de revista. Más allá de un escarceo como éste, de obvio efecto sensacionalista, esta publicación tiene bien claro su papel cultural como refuerzo para la dominación masculina en el marco de la heterosexualidad tradicional.

Concesiones a los cambios ideológicos anti-patriarcales

Otro factor que podría haber influido en los editores de *SoHo* para motivarlos a romper brevemente con la tradición de ubicar a las mujeres en el papel exclusivo de objetos deseados, sería la pose que en ocasiones se asume en la revista, de ruptura con los lineamientos acostumbrados de la ideología dominante en el campo sexual y de género. En el número 89 sobre todo, el de “la venganza femenina”, anterior al que estamos analizando, se plantean algunos retos a la hegemonía heterosexual. En primer lugar encontramos un artículo anónimo titulado “Cómo es tener sexo con [...] otro hombre”, en el cual el autor relata sus encuentros heterosexuales que lo dejaban insatisfecho hasta que decide entregarse al placer total, que para él consiste en la relación

⁸ Por ejemplo, la idea de que las escenas de lesbianismo en una serie como *Ally McBeal* están encaminadas a atraer a la teleaudiencia masculina es explicitada sin ambages cuando los escritores ponen a dos personajes, dos bellas mujeres, a bailar sugestivamente con el fin expreso de excitar a un grupo de hombres (Temporada 3, Episodio 7). Así lo manifiesta en su blog Sarah Warn, “*Ally McBeal*, Heteroflexibility, and Lesbian Visibility on TV”, August 2003. <http://www.afterellen.com/archive/ellen/TV/allymcbeal—print.html> Recuperado el 3 de agosto de 2009.

homosexual, definida como “la lucha de dos leones enjaulados que quieren destrozarse el uno al otro”. Los comentarios de lectores a este artículo se dividen en los de otros homosexuales, los de mujeres que en su mayoría se pronuncian solidarias, y los de varones indignados que reclaman que la revista no debe apartarse de lo esperado: “No puede ser, se llenó esta mierda de maricas [...]. *SoHo*, SOlo para HOmbres, y esos maricones no lo son!!!!”⁹.

En el número 89 también encontramos artículos de mujeres que penetran en reductos exclusivamente masculinos. Así, se publicó una nota titulada: “Infiltrada en un baño turco de hombres”¹⁰, donde una mujer observa las relaciones sociales entre varones en un baño turco de clase alta. Sin embargo, a pesar de sus conjeturas, (“¿Cómo se comportan? ¿Se harán pipí en el sifón de la ducha? ¿Serán más que todo maricas que van en plan de levante, o vejetes que se escapan un rato de sus esposas para hablar de lo buena que está la mujer del otro?”) la autora finalmente descubre que allí “no pasa nada raro”, y que los clientes hablan sobre todo de negocios y de fútbol.

Aparece también en esta edición extraordinaria, “*SoHo* Mujeres –La venganza femenina”, otra sección, titulada “Probando vibradores” (sección que va complementada con ocho anuncios publicitando marcas específicas de estos adminículos, incluyendo la dirección de los establecimientos donde se pueden adquirir) en la cual la autora se refiere a mujeres que no sólo asumen el papel de sujetos de deseo, sino que plantean la alternativa a la relación con un hombre como medio para alcanzar el placer. En este artículo, su autora observa que aunque “los vendedores trataban de hacerme énfasis en que estos aparatos son muy útiles para la vida en pareja”, cosa que ella considera positiva,

Los que manejan estas tiendas deberían reconocer que también son para que las mujeres lo disfruten solas. ¿O eso es mal visto como era mal visto hace más de un siglo, cuando solo [sic] se aceptaba la masturbación como terapia (como supuesta solución a la histeria femenina)?¹¹

Finalmente, volviendo al número 90, encontramos una tierna página de elogio al amor paternal, donde quien escribe se aleja de la figura tradicional del patriarca. El autor, Antonio García Ángel, se declara involucrado en la crianza de su hija de un año, y expresa admiración por su esposa y madre de su hija

⁹ Ver http://www.soho.com.co/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=6214 Recuperado el 4 de agosto de 2009.

¹⁰ Marcela Peláez (http://www.soho.com.co/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=6130 Recuperado el 4 de agosto de 2009).

¹¹ Catalina Gómez, “Probando vibradores” (http://www.soho.com.co/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=6189 Recuperado el 4 de agosto de 2009).

(“Mis flores”, p. 96). Sin embargo, a diferencia del anómalo número 89 de la revista, que presentaba varios artículos que podemos calificar de alternativos, en la edición siguiente éste es el único que desafía las posiciones patriarcales tradicionales. La revista, después del experimento del número anterior, regresa a sus raíces, y apenas hace un mínimo guiño a los cambios socioculturales que pueden poner en peligro la hegemonía masculina y heterosexual, aparentemente reconociendo que a ella le debe su existencia.

SoHo: ¿BALUARTE DE LIBERACIÓN SEXUAL?

Parecería que el predominio arrollador de la heterosexualidad en la revista haría difícil que ésta se preciara de su papel liberador en relación con la sexualidad, y sin embargo en varias ocasiones se hacen en ella y en otros medios afirmaciones de este supuesto papel de *SoHo*, en textos que ubican la revista en el contexto de la llamada revolución sexual o era de la liberación sexual. Examinaremos algunas de estas afirmaciones, para luego plantear, con base en las tesis foucaultianas planteadas en *Historia de la sexualidad*, una visión distinta de esta supuesta revolución en primer lugar, y de la revista *SoHo* en particular.

La revolución sexual y la revista SoHo

Antes de pasar a analizar el caso de esta revista, debemos contextualizar las afirmaciones a las cuales nos referimos. Según un tópico muy socorrido, a partir de los primeros años de la década de los sesenta comenzó en Estados Unidos y en Europa un movimiento cultural que produjo “cambios en la manera como experimentamos orgasmos, en la sexualidad femenina, la pornografía, la homosexualidad y el matrimonio –y en cómo pensamos acerca del sexo–”¹². Estos cambios tuvieron por emblema las conejitas de *Playboy*, revista fundada en 1953, y por credo la ampliación del concepto de la libertad de expresión, manifestada en una mayor franqueza al hablar y publicar materiales relacionados con la sexualidad. El creador de esta revista, Hugh Hefner, puede considerarse apóstol de esta revolución; aún hoy, a sus 83 años, este personaje realiza un *reality show* en Sony Entertainment Television, donde se le ve en su mansión acariciando a mujeres jóvenes del tipo de las conejitas. En los años sesenta y setenta, Hefner enfrentó varias demandas por el contenido de su revista, de las que resultó absuelto. Hefner interpreta estos episodios como su “lucha contra la represión sexual puritana”, y ve su propia vida como “un microcosmo de la experiencia del siglo XX”¹³.

¹² Comentario en la portada trasera del libro *Sexual Revolution*. Jeffrey Escoffier, ed. (New York: Thunder’s Mouth Press, 2003).

¹³ Jessica Seigel, “Hugh Hefner at the Mansion. The Original Playboy Reflects on the Pajama Game of Life”. <http://jessicaseigel.com/articles/hefner.shtml> Recuperado el 4 de agosto de 2009.

En 1968 John Lennon y Yoko Ono le dieron un nuevo sentido a esta nueva tendencia sociocultural a la franqueza al posar desnudos para la cubierta de un álbum titulado “Dos vírgenes” y al escenificar ese mismo año y en 1969, dos famosos “*bed-ins*”¹⁴ en el Amsterdam Hilton y en un hotel de Montreal, permaneciendo en cama durante una semana, e invitando a la prensa a fotografiarlos para así reclamar por la paz mundial. Estos actos era alusivos a la frase “*Make love, not war*”, empleada en las manifestaciones contra la guerra en Vietnam; la idea era que una mayor libertad sexual, y en general los cambios en la moral sexual, servían como alternativa política a la belicosidad y el militarismo. En el caso de Lennon y Ono, este propósito aparecía respaldado por el trabajo musical y gráfico que desarrollaron en esa época.

La misma vinculación del uso de la sexualidad con un fin político aparece en por lo menos dos textos atribuidos al director de *SoHo* Daniel Samper Ospina; un artículo publicado en el número 100 de la revista, titulado “Las convicciones de *SoHo*” y una entrevista publicada en un blog en 2006. En el primero, donde se enumeran “50 puntos básicos que han sostenido la filosofía de la revista *SoHo* en sus 100 ediciones”, encontramos la siguiente afirmación: “En 1999¹⁵, el país se escandalizaba por un pezón y no por una masacre; ahora ya no se escandaliza por un pezón, pero tampoco por una masacre. No sé si a eso se pueda llamar avance”¹⁶. El sentido de esta afirmación aparece un poco más claro en la entrevista, donde Samper afirma que “más allá de las fotografías de las modelos, y de la desnudez de muchas de ellas que ha servido para replantear en términos morales el país, estamos tratando de atacar una doble moral que existe, según la cual es más escandaloso un desnudo que una masacre”¹⁷. Podemos ver que ese “replanteamiento” que la revista realiza, según su director, no sólo alcanza dimensiones nacionales, sino que va más allá de la moral sexual, y de alguna manera se vincula con la violencia de origen político que produce masacres.

¹⁴ El término era una adaptación de los “sit-ins” (sentarse adentro) de la lucha por los derechos civiles de los negros en Estados Unidos, donde los manifestantes se sentaban en cafeterías y restaurantes del sur, donde estaba prohibido servirles a los negros, y se negaban a levantarse, hasta que la policía los arrestaba. La táctica fue adoptada por estudiantes universitarios, quienes así invadían Rectorías y otros edificios para reclamar diversos cambios en las políticas de las universidades.

¹⁵ Como en la entrevista se afirma que la revista aparece por primera vez en 2001, no parece clara la razón por la cual Samper escoge esta fecha.

¹⁶ Daniel Samper Ospina, “Las convicciones de *SoHo*”, http://www.soho.com.co/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=7459 Recuperado el 10 de febrero de 2009.

¹⁷ “El hombre detrás de la belleza y la polémica”. Entrevista a Daniel Samper Ospina por Adriana Molano y Sharon Salazar, fecha “martes, octubre 17, 2006”. <http://hacersever.blogspot.com/2006/10/el-hombre-detrs-de-la-belleza-y-la.html> Recuperado el 10 de febrero de 2009.

Además, en el trozo que he citado de su artículo, Samper insinúa que se siente decepcionado de que el destape de la sexualidad representado por la publicación de fotos de pezones femeninos no haya contribuido a sensibilizar contra la violencia a la población, que sigue sin escandalizarse ante las masacres. Como *SoHo* no aborda las masacres como tema, podemos suponer que este argumento tiene por función darle un tinte más respetable a la misión periodística de la revista, y tal vez tranquilizar la conciencia de su director.

Y a partir de ambos textos analizados, es evidente que Samper siente algunos resquemores de conciencia. Por una parte, confundiendo la moral con la legalidad, afirma que “No es verdad que los artículos de grandes firmas legalicen los desnudos como piensan algunos. Son puntos de partida moralistas. Los desnudos no son delitos: no necesitan ser legalizados”¹⁸, cuando en realidad una formulación más difícil de refutar sería: “Los artículos de grandes firmas sirven de escudo ético para los desnudos”. Por otra parte, le cuenta a la entrevistadora que se siente “en deuda consigo mismo”, y además “acomplejado”:

Ante la pregunta, “¿cómo han hecho para que la imagen de la mujer no sea degradada?” responde:

[Samper]: De golpe esa es la única deuda que he tenido conmigo mismo y el único complejo que yo podría tener todavía, pero de alguna manera lo he resuelto pensando que el modelaje es un oficio como cualquier otro, finalmente es una carrera y *SoHo* hace parte de un galardón en la hoja de vida de cualquier modelo, de esa manera salir en la revista no es un atentado contra la mujer ni mucho menos, sino una oportunidad dentro de una carrera de modelaje. Seguramente *cualquier feminista pensará que es un horror que haya una mujer desnuda en una portada y que la mujer sea una especie de carnada comercial para que los hombres compren la revista*, yo creo que son puntos de vista muy comprensibles, ¿por qué está mal el desnudo de una mujer de veintidós años y está bien el desnudo que sacó la Revista *Número* de Florence Thomas que tiene sesenta? *Es relativo, simplemente creo que la mujer es un tema interesante en la vida de los hombres* y que la revista lo aborda de ese modo, más bien invito a las revistas de mujeres a que saquen hombres en su portada y los entrevisto.¹⁹ (Énfasis añadido).

El sofisma empleado en esta argumentación debe ser claro hasta para el mismo Samper, ya que él contesta involuntariamente su propia pregunta retórica de un modo diferente a lo que explícitamente dice: es evidente que una foto de Florence Thomas desnuda no sirve “de carnada comercial para que los hombres compren la revista”.

¹⁸ Daniel Samper Ospina, op. cit.

¹⁹ “El hombre detrás de la belleza y la polémica”. Entrevista a Daniel Samper Ospina, op. cit.

En cualquier caso, ninguna otra consideración parece ser más importante para Samper que el éxito comercial. Por ejemplo, según lo expresa en los “50 puntos” de sus “convicciones”, lo que hace a un editor merecer el nombre es nada menos que su fe en la importancia de la publicidad: “Un editor nunca se gradúa como tal hasta que no entienda que la publicidad juega a favor de su revista y no en contra”. Aún más, “Ninguna revista que padezca de purismo para defender su contenido editorial frente al comercial, como si fueran dos grandes enemigos, va a tener éxito comercial.” Evidentemente el triunfo comercial es para Samper el mayor de los logros.

Por otra parte, la revista es “una marca”:

La salud de una marca se mide cuando no solo [sic] uno no paga para su promoción, sino que cobra: así ha sucedido con las ramificaciones que tiene la revista con productos como los cuadernos, el bar ambulante, el juego de mesa, entre muchos otros.

Ocho de los 50 puntos están dedicados a consideraciones sobre “la firma” o “las grandes firmas”, término con el cual Samper denota el nombre de los escritores, y cuya importancia es trascendental. Hasta tal punto se convierten los autores en su firma, que incluso cuando se proclama que “el temperamento editorial de *SoHo* es vivencial”, se aclara que “la firma” debe “vivir el mundo que narra”. No se sabe si la “firma” adquiere esta significación metonímica, este tomar la rúbrica como reclamo de la propiedad de un texto, y a este reclamo como la persona misma que lo escribe, por efecto de esa “metafísica de la presencia” contra la cual nos previno Derrida²⁰, o si simplemente Samper confunde la rúbrica con el nombre comercial de una empresa, con “la firma” como nombre y emblema de una empresa. Después de todo, lo que aparentemente le da valor a un texto, a los ojos de Samper, es que pueda llevar la atribución a un escritor reconocido, con lo cual el valor textual se traduce en valor de cambio, en pesos y centavos. En todo caso los textos aparecen como la conjunción de “tema” con “firma”, y todo lo anterior conduce a la aseveración contundente de que “la firma es el centro del periodismo de *SoHo*: la firma es el soporte de toda la estructura de la revista”²¹.

Aunque para Samper la naturaleza comercial de la revista que dirige no sólo no le preocupa, sino que además parece enorgullecerlo, debemos reconocer que tiene suficiente sensibilidad moral para preocuparse por la ética de su tratamiento a las mujeres. En los “50 puntos” también se hace evidente esa “deuda” ética del periodista consigo mismo a la que se refirió en el trozo de la entrevista que antes citamos, por ejemplo cuando afirma que

²⁰ Cfr. Jacques Derrida, “Firma, acontecimiento, contexto”. *Márgenes de la filosofía*, (Madrid, Cátedra, 1998), pp. 347-372.

²¹ Daniel Samper Ospina, op. cit.

“El morbo es local: más vale colombiana conocida que gringa por conocer”, calificando así el interés de los lectores por las imágenes de las modelos como “morbo”. Podemos deducir que Samper está consciente de que su revista necesita defenderse de la acusación de pornográfica cuando, en ese mismo artículo, se refiere así a lo que distingue la pornografía de la noticia: “Hay una línea sutil, casi imposible de medir, en la que un desnudo espanta o atrae anunciantes. La diferencia entre pornografía y noticia es la fama de quien se desnuda”²². La incongruencia entre este par de frases es innegable: se está equiparando pornografía con “espantar anunciantes”, como si la única objeción a ella fuera el peligro de perder pautas comerciales. Esta conciencia de la importancia de “la fama” de las modelos que se desnudan es congruente con la reducción de las personas que escriben en la revista a sus nombres, o sus “firmas”: así como lo importante de un escritor no es qué tan bien escriba sino hasta qué punto tiene un nombre valioso en el mercado editorial, la mera belleza no importa tanto como el reconocimiento que haya alcanzado la modelo, el cual a su vez se traduce en su valor comercial. Por otro lado, es claro que no se trata realmente aquí de “fama”: lo que podría asustar a los clientes comerciales sería la asociación con “modelos baratas”, que desmeritarían la aspiración arribista de anunciantes y lectores. En el curioso mundo ético de este tipo de revistas, la clase social (evidenciada en factores como “la fama” de las modelos, el costo y exclusividad de los productos publicitados, las técnicas empleadas en el trabajo fotográfico, la calidad del papel) es “la línea (poco) sutil” que separa lo justificado de lo injustificable, que diferencia “entre pornografía y noticia”, o entre un tabloide como *El Espacio* o *El Caleño* y la revista *SoHo*.

La pasión de *SoHo*

Indiscutiblemente, el episodio que más oportunidades brindó a la revista y sus colaboradores para sentirse moralmente reivindicados fue la absurda acusación por “calumnia e injuria” que les hizo la organización Laicos por Colombia. La demanda se debió a la presentación de una modelo, Alejandra Azcárate, con el torso desnudo, coronada de espinas, flagelada y obviamente representando el papel de Jesucristo (*SoHo*, edición 64 del mes de junio de 2005). Una de las fotos juzgadas más ofensivas por la mencionada organización fue un *tableau vivant* inspirado en “La Última Cena” de Leonardo Da Vinci, donde la modelo semi-desnuda aparecía en el lugar de Jesucristo, y diversas figuras públicas colombianas (todos hombres, por supuesto) hacían el papel de los doce apóstoles.

²² Ibid.

También fue demandado Fernando Vallejo por su artículo, que acompañaba las fotos, ‘La pasión de Alejandra Azcárate’, donde este autor alude a una entrevista que le hizo Patricia Janiot, periodista de CNN, a Uribe, en la cual el presidente de Colombia declaró que el Espíritu Santo lo había salvado de un ataque de las Farc; el texto termina burlándose por igual del presidente Uribe y del Cristo de los católicos.

Los acusadores no sólo se quejaban de “ultraje a los símbolos sagrados de la religión”, sino que en sus declaraciones en la primera audiencia culparon a *SoHo* de “ser la responsable de la corrupción, el secuestro, el narcotráfico, la violencia de la guerrilla y el paramilitarismo y otros flagelos que azotan a Colombia por culpa de la pérdida de los valores”²³. La demanda prosperó en la primera diligencia; afortunadamente, el 22 de agosto de 2006 se realizó una segunda audiencia en los juzgados de Paloquemao, en Bogotá, y allí el juez 32 precluyó la investigación. Creo que todas las personas conscientes de la importancia de la libertad de expresión en Colombia respiramos aliviadas.

Este proceso judicial evidentemente no intimidó a los creadores de *SoHo*, pues la revista inclusive antes de la resolución de la demanda publicó fotos de una modelo con hábito de monja; también inició una campaña en pro de la libertad de expresión, la cual no sólo fue apoyada por muchos escritores y lectores, sino que además incluyó varias manifestaciones públicas en Bogotá. Meses después de resuelto el proceso, Samper Ospina caracterizó en términos inobjectables la “lección sobre la libertad de expresión que dejó la demanda contra *SoHo*”:

...[L]os iconos religiosos no pertenecen a la fe sino a la cultura; nadie puede adueñarse de la credencial suprema para decir qué se puede o qué no se puede hacer con los símbolos religiosos, porque ellos nos pertenecen a todos y todos podemos reelaborarlos, caricaturizarlos, parodiarlos o someterlos a cualquier otra manifestación artística. De lo contrario, el día en que alguien diga que el Cristo de Botero es una burla deforme de Nuestro Señor, correríamos el riesgo de que metieran preso al pintor más grande que tenemos²⁴.

Por otro lado, y como era de esperarse, el desenlace de este episodio condujo al director de *SoHo* a sentir reivindicada lo que podríamos llamar la misión de la revista, como lo manifestó en la entrevista que hemos venido analizando:

²³ “Al César lo que es del César”, Revista *Semana*. Sábado 26 de Agosto de 2006.

http://www.semana.com/wf_InfoArticulo.aspx?IdArt=96649 Recuperado el 6 de diciembre de 2008.

²⁴ Daniel Samper Ospina, op. cit.

Adriana: Una vez terminado el proceso, ustedes querrán olvidar el incidente y seguir adelante. ¿Qué viene para *SoHo*?

Samper: Hacer lo mismo de siempre, tratar que la edición que sigue sea mejor que la anterior, dentro del desarrollo de las líneas que tenemos para crónica literaria, el respeto por los temas originales, un amor porque la revista tenga un status estético e intelectual, convocando firmas (sic) maravillosas que escriban de temas no livianos pero si [sic] cotidianos, en todo caso *seguir haciéndole desplantes a este país viejo, ortodoxo, peligrosamente intolerante, que ve a una revista como SoHo como una amenaza para los valores aunque sea todo lo contrario, llena de buena producción y buena oferta intelectual*²⁵. [Énfasis añadido]

Concuerdo plenamente con Samper en cuanto a la existencia en Colombia de elementos “peligrosamente intolerantes”, y sin embargo me pregunto hasta qué punto se justifica caracterizar la revista que él dirige como “todo lo contrario” de “una amenaza para los valores”. Esos valores que *SoHo*, según su director, respalda y defiende pueden encontrarse en los “50 puntos” o convicciones:

8. La manera más efectiva de modernizar un país es con desnudos: los desnudos tumban las costras del puritanismo.

9. *SoHo* se inventó el desnudo interactivo para hacer de la culpa católica un juego [...]

32. No hay nada peor que la estrechez mental [...] ²⁶.

Por su parte, algunos lectores parecen seducidos por este lenguaje. A continuación reproduzco uno de los comentarios enviados a raíz de la publicación de “Las convicciones de *SoHo*”:

Ésa es la clase de mentalidad que ayudan (sic) a construir un país [...] propositiva, necia y vanguardista [...] sigamos un ejemplo como éste cada uno de nosotros en nuestro campo [...] gracias Daniel y *SoHo* por 100 razones para abrir nuestra mente²⁷.

¿Qué tan justas son estas pretensiones? ¿Conduce realmente la revista a “modernizar el país”, a “construirlo”, a desmontar el puritanismo y la culpa católica y a remediar la estrechez mental? En una palabra, ¿debemos sentir gratitud ante *SoHo* por su lucha contra el atraso que representa la represión de la sexualidad? Para contestar esta pregunta apelaré a la discusión que hace Foucault sobre el llamado que muchos hacen a la liberación sexual, a romper las cadenas con las cuales nos han reprimido sexualmente.

²⁵ “El hombre detrás de la belleza y la polémica”. Entrevista a Daniel Samper Ospina, op. cit.

²⁶ Daniel Samper Ospina, op. cit.

²⁷ Ibid.

La hipótesis represiva

En el primer volumen de *Historia de la sexualidad*, Michel Foucault nos invita a reconsiderar la noción de que “el puritanismo moderno” nos ha impuesto “su triple decreto de prohibición, inexistencia y mutismo”²⁸; es decir, examinar con ojos nuevos la idea de que durante siglos en el mundo occidental, al menos, hemos sido víctimas de una represión de nuestra sexualidad de la cual debemos liberarnos. No se trata de negar la represión, que por lo demás puede ser evidente si comparamos, por ejemplo, la franqueza sexual de muchos textos del Renacimiento con la reticencia en temas relacionados con el deseo, el coito y la reproducción en las novelas de la era victoriana. Se trata, más bien, de re-significarla, de plantearse no sólo la pregunta histórica sobre si hubo o no tal represión, sino la más profunda sobre “la mecánica del poder”: ¿en esos cambios de actitudes frente a la sexualidad que han sido caracterizados como represión, puede decirse que el poder se ejerce en toda la sociedad fundamentalmente en forma de “prohibición, censura, denegación?” (p. 17-18). Y aún más, ¿hasta qué punto los discursos que nos invitan a soltar las amarras de la represión, que reclaman la adopción de actitudes liberadoras, son realmente opuestos a la sujeción, a la interdicción de la sexualidad? En otras palabras, Foucault nos invita a contemplar la posibilidad de que “represión” y “liberación” forman parte “de la misma red histórica” (p. 18). Ya veremos cómo este autor resuelve esta aparente paradoja.

En cualquier caso, Foucault advierte que los discursos que se lanzan contra la represión sexual adquieren una egregia dignidad cuando se convierten en “la causa del sexo”, con lo cual la lucha por liberarnos, la defensa del sexo, adquiere “el honor de una causa política”. En consecuencia,

[...] el solo hecho de hablar de él y de hablar de su represión, posee como un aire de transgresión deliberada. Quien usa ese lenguaje hasta cierto punto se coloca fuera del poder; hace tambalearse la ley; anticipa, aunque sea poco, la libertad futura. De ahí esa solemnidad con la que hoy se habla del sexo. (p. 13).

Las siguientes observaciones parecen una descripción del tono de algunas de las expresiones del director de *SoHo*:

(Desde hace) decenas de años, nosotros no hablamos de sexo sin posar un poco: conciencia de desafiar el orden establecido, tono de voz que muestra que uno se sabe subversivo, ardor en conjurar el presente y en llamar a un futuro cuya hora uno piensa que contribuye a apresurar. Algo de la revuelta, de la libertad prometida y de la próxima época de otra ley se filtran fácilmente en ese discurso sobre la opresión del sexo. (p. 13).

²⁸ Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*, vol. I. *La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, Argentina, 2002, p. 11. En adelante, citaré este texto incluyendo simplemente el número de página.

Esta vinculación de la franqueza y la apertura ante lo sexual con la lucha por un futuro mejor se debe a que la sexualidad aparece como un elemento que no sólo es ajeno al poder sino que se le opone, y al mismo tiempo se le concibe como un impulso de gran fuerza, rebelde, desobediente; tiene, además, la gran facultad de ser particularmente indiscreto, indócil, impermeable a la penetración de los tentáculos del poder, que trata de controlarlo sin lograrlo. El poder, a su vez, es visto como una fuerza negativa, que controla mediante la formulación de leyes asociadas siempre con la prohibición y el castigo.

Vemos entonces que la hipótesis represiva, la idea de que históricamente hemos sufrido una negación de la sexualidad de la cual debemos liberarnos, se basa en una concepción específica del poder como una realidad “jurídico-discursiva”, basada en códigos de leyes, encaminada a la punición y ubicada fundamentalmente en el Estado y sus aliados naturales, las clases dominantes, y en el caso de los países católicos, en la Iglesia. En lo que sigue, voy a permitirme resumir algunos aspectos de las ideas foucaultianas sobre la sexualidad y el poder en la era moderna, y luego sobre el “dispositivo de la sexualidad”, a fin de desembocar en una explicación del origen y la función sociocultural de la hipótesis represiva.

Sexualidad y poder

En contraste con la concepción tradicional del poder, a lo largo del libro Foucault propone una visión que llamará una “analítica del poder”, en la cual éste aparece como algo dinámico, y más como generativo y productor de saberes y discursos, que como monumental obstáculo, como talanquera, como negación. El cuadro siguiente contrasta estas dos grandes concepciones:

CONCEPCIONES DEL PODER		
Aspectos	Concepción tradicional	Analítica del poder de Foucault
Naturaleza del poder.	El poder es un objeto que se tiene, se adquiere, se arrebatata.	El poder es una fuerza que se ejerce.
Efectos del poder.	El poder reprime y niega.	El poder genera posiciones, produce saberes y discursos.
Relaciones de poder.	Las relaciones de poder son exteriores a otras relaciones (procesos productivos, saberes, relaciones sexuales).	Las de poder son parte integrante de todas las relaciones, y juegan un papel productivo en cada una de ellas. El poder es inmanente y generativo.

Fuente del poder.	El poder viene de arriba y del centro, de pequeños grupos élite hacia la base, hacia la masa del pueblo.	El poder viene de abajo, de todos los grupos y todas las relaciones, conectando todas las oposiciones, (pero también redistribuyendo, re-alineando, homogenizando) atravesando el cuerpo social en su totalidad..
El papel de los sujetos.	El poder es deliberado: determinados sujetos se proponen ejercerlo de un modo o de otro.	El poder es a la vez “intencional y no subjetivo”: las tácticas forman “sistemas globales”: grandes estrategias anónimas, implícitas, que no son decididas deliberadamente por ningún sujeto en particular, pero que permean las intenciones de muchos y muchas.
Oposición al poder.	La oposición al poder es externa a él. Cuando vence la oposición, entonces ella se instala en el poder.	La resistencia es interna al poder, pues es la contraparte de la fuerza que se ejerce para la dominación. No hay poder sin resistencia, pues éste es relacional. Las relaciones de poder están en flujo constante, casi siempre son móviles y transitorias, formando redes. Las estructuras de dominación se modifican, intentando eliminar, compensar, cooptar las resistencias. De vez en cuando estos reacomodos conducen a rupturas radicales de esas estructuras.

A pesar de que Foucault parece negar la validez de la concepción tradicional, en realidad ésta tiene también un papel que jugar en cualquier análisis del poder, y de hecho no es incompatible ni realmente contraria a la analítica del poder propuesta por Foucault. De hecho, es innegable que el poseer grandes sumas de dinero o de armas sofisticadas confiere poder, y que existe una cúpula en nuestras sociedades donde este poder se concentra. Sin embargo, ya desde Marx mismo se propuso la idea de que el poder no sólo se ejerce a partir del hecho bruto cuantificable, sino que gran parte de su fuerza tiene su asiento en las sutilezas de la superestructura ideológica.

Uno de los grandes aportes de Foucault fue mostrar que la generación de saberes no es atribuible sólo a la justificación de las bases estructurales de una sociedad, sino que se produce mediante redes de relaciones entre diversos factores que van desde lo económico a lo tecnológico pasando por complejas relaciones culturales entre discursos y prácticas sociales. Aunque los efectos de estas redes obedecen a necesidades sociales, estas necesidades no tienen que ver simplemente con los intereses económicos de las clases dominantes, sino que se definen por estructuras subyacentes más profundas, de lo que en un momento Foucault llamó “episteme” y a partir de *Vigilar y castigar* comenzó a designar como “régimenes de saber/poder”.

El dispositivo de la sexualidad

De allí, por ejemplo, que en vez de ser la reticencia moderna ante la sexualidad una estrategia capitalista para concentrar las fuerzas de la clase obrera en la producción, como suponen algunos, fue la burguesía la que se impuso a sí misma un nuevo régimen sexual, el “dispositivo de sexualidad”, que sólo posteriormente se difundió a toda la sociedad. Este dispositivo no iba encaminado fundamentalmente a “una descalificación de la carne”, sino que por el contrario buscaba “una intensificación del cuerpo, una problematización de la salud y sus condiciones de funcionamiento”; se trataba, en suma de “maximizar” la vida (p. 149). Mediante su análisis histórico, Foucault demuestra que la nueva “distribución de los placeres, los discursos, las verdades y los poderes” en torno al sexo conducía más a la autoafirmación de la burguesía que a la dominación del proletariado. Y lo que “la clase que se volvía hegemónica en el siglo XVIII” perseguía no era reducir la sexualidad a la reproducción ni limitar los placeres peligrosos, sino construir

un cuerpo al que había que cuidar, proteger, cultivar y preservar de todos los peligros y todos los contactos, y aislar de los demás para que conservase su valor diferencial [...] dotándose para ello, entre otros medios, de una tecnología del sexo. (p. 150)

Este “dispositivo”, o esta “tecnología”, además de relacionarse con las tendencias al individualismo moderno, consistía fundamentalmente en la implementación de cuatro grandes estrategias, relacionadas con: a) una nueva manera de producir el cuerpo femenino, b) una preocupación por la sexualidad infantil, c) la aparición de las “perversiones” como materia de estudio psiquiátrico, y d) una gran inquietud por la higiene, la natalidad, morbilidad y mortalidad de la población, y todo el nuevo ámbito de su

salud reproductiva. Es cierto que la caracterización de estos movimientos históricos de los siglos XVIII y XIX en *Historia de la sexualidad* requeriría algunas modificaciones para poder aplicarla a nuestro nuevo siglo, sobre todo en relación con las dos primeras estrategias. En vez de un cuerpo femenino “saturado de sexualidad” por estar “histerizado” y medicalizado, considerado intrínsecamente patológico, lo que prima hoy es una forma de saturación sexual y de histerización en la cual los procesos fisiológicos de los cuerpos de las mujeres cesan de importar, para concentrar todo el interés cultural en la capacidad de ese cuerpo para ser moldeado de forma que se adapte al modelo considerado sexualmente atractivo. En vez de una sexualidad infantil que debe ser vigilada para evitar el juego auto-erótico, tenemos hoy una obsesión generalizada con los niños y las niñas como objetos de deseo de perversos pedófilos. Sin embargo, se trata en ambos casos de procesos nuevos que pueden considerarse desarrollos inevitables de las formas anteriores, y de alguna manera la otra cara de la misma moneda.

Ahora bien, de lo que se trata aquí con estos “grandes conjuntos estratégicos” no es de domeñar o reprimir la sexualidad, sino precisamente de producirla, como

[...] una gran red superficial donde la estimulación de los cuerpos, la intensificación de los placeres, la incitación al discurso, la formación de conocimientos, el refuerzo de los controles y las resistencias se encadenan unos con otros según grandes estrategias de saber y de poder. (p. 129)

Así como en formaciones sociales anteriores el “dispositivo de la alianza”, de la relación entre familias mediante la concertación de matrimonios actuaba como una base importante de todas las relaciones sociales, en la época moderna el dispositivo de la sexualidad pasa a desempeñar al menos una parte de este papel, no ya con el fin de mantener las leyes, sino de afianzar multitud de procesos sociales en “las sensaciones del cuerpo, la calidad de los placeres, la naturaleza de las impresiones” (p. 130). Este dispositivo de la sexualidad se despliega por toda la sociedad, y llega al proletariado erigiendo una tecnología de control para vigilar el cuerpo sexuado por medio de “la escuela, la política habitacional, la higiene pública, las instituciones de socorro y seguro, la medicalización de las poblaciones –en suma, todo un aparato administrativo y técnico–” (p. 154). Tal dispositivo, a su vez, aparece vinculado con el “bio-poder”, compuesto por una serie de políticas y presiones sobre la población, en relación con su salud y su capacidad reproductiva, mediante las cuales los Estados modernos ejercen un poder sobre la vida, a fin de “aumentarla, administrarla, multiplicarla, ejercer sobre ella controles precisos y regulaciones generales” (p. 165).

Todo esto se logra ligando el sexo con los “mecanismos generales de dominación y explotación” a la vez que se identifican los procesos de ruptura con estos mecanismos con la liberación de la sexualidad. De ese modo, “la teoría de la represión compensará esa difusión general del dispositivo de sexualidad por el juego diferencial de las prohibiciones según las clases sociales”. Se pasó así de un discurso, a fines del siglo XVIII, sobre la peligrosidad de lo sexual, a un discurso más reciente sobre la represión como verdadera fuente de ese peligro, pues, se nos dice, si el sexo “trae consigo tantos peligros, se debe a que durante demasiado tiempo –escrúpulo, sentido excesivamente agudo del pecado, hipocresía, lo que se prefiera– lo hemos reducido al silencio” (p. 156). La intensidad de esta represión sufrida, la conciencia de ella y la determinación de liberarse se convierten en la marca de “distinción”, para usar un término de Bourdieu, propia de la burguesía, en la piedra de toque para la diferenciación cultural entre las clases sociales. Una cierta corriente del psicoanálisis jugará un papel importante en estos procesos, al relacionar ley y deseo, y plantearse como la técnica mediante la cual se accede a lo prohibido para alcanzar la salud:

Así se formó alrededor de Reich²⁹, entre las guerras mundiales, la crítica histórico-política de la represión sexual. El valor de esa crítica y sus efectos sobre la realidad fueron considerables. Pero la posibilidad misma de su éxito estaba vinculada al hecho de que se desplegaba siempre dentro del dispositivo de la sexualidad, y no fuera de él o contra él. (p. 159)

En definitiva, concluye Foucault, la lucha “antirrepresiva” no es una revolución contra las fuerzas oscuras que tratan de ocultar, negar y silenciar el sexo, como se ha venido pretendiendo, a partir de discursos que circularon primero en los años 20 del siglo pasado, y luego cuarenta años después, en lo que la revista *Time* llamó “la segunda revolución sexual”³⁰. Más bien lo que se logra es reforzar esos mecanismos que operan precisamente por medio de la instauración de la sexualidad, una realidad sociocultural moderna inescapablemente vinculada con fuertes mecanismos de control social.

²⁹ Wilhelm Reich, discípulo de Freud, con quien posteriormente rompió, se convirtió en la primera mitad del siglo XX en el promotor de una teoría que vinculaba la psique con el estado de tensión o relajación de la musculatura, y que equiparaba la salud mental con la capacidad orgásmica. Su teoría “orgónica” se basó en el concepto de “orgón”, palabra que alude tanto a “organismo” como a “orgasmo”, y que denota la energía vital de todo organismo, como fuerza motora del reflejo del orgasmo. Reich construyó una caja de madera revestida por dentro de metal a la cual llamó Acumulador de Energía Orgónica, que supuestamente podía curar cualquier enfermedad. Fue juzgado por estafa y diagnosticado como esquizofrénico en Nueva York, donde murió en prisión de un infarto cardíaco.

³⁰ Ver “Sex in the US”, *Time Magazine*, Enero 24 de 1964. Citado en Escoffier, ed., op. cit.

CONCLUSIONES

No debe extrañarnos, entonces, que en revistas del tipo de *SoHo* se conjuguen la “cruzada” contra la represión y la determinación de apelar a un público “distinguido”, capaz de discernir sobre los estilos privilegiados de consumo. La abrumadora proporción de pauta comercial que contiene la revista, la exclusividad de las marcas publicitadas, la “distinción” de su publicidad, la apelación a criterios de exclusividad y elegancia, son parte de su estilo “pulido” (en Estados Unidos estas revistas se califican de “*glossy*”, o brillantes), refinado, que conjuga perfectamente con el control de la sexualidad por medio de la enarbolación de la hipótesis represiva.

A pesar del discurso de Samper Ospina sobre la necesidad de “sacar al país de su atraso” mediante la publicación de desnudos, la supuesta liberación sexual, según lo muestra Foucault, no es lo opuesto de los controles y las regulaciones, sino una de las estrategias que permiten ponerlos en funcionamiento. Cuando creemos que estamos rompiendo ataduras, librándonos de un tipo de esclavitud sociocultural, redimiéndonos, estamos precisamente insertándonos en una concepción y construcción del cuerpo, en una manera de vivirlo, que forma parte de complejos mecanismos de dominación.

Para convencernos de ello, bástenos reflexionar sobre cuál sexualidad se está destapando en la revista. No encontramos allí la diversidad de cuerpos (hombres y mujeres, altos y bajos, delgados y gordos, jóvenes y viejos), ni la pluralidad de placeres y de orientaciones sexuales que serían compatibles con un verdadero destape, ni mucho menos con sujetos sociales de variadas procedencias. Se trata, por el contrario, de apelar a la hegemonía heterosexual, siempre a partir de la perspectiva de un espectador masculino, y dentro de esa hegemonía, a los más rígidos y estereotipados patrones de belleza femenina. Patrones, además, que provienen de la clase social dominante. Contribuyendo, de paso, a cimentar una actitud hacia la sexualidad femenina como perpetuamente ligada a la posición de objeto, y a condenar a las mujeres a anhelar infructuosamente convertir su cuerpo en copia de esas “pulidas”, brillantes, deslumbrantes obras de la tecnología moderna que llenan las páginas de *SoHo*.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

**LA PROMISCUIDAD MASCULINA:
¿DETERMINACIÓN GENÉTICA O FALICISMO?
APROXIMACIONES A UNA RESPUESTA A
PARTIR DE UNA NOVELA CONTEMPORÁNEA**

Hace algún tiempo apareció en el diario *El Espectador* (3 de septiembre de 2008) un artículo titulado “El cromosoma de la infidelidad”, en el cual se informó sobre una investigación del Instituto Karolinska, de Suecia, sobre la influencia del alelo¹ 334 en la infidelidad de los varones. Según el artículo, los hombres casados que tienen dos alelos 334 serían más propensos a tener lazos afectivos menos fuertes con sus parejas, mientras que aquellos que sólo tiene uno o ninguno podrían tener menores riesgos de experimentar conflictos en su relación de pareja. Una búsqueda rápida en Internet confirma lo reportado por el diario colombiano, sólo que en una entrevista concedida por Hasse Walum, el sueco que dirigió el estudio, éste afirma: “Nunca buscamos infidelidad en nuestro estudio en absoluto. Lo que hemos estado enfocando es la fuerza del vínculo de los hombres con sus parejas”². La confusión parece haberse generado debido a que Walum y su equipo se interesaron en la pregunta que condujo a su investigación al conocer un estudio sobre la conducta de distintas especies de ratón de campo (*vole* en inglés), en el cual se descubrió que la duplicación del famoso alelo 334

¹ Alelo se define como uno de dos genes que ocupan una posición específica en un cromosoma y que tienen también una función determinada. Por ejemplo, para determinar el color de los ojos, se han identificado dos alelos: un tipo de alelo produce ojos azules, mientras que otro produce ojos oscuros. Si una persona tiene ambos alelos para el mismo color, los ojos serán de ese color; si son mezclados, los ojos podrán tener colores variados, más o menos claros.

² “Infidelity May Be in the Genes”. *24.com*, <http://www.24.com/news/?p=tsa&i=1014766> - Bajado el 3 de septiembre de 2008. El estudio fue primero reportado en la prestigiosa revista *PNAS* (*Proceedings of the National Academy of Sciences*, de Estados Unidos).

aparecía en las especies que eran “promiscuas” y no en las que eran monógamas. Con base en este dato, lo que el equipo sueco decidió estudiar fue la relación entre el alelo 334 y la tendencia de los hombres a cambiar de pareja, teniendo varias en serie, o la tendencia opuesta, a permanecer unidos a una sola mujer; el estudio no iba encaminado a descubrir si eran infieles o no durante la permanencia de la relación. En otras palabras, lo que el estudio medía era el grado, duración y solidez del compromiso afectivo, y no la tendencia a la infidelidad.

Me parece evidente que estamos ante un caso de equívoco producido por la falta de conciencia sobre las diferencias entre las realidades humanas y las animales. La “promiscuidad” animal se refiere a lo que podríamos llamar la serialidad de parejas sexuales, como en el caso de los perros, en contraste con la permanencia de una sola pareja, como en el caso de las palomas y algunas otras especies. Esto nada tiene que ver con escaparse los viernes a un motel a espaldas de la esposa o del esposo. Evidentemente, el condicionamiento genético es mucho más fuerte en los animales que en los humanos: si en una especie los genes conducen a la “promiscuidad”, todos los individuos de la especie lo son; igualmente, si en otra especie los genes llevan a las relaciones monogámicas, ésta será la regla generalizada. Entre los humanos, en cambio, se presentan variaciones culturales e individuales. Por otra parte, el significado de la palabra “promiscuidad” no puede ser el mismo para animales que humanos, pues en los primeros no existen ritos ni mitos culturales, que son indispensables entre nosotros. Tampoco parece probable que la “promiscuidad” de los ratones de campo sea un rasgo sólo de los machos de la especie, ya que las hembras de estos animales probablemente no se clasifican en las “de la calle” y las hogareñas, ni en ratonas de campo “Evas” (pecaminosas) y “Marías” (santurronas); supongo que en esta especie ambos sexos son igualmente promiscuos. En cambio en la especie humana, al menos en nuestra cultura, sí encontramos mayor promiscuidad entre los varones que entre las mujeres. En los artículos que encontré sobre el tema en Internet, no se decía si se habían comparado las hembras con los machos de la especie del ratón de campo, mientras que en la investigación con sujetos humanos del Dr. Walum sí se compararon los sujetos femeninos y masculinos. Puesto que según dicho estudio las mujeres tienen los mismos alelos, y aparentemente en la misma proporción que los hombres, y sin embargo tienden a ser más monógamas, la presencia o ausencia del alelo por sí sola no es suficiente para explicar la conducta estudiada. A pesar de todas estas incertidumbres, la celeridad con la cual los periodistas, tanto en Estados Unidos como en Colombia, concluyeron que el estudio mostraba que la causa de la infidelidad masculina era genética, nos brinda más información sobre la cultura de la masculinidad en estos países que sobre genes, cromosomas o alelos.

La conclusión que se deriva de estos artículos es obvia: no hay más que hacer que aceptar que los varones son promiscuos porque así lo han querido Dios y la naturaleza. Sin embargo, falta mucho por investigar para conocer a fondo la interacción entre genética y cultura, y no menos nos falta para sondear las profundidades de los prejuicios sexistas de nuestra sociedad.

Para indagar sobre la cuestión de la promiscuidad masculina, podemos tal vez encontrar aportes significativos en las obras literarias. En este artículo, me propongo apelar a la exploración del tema realizada por un novelista colombiano, Héctor Abad Faciolince³, en su novela *Angosta*. No puede decirse que la promiscuidad sea el tema central en esta obra⁴ que más bien puede considerarse un experimento en “ficción política”, al crear una ciudad ficticia, Angosta, de la que se dice que es la capital del país, Colombia, pero que en realidad parece representar al país entero, un país escindido por una férrea estratificación social y económica. Sin embargo, en esta obra el protagonista padece una tendencia a involucrarse en relaciones sexuales intrascendentes con mujeres con las cuales no tiene más en común que la lascivia. Y digo padece, pues este personaje una y otra vez se lamenta de esta tendencia, aunque aparentemente está condenado a ella. Estamos lejos, en esta novela, de esa especie de convicción implícita que encontramos en una obra del siglo XVIII como *Tom Jones*, de Henry Fielding, de que los varones nacen con un derecho divino a disfrutar sexualmente de todas las mujeres que se les atravesen, siempre que éstas no opongan demasiada resistencia. El protagonista de *Angosta*, por el contrario, digno habitante de este siglo que algunos han llamado, con razón o sin ella, “post-feminista”, es consciente de que su promiscuidad le impide tener una relación conyugal estable, y se lamenta de la soledad resultante.

Abordaremos, entonces, esta novela de un modo utilitarista, no para estudiarla como objeto estético, o como mero producto lingüístico, como nos dicen tantos teóricos contemporáneos que debemos hacerlo, sino para derivar, más que extraer, de ella ese saber sobre el mundo cultural de lo humano que a menudo los poetas (y los novelistas) revelan sin proponérselo, casi a pesar de sí mismos. Así como Sócrates, en el diálogo platónico “Ión”,

³ Héctor Abad Faciolince (n. 1959, en Medellín, Colombia), escritor, traductor y periodista, cuenta, entre sus principales publicaciones, las novelas *Asuntos de un hidalgo disoluto* (1994), *Fragmentos de amor furtivo* (1998), *Basura* (2000), y *Angosta* (2004), y sus memorias, centradas en la figura de su padre, *El olvido que seremos* (2005). Ha ganado varios premios por sus obras, algunas de las cuales han sido traducidas a otros idiomas.

⁴ De hecho, Abad aborda más directamente este tema en *Asuntos de un hidalgo disoluto*, cuyo protagonista es Gaspar Medina, un cínico millonario colombiano de más de setenta años que recuenta episodios de su vida promiscua. En otra oportunidad, quizá, analizaré esa novela.

sostiene que los poetas reciben inspiración divina que les permite construir profundos y bellos discursos sobre temas que en realidad no conocen, y decir verdades que ellos mismos no saben, supondremos que esta obra podrá ayudarnos a ahondar en uno de los temas que aborda, en este caso la tendencia masculina a la promiscuidad. No porque sea ése su propósito, sino debido a la especial penetración (y uso esta palabra sin ninguna doble intención) que les confiere a los novelistas su imaginación literaria. Y si nada obtengo de esas pesquisas, tal vez me tendré bien merecido el chasco, pues ya multitudes de críticos semióticos nos han advertido: no se debe mirar más allá de una obra al leerla. Sin embargo, ¿cómo evitar destilar de ella algunas ideas, algunos indicios, cuando parece perfectamente válido verlas, no como intocables, arcanos objetos, sino como productos culturales y por lo tanto de algún modo partícipes del mundo que las circunda?

LA OBSESIÓN SEXUAL DE JACOBO LINCE

La novela empieza narrando un acto del protagonista, Jacobo Lince: oler un libro “como quien hunde la nariz entre las piernas y los pliegues de una mujer”⁵. La característica sobresaliente del personaje es la obsesión por lograr el coito con cualquier mujer joven y pasablemente atractiva que se le atraviese: “no puede ver una mujer bonita sin quedar atrapado en una telaraña de sensaciones ensoñadoras que ya no lo dejan pensar en nada más” (p. 40). Amar los libros y la literatura y desear mujeres son sus dos rasgos definitorios: los dos únicos momentos cuando su vida “cobra sentido” es cuando lee “algo que lo exalte” o cuando el conocer a una mujer le despierta la ilusión “de que en algunas horas, días, meses, podrá conocer un cuerpo que por algún motivo lo seduzca” (p. 56). La obsesión del personaje con lo que a veces se denomina en la novela “sexo”, y otras veces se llama “amor” (a pesar de que no exista sino deseo físico, sin apego a la mujer como persona), es reconocida por sus amigos y conocidos: “Jacobo no piensa sino en lo que sabemos”, dice de él “el señor Rey”, gerente del hotelucho donde viven ambos (p. 96); otro personaje lo califica como “mujeriego, enfermo por las mujeres, como un perrito” (p. 224).

Una de las peculiaridades de esta novela consiste en que, con la primera aparición de cada personaje, sendas notas al pie nos dicen quién es. Las notas los describen, nos dan los datos fundamentales de su vida, trabajo, y características psíquicas. En el caso de Jacobo Lince, el protagonista de la novela, la nota concluye con estas acotaciones:

⁵ Héctor Abad Faciolince, *Angosta* (Bogotá: Planeta, (2003) 2007), p. 11. Todas las citas de la novela se refieren a esta edición, a la cual de ahora en adelante nos referiremos en el texto, usando simplemente el número de página entre paréntesis.

No cree en nada trascendente, pues hace tiempos sustituyó la religión por el sexo. Para él no es el espíritu, sino el deseo el que sopla dondequiera. De unos años para acá sus relaciones son siempre carnales, nunca sentimentales. Trata de comerse (este verbo en Angosta es lo que los machos dicen que hacen al copular) a todas las mujeres que conoce y que puede, siempre y cuando huelan bien y manifiesten signos exteriores de fertilidad, lo cual no quiere decir que las quiera embarazar: se hizo hace años la vasectomía. (p. 11)

En su paso por la calle, Jacobo Lince “mientras avanzaba perseguía a casi todas las mujeres con la mirada” (p. 13). Pero cuando está en presencia de una mujer deseable en particular, como sucede con una cliente de la librería de viejos de la cual es dueño, su mirada ya no deambula, sino que se centra en ella, o más bien en “un futuro que no sabe cómo fabricar, pero que a toda costa quiere conseguir, un futuro en el que las bocas se junten y su cuerpo se confunda con el de ella, atados con un nudo ciego, oscuro, húmedo, móvil e inmóvil, en la mitad del cuerpo” (p. 40). No quiere decir esto que Lince sea “enamorado”:

Antes, cuando era muy joven todavía, creía tener un corazón muy amplio, abierto de par en par, de esos que se enamoran a primera vista, y así explicaba los sucesivos reemplazos que le hallaba a todo cuerpo, el deseo soplando en todos lados como en una borrasca. Ahora se conoce mejor y sabe que no se enamora casi nunca, pero que a primera vista es seducido fácilmente [...] (p. 40-41).

La seducción que las mujeres operan en Lince y que él padece como un destino ineludible es independiente de las características personales de la mujer en cuestión; esto se hace evidente cuando, ante la cliente en la librería, “esa muchacha a la que no conoce siquiera, a quien no ha oído decir ni una palabra”, siente que ella “le hace crecer por dentro algo que no puede tener sino un nombre: ganas”. Para Lince esta tendencia es algo tan inevitable como desafortunado:

No le gusta ser así, pero es así, y las veces que ha intentado contenerse su cabeza lo engaña, lo lleva por vericuetos traicioneros hasta conducirlo (como tira la soga de la argolla engarzada en la nariz del buey) a lo mismo, siempre a lo mismo. Ahora piensa que lo mejor es no resistirse, no rebelarse, no pelear, dejarse ir tras el deseo, que sopla dondequiera. (p. 41)

Parecería que Lince se duele de su condición promiscua, en vez de enorgullecerse de ella; por ello no es el toro poderoso el que la representa, sino el buey, un animal castrado. Paradójicamente, el hecho de estar con frecuencia dispuesto al coito no se representa como un signo de poder, sino de la impotencia de ser llevado y traído por sus propios impulsos libidinales. Por otra parte, al mirar a la mujer a quien aún no conoce, pero con quien ya desea llegar a la cama, “se le viene a la cabeza” un verbo

“más tosco y caballuno” que “tocar, besar, oler, abrazar”, pero “lo rechaza de su mente con un gesto de la mano, como si se estuviera espantando una mosca”; este rechazo a la palabra burda no es pudor, sino un intento “por preservar en sus nuevas relaciones un espacio a algo que no quisiera que fuera siempre carne, sólo carne” (p. 56).

Más tarde, después de bailar con la mujer que acaba de conocer, y que no puede en ese momento entregárselo, pues su novio mafioso (“el Señor de las Apuestas”) la vigila y la hace seguir a todas partes, Lince siente que la erección producida durante el baile disminuye, y piensa

que su vida estaba dominada por esa especie de radar que percibía o emitía señales en la mitad de su cuerpo. Esa antena erguida era la brújula que dirigía su vida [...] no sabía cómo evitar o cómo sacarle el cuerpo a la aguja de esa brújula que lo llevaba inútilmente, insaciablemente de cuerpo en cuerpo, sin sosiego, sin descanso, sin vuelta atrás. (p. 83)

Lince reconoce que los amores intrascendentes son los únicos que le gustan, pero se avergüenza un poco de ese gusto, y por eso cuando la relación con la novia del mafioso termina en una tremenda golpiza que lo deja incapacitado durante semanas, se declara contento de que por lo menos ese amor, a diferencia de todos los otros que vive constantemente, “hubiera dejado huellas” (p. 116). (Pareciera haber en Lince un gusto masoquista por la constante auto-recriminación, y aquí ese gusto recibe una gratificación aún más intensa, por ser en este caso “las huellas” físicamente demoledoras). Luego, cuando ella comienza a visitarlo en su hotel, usando un pasadizo subterráneo para eludir a los matones que la espían, Jacobo se duele de que ese “amor agradable” no tenga más hondura que la del peligro de ser descubiertos por el temible mafioso, al que llaman Señor de las Apuestas: “Porque Jacobo no sentía ningún amor por Camila, y ni siquiera afecto, sólo un deseo intenso e insolente de olerla y penetrarla” (p. 136). Inclusive, Camila misma, según conclusión de Jacobo, “no era otra cosa que unos sesenta o sesenta y cinco kilos de buena carne, nada más” (p. 136). La mujer, entonces, es tan intrascendente como el amor que comparte con él: “Era un amor sin hondura, sí, era un amor superficial de pura piel; nada hondo había en Camila, fuera del miedo al señor de las Apuestas” (p. 139).

Como vemos, Lince se siente condenado a lo que algunos llaman “satiriasis”, y parece albergar esperanzas de encontrar en algunas de sus relaciones carnales “algo” más, distinto a la mera carnalidad. Y sin embargo, la manera como habla de su tendencia podría interpretarse, no sólo como una tendencia a auto-fustigarse, sino también, paradójicamente, como una manera de auto-disculpase, recurriendo a la pseudo ciencia, a versiones populares de la teoría de la evolución. Ya hemos visto que la condición que le permite desear a las mujeres es que “huelan bien y manifiesten signos exteriores de fertilidad”, a pesar de que no quiere tener hijos.

Esta curiosa manera de referirse al atractivo sexual femenino corresponde a los términos en los cuales se describe el deseo en los tratados de biología sobre la sexualidad de los mamíferos. Siguiendo la misma tendencia a describir la sexualidad humana por referencia a instintos puramente animales, el mismo Lince se declara víctima de un “programa” que lo domina como a un ordenador: “mi programa ciego sigue activo y me dice noche a noche, tarde a tarde: fecunda, fecunda, fecunda. Mete tu miembro en toda vulva joven que te ofrezcan, que para eso viniste a la vida. Esa es nuestra tragedia de varones” (p. 118).

Ese “programa tonto” lo llevó, a pesar de que su matrimonio era “un buen matrimonio”, a “buscar cuerpos distintos al cuerpo de Dorotea”, su ex esposa, y por ende lo hizo poner en peligro su relación con el único ser que ama realmente, su hija de nueve años. Pero esta tendencia, según Jacobo, no lo hace sentirse culpable, pues

Todos los hombres somos así, o casi todos, y los que no ejercen es porque tal vez no tienen oportunidades, o nacieron con la fortuna de ser desganados, flojos de hormonas, faltos de apetito. (p. 119)

Por eso concluye: “lo mío es una tragedia, una trampa del instinto” (p. 119). El empleo de este argumento, explícito o implícito, puede verse como un subtexto que emerge en el discurso del personaje tanto como el del narrador, una y otra vez a lo largo de la novela. Por otra parte, según las teorías sexológicas del personaje, las mujeres por lo general son desganadas, y las que no, “las muy ganosas, las perras como solemos ser perros los hombres”, son aquellas “que son infieles sin pudor y sin reglas, sobre todo con tipos que les parecen buenos como portadores de semillas, garañones de algún modo preferibles a sus propios maridos” (p. 119). Pero las mujeres típicas le temen a la infidelidad “por ricas e independientes que sean, por temor al abandono”, a perder la protección del macho proveedor. Tanto este temor femenino como el masculino a que sus esposas traigan al mundo el hijo de otro hombre, son actitudes “muy viejas, muy animales, programadas con sangre y genes en el cerebro más antiguo” (p. 124).

Diversas circunstancias narradas o aludidas en el texto, desde el dato sobre los “signos exteriores de fertilidad” que son necesarios en las mujeres para que Jacobo Lince quiera “comérselas”, hasta estas teorías sobre la inevitabilidad del influjo del deseo sobre él, como sobre todos los varones, pasando por las burdas caracterizaciones de las diferencias entre hombres y mujeres en el amor, todo esto, repito, parece estar en consonancia con la idea de que el deseo sexual está determinado por factores hormonales que tienen una base genética producida por la evolución. Nos encontramos ante la idea mil veces repetida en el *Discovery Channel*, según la cual las necesidades de perpetuación de la especie se imponen sobre los individuos cuando los machos de la especie

buscan hembras que les permitan reproducirse. Y es esa misma “filosofía” pseudo-darwinista del canal de televisión, que como acabamos de ver Lince comparte, la que prima cuando se afirma que las hembras prefieren como compañeros sexuales a los hombres que aparentemente podrían engendrar mejores ejemplares, antes que a otros inferiormente dotados. De este modo, al desear copular con toda mujer joven que conoce, “con el único requisito de que la mujer parezca fresca, tersa, limpia, nueva” (p. 41), Lince estaría obedeciendo un llamado ancestral, independiente de su propia voluntad. La volición, en cambio, como facultad individual, lo ha llevado a hacerse la vasectomía, tratando de impedir que ese llamado fatal conduzca al fin evolutivo para el cual supuestamente fue instilado en los genes mediante milenios de selección.

Según la pseudo-ciencia de Lince, las actitudes de las mujeres hacia el amor (léase hacia la promiscuidad) son radicalmente distintas a las de los hombres debido a que “durante decenas y decenas de milenios” ellas estuvieron expuestas a quedar embarazadas, y por lo tanto temen al sexo que puede dejarles “una cicatriz que dura la vida entera, una huella inmensa”, la progenie. Ese temor sigue allí, en el ADN, aún ahora que ya la tecnología médica permite separar el placer de la reproducción; es lo que hace que las mujeres generalmente rechacen el sexo sin amor, y quieran compromiso y exclusividad en sus relaciones amorosas, pues según las teorías “jacobianas”, la píldora y otros anticonceptivos modernos no son suficientes para “cambiar la forma de la mente y el sentimiento de la noche a la mañana” (p. 118). En otras palabras, las mujeres, debido a su experiencia milenaria de la relación entre coito y embarazo, han adquirido temor a participar en actos sexuales, y esa emoción ha pasado a su material genético. Jacobo, entonces, interpreta la teoría de la evolución, no como la selección natural darwiniana, ni siquiera en la versión simplificada por el canal *Discovery*, sino como la posición revaluada hace más de medio siglo, sostenida por los neo-lamarckianos a fines del siglo XIX, de que es posible heredar y pasar a los descendientes características adquiridas mediante la experiencia; y esto con el agravante de que ni siquiera esa teoría desueta es aplicable, ya que el neo-lamarckianismo se refería a características físicas, y no a reacciones emocionales, como lo es en este caso el temor a la actividad sexual debido al hecho de que conduce a los embarazos⁶.

⁶Al respecto nos dice Michael T. Ghiselin, (autor de *The Triumph of the Darwinian Method y The Economy of Nature and the Evolution of Sex*), que “para 1940 los biólogos habían descubierto tanto sobre la genética y otros temas relacionados que las ideas de los neo-lamarckianos fueron generalmente abandonadas. Ellas no desempeñan ningún papel en nuestra moderna teoría de la evolución, que emergió durante los años cuarenta y al principio de los cincuenta. (The Imaginary Lamarck: A Look at Bogus “History” in Schoolbooks, <http://www.textbookleague.org/54marck.htm> Recuperado el martes 23 de octubre, 2008).

Lo curioso es que Lince no advierte la contradicción entre estas opiniones y su explicación sobre las razones por las que él se “enamorado de su hija como se enamora una mujer de sus hijos, visceralmente”:

Porque viví con ella, porque la cargué y le cambié los pañales y la llevé de paseo y la monté en columpios y le di muchas veces el tetero. Si un hombre no se vuelve mujer aunque sea unos meses no puede entender lo que sienten las mujeres, la seriedad con que ellas toman el sexo y las relaciones duraderas (p. 118).

En otras palabras, la programación de “decenas y decenas de milenios” no puede cambiar, para las mujeres, a pesar de las décadas de disponibilidad de anticonceptivos, ni en el caso de los hombres, por el temor al sida, pero un varón sí puede convertirse en madre por unos meses de dar teteros y cambiar pañales. Este hecho parece indicar que las experiencias personales, y no sólo las de la especie en su conjunto, pueden cambiar las actitudes frente a la procreación, lo cual contradice las mismas teorías evolucionistas expuestas por Jacobo.

Por otra parte, la descripción del proceso de esas “conquistas incesantes” que Jacobo llama “apuros de la carne, necesidad fisiológica, esclavitud del cuerpo” también aparece coloreada por vestigios de teorías antropológicas sobre la masculinidad como el ejercicio del antiguo oficio de cazador, mezclada con pinceladas cargadas de tintes biológicos, donde se describen esas danzas previas a la copulación mediante las cuales los machos de algunas especies atraen a las hembras. El librero Lince, ante Camila, la fotógrafa que pronto se convertirá en su amante, decide emplear el vino que guarda en la librería, y un pan francés y queso amarillo que compra en el mercadito de la esquina, porque “Sabe que el animal que conquista es el animal que llega con una presa entre los dientes, que no hay hombre superior a aquel que sale con un carcaj de flechas y regresa cargado de cacería” (p. 59). Además, las “conquistas” son llamadas “cacerías nocturnas”, y Lince las desarrolla regando “el terreno de la conquista” con “un poco de gasolina alcohólica, y algo de ceremonia, de gestos teatrales” para “conseguir que la mujer se acerque, y poder halagarla con su charla” (p. 58). Todo lo anterior es asimilable al cortejo que el macho de algunas aves escenifica ante la hembra antes del coito.

Además de la referencia al halago al narcisismo femenino, y de las metáforas cazadoras y biológicas, se emplea la figura del juego de ajedrez: la aparente indiferencia de Camila, al no mirar a Jacobo Lince, delata su alejamiento “ya excesivo, una defensa férrea de ajedrecista que se cuida, tal vez porque ya ha intuido que las blancas pretenden atacar por el flanco de la dama”. Jacobo, por su parte, se comporta como “un alfil insidioso”

al llevarle una copa de vino, que ella rechaza “aunque con una sonrisa levísima (primer peón perdido)” (p. 59). La relación entre los dos, sin embargo, no es sólo la del ataque de él y la defensa de ella, sino que en ocasiones los papeles se invierten, como cuando ella le habla al oído “con cierta impudicia descarada”: “Ahora ella era la que había desplegado torres y peones, y también atacaba” (p. 66). Cuando Camila sale a la calle Lince la sigue, convertido en “el perro ríjoso que persigue sin razón, por el puro olor, las feromonas de una hembra de la que ni siquiera sabía si estaba o no en celo”, siguiendo así “sus instintos más de primate que de hombre galante” (p. 67).

El texto está plagado de aparentes auto-críticas como ésta de su propia animalidad, de manifestaciones de anhelo por llegar a desear “algo más que la carne”, de lamentos por no poder acceder a otro tipo de relación con una mujer que no sea basada sólo en la lujuria. A pesar de todos ellos, a Jacobo, según reconoce el narrador, “le gustaba que lo creyeran un seductor, no alguien que se aprovechaba de una menor, o casi” (p. 155), y por eso oculta la naturaleza lujuriosa de su relación con Virginia, una joven de apodo “Candela” a la cual le lleva más de veinte años de edad, diciéndole a todos “que no, ... que todo era amistad y nada más” (p. 155).

En otros momentos, la metáfora empleada es la de la guerra, una guerra absurda sin desenlace ni victoria posible:

[Lo mío es] una guerra perdida al final, siempre, [aunque el instinto] quiere pelear mil batallas y ganarlas. El sexo es eso: mil batallas vencidas para al final perder la guerra. Mejor dicho, la guerra es imposible de ganar, la guerra consiste en esas batallas que se suceden una tras otra, y nada más (p. 119).

Es claro que lo que tienen en común la guerra, la caza, la danza animal previa a la cópula (al menos en la interpretación antropocéntrica y androcéntrica que se hace de ella), y el ajedrez, es que son ejercicios de poder. Aunque luego de la despedida, la noche en que conoce a Camila, recurre en él “la idea molesta de que otra vez se estaba enredando con alguien a quien no quería, a quien solamente quería ver desnuda y nada más”, finalmente “el ron y el recuerdo de Camila borrarón la culpa y le dieron la sensación de ser invulnerable” (p. 84). Así, en estas lides Lince oscila entre la sensación culposa de ser no sólo superficial, sino más animal que humano, y el placer de sentirse poderoso que le concede el éxito con las mujeres. Pero más que de mero poder a secas, que podría querer decir mucho o poco, la sensación, como vemos, es de invulnerabilidad, es decir, de omnipotencia. En suma, en vez de sentirse como un buey castrado, en el acto de seducción y en la fruición que él mismo llama “carnal”, lo que parece constituir el mayor afrodisíaco es la búsqueda de la sensación ilusoria de invencibilidad, de supremacía, de poderío.

Sexo y poder

Antes de proceder a examinar más a fondo la relación entre el poder y “el sexo” en la novela, debemos referirnos a lo que parece ser el tema central de la novela, la situación social y política de un país cuyas características geográficas corresponden a las de Colombia, y que se llama Colombia, pero cuya capital lleva el nombre de “Angosta”. En el contexto simbólico de la novela, Angosta no es sólo la capital, sino que, como ya dijimos, puede interpretarse como una representación de toda la realidad social del país. Según se nos dice en el libro que Jacobo lee al inicio de la novela, la ciudad está dividida en tres sectores, que en la contracarátula de la edición que empleo se describen como “tres pisos, tres castas y tres climas”: Sektor C, o Tierra Caliente, poblada por tercerones, calentanos, en su mayoría obreros y empleadas domésticas, y plagada por la miseria; Sektor T, o Tierra Templada, poblada por segundones, en su mayoría empleados y dueños de pequeñas empresas; y el Sektor F, Tierra Fría, correspondiente al llano de Paradiso, cuyos habitantes son “los dones”: los terratenientes, los ejecutivos, los grandes empresarios, los políticos. El acceso a este tercer sector es restringido (tanto como lo es en la realidad real el acceso a Estados Unidos), mediante la exigencia de visas y la estrecha vigilancia de la frontera, pues la categoría de “dones” es legalmente reconocida y documentada; la mayoría de estos ciudadanos son blancos o mestizos más claros que los que viven en los otros dos sectores, aunque hay también unos pocos negros. Los tercerones y segundones que trabajan en el Sektor F deben llevar una escarapela, como la estrella de los judíos en la Alemania nazi. Cuando una persona alcanza una fortuna considerable, puede reclamar el estatus de don, y generalmente se le concede. Todo esto es fruto de una política llamada “de Apartamiento”, que recuerda al apartheid de la antigua Suráfrica. En el país existe una fuerte vigilancia policial, a la vez que una complicidad entre políticos, la élite económica, y una tenebrosa fuerza paramilitar, la Secur, que realiza ejecuciones ordenadas por un tribunal secreto denominado “los Siete Sabios”. Como puede deducirse, la actitud de tanto el protagonista, Jacobo Lince, como el propio narrador hacia las estructuras económicas y sociales de Angosta es claramente de condenación por la injusticia reinante.

Virginia, o Candela, la joven que se convierte en amante de Jacobo, es una “tercerona” que lo ha socorrido, guiándolo para evitar los peligros, en una ocasión cuando quiso ir a un restaurante del Sektor C y se perdió. Virginia le interesa a Jacobo no sólo por su cuerpo, sino también porque es inteligente y sensible, aunque al protagonista, a pesar de sí mismo, le molestan sus modales y dicción, que son los de su clase. Sin embargo, la lleva a vivir en el “gallinero”, el piso más alto y dilapidado del hotel

donde vive en el Sektor T, y los dos se acostumbran a andar con frecuencia juntos, casi como pareja, aunque siempre negando serlo. Después de un tiempo improbablemente corto de esta convivencia, Virginia aprende no sólo a hablar más correctamente, sino que inclusive puede emplear algunas frases de inglés y usar el tono de superioridad de los tercerones (p. 282).

Como puede verse, Jacobo no comparte los prejuicios sociales típicos de su país, o al menos no totalmente, y se avergüenza de aquellos prejuicios que conserva. Se opone radicalmente al “despojo y la violencia que se aplicaba contra la gente de abajo” (p. 245), aunque no hace nada por combatirlos. Critica el consumo ostentoso de su ex esposa, de quien piensa que busca con su ropa y con accesorios como el collar de piedras de Cartier que usa, transmitir el mensaje siguiente: “yo tengo mucha plata, y me sobra tanta como para colgarme del cuello un capital” (p. 236). Le molestan las señales de arribismo de su pequeña hija, Sofía, quien le dice que “quisiera ser como Bill Gates” (p. 247) y quien esconde la cabeza por debajo de las ventanillas cuando su padre va a buscarla, para que nadie la vea “subida en ese carrito de pobre” (p. 246).

Sin embargo, su padre, Jacobo, descubre que es menos inmune al poder del dinero de lo que piensa, cuando conoce a Beatriz, una “doña”, habitante de Paradiso, a quien le enseña inglés, haciéndose pasar por irlandés y usando su apellido materno, Wills:

La primera vez que estuvo en casa de Beatriz, hace bastante tiempo, sintió con rabia que la opulencia en que ella vivía lo intimidaba. No podía soportar que él, con su coraza blindada contra los dones, sintiera de modo automático una especie de respeto inmediato y gratuito hacia los signos más evidentes de riqueza y poderío. (p. 166)

Es claro que Jacobo Lince no puede atribuir a la evolución de la especie ese “respeto inmediato” que siente, como antes hizo con su promiscuidad; por lo menos tal atribución nunca se hace. Y es claro también que, por más que le duela, el poderío económico lo subyuga, lo domina, lo humilla. Como Jacobo posee una fortuna en secreto (pues aunque sigue viviendo modestamente, ha heredado un millón de dólares de su madre), lo que lo hace sentir sojuzgado no es tanto el dinero, sino todo el boato, la fastuosidad y la fuerza, en una palabra, el poder, que aparece pomposamente exhibido en esa casa. Más tarde, cuando Jacobo es conducido a una “biblioteca inmensa” para conocer a los padres de Beatriz, interpreta la espera a la cual se ve reducido como una “técnica de sometimiento y sumisión”. Para resarcirse en algo, “dándose fuerza con un pequeño rastro de superioridad”, piensa que a los dueños de esa biblioteca “sin muchos libros”, y los pocos existentes “evidentemente intocados”, les haría falta “pasarse unas horitas por La Cuña”, su librería de viejos (p. 170).

Pero el influjo del poder no se limita al dinero; la reverencia que siente Jacobo ante la belleza de Beatriz es superior, inclusive, al influjo que tiene sobre él el poder económico. Beatriz, que es hija de un senador, posee una belleza perfecta. El efecto que le hace a Jacobo verla por primera vez es inclusive superior al que le hizo la opulencia de su casa: la ve “como una aparición, un espejismo”, y pierde el habla. Cuando se recupera, se esfuerza “hasta lo imposible por parecer despejado, imperturbable como solía ser, pero por dentro se le había movido algo que lo anonadaba” (p. 168). De allí en adelante continúa enseñándole inglés cada martes, “sobreponiéndose a la inferioridad total que sentía con su única superioridad: hablar bien el inglés” (p. 168).

Beatriz, además de ser “doña”, no sólo es bella, sino también encantadora y además brillante, pues “en cualquier tema que tocaba” lo sorprendía “con apuntes certeros, inteligentes y muy bien informados” (p. 169). Tal es la veneración que siente ante su belleza, que sus hábitos de seductor quedan desarmados, neutralizados: nunca “llegó a abrigar ni una remota esperanza de algo más, y nunca tampoco intentó insinuar el más leve indicio de seducción” (p. 169). Beatriz, perfecta como la de Dante, se convierte para el protagonista de la novela en la medida de la belleza femenina para el resto de su vida, y habita sus fantasías sexuales.

Sin embargo, como ya todo lector o lectora prevé desde el principio, llega el momento en que se cumplen las fantasías de Jacobo, pues Beatriz, cuando se da cuenta de que su profesor de inglés no es un don como pretende ser, sino un segundón, aprovecha la oportunidad para tener un “*lover from down in Angosta*” (p. 178) y lo lleva a su cama. El primer efecto es apabullante: “Beatriz desnuda era una aparición: algo tan perfecto que Lince se quedó más pasmado que cuando la había visto vestida la primera vez” (p. 181). Tal perfección lo intimida; por eso el primer intento de coito termina en una eyaculación prematura. Pero el segundo intento alcanza el éxito, y Jacobo vive sus encuentros sexuales con ella con una devoción casi religiosa: “Jacobo nunca tuvo con ella, al terminar, la sensación de estar saciado, ni siquiera satisfecho, y si su cuerpo hubiera respondido, allí se habría quedado, para siempre” (p. 181).

En otras palabras, la belleza femenina para este hombre es un poder que sólo podemos llamar fálico, similar al poder del dinero. Recordemos que el falo, en Lacan, no es el órgano genital masculino sino su representación, por lo cual aparece como significante de la diferencia sexual y de la “falta”, o sea de la castración que se opera a nivel del inconsciente. Lo fálico, entonces, no es simplemente el centrar la atención en los genitales, sino la tendencia a remediar “la falta” a través del poder, o de la ilusión del poder, representado mediante el dinero, la belleza, la fuerza de la inteligencia y del saber; en una palabra, representado mediante el éxito en cualquiera de

sus formas, incluyendo el éxito sexual. Por eso la relación entre Beatriz y Jacobo puede tildarse de fálica. Entre ellos nunca existe amor, sino un deseo que él vive como “una ansiedad sin límites por hundirse en su cuerpo”, un deseo y una gratificación que actúan como una especie de antídoto contra “el hastío” o “la tristeza” (p. 182).

El desprecio y la arrogancia: ¿Falismo del narrador?

Otro pasaje donde se advierte un tinte fálico, en el sentido de compensación de la “falta”, es aquel donde se examina la literatura latinoamericana actual, imitando al famoso capítulo VI del *Quijote*. Tal como lo hacen el cura y el barbero al recorrer los libros del ingenioso hidalgo, Lince y sus amigos revisan la biblioteca de un crítico y columnista que acaba de morir, para decidir si deben comprarla, y discuten los autores más conocidos, calificándolos de acuerdo a sus méritos y defectos (pp. 202-215). La principal diferencia entre el pasaje del Quijote y el que aparece en *Angosta* es la siguiente: el primero se ocupa de novelas de caballerías, un género menor, y de poemas bucólicos, sin mencionar a autores como Góngora, Garcilaso, Lope de Vega, Quevedo o Baltasar Gracián, mientras que en el segundo los personajes ficticios (Jacobo, Quiroz y Dionisio) se sienten con derecho a evaluar obras que van desde los libros de Paulo Coelho hasta la literatura escrita por Borges, Vargas Llosa, Fuentes, García Márquez, Cortázar y Jorge Amado, entre otros, pasando por *La vorágine*, además de acometer la crítica de “los nuevos”. Tampoco se pasan por alto los vicios y fallas personales de los escritores, desde el esnobismo y la arrogancia de algunos hasta su obsesión por el Nobel, pasando por el exceso de admiración que uno que otro de ellos exhiben hacia otros autores. Los tres personajes adoptan una actitud prepotente, como si miraran desde una cumbre a todos los escritores contemporáneos, incluyendo al propio Abad Faciolince, autor de la novela, de quien se dice, que es “un autor menor” y “un talento desperdiciado”, tal como en el pasaje cervantino se enjuicia la *Galatea* de Miguel Cervantes afirmando que la obra “tiene algo de buena invención, propone algo y no concluye nada”.

En este juego, sea cual sea la intención del autor, se está sugiriendo un paralelo entre el autor de *Angosta* y el de *Don Quijote*. Por lo menos, podemos concluir que en este pasaje, con falsa modestia que suena a franca coquetería, alguien a quien se le llama “Abad Faciolince” aparece simbólicamente igualado con Cervantes. Y sin embargo, no encontramos un solo indicio de que tal pretensión sea desmedida. Como se ve, no sólo los personajes dan muestras de falismo. También el narrador de la obra lo hace en ocasiones, mediante la exhibición de una actitud de superioridad social e intelectual que se torna paradójica en una novela como ésta, donde se hacen tantas críticas a las jerarquías.

Un aspecto en el cual las actitudes de Jacobo Lince y del narrador coinciden, entonces, es en la tendencia a despreciar a sus semejantes, a erigirse en su juez y a subvalorarlos. Ya vimos que Camila, según Jacobo, no era otra cosa que unos cuantos kilos “de buena carne, nada más” (p. 136). Evidentemente, la mujer es superficial y relativamente ignorante, pero de allí a concluir que sea justo compararla con un bistec, hay un buen trecho. Por su parte, el narrador también es proclive a juzgar a algunos de los personajes y en ocasiones a clases sociales enteras. Pero antes de entrar a desglosar y demostrar esta afirmación, debemos plantear brevemente algunas observaciones sobre la técnica narrativa de la novela.

Angosta está escrita en gran parte en estilo indirecto libre, esa mezcla de discursos en tercera persona, directo e indirecto, en el cual con frecuencia en la narración se siguen los pensamientos o posiciones de uno de los personajes sin atribuírselos directamente. Sin embargo, en algunos pasajes este estilo se desliza hacia la omnisciencia, pues la voz que narra nos ofrece máximas categóricas, generalizaciones que tienen la fuerza de aforismos, frases lapidarias, como por ejemplo ésta: “El oficio de librero, cuando es con libros viejos, se parece al de enterrador” (p. 203). En otro caso se caracteriza el habla de los habitantes de Angosta de este modo: “En el Altiplano (o sea en la tierra de los dones, o F) los niños asisten a colegios bilingües y tanto ellos como sus padres prefieren hablar inglés, aunque no lo sepan bien; en la Cueva (tierra de tercerones, o C) se habla un dialecto que tiene tantas reminiscencias del español como el español del latín” (p. 198). Nadie parece escaparse de estas vastas generalizaciones sobre el lenguaje que emplean unos y otros. En cambio, al describir como grupo social a los tercerones, habitantes del Sektor C, se distingue entre dos categorías, al afirmar que aunque entre ellos merodean muchas pandillas de delincuentes, “la mayoría de la gente calentana [...] es pacífica y mansa, también solidaria, por lo desesperada, pero la gente mansa, por mucha que sea, casi nunca se nota” (p. 199). Como podemos ver, la distinción también es tajante y concluye con una máxima categórica y terminante.

De estos habitantes del piso más bajo (literal y figurativamente) de Angosta se afirma con cierta condescendencia:

Entre los tercerones hay de todo, en bondad y en maldad, en talento y en coraje, pero los segundones y los dones prefieren pensar que están condenados a pudrirse allá y que no tienen salvación, como si sus taras fueran genéticas o como si ellos pertenecieran a una distinta especie subhumana. (p. 199)

Cada vez que se habla de ellos, se hace énfasis en su “vida azarosa”, su falta de opciones, el desprecio que por ellos sienten “los segundones y dones”.

En las dos ocasiones en que Jacobo se interna en ese mundo, se pierde y se siente al borde de ser asesinado o al menos atracado y golpeado, y en su segunda incursión efectivamente lo despojan hasta de los calzoncillos. Candela lo “salva” en su primera incursión, diciéndole “verá que conmigo ni lo tocan: aquí me conocen y me respetan” (p. 147). Ella misma, sin embargo, burlándose del temor que los “del otro lado del río” (los segundones) le tienen a la población a la que ella pertenece, reconoce que “somos una manada de animales salvajes” (p. 153).

Es en estilo indirecto como se nos presentan las reacciones de Jacobo al conocer a Virginia, alias Candela, su malestar ante sus modales en la mesa y el hecho de que “Había en ella algo más [...] que a él le repugnaba, y lo hacía estremecerse de disgusto: la manera de hablar” (p. 152). A esta afirmación le sigue un catálogo de errores gramaticales y léxicos de Virginia-Candela que es un resumen, en el estilo mencionado, de las reacciones de Jacobo al oírla hablar. Pero más adelante en el relato es el propio narrador (pues en ese pasaje no aparece focalización alguna a través de ningún personaje) quien nos brinda una larga disquisición, en cinco apretadas páginas, sobre “abajo” y sus moradores. Es la voz que narra la que nos informa en detalle acerca de los desplazamientos que conducen a que el sector C crezca; en ese trozo se vuelve a tratar el tema del “dialecto curioso de vocales abiertas” de sus habitantes. Su lenguaje es descrito como “una jerga carcelaria que se difunde por todas partes gracias a que casi todos ellos han estado o tienen algún pariente o algún amigo en la cárcel” (p. 198).

El ambiente que el narrador describe es físicamente repulsivo:

Allí hace un calor húmedo y todo está como salpicado por el rocío amarillo y nauseabundo del Salto (una cascada contaminada donde se arrojan los cadáveres de los sujetos asesinados por la Secur), o por el olor a pólvora de las balas locales o de los bombardeos internacionales. Huele a sangre y a muerte por las calles; también a fritanga, porque viven friendo cosas [...] (p. 198)

No hay otra cosa que vulgaridad, fealdad, dolor, soledad y carencia en el mundo de los pobres, como si para ellos no fuera posible tener ni un momento de felicidad, ni siquiera de esparcimiento. Hasta la música, que es constante en sus barrios, es descrita como un ruido perenne, ensordecedor y embrutecedor: “La música embota, hace olvidar el hambre y la desgracia, impide pensar, y con alcohol empieza a sonar bien hasta la repetición incesante de un tambor eterno” (p. 198). No hay ni una sola palabra de redención para la cultura popular.

Evidentemente, el tono de estos párrafos es caricaturesco, hiperbólico, como es de esperarse en una novela donde se exageran los rasgos de estratificación social de Colombia, y donde los personajes reiteradamente expresan su repudio a la injusta estructura de clases. Sin embargo, estas y

otras afirmaciones similares parecen ir más allá de la amplificación extrema de las injusticias ante las cuales se expresa indignación, para convertirse en indicios involuntarios de prejuicios sociales que salpican el discurso del narrador. Podría argumentarse que tales prejuicios los albergamos todos, pero en una novela donde personajes y narrador asumen una actitud de condena a las inequidades, el tono de superioridad condescendiente, de paternalismo disfrazado de tolerancia que en ocasiones adoptan, se hace notorio.

El amor, el falismo y la sexualidad

Otro personaje importante de la novela es Andrés Zuleta, joven de 25 años, que de algún modo parece ser otra cara de Jacobo Lince, o tal vez, inclusive, un Jacobo Lince joven, tal como puede haber sido antes de convertirse en el ser promiscuo que conocemos. De Andrés se dice, cuando aparece por primera vez en la novela, que “no sabe qué quiere ser”, es decir, no tiene vocación profesional alguna, y que además “todavía no sabe qué es”. Andrés tiene una sola constante en su vida: escribir versos diariamente y creerse poeta (p. 41). Su gusto por la literatura es lo más importante en su vida, como lo es en la de Jacobo, y su visión política y social es casi idéntica a la del protagonista de la novela: ambos creen en la igualdad de derechos y oportunidades para todos, y detestan el régimen discriminador de Angosta.

En lo primero en que difieren radicalmente Jacobo y Andrés es en su poder económico: en ese aspecto representan extremos opuestos, pues el primero es millonario, como hemos visto, y a pesar de su aparente modestia se refocila en secreto mirando diariamente el monto en su cuenta a través del computador, mientras que el segundo es pobre, hasta que consigue trabajo en una ONG y puede mudarse de su casa. Tan pobre es que no puede permitirse ni siquiera viajar en bus, sino que hace todos sus trayectos a pie, e inclusive tiene que abstenerse de comprar agua o un refresco cuando tiene sed: su alimentación está reducida a las tres comidas, que es lo único que le dan en su casa. Los familiares de Andrés, es decir, sus padres y su hermano mayor, un “militar disciplinado y exitoso” (p. 42), interpretan su falta de ambición profesional como un déficit de hombría.

En segundo lugar, Andrés es la cara opuesta de Jacobo en el sentido de que mientras Andrés aspira a “no ser nunca ni verdugo ni víctima”, y se pregunta “¿Por qué tendremos que ser lobos o corderos, siempre?” (p. 177), Lince acepta el juego de poder que impera en la relaciones entre todos y todas quienes habitan en Angosta y participa en ese juego, aunque desde una pose de estar por encima de su entorno que el narrador describe como un “limbo de indiferencia” (p. 136). Virginia lo ve como “un hombre seco, casi sin sentimientos” (p. 329), y, como ya hemos visto, Jacobo Lince vive perpetuamente demostrando su pericia en la “caza” de hembras, por lo cual sus mismos amigos lo consideran obsesionado y excesivo en su promiscuidad.

Otro de los indicios de ese falismo que ya hemos visto en él es esa preocupación por el poder que desde la perspectiva hegeliana podríamos ver como una manifestación de “la dialéctica entre el amo y el esclavo”, y que se evidencia en su deseo de vigilar y controlar a todas las mujeres que pasan por su vida. Por eso, según le comenta a Andrés el portero nocturno del hotel, Ramiro,

No es que [Lince] sea celoso... pero quiere estar enterado de todos los movimientos de Virginia. Eso le da una sensación de poder. Mientras se acuesta con Camila quiere enterarse también de lo que hace Virginia, por ejemplo conmigo. Es un acaparador. ‘Pero no es peligroso’, dice Ramiro, ‘y si se quiere enterar es sólo por saber, y no para vengarse’. (p. 223)

(Vale la pena observar que hay una diferencia también entre los pasajes que aparecen focalizados a través de Jacobo, todos en estilo indirecto libre, y los que siguen las experiencias y las percepciones de Andrés, las cuales conocemos por lo general a través de su diario, por tanto en primera persona. Tal como están manejados en la novela, el primer tipo de narración nos acerca a Jacobo, pues, con la posible excepción de lo que tiene que ver con la sexualidad, las percepciones y las actitudes de narrador y personaje sobre el entorno social y sobre los otros personajes con frecuencia parecen fundirse, volverse indistinguibles unas de otras, mientras que el segundo tipo permite revelar las ingenuidades del joven poeta, sus efusiones románticas parecen objetivarse, sin recibir el respaldo del juicio del narrador, su sanción positiva).

Finalmente, los dos personajes se diferencian por su actitud ante la sexualidad, pues como hemos visto Lince se caracteriza por el priapismo, mientras que Andrés es virgen, y según su propio padre, “inepto y para colmo afeminado” (p. 43). Por su parte, su madre, Berenice de Zuleta, teme “que su hijo menor sea homosexual. ‘Eso sería lo peor que nos pudiera pasar’, dice y se dice sin sosiego” (p. 69, nota al pie). En vez de “cazarlas” como trofeos, como hace Jacobo, Andrés siente temor hacia las mujeres, pues “no estaba seguro de gustarles ni de que le gustaran, todas le parecían peligrosas, amenazantes, olorosas”; sin embargo los temores de su madre parecen infundados ya que “los pocos amigos hombres, más bien raros (sí, también afeminados), se habían cansado de tener siempre que invitarlo sin que él les diera nada a cambio, ni un roce, ni una mano, ni una ilusión postergada” (p. 44).

Ante los compañeros del colegio, después de un tiempo de pertenecer al “pelotón de inexpertos”, los que “se atrevían a confesar que todavía no”, finalmente “para no quedarse solo” tuvo que mentir, “decir que sí cuando no” (p. 92). Sin embargo, Andrés finalmente se enamora de Virginia,

alias Candela, la joven tercerona que Lince ha instalado en el hotelucho donde residen todos, y vive ese amor con fervor adolescente. Con ella Andrés quisiera compartir muchos aspectos de su vida, desde el nido de pájaros que se ha instalado en el tragaluz de su pieza en el hotel, hasta los versos que escribe.

Cuando consuman ese amor, Andrés siente que ha dado un paso trascendental, que ha cambiado, y como buen neófito de la sexualidad se obsesiona con el coito, pero sólo lo concibe posible con Virginia:

Es como una fiebre. ¿Por qué habré esperado tanto tiempo para conocer esta sensación? Entiendo mejor al señor Lince y su desafuero por conseguir una y otra vez lo mismo. Pero para mí no sería lo mismo con cualquiera. Lo quiero hacer con ella, con ella y con ella, con Virginia,... solamente con ella [...] (p. 280).

Debemos señalar, sin embargo, que ni Andrés ni Virginia son capaces de decir que se aman. En la conversación que conduce al coito, narrada luego por Andrés, ella sólo lo insinúa:

‘Yo soy dura, más dura que nadie, pero hay una única cosa que me disuelve... Alguien en quien confío desde aquí hasta el otro lado del mundo, alguien que es la única persona que me podría matar’. Y en vez de usar el pronombre (vos, tú, usted), Candela me tocó el pecho con el índice. El dedo siguió su camino y me hizo una larga caricia sobre el pecho. Yo entendí, nítida, como en un alfabeto conocido, la frase de sus dedos. (p. 278)

A Virginia las experiencias (el desplazamiento, la pobreza, la muerte de su hermano) la han vuelto “dura”, como ella dice, y por eso se entiende no sólo su renuencia a hablar de amor, sino también la actitud defensivamente prepotente de su absurda pretensión de que sólo existe una persona que la podría matar. Con esa frase ella insinúa que sólo ante él se presentará abierta y vulnerable, lo cual no le impide recurrir al subterfugio de señalar y acariciar en vez de decir. Pero el propio Andrés también se muestra defensivo ante la admisión de amar, cuando escribe en su diario que ama a Virginia “aunque odio profundamente el verbo amar, tan manoseado que ya quien lo escriba queda como un imbécil” (p. 280). Como puede apreciarse, el temor a caer en lugares comunes como escritor podría ser en Andrés la causa de una actitud también fálica, de encubrimiento de “la falta” de la cual nos habla Lacan.

A pesar de sus efusiones sobre su deseo de “hacerlo” sólo con Virginia, Andrés no desperdicia la ocasión cuando Camila, a quien acaba de conocer, y que es una de esas mujeres “ganosas” a quienes el narrador llamó “perras como los hombres son perros”, busca tener relaciones sexuales con él.

Es importante señalar que en el momento en que esto sucede, los dos están en peligro, debido a la misión que se han trazado de fotografiar a los sicarios que torturan y matan; quizá por tratarse de una situación límite, se le hace más fácil a Andrés dejarse seducir por Camila. En cualquier caso, al hacerlo, siente que ‘estaba traicionando algo, a alguien; la imagen de Virginia... se le vino a la mente, pero luego se le borró como un meteorito que se apaga, y no pudo pensar más en ella’ (p. 310). En un pasaje focalizado a través de Andrés, se nos dice: “

Camila desnuda *era carne, pura carne apetecible*, humedades, pelos, músculos. Andrés le abrió las piernas, la lamíó. Nunca antes había hecho eso, ni siquiera a Virginia, y no sintió asco (como temía en su mente) [...] (p. 311) (Énfasis añadido).

Como vemos, Andrés, el romántico poeta, el dulce, inexperto, idealista Andrés, por virtud de esta única ocasión en la cual goza sexualmente sin que medie el amor, o tal vez simplemente por ser varón, llega a ver a Camila tal como la ve Jacobo: como pura carne. Esta coincidencia nos conduce a preguntarnos: ¿es eso todo lo que ella es? ¿O, más bien, son los varones constitucionalmente incapaces de ver a una mujer, promiscua como ellos, como otra cosa que como un objeto consumible? Podría argüirse que es la cultura misógina que nos circunda la que los conduce a verla de ese modo, pero ni Andrés ni Jacobo se apartan ni un ápice de ese modo de juzgar a esta mujer; no he logrado encontrar ni una sola observación irónica, ni un matiz que lo sugiera. En esta novela, parece ser que el castigo que los hombres (poetas o no) reservan para las mujeres que gozan de numerosos encuentros sexuales con la misma libertad que ellos es reducirlas a la condición de “carne”.

Mientras acá debatimos, Andrés y Camila se han sosegado, y “Virginia había vuelto con fuerza a la memoria de Andrés, pero no con semblanzas de remordimiento; no se arrepentía de lo que había ocurrido, le parecía casi irremediable”. Vemos así que Andrés comparte la convicción de Jacobo de que los varones no tienen voluntad frente a la posibilidad del coito, aunque la narración no nos da indicios sobre si el primero comparte o no la tesis del segundo de que los hombres son meras marionetas en manos de las necesidades de la especie animal humana de perpetuarse, la idea de que su conducta se explica como resultado de “la evolución”. Pero Andrés sí alcanza a revelarnos que considera lo ocurrido como un aprendizaje del cual Virginia se beneficiará: “Ese ejercicio clandestino se justificaba porque lo había vuelto mejor amante” (p. 311). Es decir: la potencia de Andrés ante las mujeres, su poderío, ha aumentado.

Cuando Virginia descubre lo sucedido entre Andrés y Camila, ya Andrés ha muerto, a manos de los mismos sicarios que se propuso descubrir, y ya ni Virginia ni nadie podrá beneficiarse del *savoir faire* recién adquirido por Andrés, en ese momento es Jacobo quien la consuela, contándole que “Los hombres somos así” (p. 334). Ante las protestas de Virginia (“él no era como todos los hombres, y menos como tú”), Jacobo insiste:

– Hasta los mejores hombres son así, Virginia. Si nos dan la oportunidad precisa, perfecta, cedemos, dejamos de pensar. Es más fuerte que nosotros. No quiere decir nada, no pienses mal. Además creo que él te lo hubiera confesado. Tenía ese tipo de ingenuidad. (p. 334)

Ante esta afirmación, Virginia no contra-argumenta, pues el hombre que amó (aunque no quiere reconocer ante Jacobo que lo que sentía por él era amor) está muerto, y el dolor por su muerte eclipsa el sentimiento de haber sido traicionada; además lo sucedido parece darle la razón a Lince.

La voz de las mujeres

La novela nos presenta algunas actitudes de las mujeres ante los “devaneos” masculinos. En primer lugar conocemos las reacciones de Dorotea, la elitista esposa de Jacobo, quien se predispone en su contra cuando él publica en *El Heraldo*, un artículo titulado “Epitalamio” que inicia así: “El matrimonio es una bendición. Y la única forma de hacerlo duradero es la infidelidad” (p. 121); y luego, se divorcia de él cuando un detective privado le entrega pruebas de que Jacobo ha sido efectivamente infiel. (Jacobo por su parte, se lamenta de este desenlace, pues, según confiesa, a excepción de “ese problema indisoluble de la exclusividad del vínculo sexual” (p. 123), le gustaba todo lo demás del matrimonio (p. 122).

En segundo lugar, conocemos el dolor de Virginia cuando se entera de la muerte de Andrés, y nos enteramos de su convicción sobre la superioridad de los afectos sobre la carnalidad en las relaciones de amor:

–Ser buen o mal amante no tiene nada que ver –le dice a Jacobo. –Eso no importa. Aunque tú seas mejor amante, él me gustaba mucho más como persona. Era más dulce y más joven, estaba mucho más vivo que tú, y me perdonas. (p. 334-5)

Tal actitud es perfectamente congruente con las ideas de Jacobo que ya comentamos, en el sentido de que “las mujeres” (a diferencia de “las perras”) se toman más en serio las relaciones amorosas y privilegian lo afectivo por encima del goce sexual. Una vez más los hechos le dan la razón al protagonista de la novela.

Hay, sin embargo, una excepción a esta clasificación que distingue entre “las mujeres” y “las perras”: Beatriz se escapa de caer en el segundo de los dos grupos, a pesar de que disfruta su *affair* con Jacobo, después de que le confiesa que ha tenido muchos amantes. Lo dice para aclarar que éstos siempre han sido “dones”, o sea del Sektor F, del Paradiso, por lo cual desea conocer el sexo con alguien que no sea “don”: “*I’ve had many dones, but no one segundón or tercerón*” (p. 178). Por este motivo deja de ser indiferente a Jacobo, como lo era mientras creyó que era un don, y es ella quien le propone que sean amantes. Parece ser que su belleza, su inteligencia y su posición de clase, en una palabra su poder fálico, la eximen de ser clasificada entre las “perras”, pues ni esta confesión ni esta propuesta, ni sus subsiguientes revolcones semanales, provocan en Jacobo otro sentimiento que no sea el deseo y la admiración más profunda.

Finalmente consideremos a Camila, de quien poco sabemos. Además de ser novia de un mafioso, es fotógrafa, y está haciendo una tesis de pregrado, pero nadie parece tomar en serio ni sus actividades profesionales ni las académicas. De ella se nos dice reiteradamente que se parece a los varones en su promiscuidad, al tiempo que se afirma que “parece chorrear estrógenos”, dos afirmaciones contradictorias entre sí, si nos atenemos a las explicaciones meramente hormonales y genéticas para la conducta sexual, que son las únicas a las cuales se alude en la novela.

Pero la voz de cada una de las mujeres en la novela es siempre “segundona” o “tercerona” desde el punto de vista narrativo, pues en materia de focalización hay sólo tres “dones” en el texto: la voz que narra, Jacobo y Andrés. Lo que ellas dicen está reportado en los diálogos directos, pero nunca tenemos acceso a sus percepciones, pensamientos y opiniones íntimas, como sí los tenemos a los de ellos dos, el primero mediante la narración en estilo indirecto libre, y el segundo, mediante la narración en primera persona en su diario.

CONCLUSIONES

Recordemos que nos hemos propuesto, si no darles a los escritores el papel de oráculo, en el sentido platónico, al menos ver sus obras como fuente de pistas, como vetas minerales en una mina por explorar, que nos permitan ahondar en la promiscuidad masculina. Evidentemente, no es mucho lo que hemos logrado dilucidar del asunto. Apenas contamos con una teoría sumamente precaria, simplista y contradictoria sobre las causas genético-evolutivas de esos comportamientos, la que presenta Jacobo Lince, y algunos indicios que apuntan hacia el papel que puede jugar algo que hemos llamado “el falismo” y que tiene mucho que ver con el poder.

Examinemos, por ejemplo, a la luz de estos indicios, el hecho de que Andrés no haya dudado en aceptar el acto sexual iniciado por Camila, hecho que Jacobo presenta como prueba incontrovertible de que “los hombres somos así”:

genéticamente determinados para ser promiscuos. Supongamos que de todo ese medio cultural que lo ha rodeado, desde la familia hasta el barrio y el colegio, Andrés ha recibido la idea mil veces reiterada de que, efectivamente, “así” son los hombres. Recordemos que muy poco tiempo atrás Andrés ha sufrido por no poder hacer alarde de “haberlo hecho” ante su grupo de pares, y que su conducta general ha sido objeto de preocupación y finalmente de rechazo por parte de su familia, en parte por el temor a que sea homosexual. Tengamos en mente que la razón por la cual Andrés no ha tenido todavía, a los veinticinco años, una relación sexual, no es de tipo moral; su inexperiencia se debe al temor que siente ante las mujeres. ¿En qué otra cosa puede basarse ese temor sino en el deseo fálico de probar su gran potencia y en la duda de poder lograrlo? Reconozcamos en sus efusiones, después de su primer coito con Virginia, su sentido de haber llegado a “la cumbre” (p. 280), su deseo de repetirlo mil veces, su comprensión “al señor Lince”, a quien antes ha despreciado un poco por su promiscuidad; en una palabra, su sensación de triunfo. Observemos que Andrés mismo, en medio de su idealismo romántico, después de haber hecho el amor por primera vez con Virginia, afirma: “Así es como funciona, aunque funcionar no es un verbo que me guste porque no somos máquinas (¿o sí?)” (p. 279), con lo cual pudimos ver que la teoría mecanicista de las relaciones sexuales de Lince ya no le parece tan descabellada. Consideremos si, a la luz de los hechos, se justifica interpretar los votos de Andrés de “hacerlo” sólo con Virginia como algo que únicamente emana de la intensidad de su amor y de su moral sexual, o si más bien podemos pensarlos como una táctica más para conferirle una gran trascendencia a su coito con Virginia, con lo cual este joven afianza su sentido de importancia. Es más, a pesar de sus ideas románticas acerca del amor que siente por Virginia, cuando termina el coito con Camila no siente el más leve remordimiento, ni siquiera la sensación de haber caído en una contradicción, sino, de nuevo, la sensación triunfal de haber rebasado una nueva etapa, de haberse convertido en “mejor amante” por haber tenido sexo oral (p. 311). De todo esto, ¿qué otra cosa podemos concluir si no es que Andrés está efectivamente empapado en la idea cultural generalizada de que los varones no tienen razón alguna para rechazar cualquier relación sexual con una mujer pasablemente atractiva que se les ofrezca? ¿Y qué motivación, efectivamente, puede tener para rechazarla, cuando la sensación de poder que obtiene al aceptarla es tan intensa? Parece justificado interpretar la sucesión de experiencias sexuales de Andrés como una trayectoria de adquisición de poder fálico.

Por otra parte, Andrés, de haber vivido, en la opinión de Jacobo le hubiera confesado a Virginia lo ocurrido con Camila: “Tenía ese tipo de ingenuidad” (p. 334). Aunque no se nos explica qué le permite a Jacobo llegar a esa conclusión, esa capacidad de “leer” a Andrés, de inferir

aspectos de sus actitudes y de sus motivaciones, que puede llevarnos a la impresión de que Jacobo ha pasado en su juventud por experiencias muy similares, se basa también en el hecho de que muchos varones inexpertos en nuestra cultura dan por sentado que las mujeres aceptarán la infidelidad masculina sin resentirse. Se trata de una “ingenuidad” que Jacobo mismo demostró al escribir aquel artículo periodístico que provocó el fracaso de su matrimonio; una “ingenuidad” cuya explicación más convincente puede estar en una separación cultural entre dos códigos de moral sexual, el masculino y el femenino. En el mundo masculino, la promiscuidad de los varones es esperada y reconocida como una fuente de poder fálico, aunque la misma conducta en las mujeres es castigada mediante el desprecio a las “perras”; en el mundo femenino, persiste la también ingenua esperanza de que el varón amado rompa con la norma masculina y “demuestre su amor” siendo fiel a su mujer. Antes de que la experiencia les enseñe otra cosa, los varones creerán que el mundo entero, incluyendo a las mujeres, espera de ellos ante todo demostraciones de poder, y por eso se sorprenden cuando se enfrentan por primera vez a la reacción airada de las mujeres engañadas. Y, lo que es más, en su formación se logrará una identificación tan íntima entre actividad sexual y poderío, que el placer mismo se verá impregnado de la motivación de dominio. Antes de que la realidad les muestre su error, las mujeres creerán que su amado les será fiel porque las quiere mucho. (Pero sobre las razones para que ellas privilegien afectividad sobre placer tan radicalmente, la novela no nos brinda pistas, más allá de la pseudo-teoría a la que ya nos referimos, que basa todas sus actitudes ante el amor y la sexualidad en el temor a quedar embarazadas y desprotegidas. Pero a la interioridad de ellas no se le concede la palabra, como hemos visto).

En suma, como bases para analizar la promiscuidad de los hombres, por una parte tenemos el hecho de que en la novela se nos presenta reiteradamente una teoría pseudo-científica para explicar dicha conducta masculina como un hecho inscrito indeleblemente en el ADN de los varones; por la otra, tenemos la acumulación de una multitud de indicios que nos remiten a una cultura profundamente imbuida de falismo, donde sexo y poder se imbrican y se entretajan a cada paso, y donde la sexualidad de hombres y mujeres se diferencian por criterios de dominio, supremacía, jerarquía. La primera teoría se plantea explícitamente; la segunda avenida de análisis sólo se hace transitable por procesos de inferencia, y apunta a una explicación de la promiscuidad masculina en términos del poder fálico que para los varones en nuestra cultura aparece asociado al coito. Si de lo que aquí venimos discutiendo se deduce algo un tanto más profundo sobre el tema de lo que pueda decirnos la relación entre el comportamiento sexual de los ratones de campo y sus alelos, habré logrado mi propósito.

**¿“LENGUAJES INCLUYENTES”, O
LENGUAJES “POLÍTICAMENTE CORRECTOS”?:
CÓMO CONSTRUIR EQUIDAD EN EL DISCURSO**

*Quando alguien con la autoridad de un maestro,
por ejemplo, describe el mundo y tú no estás en él,
hay un momento de desequilibrio psíquico,
como si te miraras en un espejo
y no vieras nada.*

Adrienne Rich
“Invisibility in Academe”

LAS GUERRAS DEL LENGUAJE

Hace ya varias décadas que el uso del lenguaje parece convertido en un campo de batalla. Las feministas reclamamos que se adopte la política de la inclusión, evitando el referirse a grupos integrados por hombres y mujeres usando el llamado “masculino genérico” (el “hombre” para representar a toda la especie humana, por ejemplo); la razón que aducimos para ello es que al hablar de cualquier grupo humano como si todos fueran varones se adjudica la plena pertenencia a la especie humana solamente a los hombres, lo cual conduce a destacar en las mujeres sólo su sexo. Del mismo modo, se insta a los hablantes a que eliminen otras formas de discriminación, desde los epítetos insultantes para personas no heterosexuales, hasta el racismo que ocurre cuando se llama a alguien “un negro”, en circunstancias en las cuales la raza no es relevante (por ejemplo cuando se hablaría de “un señor” o “un hombre” si la persona fuera blanca). Este uso es considerado racista no por el vocablo “negro” en sí, sino por la sencilla razón de que destacar la diferencia racial sin que ella sea discursivamente relevante es ver en una persona sólo su raza, y no su humanidad.

Contra las propuestas de un lenguaje de inclusión se alzan multitudes de voces: cuando menos, incrimina a quienes lo proponemos por la falta de elegancia a la cual condenamos el lenguaje; cuando más, se nos acusa de restringir la libertad de expresión, de pretender instaurar la detestable censura. En otras ocasiones (en caricaturas y artículos “humorísticos”), no se emplean realmente argumentos, sino simples ridiculizaciones. Muchas personas se resisten a abandonar las viejas costumbres lingüísticas, además sancionadas por rancias autoridades, y alegan que lo que reclamamos en nombre de la justicia no es sino una forma de eufemismo, o incluso de hipocresía. Por otro lado, no podemos dejar de reconocer que algunos y algunas proponentes de lo que se ha llamado el “lenguaje políticamente correcto”, en su celo por eliminar el “lenguaje excluyente”, caen en excesos acusatorios que inducen a ese miedo a hablar al que se ha referido Umberto Eco¹.

En este trabajo examinaremos este debate, para luego ahondar en la problemática desde una nueva perspectiva. Antes de ofrecer recomendaciones, examinaremos los argumentos que se presentan y las controversias que se han suscitado, planteando qué puede argüirse razonablemente a favor de una y otra posición, sin perder nunca de vista la meta de contribuir a la equidad discursiva. Para comenzar, establezcamos algunas distinciones importantes entre los términos que se emplean para hablar de estos fenómenos.

Delimitando terrenos: ¿eufemismo, hipocresía o inclusión?

La primera diferencia que debemos abordar es la que encontramos entre los rótulos de “lenguaje políticamente correcto” o de “lenguaje incluyente”. El término “políticamente correcto”, originado en Estados Unidos, alude al uso de un vocabulario encaminado a no ofender a grupos discriminados por razones étnicas, religiosas, raciales, de nacionalidad, de género o de orientación sexual. Según parece, en Europa, en medio de los cambios producidos por las crecientes inmigraciones, los mayores excesos en la defensa de este nuevo uso se hacen por razones raciales y religiosas. Allí, tanto las personas que podríamos llamar “activistas del lenguaje” como sus opositoras, las que se resisten a sus instancias y prescripciones, están conscientes de la inminencia de ese proceso que, según el mismo Eco, convertirá a la región “en un continente multicolor”, aunque probablemente costará “lágrimas y sangre”² En Colombia, donde el racismo, el antisemitismo o el anti-islamismo por desgracia no producen vergüenza a casi nadie, el “lenguaje políticamente correcto” más conocido es el que

¹ Umberto Eco, “Estoy mejor calladito”, <http://www.cholonautas.edu.pe/wordpress/2006/10/23/estoy-mejor-calladito-por-umberto-eco-filosofo>. (Recuperado el 5 de octubre de 2008).

² Ibid.

atañe a la temática de género, y es también llamado lenguaje inclusivo o incluyente, por oposición al usual, el del masculino genérico, al que las feministas tachamos de excluyente.

Por otro lado, la frase “lenguaje políticamente correcto” es usada casi siempre con ironía. Esto se debe en gran parte a que se trata de una perspectiva negativa, pues se emplea cuando la supuesta “corrección” consiste en un esfuerzo por evitar ofender, por eliminar frases denigrantes. En muchos casos la “corrección política” es vista como la actitud timorata de quienes aceptan el chantaje de los y las activistas porque no quieren parecer discriminadores. El término “lenguaje incluyente”, en cambio, es preferido por quienes pensamos que se debe ir más allá de prescindir mecánicamente de la discriminación, para buscar de manera activa y positiva formas de expresión que reconozcan la presencia de muchos sujetos cuya participación social, económica y política tradicionalmente era y aún es seriamente limitada, o cuya existencia era y en ocasiones aún es prácticamente invisibilizada.

Quienes solamente buscan evitar las expresiones excluyentes o discriminatorias, sustituyéndolas de manera automática por frases “correctas”, pueden caer fácilmente en los eufemismos. Cuando simplemente se busca evitar expresiones lesivas con el propósito de no ofender, se usan expresiones como “persona de color”, en vez de negro, o “persona de la tercera edad”, en vez de viejo, o “discapacitado psíquico” en vez de psicótico. El problema con estas expresiones es que por definición los eufemismos se emplean para encubrir las realidades que se consideran demasiado feas. Si nos resistimos a decirle negro a alguien, puede ser por dos razones distintas: o bien porque reconocemos la carga histórica denigrante con la cual se ha rodeado a este término, o bien porque de algún modo consideramos que ser negro es una condición de inferioridad intrínseca que debe ser expresada con suma delicadeza. En el primer caso quizá sustituiremos el vocablo negro por un término como “afro-descendiente” (aunque este término tiene sus detractores entre algunos activistas anti-racistas, por considerarlo un calco del inglés, cultural e históricamente extraño entre nosotros); en el segundo caso seguramente diremos “de color”, con lo cual habremos caído de lleno en el terreno de los eufemismos que a menudo sirven para encubrir un racismo vergonzante³.

Tales usos eufemísticos nos acercan mucho a la hipocresía de la cual habló Quevedo en un célebre ensayo:

³ Un hecho curioso es que en inglés el término eufemístico correspondiente al “de color” de la lengua española ha sido siempre “*colored*”, mientras que “*of color*” se usa desde hace pocos años en los círculos anti-racistas para designar el conglomerado de grupos raciales, que incluye negros, indígenas americanos, asiáticos, polinesios, árabes, “latinos”, etc.

Pues todo es hipocresía. Pues en los nombres de las cosas ¿no la hay la mayor del mundo? El zapatero de viejo se llama entretenedor del calzado [...] la putería, casa; las putas, damas; las alcahuetas, dueñas; los cornudos, honrados. Amistad llaman al amancebamiento, trato a la usura, burla a la estafa, [...] valiente al desvergonzado, cortesano al vagabundo, al negro moreno, señor maestro al albartero y señor doctor al platicante. Así que ni son lo que parecen ni lo que se llaman, hipócritas en el nombre y en el hecho⁴.

Aunque al propio Quevedo no se le pueda totalmente eximir de la imputación de racismo o de sexismo, lo que retrata en este párrafo es el afán por disfrazar la realidad que también encontramos con frecuencia en el habla de nuestros contemporáneos, y que se halla muy lejos del reclamo de inclusión que hacemos, entre otros y otras, feministas, anti-racistas y activistas que luchan contra la hegemonía heterosexual.

Ya veremos más adelante cómo puede emplearse el lenguaje de modos no sólo no discriminatorios, sino también activamente incluyentes. No nos hagamos ilusiones, sin embargo: sospecho que cualquier esfuerzo por llevar la democracia al lenguaje, ya sea de modo automático o deliberado, negativo o creativo, producirá rechazo. Por otro lado, también debemos reconocer que el uso del lenguaje puede afectarnos no sólo porque conduzca a la exclusión, sino de modos discursivamente más complejos, como cuando se emplea para controlar la conducta de grandes sectores sociales. Veamos algunas concepciones que sirven para analizar esta problemática.

EXCLUSIÓN, SUBORDINACIÓN Y CONTROL

Comenzaremos por caracterizar las lesiones que produce el uso del lenguaje excluyente: el insulto, la invisibilización, y la inferiorización. Reconociendo que la exclusión no es el único mecanismo mediante el cual ese uso nos puede afectar, consideraremos en segundo lugar el androcentrismo, una forma de subordinación discursiva específicamente lesivo para las mujeres. Finalmente, argüiremos que una de las formas más sutiles y más eficaces de mantener a un grupo de la población dominado es el control que se ejerce empleando el discurso como herramienta.

El insulto

El primero y el más evidente de los argumentos aducidos por aquellos a quienes hemos llamado los y las activistas del lenguaje, es el de la necesidad moral de evitar insultar u ofender a alguien por razones de su identidad.

⁴ Francisco Quevedo Villegas. "El mundo por de dentro". En: *Obras de don Francisco Quevedo. Biblioteca de autores españoles. Tomo XXIII*. Madrid, 1852, p. 327. (<http://www.books.google.com.co>)

El ejemplo más común de ese tipo de discriminación mediante el lenguaje es la tendencia a ponerles mote a los grupos raciales. Se trata de una tendencia anglosajona, más que castellana; piénsese simplemente en el vocablo *nigger* con el cual habitualmente se hablaba de los negros, sobre todo en el sur de Estados Unidos, o en el de *spic*, dirigido contra los latinoamericanos. Por eso, quizás, fue en ese país donde se inició la lucha por evitar la discriminación mediante el lenguaje. Cuando el 1 de diciembre de 1955, en la ciudad de Montgomery, Alabama, Rosa Parks decidió no cederle su puesto a un blanco en un bus, no sólo se inició la lucha contra la exclusión física de los negros de determinados lugares, sino también contra la manera denigrante de referirse a ellos como *niggers*, una forma de exclusión mediante el lenguaje. Ambas cosas estaban, y están, íntimamente ligadas.

En nuestro medio, y en general en las culturas de procedencia española, son menos frecuentes los epítetos raciales que en el idioma inglés. Sin embargo, en España ha surgido el nombre de “sudaca”, dicho casi siempre de manera despectiva de los latinoamericanos, sobre todo cuando se trata de inmigrantes. Evidentemente en América Latina y en Colombia también se usa el lenguaje para discriminar a grupos raciales y étnicos, como cuando se emplean expresiones como “indio patirrajado”, “india asquerosa”, y “negro bombón”, o cuando simplemente se le llama a alguien “indio” o “negro” como un insulto, pero no conozco palabras específicamente insultantes, que sólo existan como epítetos raciales.

Creo que ninguna persona razonable defendería a quienes expresan desprecio hacia otros por el mero hecho de ser esos otros y otras quienes son. El problema surge cuando se trata de poner en práctica este argumento moral: es en el uso cuando en ocasiones se hace difícil determinar hasta qué punto es ofensiva una determinada expresión. Esta dificultad se agrava debido a que una gran parte del humor se nutre de dardos en contra de determinados grupos sociales; el chiste, la ingeniosidad y la subvaloración de algunos grupos identitarios van a menudo de la mano.

En este punto es útil retornar al pequeño ensayo de Umberto Eco que antes mencionamos. Aunque el semiólogo italiano reconoce que “la ideología de lo políticamente correcto” está “inspirada de por sí en el sentido del respeto hacia todos”, se duele de las exageraciones a que ha conducido, lo cual

a estas alturas, por lo menos en Estados Unidos, impide contar chistes, no digo sobre los hebreos, musulmanes o minusválidos, sino sobre escoceses, genoveses, belgas, policías, bomberos, basureros y esquimales (que no debería llamarlos así, pero si los llamo como ellos quisieran, nadie entendería de quiénes hablo).⁵

⁵ Eco, *loc. cit.*

Para ilustrar el problema, Eco narra una anécdota sucedida 20 años atrás mientras enseñaba en Nueva York. Como material para un ejercicio de análisis textual, escogió un relato donde

un marinero con un lenguaje deslenguado definía la vulva de una prostituta “ancha como la misericordia de...” y pongo los puntos suspensivos en lugar del nombre de una divinidad. Al final, se me acercó un estudiante evidentemente musulmán que respetuosamente me regañó por haberle faltado al respeto a su religión. Le respondí, obviamente, que yo sólo estaba citando una vulgaridad ajena, pero que en cualquier caso le ofrecía disculpas. Al día siguiente, introduje en mi discurso una alusión poco respetuosa (aunque graciosa) a un personaje insigne del Panteón cristiano. Todos se echaron a reír, y él se unió a la hilaridad general. Entonces, al final, lo tomé del brazo y le pregunté por qué le había faltado el respeto a “mi” religión. Y luego intenté explicarle la diferencia entre hacer una alusión en broma, tomar el nombre de Dios en vano y proferir blasfemias, invitándolo a una mayor tolerancia. Las disculpas las dio él; yo confío en que entendió. Lo que quizá no entendió es la extremada tolerancia del mundo católico: en una “cultura” de la blasfemia, donde un creyente timorato de Dios puede definir al ente supremo con adjetivos que no se pueden repetir, ¿quién podría escandalizarse? ⁶

Es claro que los chistes donde figuran, dibujados con trazos crudamente antropomórficos, una o más de las tres personas de la Santísima Trinidad, son generalmente tolerados por casi todos los cristianos. Sin embargo, Eco no menciona el hecho de que la tolerancia al potencial insulto a las propias creencias es entre nosotros resultado de la posición de poder: en un mundo donde la mayoría de las sociedades occidentales son cristianas, nadie siente su fe amenazada por una broma. No sé si siempre los islámicos han sido tan intolerantes como algunos lo son ahora, pero sí es una realidad histórica que el catolicismo en tiempos de la Santa Inquisición, cuando la jerarquía eclesiástica temía la influencia de las “herejías populares” del siglo XII primero y de los luteranos después, no se caracterizó por su manga ancha ante la blasfemia. Me parece que puede haber mucho de superávit de poder en la supuesta tolerancia católica actual, y al menos algo de temor al déficit en la actitud de la mayor parte de los fundamentalistas islámicos.

Evidentemente, sean cuales sean las razones para el fundamentalismo, no se trata de disculparlo ni mucho menos de justificarlo. Pero sí parece necesario que mantengamos en mente las realidades históricas que crean dificultades en la comunicación, e igualmente recomendable que evitemos la ofensa a los grupos discriminados, perennemente ridiculizados y escarnecidos en lo que pasa por humor. Quienes han tenido el privilegio de pertenecer al grupo dominante, y nunca han sido objetivo de burlas por el mero hecho de ser quienes son, pueden dolerse de perder la prerrogativa de hablar y chancearse espontánea y desprevénidamente, como desde siempre habían

⁶ *Ibid.*

tenido el hábito de hacerlo, cayeran las alusiones insultantes donde cayeran. Ese reciente malestar de los privilegiados no hace menos justo el reclamo (que evidentemente debe hacerse sin caer en extremos de susceptibilidad) de que se respete a las personas habitualmente discriminadas.

La inferiorización

En segundo lugar, el lenguaje puede ser empleado de múltiples maneras para impedirles a los interlocutores y las interlocutoras participar en un intercambio lingüístico en un plano de igualdad. A este fenómeno podemos denominarlo inferiorización, y puede darse mediante el léxico o mediante el empleo de distintas estrategias discursivas.

Veamos algunos ejemplos de la inferiorización por medio del léxico. En Estados Unidos el movimiento negro desde los años sesenta ha señalado la discriminación que representa llamarle “*boy*” (muchacho) a un negro que desempeña trabajos meniales, a pesar de ser un adulto o un anciano. En Colombia existe un uso similar para las “muchachas”, nombre que se da a las empleadas domésticas independientemente de su edad. Una película de Hollywood hace varios años, “*Tootsie*”, se basó en la discriminación contra las mujeres en la industria del espectáculo televisivo; en una célebre escena el personaje representado por Dustin Hoffman, un actor que se hace pasar por mujer, protesta por el uso del término “*tootsie*” (entre nosotros sería “mamita” o “reinita”) con el cual lo llamaba el director de la telenovela. Estos usos, que supuestamente se emplean “por cariño”, tienden a ubicar a la interlocutora en un nivel inferior, y por lo general van acompañados de la tendencia a hacer caso omiso de lo que ella diga.

En sociolingüística uno de los primeros trabajos sobre el manejo del poder mediante el lenguaje fue el de Brown y Gilman, quienes estudiaron el uso recíproco y simétrico de los pronombres de segunda persona (*tu, vous*, en francés; en Colombia encontramos tú, usted, vos y “sumercé”), simetría que indica solidaridad, o por el contrario, el uso no recíproco y asimétrico, con el cual uno de los dos interlocutores ubica al otro u otra en posición de inferioridad social⁷. A partir de los años setenta ha habido una verdadera explosión de estudios sobre la dominación ejercida por los hombres sobre las mujeres por medio de su uso diferencial de estrategias discursivas. Uno de los argumentos más frecuentemente empleados es el que nos dice que los hombres interrumpen a las mujeres con mayor frecuencia de lo que ellas lo hacen hacia ellos, lo cual es interpretado como una estrategia de poder⁸.

⁷ Esta asimetría se da con frecuencia entre profesor y estudiante, o médico y paciente, o entre personas pertenecientes a distintas clases sociales. Véase R. Brown y A. Gilman, “The pronouns of power and solidarity”, in Sebeok, T. (ed.) *Style in Language* (Cambridge, MA: MIT Press, 1960).

⁸ Uno de los trabajos más frecuentemente citados sobre el particular es el de Don Zimmerman y Candace West, “Sex Roles, Interruptions and Silences in Conversation”, En: *Language and Sex: Difference and Dominance*, ed. Barrie Thorne y Nancy Henley (Rowley, Mass.: Newbury House, 1975).

Sin embargo, Deborah Tannen ha escrito una importante contraargumentación. La autora arguye convincentemente que la interrupción no siempre indica dominación; los y las hablantes que emplean la estrategia que ella ha llamado “*high-involvement*” (alta tendencia a involucrarse en los intercambios, a demostrar mayor intensidad en sus expresiones) a menudo usan la interrupción como un mecanismo de cooperación con quien está en uso de la palabra, superponiendo sus comentarios para mostrar su interés y acuerdo. Esta es una característica cultural, que no depende del género; la diferencia entre quienes usan esta estrategia y quienes nunca interrumpen (estilo de “*high considerateness*”, usado por quienes acostumbran a ser más deferentes y “considerados” con sus interlocutores), es usualmente regional o étnica. A pesar de estas objeciones, Tannen concluye que los interlocutores sí pueden utilizar la interrupción para dominar, pero que los y las analistas necesitan una comprensión más sofisticada y elaborada de cómo sucede esto en las interacciones conversacionales⁹. Otras estrategias que pueden emplearse para la dominación incluyen el silencio (ignorar a la interlocutora) y el planteamiento de nuevos temas (“*topic-raising*”) a fin de imponer el asunto del cual se va a hablar.

En conclusión, las estrategias discursivas no pueden estudiarse fuera de contexto, ya que una misma estrategia puede emplearse ya sea para dominar o para expresar solidaridad:

Los intentos de comprender lo que sucede entre hombres y mujeres en la conversación, a menudo se enturbian debido a la ambigüedad y la polisemia del poder y la solidaridad. Ambos pueden lograrse empleando los mismos medios lingüísticos, y cada enunciado combina elementos de ambos¹⁰.

Por eso, para poder saber cuándo una estrategia discursiva está siendo empleada para la dominación, es preciso estudiar cada enunciado en relación con los que los preceden y lo siguen, y tomando en cuenta la relación entre los interlocutores. A pesar de todas estas advertencias, debemos estar conscientes de que la dominación masculina, como hecho social, tiene sus correlatos en las interacciones verbales, y se ejerce de múltiples maneras, muy complejas pero finalmente eficaces.

⁹ Deborah Tannen, “Interpreting Interruption in Conversation”, *Gender and Discourse*. (New York: Oxford, 1994), pp. 53-4.

¹⁰ Deborah Tannen, “The Relativity of Linguistic Strategies: Rethinking Power and Solidarity in Gender and Dominance”, *Gender and Discourse*. (op. cit.), p. 46.

La invisibilización

En tercer lugar, los proponentes del lenguaje incluyente reclaman el derecho a ser incluidos e incluidas, a que se elimine la invisibilización por medio del lenguaje. Este aspecto del debate se centra por lo general en la problemática de género, y de hecho son esas batallas lingüísticas las más frecuentes en nuestro medio.

Cuando le llamamos “Hombre” al ser humano, o cuando enviamos comunicaciones hablando sólo de “profesores”, y no de profesoras, o cuando creamos un formulario que debe llenarse al ingresar a un hospital hablando siempre de “el paciente”, aun cuando el ingreso sea a la sala de partos, estamos empleando el masculino genérico, con el cual se excluye del lenguaje a la mitad femenina de la humanidad, del profesorado y del conjunto de pacientes, en cada caso. Y por más que se nos diga que “Hombre” incluye a hombres y mujeres, de hecho en la mayor parte de los casos no es así.

Tomemos un ejemplo de la filosofía. Cuando Kant se refiere al hombre, lo hace en términos de autonomía, de la mayoría de edad moral, y reconoce la diversidad de opciones abiertas para el ejercicio de la libertad. Pero cuando nos habla de la mujer, desaparecen los llamados a la autonomía, y lo que encontramos en su lugar es una serie de recomendaciones generalizadas, admoniciones a cumplir un papel determinado de antemano, siempre igual. La idea kantiana de que existen múltiples vocaciones para los hombres y una sola para las mujeres es evidente cuando, en *Observaciones acerca de lo bello y lo sublime*, el filósofo restringe la educación que deben recibir las mujeres al desarrollo de la sensibilidad y al estudio “de lo humano, y entre lo humano, del hombre”¹¹. La mujer existe sólo para darse a otros, sobre todo a un hombre, nunca para formarse a sí misma, ni para enfrentarse al mundo sin pasar por la tutela de otros sujetos, y por tanto no le corresponde el cultivo de la ciencia, ni de la filosofía, ni de la poesía. En efecto, en todo el ensayo abundan las prohibiciones a las mujeres, mientras que a los hombres sólo se les recomienda evitar las lágrimas que no sean magnánimas y el uso del almizcle. Una vez descubrimos que la visión de Kant de las mujeres es así de limitada (evidentemente como corresponde a un hombre de su época), se hace imposible volver a leer la referencia al “hombre” en otras de sus obras como si incluyera también a la mitad femenina de la especie. Aun cuando en ellas Kant se refiera a los aspectos más generales y abstractos de lo humano, sin tomar en cuenta la realidad social concreta ni establecer distinguos de género, se hace difícil creer que pueda tener la intención subyacente de que lo expresado sea plenamente aplicable a las mujeres. Y lo mismo podría decirse de cualquier otro filósofo que revele su misoginia.

¹¹Manuel Kant. “Prolegómenos a toda metafísica del porvenir. Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime”. *Crítica del Juicio* (México: Editorial Porrúa, 1978), p. 148.

La consecuencia para las mujeres de una descripción del mundo donde no aparecemos explícitamente es esa sensación de “desequilibrio psíquico” de la cual habla Adrienne Rich, “como si te miraras en un espejo y no vieras nada”¹². Sin embargo, para la mayoría de las mujeres, la costumbre de ser invisibilizadas, de “no ver nada en el espejo” que en muchas ocasiones le presenta su interlocutor, es tan inveterada, que ni produce extrañeza ni mucho menos se cuestiona; a muchas esa exclusión las conduce precisamente a ejercer su papel de sumisión de manera más perfecta, al buscar a un varón, sea padre, esposo o hermano, que les dé un lugar en ese mundo donde ellas no conciben ser reconocidas por derecho propio.

Es difícil comunicar, a quienes no la han padecido, en qué consiste la experiencia de esa invisibilización en el lenguaje y por el lenguaje. ¿Cómo hacerle entender a un varón los daños que produce el “masculino genérico”? Quizá algunos ejemplos puedan ayudarnos. Imaginemos que algún comentarista deportivo, al hablar de todos los equipos que participan en un campeonato de fútbol, utilizara siempre el nombre de uno solo de ellos para referirse a todos. O que un diplomático europeo, encontrando difícil pronunciar los nombres de países como Paraguay o Uruguay, se refiriera a todos los países de América Latina con el mismo nombre, el de Brasil, por considerar más fácil su pronunciación. Evidentemente, las protestas serían contundentes e inmediatas. La sensación de invisibilización por nacionalidad no es extraña para los latinoamericanos, quienes varias veces han oído a cantantes y actores, y hasta a presidentes y senadores del llamado “primer mundo”, hablar de estar en Bolivia cuando llegan a Colombia, o viceversa. Quienes han vivido en Estados Unidos pueden haber sentido hilaridad mezclada con indignación cuando algunos estadounidenses le llaman al idioma que hablamos “*Mexican*”, o cuando suponen que todos los latinoamericanos provenimos de México. Pensemos en el rechazo que produce en América Latina ese desconocimiento de nuestras nacionalidades, y luego reflexionemos sobre la mucha mayor frecuencia de la invisibilización que sufrimos las mujeres mediante el lenguaje.

Es claro que los dos sexos no son equipos rivales, ni tampoco nacionalidades. Pero el lenguaje se hizo para establecer distinciones, no para desconocerlas, y por ello el uso del masculino genérico puede caracterizarse como una forma de exclusión, de desconocimiento. Lo mismo ocurre con cualquier uso de sustantivos masculinos que se emplean para referirse a colectivos donde hay tanto hombres como mujeres: “los estudiantes” en vez de “los y las estudiantes”, “los niños” en vez de “los niños y las niñas”, etc.

¹² Adrienne Rich, “Invisibility in Academe,” *Blood, Bread, and Poetry: Selected Prose*, 1979-1985 (New York: W. W. Norton & Company, 1986), 198-201.

Finalmente, reconozcamos que uno de los grupos que es con mayor frecuencia e intensidad víctima de invisibilización es aquel compuesto por los y las “no-heterosexuales”, como los designa Judith Butler¹³. La discriminación que sufre este grupo es tan severa, que la gran mayoría de sus integrantes prefiere negar y ocultar sus prácticas sexuales y amorosas. Sin embargo, aún aquellos y aquellas que valientemente han “salido del closet”, para usar la frase de moda, se enfrentan al desconocimiento de su entorno cultural de la posibilidad de que un hombre pueda amar a un hombre, o una mujer a una mujer. Este desconocimiento invade el lenguaje en la medida en que se produzcan actos discursivos basados en la presuposición de que toda relación erótico-afectiva de un hombre tiene que ser con una mujer, y la de una mujer con un hombre, como cuando se le pregunta al primero por su novia o su esposa, y a la segunda por su novio, esposo, compañero. En estos casos, lo que se invisibiliza es la posibilidad de esas relaciones, no a los sujetos en sí, y aquí la invisibilización se convierte en una conducta represora, en la medida en que este tipo de preguntas va más allá de la mera petición de información, y conduce a la presión social que han sido caracterizada como “heterosexismo” y “hegemonía heterosexual”.

El androcentrismo o la subordinación discursiva

Un tipo de lenguaje discriminatorio dirigido específicamente a las mujeres, en el cual no se les invisibiliza propiamente, sino que se les ubica en una situación de clara subordinación discursiva, es el androcentrismo; aquí lo determinante es la perspectiva desde la cual se realiza un acto de lenguaje. Un ejemplo claro es la focalización empleada en la narración de ciertas situaciones donde intervienen hombres y mujeres. Veamos dos relatos periodísticos sobre una violación analizados por Deborah Cameron, relatos en los cuales la narración se focaliza en el varón:

Un hombre que sufrió heridas en la cabeza cuando fue atacado por dos hombres que irrumpieron en su hogar en Beckenham, Kent ayer en la madrugada, fue inmovilizado sobre la cama por los intrusos que se turnaron violando a su esposa. (*Daily Telegraph*)

Un aterrorizado hombre de 380 libras de peso fue obligado a yacer junto a su esposa mientras dos hombres la violaban ayer. (*Sun*)¹⁴

¹³ Véase Judith Butler, *El género en disputa* (México: Paidós, 2001).

¹⁴ Deborah Cameron, “Introduction”, *The Feminist Critique of Language, A Reader*. Deborah Cameron, ed. (London and New York: Routledge, 1998), p. 11.

Los dos relatos fueron publicados en sendos periódicos ingleses, el primero una publicación prestigiosa, el *Daily Telegraph*, y el segundo un tabloide sensacionalista, el *Sun*. Como señala Cameron, no estamos ante “la idiosincrasia de un solo periodista o diario” sino ante “un conjunto institucionalizado de convenciones”, según las cuales la violación se representa como un crimen contra un hombre, el marido, en vez de ser visto como un daño sufrido por la mujer violada. Esto se aprecia claramente por el hecho de que la experiencia del marido es la que aparece en primer plano, mientras que la violación se presenta en una oración subordinada, al final de la oración principal; él es el sujeto de ambas oraciones, y los pronombres (excepto por uno: “la violaron”) se refieren a él. Ambos reportajes periodísticos focalizan la narración de lo sucedido a través del marido, mientras que lo que le sucede a la esposa es apenas el contexto de lo que le sucede a él. Aquí no estamos ante un uso del masculino genérico ni una descripción peyorativa de la mujer, sino ante un conjunto de decisiones lingüísticas “que sumadas conducen a una visión androcéntrica y sexista del incidente que se relata”¹⁵.

De hecho el androcentrismo es una práctica tan común y generalizada que puede decirse que va más allá del lenguaje. La primera persona en usar este concepto fue Charlotte Perkins Gilman (1860-1935), novelista, poeta y ensayista estadounidense, quien lo definió como la tendencia a ubicar el punto de vista masculino en el centro de nuestra visión cultural e histórica del mundo; esta autora tituló uno de sus libros, publicado en 1911, *El mundo hecho por el hombre, o la cultura androcéntrica (The Man-Made World, or, Our Androcentric Culture)*. Casi cuarenta años antes que Simone de Beauvoir, Gilman observó que lo masculino se consideraba en nuestra cultura el modo universal o humano, mientras que lo femenino era visto como una especie de desviación: “El hombre fue aceptado como el tipo central de la especie sin que se alzara ni una voz que disintiera; y la mujer —una criatura extraña, diversa, sin armonía con el esquema aceptado de las cosas— fue explicada y excusada como meramente hembra”¹⁶.

El androcentrismo ha sido investigado en campos tan diversos como la filosofía, la religión, la psicología, y se hace evidente también en los medios masivos de comunicación. Cada vez que vemos un comercial de cerveza o de cualquier otro producto donde aparecen modelos en bikinis mínimos moviendo las caderas de manera insinuante, o cuando en una reunión campestre festiva de una empresa se organiza un concurso de empleadas con camisetas mojadas, estamos ante un caso de androcentrismo: el interés de los varones por este tipo de imagen es lo que está determinando la actividad

¹⁵ Ibid., p. 12.

¹⁶ Charlotte Perkins Gilman, *The Man-Made World, or, Our Androcentric Culture*, Chapter 1. <http://www.readbookonline.net/read/302/8721/> (Recuperado el 14 de octubre de 2008).

que se desarrolla o las imágenes que se presentan; las mujeres que participan gustosamente en ellas están sirviendo a esos intereses.¹⁷

El control discursivo mediante rótulos y conceptos

Otro aspecto de nuestro tema tiene que ver con el uso de ciertos términos visto desde la perspectiva del discurso. Hasta ahora hemos venido hablando del significado de las palabras en términos exclusivamente léxicos. Sin embargo, a partir de la teoría crítica de autores como Michel Foucault, sabemos que la significación no está desligada de las prácticas sociales. Cuando Foucault nos habla de los “discursos”, emplea el término en un sentido diferente a como lo hacen los analistas del discurso, quienes trabajan en una rama especializada de la lingüística que se ocupa del lenguaje en uso, en interacciones y contextos determinados. Para él, y para los proponentes de la teoría crítica que lo siguen, “discurso” nos remite a los conjuntos de enunciados y términos que circulan entre nosotros sobre un determinado fenómeno, situación o práctica social, y que le dan sentido a esas realidades. En ese sentido, discurso está indisolublemente ligado al concepto de “prácticas sociales”, y sólo tiene sentido en un contexto cultural determinado¹⁸.

En *Historia de la sexualidad*, este autor discute el surgimiento del término “homosexual” en el siglo XIX como parte de una serie de tácticas encaminadas a controlar la vida sexual, creando la idea de que el comportamiento “perverso” de determinados individuos debía ser visto como consecuencia de su anormalidad. Surge así la homosexualidad como una identidad, una categoría especial de personas basada en su deseo sexual: “El sodomita había sido una aberración temporal; el homosexual era ahora una especie”¹⁹.

Como vemos, el poder del lenguaje para controlarnos puede tener consecuencias de gran alcance. Por eso podemos decir que los conceptos que empleamos no son inocentes; Deborah Cameron *et al.*, por ejemplo, han argüido convincentemente que términos médicos como “síndrome pre-menstrual” pueden emplearse para enfatizar la falta de control emocional de las mujeres, mientras que “síndrome fetal del alcohol” a menudo se emplea para subrayar el control que las mujeres deben ejercer sobre sí mismas, poniendo el supuesto bienestar del feto por encima de

¹⁷ Es obvio que las modelos o las empleadas de nuestros dos ejemplos se benefician también de diversos modos al recibir la atención de los hombres, pero a costa de tener que tolerar también su desprecio.

¹⁸ Michel Foucault, *The Archaeology of Knowledge and the Discourse on Language* (New York: Pantheon, 1972), p. 149.

¹⁹ Michel Foucault, *History of Sexuality*, vol I. (New York; Vintage Books, 1980) p. 43.

su satisfacción de maneras frecuentemente exageradas²⁰. Sin embargo, ya sea mediante un concepto que enfatiza la falta de control de la psiquis femenina u otro que puede utilizarse para promover el autocontrol hasta niveles excesivos, la consecuencia es, nuevamente, ejercer un dominio sobre un grupo de la población, en este caso las mujeres, manteniéndolas bajo la dominación masculina.

¿Qué podemos hacer ante estas tendencias socioculturales a usar determinadas concepciones como herramientas de control sobre determinados grupos? En este caso, es aún más difícil ejercer una influencia sobre el uso del lenguaje que cuando se trata simplemente del léxico. Evidentemente, los conceptos de síndromes médicos no sólo existen para controlar la conducta femenina, sino que tienen su base en complejos procesos de estudios y conductas médicas. Parece difícil que logremos neutralizar las tendencias socioculturales a intentar controlar a las mujeres, ya que éstas probablemente se basan en gran parte en el temor de muchas personas a los cambios profundos que ha sufrido la situación de las mujeres en el último siglo; de allí la fuerza y el arraigo que adquieren los discursos y las prácticas que las hacen parecer peligrosas o que exigen de ellas renunciar a ciertos placeres inocuos so pena de causar daños irreparables a su progenie. Si queremos eliminar los intentos de controlarlas, debemos quizá cambiar no sólo el uso exagerado e incorrecto que se hace de estos discursos, sino también y principalmente la raíz de donde surge este tipo de uso y abuso, y esto necesitará esfuerzos mucho más amplios y complejos. Frente a estas dificultades, la buena noticia es que ya se hacen alrededor del mundo multitud de este tipo de esfuerzos.

Por otro lado, si examinamos un concepto cultural tan generalizado hoy entre nosotros como el de la identidad sexual, nos encontramos con una realidad aún más resistente al cambio. Por lesivo que sea el concepto de la homosexualidad como una identidad fija, que como tal tiende a construir la imagen cultural de “los homosexuales” o “las lesbianas” como seres radicalmente distintos, “anormales”, esta concepción parece ser un hecho que se ha impuesto en nuestra cultura, y que es inevitable que empleemos. La idea de algunos activistas del sector LGBTI de rechazar la concepción de “identidad sexual” aparece contradicha por el mismo hecho de que cada una de las distintas iniciales que conforman la sigla que ellos y ellas emplean nos refiere, no a un comportamiento aislado, sino a un tipo de persona de acuerdo a su orientación sexual y/o su comportamiento de género (lesbianas, gays, bisexuales, “trans” (o sea transexuales, transgeneristas, travestis, e intersexuales). Es contradictorio que una persona se reconozca a sí misma como “lesbiana” o como “gay”, y que rechace al mismo tiempo el concepto

²⁰ Véase Deborah Cameron, E. Frazer, P. Harvey, B. Rampton and K. Richardson. *Researching Language: Issues of Power and Method*. (London : Routledge, 1992).

de identidad sexual. Querámoslo o no, seamos mujeres u hombres, y sea cual sea nuestra orientación sexual, estamos inmersos e inmersas en la cultura hegemónica, y la hegemonía consiste precisamente en que quienes luchan contra aspectos que les son lesivos en ella tienen que emplear el mismo lenguaje con el cual se discrimina en su contra, para luego intentar transformarlo.

Por ello parece ser más eficaz la estrategia adoptada por cierto activismo político, consistente en hacer propio el concepto con el cual se discrimina al grupo en cuestión. Así, en vez de combatir el concepto de identidad sexual, un grupo de homosexuales lo ha incorporado activamente, haciendo suya la bandera del “orgullo gay”, por ejemplo organizando desfiles y otros tipos de manifestaciones que parecen basarse en asumir su orientación sexual como una identidad.

CÓMO CONSTRUIR LA EQUIDAD EN EL LENGUAJE: SOLUCIONES POSIBLES

Pasemos a considerar las posibles soluciones a la exclusión mediante el lenguaje. En primer lugar tenemos que reconocer que no se trata de una empresa fácil, pero tampoco imposible. Como lo expresa la lingüista Ann Bodine, el lenguaje es un producto cultural en parte influido por quienes crean las reglas “prescriptivas”, en su mayoría varones casi siempre conservadores; sin embargo, la influencia de las prácticas cotidianas de los y las hablantes es aún más fuerte²¹. Es por la importancia de este último factor que podemos esperar que se produzcan cambios, en la medida en que ellos y ellas se convenzan de que son necesarios.

Por lo tanto no es un propósito descabellado el tratar de producir cambios en los modos como el lenguaje produce dominación. Ante la propuesta de solucionar la exclusión en el lenguaje, algunas personas aducen la imposibilidad de hacerlo, usando la metáfora de “la lengua es un ser viviente”. Si la figura fuera apta, sería prácticamente imposible cambiar los usos lingüísticos, pues un organismo no puede voluntariamente cambiar su estructura ni la mayor parte de las dinámicas de su funcionamiento. Deborah Cameron ha contrarrestado esta metáfora con el símil de los idiomas “como edificios culturales”, además de prácticas cotidianas. Podemos reconocer, con Cameron, que las convenciones lingüísticas, así como son construidas histórica y culturalmente, también pueden ser des-construidas y reconstruidas: “organizarse para producir cambios no es una actividad fútil, mientras que esperar a que el lenguaje cambie por sí mismo sí lo es”²².

²¹ Véase Ann Bodine, “Androcentrism in Prescriptive Grammar: Singular ‘They’, Sex-indefinite ‘He’ and ‘He or She’”. En: *The Feminist Critique of Language, A Reader*. Deborah Cameron, ed. (London and New York: Routledge, 1998), pp. 124-138.

²² Deborah Cameron, “Introduction”. *The Feminist Critique of Language, A Reader*, op. cit., p. 13.

Sin embargo, multitud de estudios lingüísticos han mostrado que los cambios no siempre se producen en la forma como se proponen, por lo cual tal vez una metáfora más apta para un idioma que la de “edificio cultural” sería la de “ciudad”, por aquello de que un edificio puede ser planeado en su totalidad, y realizado de acuerdo al plan, mientras las lenguas pueden ser modificadas a voluntad sólo parcialmente; así como en las ciudades algunas de sus partes crecerán y se desarrollarán a contrapelo de lo que los urbanizadores y las autoridades municipales proponen, algunos de los cambios que se producirán en las lenguas serán totalmente imprevistos, y en contra de lo que voluntariamente se ha proyectado. A pesar de ello, si un número suficientemente grande de personas logra cambiar sus actitudes y prácticas lingüísticas, los cambios se producirán. En suma, estoy convencida de que no debemos limitarnos a esperar pasivamente que se produzcan cambios en nuestra lengua, sino involucrarnos activamente en su transformación.

Veamos entonces las avenidas de transformación que podemos emprender. Los cambios buscados pueden ser mecánicos, o positivos y creativos, como ya hemos visto. Antes de considerar estos dos tipos de soluciones, sin embargo, reconozcamos que éstas deben encarar dos tipos de problemas lingüísticos: los léxicos y semánticos, y los discursivos.

Soluciones a problemas léxicos y semánticos

La mayoría de los problemas que hemos discutido hasta ahora son de tipo léxico y semántico: hemos hablado de epítetos insultantes, del uso del masculino genérico, de pronombres de poder y de solidaridad, y de modos de tratamiento usados al dirigirse a personas que pertenecen a grupos determinados, como llamarle a una mujer “reinita” o “mamita” sin que medie una relación personal que lo amerite. Podemos mencionar dos categorías más para los tipos de soluciones que se han ofrecido a estos problemas: las soluciones propuestas pueden encaminarse a subrayar la presencia de mujeres en grupos mixtos de personas (“las estudiantes y los estudiantes”), de las cuales ya hablamos en la sección sobre la invisibilización; o pueden ir dirigidas a feminizar ciertos sustantivos que antes sólo existían en masculino, como aquellos que denotan profesiones en el pasado reservadas para los hombres.

La incorporación de las mujeres a profesiones como la medicina, la ingeniería o el derecho ha conducido a la feminización de palabras como “médica”, “ingeniera”, “abogada”, “jueza”, vocablos que fueron neologismos, pero desde hace varias décadas han sido incluidos en el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia de la Lengua²³. No sucede lo mismo

²³ Vale la pena señalar que aunque los sustantivos “médica” e “ingeniera” aparecen en plano de igualdad con sus contrapartes masculinas, “jueza” aparece como acepción aparte de “juez”, aparentemente debido a que existe una expresión coloquial (¿arcaica?) que no significa “Mujer que desempeña el cargo de juez” sino “Mujer del juez”. (Véase el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia de la Lengua (DRAE), 2001, vol. 6, p. 898).

con palabras que usualmente emplean algunas feministas como “testiga”, “sujeta” o “individua”, vocablos que aún no han sido aceptados. Estos nuevos términos tratan de recalcar la presencia de mujeres en el ámbito público (en procesos judiciales, por ejemplo), y en el vocabulario que se emplea para aludir a cualidades humanas abstractas como la subjetividad o a la individualidad. Aunque la fuerza de la tradición hace que nos produzca por lo menos una cierta extrañeza (y a muchas personas verdadera repulsión) el uso de estos neologismos, reconozcamos que esa tradición tenía su correlato en las prácticas mismas en las cuales se empleaban esas palabras: si no parecía sensato usar estos términos en femenino, era en parte porque aquellos a quienes se les consideraba individuos con derechos políticos, así como las personas que tenían derecho a comparecer judicialmente para dar testimonio de algo, siempre eran varones.

En cuanto a las “sujetas”, muchas filósofas feministas nos han mostrado cómo a través de los siglos la concepción de la subjetividad humana ha sido equiparada con la masculinidad, al hacer coincidir el sujeto por antonomasia con el varón, mientras que la subjetividad de las mujeres aparecía como de algún modo secundaria o subordinada²⁴. De hecho, la insistencia feminista en el uso del lenguaje incluyente implica una innovación frente a la abrumadora mayoría de las obras literarias y filosóficas de la tradición occidental, que están escritas en ese lenguaje que llamamos excluyente o masculino genérico. Como ya dijimos, el “hombre” ha sido el ser humano en la poesía, la novela y el teatro, y en los tratados metafísicos y éticos desde los griegos hasta nuestros días; el peso de esta tradición no puede ser desconocido. Sin embargo, si las prácticas sociales han cambiado, permitiendo hoy la participación de las mujeres en escenarios que antes les estaban vedados, si ya es muy generalizado el reconocimiento del derecho de las mujeres a la subjetividad plena, a la educación y al ejercicio de su intelecto, no debería haber mayores objeciones a realizar un cambio correspondiente en el lenguaje.

Un factor que no proviene de la tradición, sino de la continuación de las prácticas discriminatorias en la era de la informática es el desconocimiento, por parte de quienes elaboran los diccionarios de programas como Word, de la posibilidad de que una mujer participe en actividades como, por ejemplo, dictar conferencias; al menos eso parece indicarnos el hecho de que el programa nos subraya siempre con rojo el artículo “la” en frases como “la conferencista”.

²⁴ La primera filósofa en plantear este argumento fue Simone de Beauvoir en su clásico libro *El segundo sexo*. Posteriormente muchas mujeres han realizado estudios sobre el tema; véase, por ejemplo, los ensayos contenidos en Louise Antony and Charlotte Witt, *A Mind of One's Own: Feminist Essays on Reason and Objectivity* (Boulder: Westview Press, 1993).

Afortunadamente, esa pequeña molestia se resuelve usando la función “Agregar al diccionario” del menú de “Ortografía y gramática”²⁵; además, es de esperar que en la medida en que las mujeres se incorporen cada vez más a la profesión de programadoras cibernéticas (o a la de asesoras lingüísticas de las programadoras), se vayan haciendo más infrecuentes tales casos. Al mismo tiempo, no podemos dejar de señalar que la mera presencia de una mujer no es suficiente, de por sí, para garantizar la equidad lingüística de género, ya que muchas mujeres aún reproducen los prejuicios masculinistas. Pero es indudable que las mujeres tienden a ser más feministas que los hombres; de allí se nutre nuestra esperanza.

LA SOLUCIÓN A PROBLEMAS DISCURSIVOS

Sin embargo, por importantes que sean los rótulos y los sustantivos, el problema del lenguaje como herramienta política para la dominación y la exclusión no puede reducirse a ellos, como ya hemos dicho. En primer lugar, consideremos la contextualización discursiva que hace que determinados elementos léxicos se conviertan en usos peyorativos. En gran parte de los casos, la palabra en sí no es la fuente de la discriminación. Tomemos el ejemplo de la designación racial “negro” o “negra”. En sí, estos vocablos no son ofensivos; aunque como adjetivo estas palabras se emplean para designar lo negativo, aciago, o siniestro, algunos activistas anti-racistas las reivindican, prefiriéndolas al neologismo “afro-colombiano” o “afro-descendiente”. Como señalamos desde el principio, el término “negro” no es intrínsecamente discriminatorio; lo que es ofensivo es decirlo en una situación discursiva donde no es relevante el color de la piel.

Preguntémonos, ¿cuándo es realmente relevante el pigmento de la piel de una persona? Si estoy describiendo a alguien, su color es un rasgo que claramente puede servir para diferenciarlo o diferenciarla de otras personas, como lo son también su estatura, su edad, su contextura física. Pero cuando el acto de habla que se realiza no es el de describir con el fin de distinguir o diferenciar, cuando simplemente se trata de designar a una persona, la mención del color de su piel generalmente se debe a que consideramos la diferencia racial como la característica definitoria de la humanidad de la persona: los “blancos” serían el prototipo de lo humano, y las otras “razas”²⁶ de alguna manera participarían en menor grado de esa humanidad.

²⁵Sin embargo, a muchas personas, aparentemente incapaces de mirar a la empresa Microsoft con una mirada crítica, este prejuicio del mundo cibernético parece reforzarles la idea de que el lenguaje excluyente es una consecuencia natural de la ley de Dios.

²⁶La palabra aparece entre comillas para subrayar el hecho de que el concepto de “raza” obedece a una idea cultural y política, y no a un concepto que tenga validez científica.

Como vemos, el uso en una interacción y en un contexto determinados es lo que a menudo determina hasta qué punto un vocablo es insultante, excluyente, o inferiorizante.

En segundo lugar, veamos cómo puede solucionarse el problema del empleo de las estrategias discursivas que según Deborah Tannen pueden emplearse para ejercer una dominación de género. En el caso de la interrupción y el planteamiento de nuevos temas por parte de un interlocutor, considero que la mejor respuesta puede ser la de ignorar la ocurrencia de este tipo de actuación discursiva, persistiendo en el uso de la palabra y/o continuando con el tema anterior, si todavía tenemos algo que decir sobre él. Si estas contra-estrategias pueden emplearse en un tono cordial, sin demostrar animosidad ni hostilidad, posiblemente se logrará evitar sufrir la dominación sin caer en un conflicto, aunque evidentemente los choques se presentarán en ocasiones. Sin embargo, tenemos que distinguir entre los intercambios que se dan en contextos interpersonales, privados, o los que ocurren en grupos, de trabajo por ejemplo. En el primer caso la dinámica de la relación será definitiva para decidir cómo se desarrollará el intercambio; en el segundo, el número de hombres y mujeres presentes quizá jugará un papel importante, aunque habrá muchos otros factores que tomar en cuenta.

En el caso del silencio, la tercera de las estrategias discursivas analizadas por Tannen como posibles herramientas de dominación, quizá la contra-estrategia más recomendable sea dar por terminado el intercambio, siempre que sea posible. La insistencia femenina en recibir una respuesta de su interlocutor, cuando éste se encierra en el mutismo, solamente acentúa la falta de poder de ella y el poder de él.

Evidentemente, necesitamos estudios de analistas del discurso que nos den luces sobre cuáles factores entran en juego en estas interacciones, a fin de deducir cómo debemos proceder para contrarrestar la dominación discursiva, pero a partir de la teoría podemos ya adelantar algunas observaciones. Ya hemos visto que existen generolectos, modos de concebir la comunicación y de participar en las interacciones verbales que dependen del estilo de género adoptado. Debido al hecho de que los campos profesionales y de oficios que existen en el mercado laboral han sido en gran parte dominados por los varones durante mucho tiempo, los modos tradicionales de comunicación en ellos han sido y en gran parte siguen siendo abrumadoramente masculinos. Por este motivo, los generolectos femeninos son considerados en nuestra cultura como menos “profesionales”, o como evidencia de falta de liderazgo, y por lo tanto quienes los emplean se encuentran en situación de clara desventaja. Deborah Tannen, quien realizó un estudio sobre las diferencias y relaciones entre hombres y mujeres mediante el uso del lenguaje en el trabajo, observa: “Parte de las razones por las cuales las imágenes de mujeres en posiciones de autoridad están marcadas por su género es que la

misma noción de autoridad está asociada con ser varón”²⁷. Esto se traduce en estrategias específicas en la comunicación: por ejemplo, ante un elogio, las mujeres (o más bien, aquellas que emplean el generolecto femenino) pueden tender a adoptar una actitud modesta, atribuyendo su éxito “a mi equipo” en vez de a sí mismas, mientras que un varón (o alguien que emplea el generolecto masculino) tendería a acentuar la excelencia de su propia actuación. En consecuencia, el empleo de un estilo masculino generalmente conduce a que se aprecien más las cualidades personales de esa persona. Por otro lado, la gran mayoría de las mujeres se siente incómoda adoptando el generolecto masculino, que quizá puede conducir a un mayor éxito profesional; el empleo de un estilo culturalmente masculino por parte de una mujer no sólo produce rechazo en su entorno, sino que puede hacer sentirse insegura y falsa a esa misma mujer, cuando lo hace por decisión consciente y no porque le resulte fácil adoptarlo espontáneamente.

Ante esta realidad, la recomendación que nos hace Tannen es que eduquemos a hombres y mujeres, a fin de que ellos y ellas reconozcan la diferencia cultural en los estilos de uso del lenguaje debidos al sistema de género, y la acepten sin asignar un estatus inferior a las mujeres como líderes en el trabajo debido a su generolecto:

Si más y más personas entienden el funcionamiento del estilo conversacional, podrán ajustar sus propios modos de hablar y tendrán más posibilidades de entender cómo otras personas construyen el significado de lo que dicen. Pero, al mismo tiempo, mientras más personas logren una comprensión de estos estilos, menos necesario será que otros cambien o ajusten su estilo propio²⁸.

En este caso, como en tantos otros, la educación es fundamental. Necesitamos aceptar y comprender las diferencias culturales entre hombres y mujeres, sin penalizarlos ni penalizarlas por ellas, y necesitamos llevar esta comprensión a muchos ámbitos y niveles, a fin de alcanzar la equidad en el lenguaje.

Las soluciones mecánicas y las creativas

Como puede apreciarse, las soluciones que se necesitan para los problemas relacionados con el lenguaje excluyente y discriminador van mucho más allá de la mera repetición de “las y los”. Esta práctica generalmente sólo involucra una solución que hemos llamado mecánica, por tratarse de la simple evitación del uso del masculino genérico. La eliminación del masculino genérico, a pesar de ser un paso en el camino acertado,

²⁷ Deborah Tannen, *Talking from 9 to 5. Women and Men at Work: Language, Sex and Power* (New York: Quill, 1994), p. 67.

²⁸ *Ibid.*, p. 159.

no es ni remotamente suficiente en relación con todo lo que se necesita para lograr un uso democrático y equitativo del lenguaje. De hecho, en boca de algunos políticos puede convertirse en una práctica demagógica, como se aprecia en el hecho de que algunos de ellos han adoptado expresiones como “colombianos y colombianas”, y sin embargo en sus actuaciones demuestran el más acendrado sexismo. Las soluciones que hemos llamado positivas son aquellas que toman en cuenta el uso de determinados vocablos en un contexto determinado, o las que involucran estrategias discursivas, o inclusive, yendo aún más allá, las que requieren una comprensión razonada de dichas estrategias; ninguna de ellas puede llevarse a cabo de manera mecánica, sino involucrando de manera activa nuestra creatividad en el uso del lenguaje.

Por otra parte, la búsqueda de alternativas al uso del masculino genérico podría parecer un propósito menos complejo y más fácil de solucionar que los que tienen que ver con el lenguaje en uso en un contexto determinado, o sea con el discurso. Sin embargo, no siempre es así. Como ya dijimos, no se trata simplemente de eliminar un uso, sino de buscar activamente alternativas lingüísticas. La más fácil de todas y la más frecuentemente empleada, la de sustituir “el hombre” por “el hombre y la mujer”, por ejemplo, o “los estudiantes” por “los y las estudiantes”, evidentemente alarga los discursos, aunque sea en sólo unos pocos caracteres o unos breves segundos. Sin embargo, si se hace de manera mecánica, y dadas las características de la lengua española, donde todos los sustantivos y adjetivos tiene género gramatical, puede afectar la fluidez del estilo. Ahora bien, quien desee emplear el lenguaje incluyente al hablar o escribir, sin caer en automatismos ni repeticiones, no sólo se demorará más al decir, sino también al pensar lo que va a decir.

Puede argüirse que este pequeño problema es insignificante cuando se está en pos de objetivos tan importantes como la justicia y la democracia, pero para quienes la equidad de género no es un objetivo importante, ninguna solución, por creativa que sea, resultará aceptable. La reacción a cualquier intento de democratizar el lenguaje será, en ellos, de ira o ridiculización. A aquellos, en cambio, que quieran evitar los usos del lenguaje de exclusión que siempre nos han enseñado, y quieran hacerlo de manera creativa, podemos ofrecerles algunas sugerencias.

Además del uso del femenino y el masculino de cada sustantivo que se refiera a seres humanos, en muchas ocasiones pueden emplearse sustantivos colectivos: “estudiantado”, en vez de “los y las estudiantes”; “profesorado” en vez de “los profesores y las profesoras”; “el personal”, en vez de “los empleados y las empleadas”; “la población de Colombia” en vez de “los colombianos y las colombianas”. (De nuevo, aquí hace falta discreción y no automatismos: hay situaciones en las cuales los colectivos podrían no ser apropiados, como cuando se habla de aspectos muy específicos de la vida privada). En otras ocasiones, en vez de “hombre y mujer” puede simplemente decirse “persona”.

Otro aspecto a considerar es el de los artículos y pronombres que se emplean en lugar de los sustantivos. En estos casos, en vez de usar el masculino para representar a hombres y mujeres, diciendo “el que” o “los que” (o “aquel que” o “aquellos que”) con frecuencia puede decirse “quien”, o “quienes”, palabras que no tienen género gramatical.

En todos los casos, recordemos que no estamos cumpliendo ciegamente una regla inflexible, sino dejando claro en nuestro discurso que buscamos incluir, en vez de insultar, inferiorizar, o invisibilizar; lo importante es que se exprese de algún modo la intención política de producir los cambios necesarios. Si esto ya ha quedado abundantemente claro, en algunas ocasiones puede prescindirse de la reiterada inclusión del femenino gramatical.

“El vulgo” versus la academia

Por otra parte, debemos reconocer que en su deseo de combatir la exclusión lingüística, muchas mujeres han adoptado neologismos que incluso a algunas lingüistas feministas nos sorprenden. Un ejemplo es la palabra “lideresa”, que he visto usada como femenino de líder en muchos documentos escritos por funcionarias gubernamentales o de ONG’s que se dedican al trabajo con mujeres. Las primeras veces que leí esta palabra pensé que era innecesaria, pues el sustantivo “líder” puede usarse en femenino con sólo añadirle el artículo femenino: “la líder”. Pero la rápida expansión del uso del vocablo me ha convencido que responde a una necesidad sentida por muchas mujeres, pues se trata de enfatizar la femineidad de quien actúa como jefa o dirigente, cuando culturalmente el liderazgo de las mujeres no se reconoce suficientemente. Por tal motivo, es muy poco lo que los académicos o las académicas puedan hacer para combatirlo. Sin embargo, el problema consiste en que el sufijo “eza” denota cualidad abstracta cuando se añade a un adjetivo (por ejemplo, “ligereza”, cualidad de ser ligero o ligera). Debido a ello, si nos atenemos al sistema de sufijos del castellano, “lideresa” podría significar más bien “cualidad de líder”, o sea liderazgo, que femenino de líder. El vocablo debería ser “lideresa” (con ese y no con zeta), ya que el sufijo “esa” se emplea en castellano para feminizar sustantivos masculinos (alcalde, alcaldesa).

Otro ejemplo es la palabra “miembra”. La aceptación de este vocablo parece difícil, debido a que la acepción “individuo que forma parte de un conjunto, comunidad o grupo moral” es subsidiaria a la principal, “Cada una de las extremidades... articuladas a un tronco” que es, simplemente, un sustantivo masculino²⁹. Usar “miembra” parece tan extraño como llamar “brazo” a una de las extremidades superiores, o “pierna” a una de las inferiores.

²⁹ *DRAE*, vol. 7, p. 1019.

Además, existe el vocablo “integrante”, que puede usarse en vez de miembro, y que puede llevar el artículo femenino al referirse a una mujer (“la integrante”). A pesar de todo lo anterior, de nuevo aquí puede tratarse de un tema sensible, de la necesidad de las mujeres de sentirse incluidas. Tal vez cuando la motivación para innovar es suficientemente fuerte, los argumentos sean inútiles. Lo que sí sabemos a ciencia cierta es que en muchas ocasiones las innovaciones, por estrafalarias que hayan parecido inicialmente, han terminado por imponerse; finalmente los académicos han tenido que rendirse ante la fuerza de los usos de lo que ellos llaman “el vulgo”. Sólo el tiempo dirá. En este proceso, el papel de las académicas feministas no debe ser intentar decir la última palabra, sino más bien analizar lo que las hablantes están proponiendo y en lo posible orientar esa búsqueda.

La diferencia entre recomendación, prescripción y censura

Es necesario referirnos brevemente a la imputación que se ha hecho a quienes proponemos el uso del lenguaje incluyente, en el sentido de que estamos coartando el derecho a la libertad de expresión. Conuerdo plenamente con la condenación a toda forma de censura, pero no creo que recomendar o invitar a un lenguaje más justo, menos excluyente, sea censurar. Aquí debe distinguirse entre el procedimiento que se sigue para promover una práctica, y la práctica en sí que se promueve. Seguramente habrá quienes no se limiten a recomendar el uso del lenguaje incluyente, sino que quieran imponerlo, prohibiendo el masculino genérico. Con quienes así procedan, no me identifico.

En este punto, vale la pena mencionar que en algunos casos, ciertas instituciones, educativas sobre todo, y fundamentalmente en otras latitudes, han promulgado algunas prescripciones sobre el uso del lenguaje incluyente en sus comunicaciones oficiales. Pero prescribir no es lo mismo que prohibir o censurar. Prohibición o censura existen solamente cuando de algún modo se castiga a quienes no obedezcan tales dictámenes.

Sin embargo, en muchos medios encontramos airadas expresiones de repudio a las feministas por prohibir el uso del lenguaje excluyente. Me pregunto, ¿cómo pueden esas supuestas personas hacer efectiva tal prohibición? ¿Dónde están esas feministas tan poderosas que son capaces de ejercer censura y hacer temblar a los escritores, lanzando rayos y centellas dignas de la Santa Inquisición? Yo, por lo menos, no las conozco. Ahora bien, podemos reconocer que algunas personas pueden llegar a increpar y dirigirse con muy poco tacto a los que usan aún el masculino genérico. Evidentemente, quienes reaccionan airadamente contra el lenguaje excluyente le hacen poco favor a su propia causa. Lo que debemos proponernos es convencer, persuadir, en vez de intentar imponer.

CONCLUSIÓN

Reiteremos, a modo de conclusión, que cambiar los modos de uso de una lengua no es empresa fácil; a menudo las costumbres lingüísticas evolucionan y cambian de modos inesperados. Lo importante es que seamos conscientes de que estamos en un momento de flujo, cuando el idioma está cambiando en consonancia con los profundos cambios sociales que hemos vivido en esta época; aunque no podemos estar totalmente seguras de cuáles serán las formas finales que se impongan a partir de los esfuerzos por democratizarlo, estos esfuerzos definitivamente valen la pena.

Como ya dije, existe una razón fundamental para defender esta innovación del lenguaje incluyente, por más que en ocasiones sea más extenso, inclusive si resulta menos elegante: el hecho de que contribuye sustancialmente a que haya más justicia en el mundo, al combatir los prejuicios sexistas, racistas, heterosexistas de nuestra cultura. Esa razón principal, para las feministas y para muchos hombres feministas, como para los y las activistas que combaten cualquier tipo de injusticia, es más que suficiente para que apoyemos la búsqueda de equidad en el discurso.

**EROTISMO, VIOLENCIA Y GÉNERO:
DESEO FEMENINO, FEMINEIDAD Y MASCULINIDAD
EN LA PORNOGRAFÍA**

Una revisión del arte erótico, aun la más rápida, nos muestra una gran diversidad de temas y enfoques posibles. Una escultura rescatada de Pompeya, datando quizá del primer siglo antes de Cristo, representa a un sátiro que penetra una chiva: es decir, un semi-hombre, semi-animal, que copula con una bestia¹. Otra escultura, esta vez del arte griego clásico, (año 350 A. C.), insinúa la relación entre erotismo y violencia: se trata de dos luchadores enzarzados en un cuerpo a cuerpo donde el poder físico se confunde con el homo-erotismo. Si viajamos al siglo XI de nuestra era, y a otro continente, encontramos en la India las esculturas eróticas del templo de Khayurajo, en Madhya Pradesh, descubiertas por los occidentales en 1838. Aquí vemos cómo el cuerpo de la mujer se pliega, sinuosa y dócilmente, al del hombre que la abraza. En contraste, algunas piezas de arte erótico precolombino exhiben una gran reciprocidad y simetría entre los participantes en la cópula: no se observa aquí ascendencia ni sometimiento de ninguno de los dos.

Con Picasso, volvemos a la representación de una relación de poder, o quizá deberíamos decir de un intercambio de poderes, esta vez entre un caballero que mira y una prostituta que exhibe sus genitales como una mercancía. Mientras que las miradas del hombre, convertidas en trazos rectilíneos, recorren todo el cuerpo de la mujer, las de ella abarcan la cabeza de él, y algo que él lleva en su mano, tal vez una bolsa de dinero. Finalmente,

¹ Ver anexos al final de este trabajo.

nos encontramos, en un dibujo exhibido en una Galería de Ámsterdam, con el despliegue erótico de la fragmentación y la difusión de formas. Los cuerpos femeninos, delgados, jóvenes, se enredan, sus partes entrelazadas hasta el punto de que se pierde la individualidad de cada una de las participantes.

Si nos atenemos a la etimología, sólo en el dibujo de Picasso podríamos hablar propiamente de pornografía (aunque evidentemente el tratamiento que le da Picasso al tema es mucho más complejo que el del gráfico pornográfico usual). “Pornografía” viene del griego *porne* (esclava o prostituta) y de *graphos* (escritura, representación, descripción). Etimológicamente, pornografía es “la escritura, representación o descripción de la esclavitud sexual y la prostitución”². Parece evidente que esta definición es demasiado limitada, pues no incluiría a la mayor parte de las imágenes y los textos que usualmente se consideran pornográficos. ¿Qué es, entonces, la pornografía? ¿Qué tiene en común con el erotismo y en qué difiere de él? ¿Hasta qué punto está relacionada con la esclavitud sexual, con la violencia? En este trabajo exploraré algunas distinciones entre erotismo y pornografía, y plantearé algunas reflexiones sobre la relación entre la pornografía y la degradación de la mujer, resumiendo las dos principales tendencias al respecto en el pensamiento feminista. Me referiré a la relación de estos temas con la violencia simbólica, para finalmente presentar algunas consideraciones sobre el deseo femenino, la feminidad y la masculinidad.

EROTISMO, PORNOGRAFÍA Y OBSCENIDAD

Vale la pena, para comenzar, invocar la definición que nos ofrece María Mercedes Gómez: “Pornografía es la representación de un cierto comportamiento sexual que tiene como... único fin excitar sexualmente”³. Gómez obtiene su definición en un artículo sobre asuntos jurídicos, y por lo tanto el problema de la intención, del fin que se persigue al representar un tema sexual, es allí determinante para decidir si existe o no delito. De modo similar, esta autora cita una afirmación tomada del Williams Report (Informe del Comité sobre Obscenidad y Censura del Filme de Gran Bretaña) según la cual, “Lo erótico es aquello que expresa la excitación más que causarla”⁴.

² Ronald Collins y David Skover, “The Pornographic State” (“El Estado pornográfico”). *Harvard Law Review*, Vol. 107, No. 6 (abril 1994), citado en: *Derecho y pornografía*. Catharine A. MacKinnon, Richard Posner. (Bogotá: Siglo del Hombre Editores/Universidad de los Andes, 1997), p.13.

³ María Mercedes Gómez, “La mirada pornográfica”. Introducción. En: *Derecho y pornografía*. Catharine A. McKinnon, Richard Posner. (Bogotá: Siglo del Hombre Editores/Universidad de los Andes, 1997), p. 13.

⁴ *Williams Report* –Informe del Comité sobre obscenidad y censura del filme, Gran Bretaña, 1979, citado en Gómez, *op. cit.*, p. 14.

Lo erótico, entonces, nos hablaría de la sexualidad expresando, recreando, representando una experiencia o una conducta sexual, a fin de explorar su sentido, comunicar nociones, intuiciones, imágenes, sobre esa experiencia sexual. El arte erótico puede o no excitar al espectador/a, al lector/lectora, pero no tiene por único o principal objetivo lograr esa excitación. Lo erótico, nos sigue diciendo Gómez, “nos remite a la conciencia de nuestro cuerpo como lugar de gozo”, nos ayuda a conocernos, es “reciprocidad con el mundo, [...] es diálogo y no monólogo sexual”⁵. En las palabras de Eileen O’Neill:

Lo erótico puede darnos un poder que puede ser usado en lugares diferentes a nuestras camas. Si Audre Lorde está en lo correcto, y lo erótico puede darnos energía en nuestro trabajo y en nuestra lucha, y puede ser una forma de conocimiento, entonces seguramente no es de la esencia de lo erótico el ponernos en un estado de ansiedad sexual intensa o provocarnos un orgasmo. Cuando nos encontramos en estos estados, difícilmente podemos ver más allá de nuestros amantes. El erotismo es la pasión tranquila⁶.

Lo erótico, por otro lado, debe diferenciarse de lo obsceno, mencionado a menudo en los juicios contra la pornografía. Asimismo, la crítica feminista a la pornografía y la persecución del Estado liberal a la obscenidad son dos cosas totalmente distintas. El concepto de obscenidad nos remite a la representación de la sexualidad que una sociedad juzga como ofensiva, y está ligado a la moralidad y a las normas sociales. La pornografía, en cambio, está a menudo ligada a la representación de la violencia. Precisamente una de las diferencias entre pornografía y erotismo es la ausencia de coerción o de violencia en las representaciones eróticas. Es por esto que mientras la ley en nuestras sociedades burguesas modernas se ocupa de regular y prohibir la obscenidad, para algunas feministas lo que es problemático y nocivo no es lo obsceno, sino lo pornográfico, por ser siempre una negación de los derechos de las mujeres. Según Catharine McKinnon,

la legislación contra la obscenidad se ocupa de la moral; específicamente de la moral entendida desde el punto de vista masculino: aquella que representa la visión de la dominación masculina. La crítica feminista a la pornografía es política; política desde el punto de vista femenino y representa la visión de la subordinación de las mujeres a los hombres⁷.

Sin embargo, como veremos, no todas las feministas comparten la condenación a la pornografía.

⁵ María Mercedes Gómez, *op. cit.*, p. 17.

⁶ Eileen O’Neill, “(Re)presentations of Eros: Exploring Females Sexual Agency”, En: *Gender Body Knowing. Feminist Reconstructions of Being and Knowing*. Alison M. Jaggar y Susan Bordo, eds. (New Brunswick, Rutgers, 1989), p. 70. Citado en María Mercedes Gómez, *op. cit.*, p. 18.

⁷ Catharine McKinnon, *Derecho y pornografía. Op. cit.*, p. 46.

DOS POSICIONES FEMINISTAS SOBRE LA PORNOGRAFÍA

Creo que la inmensa mayoría de las feministas respaldaría la crítica a un cierto tipo de pornografía, aquella que es degradante para la mujer (y obviamente, aquella que incluye niños o niñas, aunque esta última no será considerada en este trabajo). Efectivamente, el cúmulo de investigaciones sobre los efectos nocivos de la pornografía al intensificar y propagar distintas formas de violencia contra las mujeres, tiende a validar la idea de que en muchos casos los textos, imágenes o filmes pornográficos conducen a devaluar a las mujeres. Aunque nunca se ha comprobado que la pornografía sea una causa directa de la violación y de otras formas de agresión contra las mujeres, encontramos una extensa literatura que señala que los materiales sexistas, especialmente aquellos que muestran a las mujeres humilladas o agredidas en relación con actos sexuales, promueven actitudes, ideas y conductas lesivas a los derechos de las mujeres⁸.

No se trata de plantear que el consumo de imágenes que representan actos violentos necesariamente los produce, pero sí es un síntoma de la devaluación femenina el que en una cultura sea tan frecuente encontrar distintos tipos de representaciones en las cuales, o bien se recrea un tipo de relación entre hombres y mujeres en la cual el papel de ellas aparece totalmente determinado por la gratificación del deseo de ellos y nunca del deseo propio, o bien la mujer aparece como víctima pasiva de abusos. En el primer caso, las imágenes pornográficas reproducen simbólicamente la relación entre la prostituta y el cliente, aún cuando se trate de otros contextos narrativos, pues la mujer aparece como mero instrumento para el placer del varón. En este sentido, la definición etimológica de la pornografía como representación de actos de prostitución –en un sentido simbólico, no necesariamente literal– vuelve a adquirir vigencia. Del mismo modo la subordinación de la mujer al hombre se erotiza, con lo cual surge la pregunta sobre el papel que juega el poder de dominación sobre la mujer en cierto tipo de materiales pornográficos; parecería que la recreación simbólica, por medios visuales o audiovisuales, de la jerarquía sociocultural entre hombres y mujeres, añade un ingrediente muy importante en la erotización de la pornografía.

En el segundo caso, en la representación de la mujer en actitudes y situaciones abyectas, estamos ante elementos sadomasoquistas, que son muy comunes en la pornografía; se trata allí de una erotización de la violencia dirigida contra la mujer. Como señala Sandra Bartky, este tipo de representaciones sadomasoquistas,

⁸ Para una compilación bibliográfica de investigaciones sobre el tema de los efectos de la pornografía en la violencia contra las mujeres, véase “Studies and Research on Media Effects”, Australia., Mayo 9, 2006. <http://libertus.net/censor/studies2.html>

refuerza poderosamente la dominación masculina y la subordinación femenina debido a que, al vincular estos fenómenos con nuestros deseos sexuales más profundos –deseos definidos por la psicología ideológicamente sesgada como instintivos– los hace aparecer como naturales. El participar voluntariamente en este modo de sexualidad es por lo tanto cooperar en la subordinación de la mujer⁹.

En ese tipo de pornografía, donde aparece la mujer victimizada, en situación de humillación y como objeto de vejámenes, ese cuerpo maltratado de mujer es el tema central de la imagen, de la representación en vivo, o del film.

Por otra parte, en el caso contrario, aquél en el cual la mujer aparece dominando y castigando a su pareja, por lo general las imágenes no se centran en la representación del cuerpo del varón que está siendo castigado. El hombre maltratado, su cuerpo victimizado, no parecen ser más que accesorios, indicios de la situación que se representa, y no constituyen el objeto temático principal, como sí lo es el cuerpo de la mujer victimaria, el cual aparece convertido en objeto erotizado. Es *el cuerpo de ella*, de la “dominadora” –*dominatrix* en el término que ya es coloquial en inglés–, un cuerpo generalmente enfundado en cuero negro, rodeado de elementos como látigos, gorras militares, cadenas, taches y otros elementos que recuerdan instrumentos de tortura, el que generalmente se resalta y en el cual generalmente se propicia que se detengan las miradas. Aun cuando a primera vista este tipo de representaciones parecería poner a la mujer en el papel dominante, si nos detenemos a analizar el tratamiento que se le da al tema se hace claro que es el goce del varón masoquista, más que el de la mujer sádica, el que aquí se favorece. Una vez más el papel de la mujer es el de facilitar, estimular, servir al placer del hombre, independientemente de si existe o no placer para ella.

En suma, podemos decir que la pornografía –al menos cierto tipo de pornografía– a la vez “refuerza y erotiza el estatus subordinado de las mujeres”¹⁰. Por estas razones, muchas mujeres se sienten repelidas por ella, al verla como una expresión más de una sociedad misógina. A partir de la década de los noventa, se produce a nivel mundial un fuerte movimiento feminista contra la pornografía, que alcanza grandes éxitos, al difundir su condenación.

⁹ Sandra Lee Bartky, “Feminine Masochism and the Politics of Personal Transformation”. En: *Feminity and Domination. Studies in the Phenomenology of Oppression*. (New York: Routledge, 1990), p.48.

¹⁰ “Pornography and Sexual Violence”. Minnesota Center against Violence and Abuse. Julio 2004. <http://www.mincava.umn.edu/documents/arpornography/arpornography.html#id2559708>

En la Plataforma de acción de la Cuarta conferencia mundial sobre las mujeres (Beijing, 1995), por ejemplo, se mencionan explícitamente los efectos adversos de la pornografía al difundir “imágenes en los medios de violencia contra las mujeres, en particular aquellas que muestran violación o esclavitud sexual”, y se señala que estas imágenes actúan como factores que contribuyen a perpetuar esa violencia, “influyendo de manera adversa en la comunidad en general, en particular en los niños y los jóvenes”¹¹. El Informe de la relatora especial sobre violencia contra las mujeres de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU habla de la pornografía como una forma de violencia que “glamoriza la degradación y el maltrato de las mujeres [...] y afirma su función subordinada como meros receptáculos de la lujuria masculina”¹².

Entre las teóricas pioneras del movimiento anti-pornografía encontramos a las norteamericanas Andrea Dworkin y Catharine McKinnon. En la definición de estas dos autoras, la pornografía es siempre una forma de representación gráfica de la subordinación de las mujeres. En su concepto, cuando la pornografía incluye el uso de hombres, niños o transexuales, lo hace poniéndolos en el lugar de las mujeres, pues la degradación de las mujeres es el fin primero y más natural de la pornografía¹³. En los textos y las imágenes pornográficas, “las mujeres desean la crueldad y ser desposeídas [...] atadas, golpeadas, humilladas y asesinadas; o, simplemente, quieren ser tomadas y usadas”. Según estas autoras, el mensaje central de la pornografía es que “las mujeres están ahí para ser violadas y poseídas”, entre otras cosas porque ése es su deseo¹⁴. Para McKinnon, “la pornografía, desde la óptica feminista, deshumaniza a las mujeres, despojándolas “del poder que en ese mismo acto, confiere a los hombres: el poder de definir lo sexual, y por lo tanto, de definir el género”¹⁵.

Esta autora sostiene que “la defensa liberal de la pornografía [...] es una defensa no sólo de la fuerza y del terrorismo sexual, sino además de la subordinación de las mujeres”¹⁶. Por estas razones ella condena la actitud liberal, permisiva, pues el *laissez faire* en una sociedad jerarquizada donde existe la desigualdad de géneros, sólo conduce a reforzar esa desigualdad,

¹¹Véase “Population signs: Promoting Gender Equality”, Informe sobre género de la UNFPA (Fondo de población de las Naciones Unidas), febrero 2006. http://www.unfpa.org/gender/icl_02.htm

¹² Informe de la Relatora especial sobre violencia contra las mujeres de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU. <http://www.un.org/rights/dpi1772e.htm>

¹³ Andrea Dworkin y Catharine McKinnon, *Pornography and Civil Rights: A New Day for Women's Equality*. (Minneapolis: Organizing against Pornography), 1988, citado en Catharine MacKinnon, *Only Words*. (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1995), p. 121.

¹⁴ *Ibid.*, p. 49.

¹⁵ Catharine Mc Kinnon, *Derecho y pornografía*. *Op. cit.*, p. 64.

¹⁶ Catharine Mc Kinnon, *Derecho y pornografía*. *Op. cit.*, p. 50.

permitiendo que “el discurso del poderoso” imponga “su visión del mundo ocultando la verdad de los impotentes”¹⁷. (Lo que McKinnon no aclara, es cómo se decide cuál es esa verdad, quién estaría facultado o facultada para tomar esa decisión, y por lo tanto para defender a “los impotentes” cuya verdad se ha ocultado). Desde esta perspectiva, la permisividad frente a productos culturales que degradan a las mujeres agrava el problema de la subordinación de las mujeres a los hombres, que es generalizada, pues se extiende a todas las esferas y ámbitos de la vida social, incluyendo la familia y la vida cotidiana. Por más que queramos separar a las mujeres *buenas* que pertenecen a la esfera familiar, de las mujeres *malas* que participan en la producción pornográfica, en la medida en que la sexualidad femenina se devalúa mediante la humillación que se hace a algunas mujeres, se hace más difícil respetar la dignidad de las mujeres como tales.

La autora muestra cómo, al crear la fantasía del deseo de la mujer de ser humillada y poseída, la violación se erotiza. Es más, la pornografía “es una forma de sexo forzado, una práctica de política sexual, una institución de la desigualdad de sexos”¹⁸. En relación con este carácter de “sexo forzado” de los textos, filmes y otros materiales pornográficos, la autora alude, para dar sustento a su alegato, a la autobiografía de Linda Lovelace¹⁹. Se trata de la actriz que protagonizó el film pornográfico *Deep Throat (Garganta profunda)*, tal vez el más exitoso a nivel comercial de toda la historia. En su autobiografía, *Ordeal (Ordalía)*, Lovelace relata las torturas y el abuso sufrido a manos de su esposo, Chuck Traynor, quien además nunca le entregó un dólar de todos los millones que recaudó el film. Desde la publicación del libro, otras mujeres que han trabajado en distintos tipos de productos mediáticos pornográficos, han denunciado la explotación y el maltrato de que han sido víctimas. Por otra parte, es un hecho observable que en nuestro mundo globalizado la pornografía es cada vez más violenta y más generalizada, y que se difunde cada vez más fácilmente, entre otros medios, a través de Internet.

En su trabajo, Dworkin y McKinnon no se limitaron al análisis, sino que, además de presentar un argumento jurídico novedoso contra la pornografía, al considerarla un atentado contra los derechos civiles de las mujeres, plantearon alternativas prácticas para combatirla. Las dos autoras propusieron un modelo de legislación que debía ser aprobada para prohibir la pornografía, que fue adoptado por muchos grupos de mujeres, sobre todo durante la década de los ochenta. El trabajo desarrollado por ellas y por otras activistas condujo a que en varias ciudades de Estados Unidos y de Canadá se establecieran leyes contra la pornografía.

¹⁷ Ibid., p. 60.

¹⁸ Catharine McKinnon, *Derecho y pornografía*, op. cit., p. 48.

¹⁹ *Ordeal*, Linda Lovelace with Mike McGrady. (Secaucus, NJ : Citadel Press, 1980).

Sin embargo, no todas las feministas han compartido la idea de la deseabilidad de esta propuesta, ni tampoco el rechazo a la literatura y las representaciones pornográficas. Ya en 1952, Simone de Beauvoir planteó en su artículo “¿Hay que quemar a Sade?” (“Fault-il brûler Sade?”), que las obras literarias del Marqués de Sade tenían un valor político, al revelar, tematizar y articular las conexiones entre poder y erotismo. Sin en ningún momento idealizar ni romantizar a Sade, ni negar su criminalidad, Beauvoir encuentra en su obra “el inmenso mérito” de “que reivindica la verdad del hombre contra las abstracciones y las alienaciones que no son más que huidas”²⁰. Lo que la autora considera valioso en la literatura escrita por el Marqués es que logró superar el sensualismo banal y decadente de su época “para transformarlo en una moral de la autenticidad”. Una autenticidad que a sus lectores y lectoras puede parecerles repugnante, pero que no sólo ridiculiza la actitud hipócrita del moralismo, sino que además nos enfrenta a la necesidad de abandonar la indiferencia ante la crueldad y ante el sufrimiento humano: “Sade ha vivido hasta la hez el momento del egoísmo, de la injusticia, de la desgracia, y ha reivindicado su verdad. Lo que da supremo valor a su testimonio es que nos inquieta”²¹.

Posteriormente, otras autoras han planteado las posibilidades transgresoras del erotismo, como una herramienta contra el orden establecido. Algunas de ellas plantean que cierto tipo de representaciones del erotismo sadomasoquista puede significar posibilidades para la subversión del patriarcado mediante un empoderamiento de la mujer. Teóricas como Gayle Rubin y el Grupo Samoio de feministas lesbianas, sostienen que, al menos en algunos casos, el sadomasoquismo y su representación mediante la pornografía son prácticas contra-cultura, que rompen con el vínculo entre placer sexual y reproducción, que subvierten la moral burguesa, y que por lo tanto son liberadores²².

En general, las proponentes de lo que se ha llamado el “feminismo positivo hacia el sexo” (*sex-positive feminism*), que incluye un sector de teóricas lesbianas, han rechazado la legislación basada en las tesis de Dworkin y McKinnon, pues ella no sólo afecta a los pornógrafos masculinistas sino también a las mujeres y otros grupos que trabajan distintas formas de arte pornográfico. Esta legislación censora se volvió en contra de la misma Andrea Dworkin, según nos lo refiere Kelly McDowell:

²⁰ De Beauvoir, Simone. *¿Hay que quemar a Sade?* (Madrid: Mínimo Tránsito / Visor, 2000), p. 99.

²¹ *Ibid.*, p. 100.

²² Véase “Breve reseña de algunas teorías lésbicas” de Jules Falquett. <http://www.ciudadaniasexual.org/publicaciones/Lesbianismo-JulesFalquett.pdf>

Marcando un momento irónico en el debate (entre feministas pro-pornografía y feministas anti-pornografía), una de las novelas de la propia Dworkin cayó víctima de confiscación en Toronto como resultado de la legislación de censura aprobada en Canadá, la cual tomó como su modelo la ordenanza propuesta por Dworkin y McKinnon. El incidente demuestra el efecto de la censura bajo un régimen patriarcal. El enfoque generalizado (contra toda la pornografía) tiene mayores probabilidades de violar los derechos de las mujeres y de otras minorías que de afectar a la pornografía más común, publicada por grandes empresas. La posición a favor de la censura ha obrado silenciando las identidades marginalizadas y obstaculizando el compromiso político de las mujeres²³.

En resumen, al interior del feminismo encontramos una diversidad de posiciones frente al sexo, que pueden agruparse en dos grandes corrientes, las cuales han sido caracterizadas por Gayle Rubin de la manera siguiente:

Una de las tendencias ha criticado las restricciones en la conducta sexual de las mujeres y ha denunciado los altos costos impuestos sobre las mujeres por ser sexualmente activas. Esta tradición del pensamiento sexual feminista ha hecho un llamado a favor de una liberación sexual que funcione tanto para las mujeres como para los hombres. La segunda tendencia ha considerado la liberalización de la sexualidad como algo que lleva inherente una mera extensión del privilegio masculino. Esta tradición resuena con discursos conservadores, y que van contra la sexualidad²⁴.

Esta caracterización obviamente privilegia la primera tendencia y se aparta de la segunda. En mi opinión, si bien es cierto que existen dos grandes tendencias del feminismo frente a la sexualidad, una más favorable a la liberación de las costumbres y usos sexuales que la otra, el texto de Rubin no nos da una representación justa de la segunda, sino que la caricaturiza. Aun cuando no comparto la idea y el proyecto de una lucha contra la pornografía que llega en ocasiones a asemejarse a la censura más retrógrada, creo preciso reconocer que hay muchos aspectos válidos en la crítica de muchas feministas a la supuesta revolución sexual. Este movimiento cultural en muchos sentidos no resultó realmente liberador, en primer lugar porque trivializó y comercializó el placer sexual, convirtiendo el cuerpo femenino en un objeto de consumo visual para la venta de todo tipo de artículos, y

²³ “The Politics of Lesbian Pornography: Towards a Chaotic Proliferation of Female Sexual Imagery” by Kelly McDowell. <http://www.americanstudies.wayne.edu/xchanges/1.1/mcdowell.html>

²⁴ Gayle Rubin, “Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality”. En: Carole S. Vance (Ed.), *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*. (Boston: Routledge & Kegan Paul, 1984), pp. 267–319.

en segundo lugar porque condujo a convertir un mundo donde el ejercicio de la sexualidad estaba prohibido para las mujeres, en un mundo donde se requiere y casi se obliga a muchas mujeres, sobre todo a las jóvenes, a participar en relaciones sexuales no deseadas so pena de ser consideradas reprimidas o mojigatas. No obstante, pienso, como Rubin, que si luchamos contra toda la pornografía, o si adoptamos estrategias relacionadas con la censura y la prohibición, podemos fácilmente caer en una actitud anti-sexo que en últimas será contraproducente para las posiciones feministas. Me parece claro que las formas de resistencia contra los efectos nocivos de la pornografía que degrada a las mujeres, deben apelar a estrategias distintas de la censura. Desde el punto de vista feminista, además, lo que debemos luchar por desestimular no es la pornografía en general, sino solamente aquella que promueve explícitamente la violencia contra las mujeres, y hacerlo por medio de la educación y de la concientización de hombres y mujeres.

EL DESEO FEMENINO, LA MASCULINIDAD Y LA VIOLENCIA

El camino para conseguir tal propósito, sin embargo, es mucho más complejo de lo que a primera vista parece. Por ejemplo, a pesar de que McKinnon afirma que las mujeres que trabajan en la pornografía son objeto de coerción y maltrato, ella misma reconoce que algunas mujeres “adoptan explícitamente el sadomasoquismo”, pero considera este hecho como una consecuencia de la serie de violaciones de todo tipo que viven las mujeres a lo largo de su vida, que conduce a que ambos sexos consideren que los actos de violencia contra ellas son “naturales, satisfactorios y eróticos, ya que no se ha permitido la crítica, las alternativas ni las transgresiones”²⁵. Concuero con ella en que las mujeres hemos sido educadas en gran medida para tolerar la humillación sexual, e inclusive para desearla. Pero allí precisamente, en el mismo deseo femenino, reside uno de los mayores obstáculos para erradicar la pornografía denigrante para las mujeres. Aún más, esa tendencia a la perversión masoquista del deseo de al menos algunas mujeres, no sólo permite la pornografía, sino también muchas otras formas de subordinación de las mujeres. De algún modo, al tolerar el maltrato, al sentirse halagadas por la posesividad de los varones que son sus compañeros sexuales, al aceptar pasivamente la dominación y las humillaciones, las mujeres (al menos algunas de ellas, y quizá todas al menos alguna parte del tiempo) muchas veces contribuyen a poner en manos de los maltratadores el poder con el cual se les avasalla.

²⁵ Catharine McKinnon, *Derecho y pornografía*. *Op. cit.*, p. 68.

En la medida en que el *topos* de la mujer como objeto de deseo y de violencia sigue reteniendo su eficacia, no debe sorprendernos que haya un porcentaje de mujeres²⁶ que tenga fantasías sadomasoquistas, incluyendo fantasías de violación, como parte de la experiencia erótica. El gusto de las mujeres por las fantasías en las cuales una mujer aparece como víctima se hace evidente, además, en la literatura de “romances”, novelas de amor escritas para mujeres, tanto las que se publican en revistas como las que se venden en forma de libro. De manera típica, las mujeres de estas novelas son puras y fieles, y tienden a enfrentarse a varones violentos, con frecuencia brutales. Hacia el final, la dulzura de la protagonista logra contener la agresividad del varón, y todo termina en un matrimonio feliz. Sin embargo, como nos dice Sandra Bartky, “no puede una escapar a la sospecha de que la crueldad de estos hombres (protagonistas de los romances) constituye buena parte de su atractivo sexual”²⁷.

(En este punto es necesario hacer una advertencia: reconocer el gusto de algunas o aún de muchas mujeres por las fantasías sadomasoquistas en ningún momento equivale a decir que ese gusto pueda convertirse en justificación de la violación o de la agresión sexual. Es necesario distinguir entre fantasía y deseo: la mujer que se imagina siendo violada mientras realiza el acto sexual *no está deseando ser violada*. Generalmente esa misma mujer que tiene ese tipo de fantasías, en caso de una violación real se resiste a ser violada tanto como cualquier otra, y si es objeto de una violación sufre tantos trastornos y traumas psicológicos como las mujeres que no tienen ese tipo de fantasía).

Lo que parece especialmente problemático es que la erotización de la dominación puede ser interpretada como una manifestación de una cierta tendencia al masoquismo en las mujeres. Si fuera una característica inherente a la mujer el desear ser dominada, no sería posible aspirar a desestimular la pornografía denigrante ni tampoco a transformar este aspecto de la cultura. Vale la pena recordar aquí que la femineidad, según Freud, se caracteriza por la tendencia al masoquismo, además de la tendencia a la frigidez y al narcisismo, los fines pasivos (las mujeres dedicando todas sus energías a promover los fines de otros, no los propios), y un *superyó* débil (incapacidad femenina de tomar decisiones morales con base en principios abstractos, pues las mujeres, según Freud, privilegian las consideraciones basadas en relaciones personales)²⁸.

²⁶ Sandra Lee Bartky nos refiere a un artículo de la revista *MS* (Julio-agosto de 1982, p.35), en el cual se decía que de todas las mujeres que dicen tener fantasías sexuales, 25% tiene fantasías de violaciones. (“Feminine Masochism and the Politics of Personal Transformation”. En: *Femininity and Domination. Studies in the Phenomenology of Oppression*. (New York: Routledge, 1990), p.46).

²⁷ Sandra Bartky, *Femininity and Domination. Studies in the Phenomenology of Oppression*., op. cit., p. 46.

²⁸ Cf. Sigmund Freud. “La femineidad”. Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis (1932). En: *Obras completas*. Vol. XXII. (Buenos Aires: Amorrortu, 1968).

Esta descripción puede ser válida en la medida en que se tome como representación y revelación de estereotipos culturales, mas no como herramienta para el análisis psíquico de una femineidad que se suponga de algún modo generalizada e innata, ya que dicha caracterización está formulada desde una obvia postura de varón viendo a la mujer como la *Otra*. La objeción más profunda que puede hacerse, desde el punto de vista de la teoría de género, a este esfuerzo de Freud por caracterizar la femineidad, es la tendencia de este pensador a deslizarse frecuentemente en su discurso entre la formulación de lo que podría considerarse como actitudes culturales, al hablar de lo femenino, y la referencia reiterada a “las mujeres”, como si las características que describe fueran cualidades de una esencia de mujer. Además, la caracterización a que nos referimos muestra una tendencia al prejuicio misógino, a la subvaloración de lo femenino. Para poner en evidencia esta tendencia, hagamos el ejercicio de postular una serie de características de la masculinidad, oponiéndolas a las que según Freud describen la femineidad: A la tendencia al masoquismo en la femineidad correspondería la tendencia al sadismo en la masculinidad; a la tendencia a la frigidez, correspondería la tendencia al satirismo (exceso de interés por lo sexual y tendencia a la excitación sexual); la tendencia femenina al narcisismo encontraría su contraparte en la tendencia masculina a la megalomanía; la “pasividad de los fines” que mueven las acciones de las mujeres femeninas, podría contrastarse con la supervaloración de los fines propios en el caso de los hombres viriles (egocentrismo masculino); y a la debilidad del superyó, como rasgo femenino, se opondría una tendencia masculina a imponer a los demás los dictados del propio superyó. De nuevo, sólo estamos recurriendo a estereotipos, más o menos generalizados, vistos desde la perspectiva de una mujer mirando al varón como *Otro*. El retrato de la masculinidad que pintamos de este modo corresponde a actitudes y lugares comunes culturales, sobre todo desde un punto de vista femenino, mas no a una naturaleza masculina innata o inherente a todo ser varón.

Por otra parte, pienso que no podremos avanzar mucho en el análisis cultural de la pornografía, o de cualquier otro fenómeno relacionado con el género, aceptando una caracterización de lo femenino (o, por otra parte, de lo masculino) como un conjunto de rasgos fijos que se suponen generalizados a uno u otro género. Propongo, más bien, que debemos buscar las raíces de la violencia sexual simbólica contra las mujeres que se produce en la pornografía en la misma relación entre los sexos, en la construcción sociocultural de lo femenino y lo masculino a partir de su interrelación. La violencia en relación con el erotismo nos remite a problemáticas relacionadas con las relaciones entre los hombres, entre las mujeres y entre hombres y mujeres, y con las mismas identidades de género.

¿Cómo entender la dialéctica de la dominación, de la sumisión, de las complicidades, de las resistencias, entre hombres y mujeres? En un artículo sobre la violencia contra las mujeres, Celia Amorós nos propone profundizar filosóficamente sobre las relaciones entre los varones como vía para entender la masculinidad y su relación con la femineidad. La filósofa española parte de un análisis de la “dialéctica hegeliana del Amo y el Esclavo” según Sartre, y postula que para entenderla, es decir, para encontrar “las claves de (su) inteligibilidad”, no debemos mirar solamente hacia las relaciones entre *Amo* y *Esclavo* (en este caso, entre hombre y mujer), sino también examinar “la dinámica de las relaciones de los Amos entre sí”. Dice Amorós:

Un sistema de dominación se constituye formalmente [...] por medio de mecanismos de auto-designación para marcar la pertenencia al conjunto de dominadores²⁹.

La pertenencia al grupo de los varones, entonces, es una “idea-fantasma” que regula el comportamiento de los hombres al crear vínculos entre ellos mediante “la tensión referencial hacia otros varones”. El conjunto de varones, continúa diciendo la autora, es un “grupo serializado”, definido como “un colectivo donde las relaciones entre sus miembros son [...] de remisión recurrente y giratoria del uno al otro”³⁰. En otras palabras, para afirmarse como varón, un hombre debe tomar el comportamiento de otros varones como referencia, y medirse a sí mismo mediante este patrón. Este proceso “produce la virilidad como imagen alterada y alineada de cada cual en y a través de los otros”, y se valora por la adscripción de poder como patrimonio de ese conjunto³¹.

Considero acertado este análisis de Amorós, ya que es ese poder lo que hace deseable pertenecer al conjunto de los varones, a pesar de que el ser varón en nuestra cultura impone una serie de obligaciones onerosas en relación con el papel de proveedor familiar y con la participación en la guerra, entre otros factores. El ser hombre, por una parte, con frecuencia confiere privilegios, muchos de ellos en las relaciones con las mujeres:

²⁹ Celia Amorós, “Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales”, En: *Violencia y sociedad patriarcal*, Virginia Maqueira y Cristina Sánchez (compiladoras), (Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 1990), p. 2.

³⁰ Al referirse a “los varones”, o al “hombre”, parecería que a Amorós se le podría acusar de la misma tendencia esencialista que criticamos en Freud (en su ensayo sobre la femineidad), al desplazarse la autora continuamente entre la caracterización cultural de la masculinidad y la referencia a los hombres como seres individuales. Sin embargo, pienso que en el caso de Amorós se está empleando el sustantivo “hombres” o “varones” en un sentido fenomenológico, partiendo del análisis de experiencias que tienen su base en la relación con una cultura, mientras que en el caso de Freud habría un cierto deslizamiento ontológico, hacia una concepción de la mujer como esencia.

³¹ *Ibid.*, pp. 3-5.

derechos a ser servido, oído, obedecido, y gratificado. Pero además, y fundamentalmente, ser varón es preferible a ser mujer precisamente porque la virilidad evita la desgracia de la feminidad: “Gracias, Señor, que no me hiciste mujer”, rezan diariamente los judíos ortodoxos devotos. Por lo tanto, se es varón porque se produce, a través de la auto-designación como miembro del “grupo serializado”, una distinción del individuo de una figura, un lugar común, un topos: la mujer. Ese topos se convierte en objeto de violencia “como efecto del modo mismo de su constitución”³². Ese “modo de constitución”, de la masculinidad como de la feminidad, consiste en que en nuestra cultura se tiende a concebir el ser mujer como efecto de alguna malhadada causa que impidió llegar a ser varón, mientras que se concibe el ser varón como la ventaja de haber evitado caer en el triste destino de ser mujer.

Me parece importante evitar caer en generalizaciones, pues evidentemente existirán excepciones a lo que acabo de decir: no siempre, no en todos los aspectos se considera el ser varón preferible al ser mujer. Por otra parte, existen otras categorías sociales, como las de clase, raza y etnia, por ejemplo, que, en relación con la de género, influyen también en la estimación que se tenga de determinados individuos en una cultura. Sin embargo, cuando todos los otros factores son iguales, en nuestra cultura el ser mujer *tiende* a ser considerado como menos deseable que el ser varón, y esta es una base importante del poder conferido a los varones. La supervaloración de lo masculino tiene su correlato y parte de su base en la subvaloración de lo femenino.

La legitimación de este poder, y de la negación del poder a las mujeres que es su corolario, han tenido su base en “la religión, en la tradición, en la costumbre”, continúa diciendo Amorós. Cuando las mujeres se han rebelado contra ese poder, los dominadores no han dudado en “emplear la violencia represiva para restituir un ‘orden natural’ que de por sí es violencia constituyente”, en hechos que van desde guillotinar a Olympe des Gouges durante la Revolución Francesa, hasta la represión de las expresiones libertarias y acciones asociativas de las mujeres, a lo cual podemos añadir, ya en tiempos modernos, la censura y la ridiculización reiterada del feminismo en los medios masivos³³. La violencia contra la mujer tiene sus raíces más profundas en la violencia subyacente a la relación misma entre hombres y mujeres, violencia que pervive allí, en esa relación, no como única tendencia pero sí como al menos uno entre otros factores y fuerzas, independientemente de la voluntad de los individuos de uno u otro sexo.

³² Ibid., p. 6.

³³ Ibid., p. 4.

El maltrato conyugal, la violación, son formas de ruptura del orden establecido en parte porque de alguna manera se acercan peligrosamente a visibilizar el hecho de que esa violencia forma parte integrante de ese orden. He ahí el escándalo, el rechazo que provocan: estas formas extremas de violencia nos obligan a enfrentar de manera descarnada y directa la naturaleza violenta de las relaciones de género, subyacente siempre en la vida cotidiana, de manera más o menos sutil pero en cierto sentido generalizada, así como el linchamiento de un negro, la masacre de negros o indígenas, el asesinato de un estudiante, en parte se convierten en escándalo precisamente porque visibilizan y espectacularizan la violencia estructural contra una etnia, contra una “raza”, o contra una generación.

¿Qué conclusiones podemos derivar de este cuadro de una violencia de género estructural, ampliamente diseminada a lo largo y ancho de nuestra cultura, para la consideración del deseo y del erotismo? Pienso que no podemos escapar a concluir que, en muchos casos, al menos un elemento del deseo heterosexual masculino es la confirmación del derecho a ser gratificado por un ser que de algún modo le rinda pleitesía. Cuando se hace presente, esta asimetría en la relación de deseo entre un hombre y una mujer, es, en sí misma, un aspecto de esa violencia estructural. En cuanto al deseo heterosexual femenino, con frecuencia tiende a estar constituido al menos en parte por la aceptación de la tendencia cultural a ver a la mujer como objeto “natural” del deseo del varón. Las mujeres heterosexuales prototípicamente construyen su deseo a partir del deseo del varón: su deseo consiste a menudo en ser deseadas, no en desear ellas mismas. Ahora bien, el ser objeto de deseo, en sí, no constituye una forma de opresión ni de violencia. Cabe esperar que los y las participantes en un acto sexual actúen recíprocamente como sujetos y objetos de deseo de su pareja. Sólo cuando el papel de sujeto de uno (o una) de los participantes aparece eliminado o disminuido, encontramos nuevamente una asimetría que se constituye en una forma de esa jerarquía sociocultural entre hombres y mujeres que las feministas consideramos injusta.

Como vemos, si este estado de cosas es parte de los mecanismos culturales por medio de los cuales nos constituimos en hombres y mujeres, y que por lo tanto están íntimamente ligados a nuestra identidad, no es fácil pensar en una transformación de las relaciones de género. La equidad de género que anhelamos las feministas sólo podrá lograrse plenamente después de un proceso muy lento y muy complejo de cambios culturales que lleguen a alterar la forma misma en la cual nos diferenciamos psíquicamente como hombres y mujeres, la forma misma en la cual construimos nuestra identidad de género.

LA VIOLENCIA SIMBÓLICA DE LA PORNOGRAFÍA COMO REACCIÓN AL FEMINISMO

Aunque Amorós no se refiere explícitamente a la violencia simbólica que encontramos en la pornografía, podemos relacionar la gran explosión de imágenes pornográficas del momento actual con la necesidad del sistema patriarcal de reprimir el feminismo que lo amenaza. Evidentemente, esta necesidad no es condición ni necesaria ni suficiente para producir un fenómeno complejo como el de la violencia simbólica, que además está ligado de diversas maneras a la violencia física y psicológica, pero sí puede considerarse un elemento coadyuvante para la proliferación actual de textos e imágenes que van del *soft-porn* hasta el *hard-core porn*, y que se desborda hasta salpicar vallas y pantallas por doquier. Ahora bien, a partir de Bourdieu, el concepto de violencia simbólica no nos remite sólo a la dominación por parte de quien ejerce la violencia, sino también a la actitud paradójica de quien la recibe de aceptarla como natural e inevitable, e inclusive de fortalecerla y apuntalarla (véase la obra de Bourdieu, *La dominación masculina*). Por lo tanto, al referirnos al sistema patriarcal, necesariamente debemos incluir las actitudes de las mujeres mismas.

Como ya lo insinuó Virginia Woolf en *Una habitación propia*, entre el avance de las reivindicaciones de las mujeres en el siglo XX y la proliferación, en la ficción de la misma época, de representaciones del acto sexual donde el varón aparece como dominador, puede haber un vínculo de algo más que contemporaneidad. En su peculiar estilo oblicuo, indirecto, Woolf contrasta lo que una sociedad pacata llama la “indecencia en Shakespeare”, que es estimulante, creativa, cada vez nueva, pues es hecha para el placer, con las representaciones sexuales en las novelas escritas por un cierto tipo de escritor que comienza a aparecer en las letras inglesas en las primeras décadas del siglo XX, y al cual Woolf ejemplifica creando el personaje que ella bautiza “Mr. A”. Este novelista ficticio escribe obras que a Woolf se le antojan aburridas, repetitivas, siempre iguales. Esto se debe a que Mr. A produce sus narraciones de coitos con un propósito específico: “lo hace, como dicen las niñas, adrede. Lo hace como protesta”. Al llenar las páginas de la ficción contemporánea con la “crisis de pasión” explícita y abierta en la cual el personaje varón convierte a la mujer personaje en objeto de su deseo, “una y otra... y otra vez”, el tipo de novelista de la primera mitad del siglo XX al cual se refiere Woolf está “protestando contra la igualdad del otro sexo al afirmar su propia superioridad”³⁴. La causa, dice la autora, debemos buscarla en la necesidad sentida por cierto tipo de varón de “retaliación” ante la pérdida de sus privilegios masculinos debido al progreso alcanzado por las mujeres, retaliación que se manifiesta tanto en la misoginia explícita de los ensayos sobre las mujeres como en la narrativa:

³⁴ Virginia Woolf, *A Room of One's Own*, (San Diego: Harcourt Brace Jovanovich, (1929)), 1957, p. 105.

Ninguna época puede jamás haber sido tan estridentemente consciente del sexo como la nuestra; esos innumerables libros escritos por hombres acerca de las mujeres en el Museo Británico son prueba de ello. La campaña sufragista sin duda fue la culpable. Debe haber despertado en los hombres un extraordinario deseo de auto-afirmación: debe haberlos llevado a poner un énfasis en su propio sexo y sus características sobre el cual no se habrían molestado en pensar si no se les hubiera desafiado. Y cuando a uno se le desafía, aún si lo hacen unas pocas mujeres tocadas de bonetes negros, uno se venga de manera excesiva, si uno nunca había sido desafiado antes³⁵.

Si aplicamos esta observación sobre cierto sector de la literatura narrativa de hace casi un siglo, a la proliferación de pornografía de este nuevo milenio, podemos especular que se trata, aquí también, de compensar o contrarrestar los progresos de las mujeres en materia laboral, política, su participación cada vez mayor en la producción estética y cultural, es decir, todos los logros de las mujeres en la sociedad contemporánea.

Es más, esta obstinada reiteración y este perenne apuntalamiento del poder masculino sobre las mujeres mediante la exhibición del poder sexual, no sólo se encuentra en la pornografía “dura”, sadomasoquista, sino también en todo ese inmenso caudal de imágenes de mujeres desnudas en poses sugerentes, provocadoras, que ha invadido los medios de comunicación en nuestro entorno. Se trata de un fenómeno que quizá no puede calificarse de pornografía, hasta tal punto ha pasado a ser cosa aceptada en nuestro tiempo, pero que sí podemos calificar de insistencia obsesiva en la representación de la mujer como objeto de deseo, en la imagen de su cuerpo como objeto de consumo.

Aunque parezca obvio, no puedo dejar de explicitar aquí que no me estoy refiriendo al desnudo en general, ni mucho menos a imágenes que muestran el disfrute del cuerpo. No hay nada que objetar a la representación del disfrute mutuo, recíproco, entre dos sujetos deseantes, ni aún a las imágenes en las cuales, por razones narrativas perfectamente respetables, se presenta un cuerpo femenino subordinado. En cuanto al desnudo total, éste puede ser mucho menos lesivo para las mujeres que ciertas imágenes de mujeres semi-cubiertas. El problema no es la desnudez, sino, repito, la representación de una mujer como objeto de deseo sin que se ponga en juego, también, el deseo de ella, sin que aparezca ella como sujeto deseante, y sobre todo cuando se hace para fines comerciales.

Hablo de una tendencia de la cual revistas como *Playboy*, *Penthouse* o *Hustler* fueron pioneras, pero que hoy se ha extendido a muchos otros medios, desde los tabloides hasta la televisión. (En Colombia el nombre de la revista *SoHo* viene a la mente inmediatamente, pero hay muchos medios donde se vive la tendencia). En muchas ocasiones, esta proliferación,

³⁵ Ibid., p. 103.

esta inundación, esta ubicuidad de imágenes de mujeres que ofrecen su cuerpo al espectador, parece representar gráficamente la idea de que por mucho que las mujeres hayamos avanzado en materia intelectual, profesional o política, en materia de relaciones amorosas y sexuales seguimos siendo subordinadas, pues el cuerpo femenino sigue estando al servicio del placer de los varones, en vez de constituirse en el espacio de libertad de la mujer.

Evidentemente, entre la tendencia literaria identificada por Woolf y este fenómeno actual hay grandes diferencias. Quiero destacar la que me parece fundamental: las mujeres de hace ochenta años no podían ser consideradas coautoras ni directamente corresponsables de los textos de “Mr. A”, mientras que en la época actual algunas mujeres, desde las modelos hasta aquellas que trabajan en las empresas publicitarias, o en las empresas que las contratan, son co-partícipes y cómplices de la producción de esas imágenes. En lo tocante al consumo, tanto antes como ahora, las mujeres leíamos aquellos textos y vemos estas imágenes sin protestar demasiado (o al menos sin que nuestras protestas tuvieran entonces ni tengan hoy efectividad alguna), pero esta relativa aquiescencia podría ser producto de una cierta falta de conciencia y de la misma jerarquía social entre los sexos, es decir, de la relativa falta de poder social y político de las mujeres. Sin embargo, en lo que respecta a la producción de imágenes de mujeres desnudas con fines comerciales para los medios de hoy, me parece evidente que un fenómeno cultural tan generalizado como éste no sólo debe obedecer a una pluralidad de causas, sino que además seguramente responde a una propensión de la sociedad misma, de la misma organización cultural de las ideas subyacentes a nuestras relaciones de género. En esa medida, las mujeres mismas de nuestra sociedad contemporánea de algún modo comparten ese “deseo” cultural inconsciente: la inclinación a compensar la disminución del privilegio masculino representada por los progresos alcanzados por las mujeres en el último siglo, mediante la representación gráfica de la idea de que en materia de sexualidad no existe reciprocidad entre los géneros.

Por otra parte, sería ilusorio considerar esa inclinación femenina que aquí postulo como la única tendencia en las mujeres de cara a la violencia simbólica de cierto tipo de imágenes y textos. Debemos reconocer que ellas, como todos los dominados, consumen los productos culturales de maneras creativas y frecuentemente inesperadas, inclusive contrarias a lo que pareciera ser la intención de quienes los producen y comercializan, y por lo tanto pueden construir múltiples interpretaciones, incluso resemantizaciones de esos textos y de esas imágenes. En este contexto, recordemos el papel que juegan en su lectura las resignificaciones y las reapropiaciones que los grupos sociales hacen de las propuestas culturales de los medios³⁶.

³⁶ Véase, por ejemplo, Jesús Martín Barbero, “Por unas políticas de comunicación en la cultura.” *Pre-textos. Conversaciones sobre la comunicación y sus contextos*. (Cali: Universidad del Valle, 1996).

En consecuencia, para acercarnos a la diversidad de posturas y reacciones de las mujeres ante los textos que las feministas interpretamos como maneras de violentarnos simbólicamente, sería útil investigar cómo las mujeres de diversos estratos sociales, niveles educativos, etnias y razas, leen esos mismos textos. Seguramente nos encontraremos con más de una sorpresa.

La aquiescencia femenina ante la escenificación de la subordinación de las mujeres a los hombres, entonces, no se plantea aquí como la única reacción posible de ellas, ni aún la más frecuente o preponderante, sino como una respuesta entre muchas. Hecha esta advertencia, permítaseme reiterar que, en la medida en que las mujeres muestren tal actitud, lo hacen no sólo porque ellas son vulnerables desde un punto de vista económico o emocional, sino también porque, repito, la “necesidad” de que se produzca esa escenificación y esa representación gráfica hasta cierto punto es de toda la cultura en su conjunto, y de algún modo influye en todos los individuos inmersos en esa cultura.

Esta afirmación puede parecer extraña, o paradójica: ¿cómo es posible que las mujeres (al menos algunas, o al menos en algunos casos y circunstancias) compartan la tendencia a reforzar algo que las degrada y humilla? Para entenderlo, es preciso hacerse consciente de los complejos mecanismos mediante los cuales se sostiene una discriminación sociocultural contra cualquier grupo humano.

En primer lugar, las personas discriminadas a menudo se resisten a la situación de subordinación social que sufren, pero por otra parte en ocasiones la apuntalan, la apoyan de diversas maneras. Una razón puede encontrarse en los beneficios que se obtienen; recuérdese, por ejemplo, que los capataces durante el esclavismo eran con frecuencia escogidos entre los esclavos mismos, así como los supervisores más propensos a oponerse a la conquista de los derechos de los obreros pueden ser miembros de su misma clase; de un modo similar, en ciertos casos algunas mujeres mayores son las encargadas de vigilar y castigar la libertad sexual de las menores. Por vías como éstas, algunos individuos pertenecientes al grupo discriminado obtienen ventajas económicas y/o un módicum de poder. En el caso de la pornografía, las mujeres de escasos recursos pueden verla como una fuente de trabajo, e incluso de empoderamiento, en la medida en que su apariencia física pueda servirles para labrarse una actividad laboral con un nivel salarial que de otro modo les sería difícil alcanzar. En tales situaciones, tendríamos que recurrir a las mujeres mismas para que sean ellas quienes nos digan cómo viven su trabajo, y analizar sus respuestas de manera crítica, pero rechazando los prejuicios.

En segundo lugar, las personas pertenecientes a un grupo socialmente subordinado en ocasiones tienden a buscar asimilarse a la ideología general de la sociedad a la cual pertenecen, en la medida en que la anuencia ante

cualquier axioma cultural puede ser vista como una manera importante de pertenecer a esa sociedad, y de alguna manera compartir el poder de los integrantes del grupo hegemónico. La adhesión a principios culturales arraigados conlleva recompensas reales o imaginadas, mientras que la disensión ante cualquier postulado generalizado, incluyendo los que sustentan la discriminación, con frecuencia produce sanciones negativas. Aún más, cuando comienza a gestarse una transformación profunda de una situación de subordinación social, a menudo existe una especie de inercia de la situación, una renuencia generalizada a aceptar cambios.

En el caso de las relaciones de género, por lo menos, a veces se trata de algo más que una inercia, es decir, muchos actores sociales, hombres y mujeres, dan muestras de una actitud de verdadero rechazo, de negación activa de muchas tendencias a modificar el statu quo. Parte de esta tendencia puede deberse al hecho de que las mujeres, a diferencia de otros grupos sociales subordinados, no sólo convivimos cotidianamente con nuestros dominadores, sino que además tenemos estrechas relaciones afectivas con ellos³⁷. Sea por la razón que fuere, la percepción de cambios conduce a algunos y a algunas a buscar compensaciones que restituyan la situación inicial. Por ejemplo, tan pronto comienzan a darse progresos en materia de derechos políticos y civiles, de participación laboral y ciudadana, de derechos sexuales y reproductivos, aparecen formas nuevas de reforzar la dominación en otros ámbitos.

Así, cuando a principios del siglo XX las mujeres conquistaron el derecho al voto en Inglaterra y en Estados Unidos, y comenzaron a acceder a la educación superior, cuando al mismo tiempo aparecieron nuevas técnicas médicas para el control de la natalidad, y cuando estas conquistas comenzaron a expandirse a muchas partes del globo, comenzó también a nacer una tendencia de la moda a subrayar los atractivos sexuales de las mujeres. Surge entonces el uso generalizado de cosméticos, que anteriormente sólo eran utilizados por prostitutas, y los estilos de vestido que permiten exhibir las piernas o la cintura al desnudo. Por una parte estos estilos pueden verse como propiciadores de una mayor libertad de movimiento, y como síntomas de una mayor libertad sexual para las mujeres. Al mismo tiempo esta tendencia conduce gradualmente a modas que por lo reveladoras se hacen incómodas, como la micro-minifalda o los pantalones “descaderados”, que a menudo obligan a quienes los usan a mantener una estrecha vigilancia para evitar “revelar demasiado”. La supuesta libertad con que se les promueve comercialmente se convierte en una tiranía física.

³⁷ Esta característica no es sólo de la vida de las mujeres heterosexuales; creo que debe haber muy pocas mujeres lesbianas que no tengan familiares y amigos hombres.

(Parece claro que la preocupación de las mujeres en estos casos por preservar un módicum de modestia está relacionada con la persistencia del repudio a la mujer “indecente”, con la diferenciación social entre “mujeres buenas” y “mujeres malas”. Por otra parte, existe una profunda hipocresía en muchos de los hombres que disfrutan de las imágenes a las que nos venimos refiriendo, pues en gran parte ellos mismos demuestran muy poco respeto hacia esas mujeres que los excitan, muy poca consideración hacia ellas como sujetos pensantes).

Vemos entonces cómo poco a poco la moda contemporánea ha ido fomentando un modelo rígido de belleza femenina que ha reforzado tendencias como la delgadez extrema, y el empleo de las nuevas técnicas médicas de cirugía plástica. Al adoptar estas modas e incluso al propiciarlas, las mujeres mismas podemos estar participando en la reacción en contra de las transformaciones que permiten una mayor equidad entre los géneros. De nuevo, parece que inconscientemente se reafirmara la idea de que, por más que las mujeres avancemos, continuamos estando subordinadas en el campo de la sexualidad, pues seguimos actuando más como objetos que como sujetos de deseo.

Ahora bien, como ya hemos dicho, este reconocimiento en ningún momento debe conducir a culpar a las mujeres (ni siquiera a algunas de ellas) de este estado de cosas, ni mucho menos a justificar la violencia contra ellas; en primer lugar, porque tendencias culturales como la que acabamos de describir son demasiado complejas para que pueda responsabilizarse de ellas a un solo grupo de actores sociales; en segundo lugar, porque la culpabilización no debe intervenir en análisis sociales y culturales, pues sólo conduce a desorientarnos, cayendo en el terreno moralista; y por último, porque la violencia nunca es ni puede ser justificable. Podríamos nuevamente prescribir aquí esfuerzos de concientización a los hombres, y sobre todo, a las mujeres mismas, a fin de cambiar tanto la actitud de explotación de la sexualidad femenina, como la complicidad de ellas con esa actitud. Sin embargo, para hacerlo de modos más eficaces, necesitamos desplegar múltiples esfuerzos investigativos a fin de comprender más a fondo la complejidad de las distintas percepciones y actitudes de hombres y mujeres frente a la violencia simbólica.

ANEXO:
¿ARTE ERÓTICO, ARTE PORNOGRÁFICO?



- Arte de Pompeya. Siglo I A.C. (¿). Exhibición del Museo Nacional de Antropología de Nápoles, julio 2000.



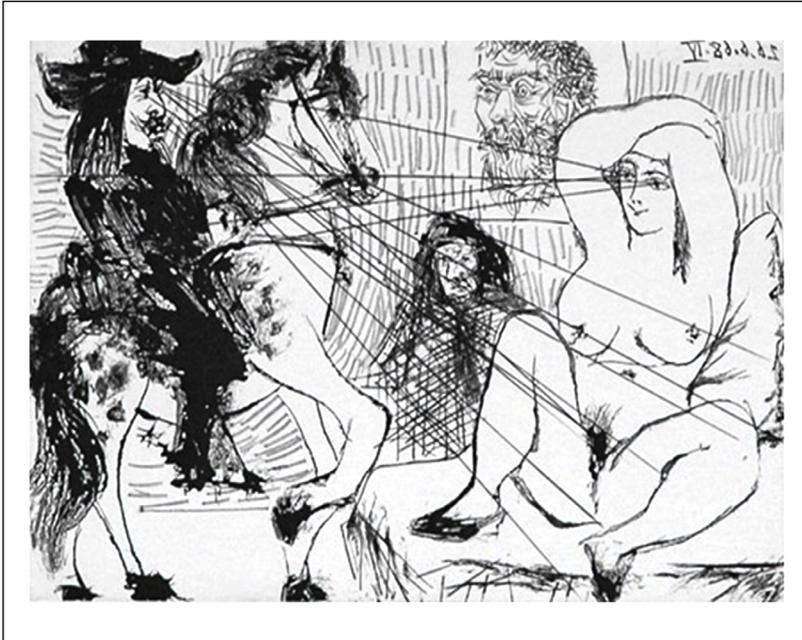
- “Los luchadores”. Arte griego clásico, 350 A.C. (Galería Uffizi, Florencia).



• Templo de Khayurajo, en Madya Pradesh, India. Siglo XI, A.D.



• Arte erótico precolombino de Nazca, Perú. Ca. 100 a 300 A.D. Colección privada.



• Pablo Picasso, "Intercambio de miradas", 1968.



• Dibujo, Galería Sultán, Amsterdam. Fines del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

- AMORÓS, Celia. “Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales”. En: Virginia Maqueira, y Cristina Sánchez (compiladoras). *Violencia y sociedad patriarcal*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 1990.
- ANTONY, Louise and Charlotte Witt. *A Mind of One’s Own: Feminist Essays on Reason and Objectivity*. Boulder: Westview Press, 1993.
- AUSTIN, J. L. *How to Do Things with Words*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1962.
- BARBERO, Jesús Martín. *Pre-textos. Conversaciones sobre la comunicación y sus contextos*. Cali: Universidad del Valle, 1996.
- BARTKY, Sandra Lee. “Feminine Masochism and the Politics of Personal Transformation”. En: *Femininity and Domination. Studies in the Phenomenology of Oppression*. New York: Routledge, 1990.
- BARTKY, Sandra Lee. “Feminine Masochism and the Politics of Personal Transformation”. En: *Femininity and Domination. Studies in the Phenomenology of Oppression*. New York: Routledge, 1990.
- BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Tr. Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama, 2000.
- BOURDIEU, Pierre. *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama, 1989.
- BOURDIEU, Pierre, “The Biographical Illusion”. En: *Identity: A Reader*. Paul du Gay, Jessica Evans y Peter Redman, eds. London: Sage, 2007 (2000),
- BURIN, Mabel, Irene Meler. “Género: una herramienta teórica para el estudio de la subjetividad masculina”. En: *Varones. Género y subjetividad masculina*. Mabel Burin e Irene Meler (Eds.) Buenos Aires: Paidós, 2000.

- BUTLER, Judith. *Bodies that Matter. On the Discursive Limits of "Sex"*. New York: Routledge, 1993.
- BUTLER, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós, 2001.
- BUTLER, Judith. "Fundaciones contingentes: el feminismo y la cuestión del 'post-modernismo'". En: Revista *La manzana de la discordia*. Cali, Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad. Universidad del Valle. Año 1, No 1, diciembre 2005.
- CAMERON, Deborah. "Lost in Translation: Non-Sexist Language". En: Deborah Cameron, Ed. *The Feminist Critique of Language. A reader*. London: Routledge, 1998.
- CAMERON, Deborah y Don Kulick, *Language and Sexuality*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
- CAMERON, Deborah, E. Frazer, P. Harvey, B. Rampton and K. Richardson. *Researching Language: Issues of Power and Method*. London : Routledge, 1992.
- CASTELLANOS, Accorsi y Velasco, (comps.) *Discurso, género y mujer*. Cali: Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad, 1994.
- CASTELLANOS, Gabriela. "Deferencia, camaradería y distancia: Estrategias y metaestrategias discursivas de personajes femeninos y masculinos en dos cuentos de Rosario Castellanos". En: M.C. Martínez, Comp. *Discurso, proceso y significación. Estudios de análisis del discurso*. Cali: Universidad del Valle, 1997.
- CASTELLANOS, Gabriela, Delfin Ignacio Grueso, Mariángela Rodríguez. *Identidad, cultura y política. Perspectivas conceptuales, miradas empíricas*. Cali: Universidad del Valle. diciembre de 2009.
- CASTELLANOS, Gabriela. *La mujer que escribe y el perro que habla. Ensayos sobre género y literatura*. Cali: Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad, Universidad del Valle, 2004.
- CASTELLANOS, Gabriela. "Mujeres, hombres y discursos". En: Castellanos, Accorsi y Velasco, (comps.) *Discurso, género y mujer*. Cali: Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad, 1994.
- CASTELLANOS, Gabriela. "Sexo, género y feminismo". *Sexo, género y feminismo*. Cali: Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad, Universidad del Valle, 2006.
- CONWAY, Jill K, Susan Bourque y Joan Scott. "El concepto de género". En: *¿Qué son los estudios de mujeres?* Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (Compiladoras). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1998.

- COLLINS, Ronald y David Skover, "The Pornographic State" ("El Estado pornográfico"). *Harvard Law Review*, Vol. 107, No. 6 (abril 1994), citado en: *Derecho y pornografía*. Catharine A. McKinnon, Richard Posner. Bogotá: Siglo del Hombre Editores/Universidad de los Andes, 1997.
- COMISIÓN DE DERECHOS HUMANOS DE LA ONU. "Informe de la Relatora especial sobre violencia contra las mujeres". En: <http://www.un.org/rights/dpi1772e.htm>
- DE BEAUVOIR, Simone. *¿Hay que quemar a Sade?* Madrid: Mínimo Tránsito / Visor, 2000.
- DE LAURETIS, Teresa. "The Violence of Rhetoric. On Representation and Gender." En: *The Gender / Sexuality Reader. Culture, History, Political Economy*. Roger N. Lancaster y Micaela di Leonardo (Eds.) New York: Routledge, 1997.
- DU GAY, Paul, Jessica Evans y Peter Redman. *Identity: A Reader*. London: Sage, 2007 (2000).
- DWORKIN, Andrea y Catharine McKinnon, *Pornography and Civil Rights: A New Day for Women's Equality*. Minneapolis: Organizing against Pornography, 1988, citado en Catharine McKinnon, *Only Words*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1995.
- ESCOFFIER, Jeffrey. ed. *Sexual Revolution*. New York: Thunder's Mouth Press, 2003.
- FONDO DE POBLACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS. "Population signs: Promoting Gender Equality", Informe sobre género de la UNFPA, Febrero 2006.
http://www.unfpa.org/gender/icl_02.htm
- FALQUETT, Jules. "Breve reseña de algunas teorías lésbicas". <http://www.ciudadaniasexual.org/publicaciones/Lesbianismo-JulesFalquett.pdf>.
- FACIOLINCE, Héctor Abad. *Angosta*. Bogotá: Planeta, (2003) 2007.
- FAUSTO-STERLING, Anne. *Sexing the Body. Gender Politics and the Construction of Sexuality*. New York: Basic Books/ Perseus, 2000.
- FISHMAN, Pamela. "Conversational Insecurity". En: Deborah Cameron (ed.) *The Feminist Critique of Language*. London: Routledge, 1998.
- FLORES, María Leticia, Palacios. *Representación de la mujer en anuncios de revistas comerciales mexicanas*. Global Media Journal, Edición Iberoamericana. Volumen 2, Número 4, Otoño 2005, ISSN 1550-7521.
http://www.gmje.mty.itesm.mx/articulos4/flores_html Recuperado el 10 de junio de 2009.
- FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad*, vol. I. *La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, Argentina, 2002.
- FOUCAULT, Michel. *The Archaeology of Knowledge and the Discourse on Language*. New York: Pantheon, 1972.

- FRASER, Nancy. “¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas en torno a la justicia en una época “postsocialista”. *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*. Bogotá: Siglo del Hombre, 1997.
- FRASER, Nancy. “¿Estructuralismo o pragmática? Sobre la teoría del discurso y la política feminista”. *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*. Bogotá: Siglo del Hombre, 1997.
- FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1968.
- GILBERT, Sandra and Susan Gubar. *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1998 (1979).
- GÓMEZ, María Mercedes “La mirada pornográfica”. Introducción. En: *Derecho y pornografía*. Catharine A. McKinnon, Richard Posner. Bogotá: Siglo del Hombre Editores/Universidad de los Andes, 1997.
- GRAHAM, Irene. “Studies and Research on Media Effects”, Libertus.net. Australia. Mayo 9, 2006. <http://libertus.net/censor/studies2.html>
- HALL, Stuart. “Who Needs Identity?”. Stuart Hall y Paul du Gay, eds. *Questions of Cultural Identity*. London: Sage, 2005 (1996),
- IRIGARAY, Luce. *Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Akal, 2007.
- JAGGAR, Alison M. y Susan Bordo, eds. *Gender Body Knowing. Feminist Reconstructions of Being and Knowing*. New Brunswick, Rutgers, 1989.
- KANT, Manuel. *Crítica del Juicio*. México: Editorial Porrúa, 1978.
- LAKOFF, Robin. *El lenguaje y el lugar de la mujer*. Barcelona: Hacer, 1995..
- LAKOFF, Robin. “Women’s Language”. En: Butturf and Epstein (eds.) *Women’s Language and Style*. Akron, Ohio: Universidad de Akron, 1978.
- LEE, Sandra Bartky. *Feminity and Domination. Studies in the Phenomenology of Oppression*. New York: Routledge, 1990.
- MCDOWELL, Kelly. “The Politics of Lesbian Pornography: Towards a Chaotic Proliferation of Female Sexual Imagery”. <http://www.americanstudies.wayne.edu/xchanges/1.1/mcdowell.html>
- McKINNON, Catharine y Richard Posner. *Derecho y pornografía*. Bogotá. Siglo del Hombre Editores / Universidad de los Andes, 1997.
- McHOUL, Alec and Wendy Grace. *A Foucault Primer. Discourse, Power and the Subject*. New York: New York University Press, 1993.
- MINNESOTA CENTER AGAINST VIOLENCE AND ABUSE. “Pornography and Sexual Violence”. Julio 2004. <http://www.mincava.umn.edu/documents/arpornography/arpornography.html#id2559708>
- MOI, Toril. *“What Is a Woman?” And Other Essays*. Oxford: Oxford University Press, 1999.

- MOORE, Henrietta. "Bodies on the Move: Gender, Power and Material Culture". *A Passion for Difference*. Bloomington, Indiana: Indiana University Press, 1994.
- O'NEILL, Eileen "(Re)presentations of Eros: Exploring Female Sexual Agency", En: *Gender Body Knowing. Feminist Reconstructions of Being and Knowing*. Alison M. Jaggar y Susan Bordo, eds. New Brunswick, Rutgers, Citado en María Mercedes Gómez, *op. Cit.*
- PULEO, Alicia H. "Una gnoseología y una ética de la transgresión". *Dialéctica de la sexualidad. Género y sexo en la filosofía contemporánea*. Valencia: Ediciones Cátedra, 1992.
- RILEY, Denise. "The Words of Selves: Identification, Guilt and Irony". Citado en Joan Scott, "Fantasy Echo: History and the Construction of Identity." *Critical Inquiry* 27 (Invierno 2001).
- RODRÍGUEZ MAGDA, Rosa María. *Foucault y la genealogía de los sexos*. Barcelona: Anthropos, 1999.
- RICH, Adrienne. *Blood, Bread, and Poetry: Selected Prose, 1979-1985*. New York: W. W. Norton & Company, 1986.
- RUBIN, Gayle. "Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality". En: Carole S. Vance (Ed.), *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*. Boston: Routledge & Kegan Paul, 1984, pp. 267-319.
- SAWICKI, Jana. *Disciplining Foucault. Feminism, Power and the Body*. New York: Routledge, 1991.
- SAWICKI, Jana. "Identity Politics and Sexual Freedom: Foucault and Feminism". En: *Feminism y Foucault. Reflections on resistance*. Irene Diamond y Lee Quinby (Eds). Boston: Northeastern University Press, 1998.
- SCOTT, Joan W. "Experience". En: *Feminists Theorize the Political*. Judith Butler y Joan Scott (Eds). New York: Routledge, 1992.
- SCOTT, Joan. "El género: Una categoría útil para el análisis histórico". En: James Amelang y Mary Nash (eds.). *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Edicions Alfons El Magnánim, 1990.
- SCOTT, Joan. "Fantasy Echo: History and the Construction of Identity." *Critical Inquiry* No. 27, The University of Chicago, 2001.
- SEARLE, John. *Speech Acts. An Essay on the Philosophy of Language*. Cambridge, England: Cambridge University Press, 1969.
- SEBEOK, T. *Style in Language*. Cambridge, MA: MIT Press, 1960.
- SELL, Roger D., *Literature as Communication: Pragmatics and Beyond*, Amsterdam y Filadelfia: John Benjamins, 2000.
- TANNEN, Deborah. *Gender and Discourse*. New York: Oxford, 1994.

- TANNEN, Deborah. "Interpreting Interruption in Conversation". *Gender and Discourse*. New York: Oxford, 1994.
- TANNEN, Deborah. *Language and Woman's Place*. New York: Harper and Row, 1975.
- TANNEN, Deborah. "The Relativity of Linguistic Strategies: Rethinking Power and Solidarity in Gender and Dominance." En: *The Feminist Critique of Language. A reader*. Deborah Cameron, ed. London: Routledge, 1998.
- TANNEN, Deborah. *Tú no me entiendes*. Bogotá: Círculo de Lectores, 1992.
- TANNEN, Deborah. *Women and Men in the Workplace: Language, Sex and Power*. New York: Avon Books, 1995.
- THORNE, Barrie y Nancy Henley. *Language and Sex: Difference and Dominance*, Rowley, Mass.: Newbury House, 1975.
- UCHIDA, Aki. "When 'Difference' Is 'Dominance': A Critique of the 'Anti-Power-Based' Cultural Approach to Sex Differences". En: Deborah Cameron (ed.) *The Feminist Critique of Language*. London: Routledge, 1998.
- VANCE, Carole S. (Ed.), *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*. Boston: Routledge & Kegan Paul, 1984.
- VIVEROS, Mara. "El concepto de 'género' y sus avatares: Interrogantes en torno a algunas viejas y nuevas controversias". En: *Pensar (en) género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*. Carmen Millan de Benavides, Ángela María Estrada, Eds. Académicas. Bogotá: Pensar/ Pontificia Universidad Javeriana. Septiembre 2004.
- WADE, Peter, Fernando Urrea, Mara Viveros, compiladores. *Raza, etnicidad y sexualidades. Ciudadanía y multiculturalismo en América Latina*. Bogotá: CIDSE, Universidad del Valle/Centro latinoamericano de sexualidad y Derechos humanos, Universidad del Estado de Río de Janeiro/CES, Universidad Nacional, abril, 2008.
- WILLIAMS REPORT – Informe del Comité sobre obscenidad y censura del Filme, Gran Bretaña, 1979, citado en Gómez, *op. cit.*
- WOOLF, Virginia. *A Room of One's Own*, San Diego: Harcourt Brace Jovanovich, (1929), 1957.



Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia
Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687
<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co

i S i g u e n o s !

   programaeditorialunivalle